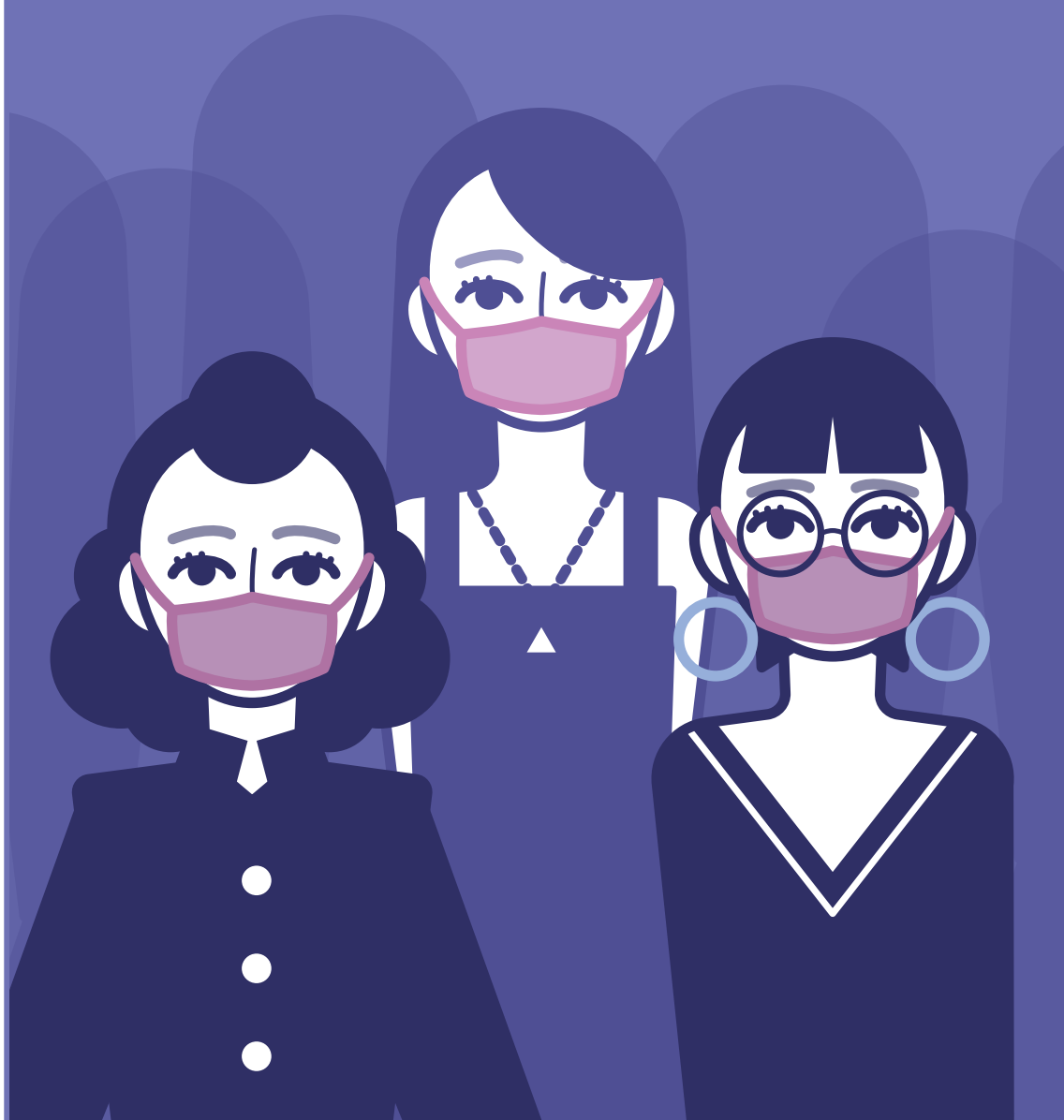


UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Peripeteia

Relatos de mujeres docentes
durante la covid-19

ANGÉLICA JIMÉNEZ ROBLES
(Coordinadora)



Horizontes
Educativos

La pandemia, con su efecto desorganizador, vino a trastocar la vida personal y colectiva, y a exigirnos como humanidad, construir nuevas formas para relacionarnos, trabajar y llevar a cabo la existencia cotidiana. Para dar cuenta de este momento histórico, la sociedad lo ha registrado de diferentes formas: con investigaciones, obras literarias y documentales, entre otras.

Ante tal incertidumbre, el personal docente buscó las certezas para continuar con su trabajo día a día durante el confinamiento, porque esa labor no paró, y con ello transformó su práctica. Saber cómo han vivido las mujeres docentes los tiempos de covid-19 es el objetivo de este libro, producto de una propuesta registrada en la Comisión de Evaluación y Seguimiento de Proyectos de Intervención e Investigación (CESPII), de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), por parte de cuatro académicas de las unidades 095 y 097.

Las autoras se animaron a escribir su experiencia durante los años 2020 y 2021, mediante la forma narrativa del relato de vida, para dar cuenta de su práctica docente, y de su transcurrir personal y familiar durante la pandemia, como un ejercicio histórico-cultural que les permite abrirse un espacio para reflexionar sobre lo vivido.

El libro reúne 14 historias de mujeres docentes que trabajan en diferentes niveles educativos –universidad, secundaria, primaria y preescolar–, quienes tuvieron su propio acercamiento a la covid-19, algunas desde lo personal, otras, por contagio de sus seres queridos. Se abona así a la construcción de la historia colectiva de la docencia y de las mujeres maestras, como voces autorizadas para plantear su realidad social: reflexionan, se cuestionan a partir del poder transformador de la escritura, comparten sus historias de enseñanza, para recuperar la memoria pedagógica y no dejarla huir en voces y sonidos que se pierdan con el tiempo.

Peripeteia
*Relatos de mujeres docentes
durante la covid-19*

*Angélica Jiménez Robles
(Coordinadora)*



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



Peripeteia. Relatos de mujeres docentes durante la covid-19

Angélica Jiménez Robles

Coordinadora

Primera edición, 28 de octubre de 2023

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional

Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco
núm. 24, col. Héroes de Padierna, Tlalpan, CP 14200, Ciudad de México

www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

ISBN: 978-607-413-496-6

Nombres: Jiménez Robles, Angélica, coordinación

Título: Peripeteia : relatos de mujeres docentes durante la covid-19

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México: Universidad Pedagógica
Nacional, 2023. | Serie: Horizontes educativos

Identificadores: ISBN 978-607-413-496-6

Temas: Maestras – México – Siglo XXI | Prácticas de la enseñanza – México –
Siglo XXI | Pandemia de COVID-19, 2020 – México – Relatos personales

Clasificación: LCC LB2837 P47 2023

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Hecho en México.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
---------------------------	----------

Angélica Jiménez Robles

EPISODIO I

MIEDO

INTRODUCCIÓN	23
---------------------------	-----------

MIS SENSACIONES Y VIVENCIAS

ANTE LA COVID-19.....	25
------------------------------	-----------

María de Lourdes Sánchez Velázquez

LA ESCUELA PENDE DE UNA PANDEMIA	39
---	-----------

Valeria Velázquez Trejo

ENTRE EL DOLOR DE LA PANDEMIA Y LA ALEGRÍA

DE SER MAESTRA.....	59
----------------------------	-----------

Catalina Hernández Velázquez

DESPIÉRTAME	79
--------------------------	-----------

Keren Alejandra Miranda Chavez

RELATO DE EXPERIENCIA PERSONAL Y PROFESIONAL ANTE LA PANDEMIA POR COVID-19	95
---	-----------

Laura del Carmen Lara Velázquez

EPISODIO 2 PÉRDIDAS

INTRODUCCIÓN	109
---------------------------	------------

UN FINAL EN CONSTRUCCIÓN.....	111
--------------------------------------	------------

María Magdalena Dueñas Trejo

UNA DOCENTE EN RESILIENCIA	125
---	------------

Rosalba Ángeles González

LA RUEDA DE LA FORTUNA	137
-------------------------------------	------------

Fabiola Rivera Alvarez

LA EXPERIENCIA ABRUMADORA DE LA COVID-19 Y MI VIDA EN UN HILO	149
--	------------

Martha Guadalupe Gama Buenrostro

EPISODIO 3 LECCIONES

INTRODUCCIÓN	163
---------------------------	------------

EL TIEMPO EN PANDEMIA, MI MEJOR MAESTRO	165
--	------------

María Magdalena González Tapia

LA VIDA COTIDIANA DURANTE LA PANDEMIA: INSTANTÁNEA DE UNA PROFESORA UNIVERSITARIA	183
--	------------

María de Lourdes Salazar Silva

SOBRE-VIVIR EN LA PANDEMIA	199
<i>Linda Vanessa Correa Nava</i>	
LO QUE EL VIRUS SE LLEVÓ	
Y LO QUE LA TECNOLOGÍA DESCUBRIÓ.....	211
<i>Lucía Santiago González</i>	
LA PANDEMIA Y SU EFECTO DESORGANIZADOR.	
DIARIO DE UNA MAESTRA.....	229
<i>Angélica Jiménez Robles</i>	
A MANERA DE CIERRE.....	251
REFERENCIAS	263
ACERCA DE LAS AUTORAS.....	273

PRESENTACIÓN

*Un día me di cuenta de que la genia
de la lámpara de mi vida era yo.*

A. J. R.

Somos seres racionales y emocionales, integrar de manera equilibrada en nuestra vida estas dos condiciones, es un reto constante. Para Maturana, la parte emocional es el fundamento de lo racional, aunque “devaluamos las emociones declarándolas opuestas a la razón” (1997, p. 135); para recuperar la sabiduría en el vivir cotidiano hay que hacernos responsables de nuestro “emocionar armonizado”, reconocer que las emociones guían nuestras acciones. Señala que utilizamos el razonar para ocultar nuestras emociones, con lo que solo nos engañamos. Tratar de encubrir nuestro ser emocional hace sufrir a las personas al vivir en constante desarmonía. Este libro está escrito desde estas dos posibilidades: en un encuentro con la subjetividad y con la plena conciencia, donde las emociones tienen un papel protagónico.

En este ejercicio creativo, un grupo de mujeres docentes de varios niveles educativos revelan lo que vivieron durante este tiempo de zozobra a causa de la covid-19. Primero dan cuenta del *Miedo* experimentado, lo que irremediablemente las llevó a sufrir *Pérdidas*,

y al final, quedaron *Lecciones* aprendidas. Así se dio origen a los tres capítulos de este libro, más un apartado a manera de cierre. En estos 14 relatos humanos, las docentes generosamente nos abren las puertas de su casa y su vida. En un esfuerzo por manejar las emociones y el pensamiento, transitan en párrafos donde explican las transformaciones y adaptaciones tecnológicas que hicieron para continuar con su trabajo magisterial, paisajes donde la tristeza con su gris nublado cubre las páginas.

Al ser docentes de varios niveles educativos, han tenido la oportunidad de conocer cómo se vivió la experiencia con estudiantes de diferentes edades, desde niños/as hasta personas adultas. Esta variedad en los niveles educativos de las autoras, también, permite mirar la riqueza de los posicionamientos teóricos y metodológicos con los que escriben.

Estos relatos son una muestra de cómo continuaron trabajando los más de 1.7 millones de docentes que hay en México, y cómo transitaron del mundo como lo conocían antes de la covid-19, al momento que poco a poco se fue instalando en sus vidas, dando lugar a un estado, a manera de oxímoron de anormal/normalidad. Porque llegó y se instaló con singular poderío.

Hemos elegido en este libro solo dar cuenta de las experiencias vividas por docentes/mujeres porque parece ser que, históricamente, siempre han vivido en *estado de covid*, es decir en confinamiento, *cautivas* (Lagarde, 2021), presas del trabajo doméstico, del cuidado de los hijos/as y de las demás personas, dueñas de hogar, reinas del ámbito privado.

El hogar, espacio donde por la covid-19 las personas fueron recluidas, instaladas en la cotidianidad entre los muros de sus hogares, en las tareas cotidianas, compartiéndolas, a veces con gozo y otras con llanto.

Hay que ser valiente para contar públicamente aquellos sucesos que habitan el espacio privado, el del cobijo emocional, lo que solo se escribe en un diario personal, en una carta que acaso se manda a la familia, o a la mejor amiga; de eso se tratan los relatos

compartidos en este libro, en un ejercicio propio del ámbito emocional, que colinda con lo racional a partir de reflexiones profesionales de mujeres/docentes.

Este libro está pensado en las/los lectores, sobre todo en las más jóvenes y en las que aún no nacen, porque queremos que cuando se pregunten ¿cómo fue la vida durante los años 2020 y 2021 durante la pandemia por la covid-19?, estas páginas les ofrezcan algunas respuestas. Así como podemos leer que en otras épocas las personas se han enfrentado a situaciones catastróficas, ya sean naturales o provocadas, como las guerras. Por ejemplo, conocemos ampliamente la llamada viruela negra gracias a los escritos de tiempos idos, a esas narrativas y, por supuesto, a los estudios recientes. Sabemos del terror que vivieron las personas al no entender de qué se trataba.

Hay que señalar que la experiencia vivida en los últimos años por la humanidad a causa de un virus asesino no es nueva, porque estas formas de vida microscópica siempre nos han acompañado (una de las más letales es la viruela). Los científicos/as han determinado que la viruela apareció aproximadamente 10 000 años antes de nuestra era, en el noreste de África, y con el comercio viajó a la India, China, Europa, Australia, y finalmente a América, donde fue determinante para la colonización y la caída de los imperios mesoamericanos por la alta tasa de mortalidad. Además de la viruela, trajeron la gripe porcina, el tifus y el sarampión, un ejemplo de lo devastadoras que fueron estas enfermedades para los nativos de América es que, en las islas como Haití y Santo Domingo, 20 años después de la llegada de los europeos se calcula que la población de indígenas había sido diezmada notoriamente.

Por otra parte, a lo largo de los siglos de permanencia de la viruela, ha habido mutaciones, como en Nápoles en 1544, la llamada viruela negra que es altamente mortal (entre 30 y 50%), desfiguraba a los enfermos y los dejaba ciegos. En 1979, oficialmente se decretó el fin de la viruela –y de su última variante conocida– gracias a la vacuna, que fue la primera desplegada de manera generalizada y “la aplicación de ésta permitió que el virus de viruela fuera

el primer agente infeccioso erradicado del planeta por un esfuerzo mancomunado por numerosos países” (Coto, 2002, p. 5). Sin embargo, en el año 2022, nuevamente apareció una posible variante, la Viruela símica, con lo cual nos queda claro que los virus conviven con nosotros y, juntos, habitamos este planeta.

La pandemia la hemos enfrentado de distintas formas, individual y colectivamente. Gracias al interés por erradicar la viruela se descubrió la técnica de la vacunación, lo que nos preparó como humanidad en el siglo XXI para enfrentar la covid-19, y obtener la vacuna en tiempo récord. Es decir, se aprovecharon siglos de investigaciones y aprendizajes para obtener la vacuna contra la covid-19 y producirla a gran escala. Y junto con las medidas de sanidad, el cubreboca y el aislamiento social son las herramientas preventivas que la ciencia y el buen juicio de las personas han implementado; porque parecería que el virus marca su propio tiempo.

Pero de manera individual, nos tomó por sorpresa la pandemia, no la esperábamos, cada quien la ha vivido como ha podido, utilizando sus recursos financieros, tecnológicos y emocionales para enfrentar la adversidad.

A marchas apresuradas la sociedad tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones: ante la incredulidad y la negación, el mundo cambió. Porque el enemigo invisible llegó a lugares inesperados, viajando como polizone en el aire, los objetos, las manos.

Aunque los epidemiólogos saben que las pandemias son cíclicas, que son parte de la evolución y surgirán muchas más, ante la soberbia de la sociedad del nuevo milenio, de tantos avances tecnológicos y médicos, no podíamos creer que pusiera en crisis a la humanidad. Haciendo un corte de caja, hoy se conocen muchas de las consecuencias que la viruela dejó durante todos esos siglos, pero de la covid-19, solo con el tiempo se sabrán.

Lo que alcanzamos a ver es que, tras esta nueva pandemia, una revolución tecnológica como vorágine inusitada sorprendió la segunda década del siglo XXI, marcando como nunca, velozmente, un acercamiento de la sociedad a los medios de comunicación

a distancia, lo que fue necesario e indispensable para la supervivencia. Y lo impensable: en México, durante los primeros meses de 2020, las fábricas, oficinas, negocios, aeropuertos, parques y escuelas fueron cerradas. Sin embargo, el trabajo docente no se detuvo tras las vacaciones extendidas por Semana Santa, las labores continuaron y constituyeron un reto, que se enfrentó gracias a la creatividad y compromiso de una legión de docentes de todos los niveles educativos.

Las formas de trabajo que las y los maestros implementaron desafían a las reformas educativas, a los enfoques y las didácticas actuales, porque como una revolución educativa surgida de la necesidad y la prisa, se llevaron a cabo prácticas que no parecían viables, inclusive eran inimaginables.

Y para quienes creíamos que la educación a distancia era una posibilidad para minorías y en situaciones específicas, nos sorprendimos cuando todo un país intentó trabajar de este modo, las elaboraciones que se crearon en cada escuela –en ciudades, pueblos, rancherías o caseríos– fueron producto de la creatividad. Desde clases diarias en plataformas para quienes tenían los medios económicos, hasta niñas/os que prácticamente no volvieron a tener contacto con sus compañeras/os y docentes. Y el recurso económico fue un factor excluyente, diferenciador.

Además, la pandemia exacerbó el deterioro de la economía en gran parte de la población, específicamente en las mujeres, debido a que muchos trabajos perdidos están relacionados con servicios y cuidado, es decir, las dejaría sin posibilidades para seguir obteniendo un ingreso. En los meses más graves del confinamiento, las trabajadoras domésticas prácticamente desaparecieron, también quienes lavaban y planchaban; las cuidadoras, estilistas, muchas maestras y secretarías perdieron sus empleos; pequeñas loncherías y cocinas cerraron; aquellas mujeres que vendían dulces, bocadillos, quesadillas y tamales afuera de las escuelas, fábricas o en las esquinas, desaparecieron. Los trabajos informales sufrieron los peores daños, y considerando que de cada 100 personas que cuentan con seguridad

social por tener un empleo formal hay 66 hombres, quedaron las mujeres en gran desventaja.

Saber cómo han vivido las mujeres docentes los tiempos de covid-19 es el objetivo de este libro, producto de un proyecto registrado en la Comisión de Evaluación y Seguimiento de Proyectos de Intervención e Investigación (CESPII), de la **Universidad Pedagógica Nacional (UPN)**, por parte de cuatro académicas de las unidades **095 y 097 que se inició en mayo de 2021**, justo cuando se venía saliendo de la tercera ola de la pandemia, que provocó miles de contagios y defunciones, y se tenía la esperanza de que la vacuna detuviera este tsunami sanitario.

Para dar cuenta de este momento histórico para las mujeres docentes en tiempos de covid-19, utilizamos como forma de indagación pedagógica el relato de vida en su variante autobiográfica, que si bien tiene un coqueteo con las formas literarias y artísticas, es una poderosa herramienta para mostrar el quehacer docente, la transformación personal y el desempeño profesional.

Entre tanta incertidumbre, este grupo de mujeres se animó a escribir sobre su práctica docente, a manera de documentación narrativa de experiencias pedagógicas (Suárez, 2005), así como su transcurrir personal y familiar durante la pandemia, como un ejercicio histórico-cultural que les permitiera darse un espacio para reflexionar sobre lo vivido. He aquí la historia de 14 mujeres docentes que han trabajado en diferentes niveles educativos –universidad, secundaria, primaria y preescolar–, quienes tuvieron su propio acercamiento a la covid-19, algunas desde su propia carne, otras, por sus seres queridos.

El día tiene 24 horas: cómo las han vivido estas mujeres en el confinamiento, cómo las dividen entre su trabajo docente y su vida personal y familiar. De estas horas dan cuenta los relatos. Pero antes es necesario explicar la función del relato pedagógico, sus posibilidades y retos como forma textual útil para dejar un testimonio de los tiempos y experiencias vividas, su poder transformador y su relación con el arte de nombrar por escrito.

La literatura, con su poder estético y creador, ha dejado huella del pasado: gracias a ella sabemos que las pandemias han sido recurrentes, siempre están ahí, alertas, esperando la oportunidad de brotar con nuevos y revolucionarios virus. Muchos autores/as han tratado este tema, por ejemplo, Virgilio, Boccaccio, Defoe, Camus, y la lista podría prolongarse hasta García Márquez en su *Amor en los tiempos del cólera*, tiempos tan similares a los que ahora vivimos. Autores y autoras de ficción nos regalaron estrepitosas cuartillas donde el terror y el desconocimiento del problema de salud se destacan. Las pestes del pasado no se diferencian de las del presente, tal es la conclusión.

Los siguientes relatos no son literarios, no se trata de ficción sino de narraciones pedagógicas, donde se utiliza como herramienta discursiva la autobiografía, un género surgido de la ficción retórica y utilizado por otras disciplinas como estrategia de recuperación de información e investigación, como en la antropología, la historia, la sociología y la pedagogía. Según Cornejo (2006), en el marco de la Escuela de Chicago se utilizaban los relatos de vida para dar cuenta de las poblaciones observadas. Pero la autobiografía, como género, es el resultado de siglos de conformación: data desde tiempos de San Agustín (Caséda, 2012), es difundida entre los siglos XVI, XVII y XVIII, hasta que durante el romanticismo toma un rostro más cercano al actual; en este sentido, la autobiografía “es el resultado de siglos de transformaciones y como género que está vivo, sigue cambiando y ampliando sus horizontes” (Jiménez y Correa, 2020, p. 104). Actualmente, además de ser valorada su riqueza narrativa, su uso científico está extendiéndose en la investigación social.

Los relatos de vida o autobiografías son narraciones donde la autoría y el personaje principal recaen en la misma persona, para lo cual generalmente se utiliza la forma narrativa de la primera persona. No se da cuenta de toda una vida, sino de algunos aspectos.

Este autor-personaje, al narrarse, hace un fuerte trabajo cognitivo de autoconocimiento que se basa en la recuperación y el ordenamiento de la memoria.

En las últimas décadas, los relatos pedagógicos se han constituido como una forma conveniente para dar cuenta del trabajo docente, pero además como una estrategia de transformación de la práctica, ya que “al desarrollar una autonarrativa, el individuo establece una conexión coherente entre los diversos sucesos de la vida, que estima relevantes al menos para él” (Bolívar, 2001, p. 35). Cada autor/a no solo escribe sobre su práctica docente para compartir sus experiencias en el aula, sino que, al leer y releer estos relatos, puede percibir lo que no es tan evidente, lo que está oculto, trastocando las apariencias, alterando la supuesta realidad, “modificando en algo maneras de pensar y actuar; nos sentimos motivados a introducir cambios en los lenguajes que constituyen las propias prácticas y a sostener una actitud crítica y reflexiva sobre la competencia práctica profesional” (Suárez, 2005, p. 10). Escribir relatos pedagógicos conlleva un ejercicio introspectivo, de recuperación de la memoria, metacognitivo, donde se tiene que hacer uso de la reflexión, de la autocrítica, de repasar y repasar lo acontecido en el aula: las actividades, las dinámicas, los métodos, y buscar mejores alternativas. En este sentido, es una poderosa herramienta de formación y autoformación para el lector/a y autor/a.

La pandemia, con su efecto desorganizador, vino a trastocar la vida personal y colectiva, y a exigirnos –como humanidad– construir nuevas formas de trabajo y de relaciones. Y es aquí donde “las historias escolares y los relatos de enseñanza que narran los docentes en primera persona, constituyen materiales inigualables para conocer lo que hacen, piensan y sienten quienes habitan la escuela” (Suárez, 2005, p. 27).

Así es como este libro ayuda a la construcción de la historia colectiva de la docencia y de las mujeres maestras, voces autorizadas para plantear su realidad social. Ellas reflexionan, se cuestionan a partir del poder transformador de la escritura, comparten sus historias de enseñanza para recuperar la memoria pedagógica, y no la dejan huir en voces y sonidos que se pierden.

En este punto es importante detenerse y retomar la discusión acerca de la relación entre la escritura propia y el esfuerzo por ceñirse a la verdad a la que tantos autores han abonado. Decir la verdad en un relato autobiográfico es cuestión de generosidad y confianza en el lector, es acogerlo como un amigo, es pensarlo como una escucha amable y comprensiva. Sabiendo que será juzgada la persona que narra, pero aun así se entregan los pensamientos, como una ofrenda. Narrativizarse es el esfuerzo del protagonista por nombrar su verdad, y un interés por ordenar la experiencia y escribir la realidad (Bruner, 1998). Y para ello se construye un pacto autobiográfico, es decir, esa promesa de decir la verdad (Lejeune, 2004). Transparentarse frente a la otredad es un acto de enorme hospitalidad, al hablar en primera persona no hay forma de esconderse en el impersonal “nosotros/as”, dando la cara, sin conocer el rostro de quién leerá, de quien está enfrente. En un acto de confesión pública, un escritor autobiográfico regala su desnudez, enfrenta en voz alta sus terrores. Porque: “Hace falta valentía para escribir con sinceridad, para hablar de nuestras propias obsesiones o de nuestros miedos, para decir todo lo que uno siente en las narraciones que escribimos” (Cueto, 2014, p. 90), y a quien lo hace se le debe agradecer la confianza.

Haciendo uso de la conciencia retórica, las autoras aquí escribieron de manera amable, pensando siempre en sus lectores, en espera de crear un relato entretenido y entendible, porque la historia es tan importante como el lenguaje cuando se tiene una aspiración artística. Y este arte consiste en nada menos que escribir una historia que guste al lector, que lo sorprenda y que lo anime a terminar de leer hasta la última palabra. Que le enseñe y entretenga. Y este es el mayor reto, que el lector/a transite por las hojas, como si estuviera en un viaje del que no sabe hacia dónde se dirige. Que la intriga y la expectativa lo lleven hasta el final, lo que por supuesto es el deseo de cualquier escritor/a; un arte que no siempre se alcanza.

Un escritor/a de relatos personales es un creador de intimidades, un descubridor de recaudos únicos, que muestra la singularidad de

su vida, de esa autoexploración que solo puede ofrecer la primera persona al mostrar sus nudos psicológicos y los rostros imperfectos que la cubren.

Un escritor/a de relatos personales pone la piel, se descubre ante la otredad, transparenta sus dudas, siempre con la confianza absurda de que sus palabras son secretos escondidos, encerrados. Su verdadero trabajo consiste en ordenar estos secretos, armándolos y desarmándolos en forma lógica, sacando lo mejor de sus recuerdos.

Aquí cada autora tiene su propio estilo, hay quienes lo hacen de manera directa, con lenguaje sencillo y claro, otras buscan figuras retóricas que iluminan las palabras; su posicionamiento narrativo es diverso, algunas lo hacen desde el dolor, la reflexión, o la conciencia social.

No podemos pedirles a las maestras que se ciñan a la historia pedagógica durante la pandemia, que dejen fuera del relato sus duelos, sus pérdidas, las que finalmente son las que las hacen aspirantes a seres humanas, pues ¿qué seríamos sin el conflicto, sin el dilema?, ¿*Un mundo feliz*? Aceptémonos con todas nuestras complejidades y misterios, y aprendamos de quienes, sin armadura, nos cobijan con sus palabras.

Las autoras ponen en evidencia su situación de vulnerabilidad, ya que al tratarse de una enfermedad tan peligrosa, aparece la discriminación contra quienes se han contagiado y ello provoca una doble condición del padecimiento.

Nuestras historias muestran una transformación a partir de un cambio de acción, de un giro dramático, una *peripeteia* provocada por la inusitada aparición de un golpe demoledor que vino a modificar el orden establecido, el virus depredador. La peripeteia –o peripecias–, como un suceso inesperado que vulnera el orden establecido, que trastorna la realidad y enfrenta a las personas a un *caos* –por ejemplo, en las tragedias griegas–, provoca un giro inesperado en los personajes y los puede llevar a generar un *descubrimiento* de nuevas formas de vida, dando como resultado *cambios* inesperados.

En el caso de las experiencias vividas durante los dos primeros años de la covid-19 por las docentes que comparten sus relatos, muestran estos cambios, un viraje en sus situaciones de vida, de carácter, de trabajo, de familia, de pérdidas. De estas transformaciones dan cuenta los relatos, con este efecto se desmonta el orden y surge uno nuevo, a veces a partir de sucesos profundamente dolorosos. Se transita por el *miedo*, las *pérdidas* y las *lecciones*, tres situaciones que convergen sin un orden establecido.

Para llegar a la versión de los 14 relatos que aquí se presentan, pasamos por un proceso de acompañamiento, de revisión entre pares, que si bien tuvo como objetivo consolidar un mejor texto, ha cumplido con otra función: la de reflexionar sobre la propia práctica a partir de la experiencia de otra mujer/docente, en un acercamiento a la otredad. Construimos una hermandad entre mujeres, una sororidad, aprendiendo cómo otras docentes asumieron el reto de la pandemia.

A cada apartado de experiencias multicolor se le llama *Episodio* porque se pretende crear de cada autora, de manera individual y colectiva, un “episodio autobiográfico de su historia y de la docencia en educación” (Jiménez, 2021, p. 194), durante los años 2020 y 2021, en el contexto del confinamiento.

Sin mayores distracciones, entremos a sus casas, a su vida, a su aula: como cristalinas aves, quienes ofrendan sus testimonios también susurran estos *difíciles tiempos* de covid-19, frase que da sentido a esta experiencia.

Angélica Jiménez Robles

EPISODIO I
MIEDO

INTRODUCCIÓN

La pandemia nos hizo enfrentarnos a miedos que no habíamos experimentado antes. La percepción de un suceso que altera la normalidad y que provoca un sentimiento intensamente negativo, ha sido la constante desde la aparición de la covid-19.

En este apartado encontramos relatos de maestras donde, a partir de sus historias, nos llevan por el camino de la docencia que no se detiene, que a pesar de estar acompañada de preocupaciones y frecuentemente sensaciones de ahogo, agobio, agonía, angustia o ansiedad, continúa su rumbo sin dar tregua.

Aunque el miedo a veces es creado por una situación imaginaria, en este caso estuvo muy distante de serlo, pronto se prendió una alerta de peligro en el interior de las personas y esa sensación de que en cualquier momento se sufriría un daño, era real.

En las siguientes narrativas se destaca ese temor al contagio que hizo que cambiáramos nuestras rutinas y actividades, incluso las esenciales: los docentes implementamos nuevas estrategias para que, a la distancia, se pudiera llevar a cabo nuestro trabajo. Ese ambiente percibido, donde la amenaza estaba latente, nos hizo no solo paralizarnos sino mover nuestras capacidades hasta límites que a lo mejor no conocíamos. La sensación de volverse pequeño/a, de sentir que nos diluimos en el espacio, como lo

mencionan Antoni y Zentner (2014), nos acompañó a cada paso, en cada minuto del día.

Los relatos nos hacen caminar por esa emoción que nos acompañó durante toda la pandemia, y aún parece no terminar. En ellos sentimos la desconfianza de estar en contacto físico con los demás, el percibirnos vulnerables ante la enfermedad y cómo afrontarla. Incluso el temor que se despierta después de ver las noticias diarias sobre la evolución del coronavirus y los estragos que va causando. *Nuevamente la horrible sensación de miedo me abrazó, me enfrió los huesos, haciéndome estremecer con escalofríos*, describe una de las maestras en este apartado.

Sin embargo, los sucesos del día a día continuaban: enfermos cercanos y lejanos, pérdidas de personas queridas, inestabilidad laboral, encierro... fueron una alerta y, al mismo tiempo, el motor que nos permitió movernos (Muñoz, 2009).

Como docentes, el miedo que experimentamos nos hizo reflexionar sobre lo que podían estar viviendo nuestros alumnos/as y aunque las exigencias institucionales parecían llenas de interés porque su educación continuara, no siempre fue posible. La realidad la teníamos nosotras a la vista en el esfuerzo diario para no perder a nuestros/as estudiantes, y que siguiéramos cercanos/as, por medio de la pantalla, mensajes vía WhatsApp, o de cualquier otra forma, hasta pegando carteles afuera de las escuelas, como se pudo ver en algunos casos.

En uno de los relatos se comparte esta reflexión: *De los miedos y de la incertidumbre surgieron maravillosas experiencias, el tener una cercanía como profesora con mis alumnos en la intimidad de sus hogares cambió la perspectiva que yo tenía de esa comunidad*.

Así, cada historia que se presenta nos va acercando a la emoción del *miedo*, pero sobre todo pone al descubierto lo que las maestras de diferentes niveles educativos lograron a pesar de los *miedos*.

MIS SENSACIONES Y VIVENCIAS ANTE LA COVID-19

María de Lourdes Sánchez Velázquez

El objetivo de este texto es describir mis sentires y miedos sobre lo ocurrido en el periodo 2020-2021, con el fin de que otras, otros, otras, de nuevas generaciones que nos siguen, se den cuenta, en el futuro, de lo sucedido como etapa histórica que enfrentamos a quienes nos llaman generación *baby-boom*, nacidos de los años cincuenta a los sesenta.

En primer lugar, quiero expresar que esta primera etapa de covid-19 iniciada en el 2020, estuvo cruzada con otros acontecimientos de igual magnitud de transformación para las maestras tanto de nivel básico como medio y superior.

Las variaciones sobre esta nueva forma de vida cotidiana y educativa fueron tan inesperadas como si hubiéramos cerrado las cortinas antes de ver una película y al abrirlas ya era otro mundo, una nueva realidad aparecía ante nuestros ojos.

Las escuelas se cerraron, dejamos de tener contacto cotidiano con otros y otras, el mundo quedó expectante ante la mortandad. La interacción, tan importante para aprender de los demás, se esfumó rápidamente; y peor aún para quienes nunca pudieron conectarse por falta de equipos, de conexión a internet y esto, a su vez, provocado por carencia de recursos o empleo. No fue fácil aceptar

esa nueva vida de encierro. Sin embargo, lo aprendimos, hicimos y abrimos varias posibilidades para conectarnos. Esos momentos requirieron de adaptación y recurrir a algunos consejos para no quedar fuera y cortar la clase, como cuando nos conectamos varias veces para terminar un examen profesional y al final hasta usamos el teléfono celular. Los docentes hicimos equipo para pagar y no limitar el acceso a diferentes recursos (Zoom, Meet, entre otros). En el proceso, para unos más fácil que para otros, lo iniciamos y continuamos por dos largos años. Los formatos seguían cambiando y con ello grandes avatares para continuar con nuestras clases.

En algunas instituciones los salarios se dilataban. Hubo igualmente protestas por falta de pagos al profesorado de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ya se sabía que enfrentábamos una crisis de universidades pequeñas. Igualmente, pasábamos por protestas que siguen hasta la actualidad, por los feminicidios, por ejemplo.

Al leer varios artículos encuentro, primero, una creencia infundada en mi pensamiento respecto a nuestro sistema económico: tal vez algunos pensábamos que el capitalismo aunque seguía en expansión y presente en nuestras vidas, estaba pleno de contradicciones generadas desde su propio desarrollo y que, como señala el materialismo dialéctico, se eliminaría por esas mismas contradicciones; sin embargo, no estaba cercana la idea de la continuidad imperialista por medio de una guerra biológica, aun cuando lo vimos en 2009 con el virus A (H1N1) de la influenza.

En las fases que conocemos como primera, segunda y tercera ola de covid-19, a casi todos nos cambió la vida, si bien aprendimos a mirarnos de otra manera y a valorar la vida, la escuela, el aire, la familia, las amigas y amigos; perdimos el contacto físico, la interacción social imprescindible para la propia existencia, para no sentirse solos. Niñas y niños dejaron de jugar, de abrazarse, de hablar con sus pares, intercambios que son básicos en su aprendizaje y desarrollo. El miedo nos sirvió para ver cuán vulnerables somos ante fuerzas externas, nos acostumbramos a estas emociones con el

tiempo y tomamos mayor conciencia sobre lo que nos ha pasado. Fue el camino a seguir para no quedar paralizados. Tomamos conciencia de que eso nos llevaría a pensar nuevos caminos para una mejor educación, para darnos cuenta de que necesitamos fortalecer las relaciones humanas y la importancia que tiene hablar, estar en contacto, vivir en comunidad.

Sin embargo, pocos hemos tenido la oportunidad de hacer un alto y pensar cómo seremos en esta nueva etapa, hacia dónde va la educación, cuál es el papel de nosotros los docentes como responsables de este cambio, y surgen preguntas como: ¿el profesorado y tutores de familia son los únicos que deben vigilar la educación?, ¿quién lo debe hacer?, ¿quiénes tomarán la iniciativa?

¿Hasta dónde somos conscientes de las grandes transformaciones sucedidas en esos dos años y lo que depara el futuro para la educación de la niñez mexicana? ¿Qué hacer ante estas grandes ausencias de aprendizaje que observaron las y los maestros una vez que se dio el regreso a la escuela, cuando parecía que la historia se detuvo y con ella grandes abismos de conocimientos? ¿Cómo lograremos cubrir esos vacíos educativos?

Sobre todo es preciso preguntarnos cuál es el papel de la escuela en esta nueva etapa y en manos de quién estará: ¿serán los padres/madres, el profesorado? y ¿qué pasa ante estos nuevos retos que nos plantea una educación híbrida? ¿Las familias, con toda la gama y diversidad de historias que las conforman, están en la disposición de hacer un trabajo colaborativo para lograrlo? ¿La escuela confía en su dirección? ¿Qué nos falta aprender como sociedad de esta crisis sanitaria que trajo consigo consecuencias lamentables para todas, todos y todes? ¿Habrá que construir nuevos marcos de referencia?

Casanova plantea las siguientes preguntas nodales respecto a la problemática que nos ocupa: ¿Cuál es la relación entre la brecha digital y las grandes asimetrías que se viven en México? ¿Cuáles son las condiciones reales de la sociedad en términos de acceso a la tecnología? ¿Qué beneficios y qué efectos no deseados traen las

políticas para la educación centradas en el uso de las tecnologías? (2020, p. 14).

Estos cuestionamientos invitan a pensar sobre el futuro de la educación, aspecto del cual tomamos parte como agentes activos inmersos en un sistema educativo. En cuanto a los datos que aporta, son ciertamente preocupantes, ya que la muy nombrada brecha de desigualdad ante la tecnología e innegable a nuestros ojos, se vuelve factor que nos recuerda la pobreza y miseria que vive la población mexicana. ¿Qué hacer, entonces, ante tal segregación que tiende a ocultarse y afecta a muchas de las familias y sus descendientes? Se han presentado estudios al respecto –por ejemplo, Mendoza (2020)–, sin embargo, las acciones que contrarresten tal situación son mínimas. Por su parte Didriksson (2020, p. 156) sostiene que “más del 50 por ciento del total de los estudiantes en el sistema educativo nacional no cuenta con las herramientas, lugar de estudio, accesibilidad, conectividad de calidad o con alguna posibilidad de continuar con sus clases fuera de las aulas”. Ya señalamos, en varios de nuestros testimonios, los avatares que cada docente atravesó para transformar el hogar en escuela u oficina, con las limitaciones que esto trajo para la mayoría, que habita en una casa pequeña con lo más indispensable en servicios y espacios; esto implicó cambios culturales profundos en lo que respecta a la conversión del espacio privado e íntimo en público sin ningún apoyo institucional.

En el mismo tenor, Flores considera la situación de la responsabilidad entre familia y escuela respecto a la educación en tiempos de pandemia, sobre la que giran cinco tensiones principales: “1) actividades laborales *versus* actividades escolares; 2) dedicación al estudio *versus* carencias en el hogar; 3) armonía familiar *versus* violencia; 4) demandas de la escuela *versus* apoyo académico familiar, y 5) control escolar externo *versus* autorregulación” (2020, p. 39).

El uso de la tecnología ha sido fundamental para salir del paso durante el tiempo en que las familias permanecemos en aislamiento en nuestra casa, sin embargo, los datos acerca de la población mexicana indican que apenas 44.3% de los hogares cuenta con

computadora, 56.4% con conexión a internet y solo 10.7% accede a la red telemática fuera de su hogar (Inegi, 2020).

Hay que destacar que el estudiantado no solo aprende leyendo de la información que encuentra en los dispositivos sino también por “el cuerpo, el movimiento, los sentidos, las emociones (que) están involucrados en cómo cada persona internaliza la información” (Mendoza, 2020, p. 349).

Sin embargo, uno de los mayores problemas fue que el profesorado se quedó sin empleo, sobre todo de escuelas privadas, así como aquellas educadoras a quienes se les redujo el salario hasta en un 70%. Al no abrir las escuelas, nuestras alumnas abandonaron los estudios y su preparación porque la institución cerró sus puertas y ellas no lograron continuar con su intervención pedagógica. Y aparece el miedo a lo desconocido, por no saber qué va a pasar. Entonces me pregunto: ¿Qué hacer ante tanta incertidumbre? ¿Cómo imaginamos que pueda ser una educación inclusiva, sin segregaciones ni discriminaciones? ¿Quién está en riesgo de quedar fuera? ¿Podemos crear una situación nueva a partir de lo aprendido?

Lo que necesito expresar no es únicamente el miedo generalizado que la sociedad sintió, sino la esperanza de que todavía podemos construir algo distinto con un sentido crítico de lo que vamos viviendo.

Es importante dejar sentado un testimonio a las generaciones venideras sobre la experiencia vivida en torno al fenómeno covid-19, manifiesto desde marzo de 2020. En este escrito se da importancia a las vivencias de los actores sociales que lo pagaron con la vida y el dolor por la muerte de familiares y amigos, amigos y círculos cercanos, porque expresaron diversas situaciones y contextos de la crisis social, económica, educativa y de salud, principalmente. Lo relevante, también, es cómo ha cambiado nuestra vida cotidiana, pública y privada, y su relación con la vida institucional en la familia y en las escuelas.

La lectura de Benjamin (2008) todavía resuena en mi pensamiento: la humanidad necesita hacer un alto, es imprescindible

detenernos a pensar en lo que está pasando. Me siento muy interpelada por la idea del falso progreso que plantea este autor en el contexto de la segunda guerra mundial. Desde que comenzó la pandemia toda la población se empezó a alarmar por los acontecimientos. Sin embargo, no cabe duda de que a la mayoría nos tomó por sorpresa este nuevo reordenamiento del capital; para alguna corriente crítica es una guerra biológica contra la humanidad, los más vulnerables en primera instancia, un plan orquestado desde cualquier potencia mundial. Sí es trascendente pensar si se originó en China o Estados Unidos de América. La gente enviaba falsos mensajes para ver si había algo de cierto o por lo menos para corroborar con quien te respondiera; nerviosismo y ansiedad fueron las primeras respuestas ante este fenómeno inédito por sus características antinaturales; la idea era someter a juicio tales versiones y el resultado serían olas de nuevos mensajes cargados de tintes políticos en contra y a favor del gobierno y las medidas de protección contra el virus.

Los grandes cambios tocan siempre el orden de la cultura. Ahora nos corresponde mirar nuestra vida desde la óptica de un antropólogo, como un pasaje de la historia, o bien, como un marciano en un mundo caótico y desconocido; no dejaría de llenar escritos del impacto de esas balas sobre los cuerpos heridos e indefensos ante la barbarie económica del sistema. Y lo digo así, como balas, porque tuve un sueño en el que eran como pequeños fusiles blancos que caían en mi cabeza. Tendría que haber una reflexión a partir de vertientes de análisis sistémico humanista y decolonial, ya que siguiendo a Agamben (2020) y Butler (2020), se trata de un reordenamiento del capital.

Pensar en el paradigma decolonial como un marco de inteligibilidad, esto es, reflexionar como lo sugiere Butler (2018): desde qué marcos podemos aprehender esa realidad, de forma tal que tengamos derecho a reconocer esos hechos y hacerlos presentes, llorarlos, vivir un duelo por las pérdidas, me pongo a pensar. Los planteamientos expresados refieren un problema ontológico, pues me pregunto:

¿Qué es la vida? ¿Qué condiciones políticas la hacen posible? ¿En qué condiciones es factible aprehender una vida, o un conjunto de vidas, como precaria, y en qué otras resulta menos posible?

Lo que se plantea es una ontología del ser, del cuerpo, aun cuando “el cuerpo está expuesto a fuerzas social y políticamente articuladas” (Buttler, 2018, p. 16), así como a ciertas exigencias de sociabilidad: el lenguaje, el trabajo y el deseo. Digamos que hay un modelo de *ser* exigido a todas las personas en todo el mundo, independientemente de cuál sea su historia, su clase social; solo se debe ser, actuar y pensar bajo esos marcos que son políticamente contruidos para perpetuar modos de ser y actuar en la sociedad. Y es básicamente lo que ha traído la pandemia, un cambio radical de vida que nos obliga a aislarnos y estar desvinculados como comunidad.

Dicho marco de inteligibilidad existe y se crea y recrea a sí mismo para garantizar que siempre sea así, apenas se va actualizando, no transformando. Existen nuevas normas de convivencia de nexo con el mundo, que para unos será fácil y para otros cada vez menos posible; sin embargo, para la autora esa aprehensión puede convertirse en la base de una crítica de las normas del reconocimiento.

Para quienes toman conciencia de que hay otras formas de vida que es necesario y urgente mirar, reconocer. Reflexionar sobre la palabra, aprehender y reconocer conlleva responsabilidades, desde mi perspectiva ello implica una acción crítica, un compromiso y de otra manera serían nada más que discursos. Esto se da así en contextos políticamente creados, por supuesto por una estructura social y económica a la cual le resulta conveniente que así sigan las condiciones de vida y nadie puede voltear a ver de otra manera, pues estamos atados a mirar la vida desde esos marcos ya establecidos, legitimados.

Me interesa reflexionar sobre la siguiente pregunta: ¿hemos dejado de ser y tener una vida radicalmente distinta de como era antes? Ahora estamos casi solventando gastos que le tocan a las instituciones, pues las oficinas de gobierno de cada sector residen en las casas, invaden la intimidad y espacios de vida privados a costa de

los mismos trabajadores. Se responden demandas de trabajo a altas horas de la noche, como un empleo a destajo. Y a casi nadie le alcanza la jornada del día para terminar sus pendientes. Empiezo a creer eso de que antes éramos felices y no lo sabíamos, casi me lo creo.

EL USO DEL ESPACIO, LO PÚBLICO, PRIVADO E ÍNTIMO

Las fronteras entre estos tres son muy delgadas; pareciera que todo sucede en un *kairos* y es a la vez un tiempo histórico: *kronos*.

Aunque de todos modos paguemos el servicio de internet, existe el uso del espacio para el sector público estatal. Y los trabajadores sortean tales gastos.

Lo que aquí es entendible es que la continuidad de las pandemias se refleja como una forma de establecer una crisis económica y mover la lógica de las mercancías, ya que les resulta favorable para sectores que comercializan con la salud, y a costa de la vida de miles o hasta millones de personas. Eso es un genocidio franco y directo. Continuidad, ya que es algo parecido, solo que corregido y aumentado a las emergencias sanitarias de 2009 y 2020.

UN POCO DE HISTORIA PERSONAL

En el año 2019 venía saliendo de una crisis de salud que me colocó al borde de la muerte, así que no fue fácil la decisión de suspender por un año –en 2020– mi tratamiento médico. Ya que había logrado sortear la muerte, sentí miedo porque estaba nuevamente en riesgo. El hospital donde estuve internada se convirtió en receptor de casos de covid-19 y, por ello, la pandemia la viví como muchos otros: con miedo, angustia, ansiedad por no poder salir ni siquiera a mis estudios de laboratorio (que me tocaban en abril de 2020); tampoco podíamos salir unos días de vacaciones y lo único que me consolaba era que, dos años atrás, había podido conocer algunos lugares.

De manera sorpresiva, muchos docentes empezamos a incursionar cada vez más en las clases en línea y en un par de semanas ya estábamos instalados/as en nuestros nuevos espacios; por lo menos adapté un lugar en mi casa con mi escritorio y en particular, pronto pude utilizar recursos que me recomendaron, como Zoom y Meet. El alumnado de licenciatura con el que trabajaba era exigente y demandante, claro, tal vez no les había ido tan bien en experiencias pasadas, pues ya eran estudiantes de noveno semestre y a punto de culminar sus estudios. Paralelamente, enfrentamos en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) nuestras demandas por falta de pago de las becas y otras prestaciones –no devengadas en varios meses–. Considerando esto último, más el aislamiento obligado, la situación universitaria se ponía compleja. Mis maestras de la UNAM, sin base laboral e interinas durante años, se quejaban igualmente por lo de los pagos y el maltrato de la autoridad, debido a su apoyo a movimientos de mujeres universitarias que tenían tomadas las instalaciones de varias escuelas. Se veía un resurgimiento del movimiento feminista del 8 de marzo, de manera que si quería asomarme a la calle a ver qué sucedía, ante tantas tensiones decidí estar atenta a las discusiones y manifestaciones sociales, tal como una reportera que trata de comprender aquellas acciones.

En esa etapa, en casa, estaba a la espera de mi hija, que llegaría del extranjero de sus estudios de maestría; me sentía muy inquieta por lo riesgoso de su arribo. En agosto apareció sin problemas, nos anunció que pronto sería madre y haría su examen profesional en línea. Fueron acontecimientos que nos cambiaron la vida. Ella sería una de las primeras que hacía un examen profesional en esta modalidad.

Continuaba con mi trabajo docente en línea, más o menos accesible para quienes ya nos habíamos acostumbrado a ese medio de comunicación y contábamos con equipo. Sin problema alguno trabajé con los grupos correspondientes, hice varios exámenes en línea y uno hasta terminó vía llamada telefónica, ya que se perdió la señal de internet.

Sucedió que mis estudiantes de maestría, como parte de sus actividades, realizan un proyecto con sus alumnos de educación básica, pero durante las clases me daba la impresión de que estaban en otro lugar, pues algunas de ellas no abrían su cámara, y hasta que hacía preguntas directas o al azar me daba cuenta de que no asistían. Después supe la razón. Hubo alumnas que perdieron su trabajo en escuelas privadas o centros comunitarios. Ya no tenían grupo y algunas ya solo ayudaban y acompañaban a los niños/as de ciertas familias. Unas más decidieron trabajar en las casas de los infantes en forma particular. No encontraban el rumbo para continuar sus estudios en la universidad y cumplir con sus actividades de docencia; en casos específicos implementaron un salón de clase en un espacio de su casa. Entonces las académicas nos preguntamos: ¿cómo las evaluaremos si ya no tenían alumnado con el cual finalizar sus proyectos de intervención? Y si estaban por concluir sus estudios, ¿qué harían? Las exigencias de encontrar al estudiantado perdido “hasta por debajo de las piedras” se volvió un tormento para el magisterio. Era un dilema también para nosotros, asesores y asesoras.

Hubo estudiantes de maestría que optaron por trabajar en su tesis durante la emergencia sanitaria, otras se dieron de baja por enfermedad o por tener que cuidar a su familia, pero también las pérdidas les trajeron nuevas responsabilidades. Ellas continúan trabajando hasta ahora y nosotras, las tutoras, las acompañamos para construir una mejor educación, que no sea segregacionista ni excluyente y sí para todos y todas. El alumnado de nuestra universidad se veía ya muy saturado de trabajo, resistiendo hasta el último aliento con cada vez más tareas y nuevos retos.

Cuando me enteraba de que alguien se había enfermado y estaba en el hospital, la tensión crecía, porque sabía que iba a cambiar los parámetros de trabajo y evaluación, ya que reprobarlas en esos casos sería un atropello, así que optamos por ser más flexibles en el proceso.

Las profesoras también enfrentaban problemas de conexión, porque la tecnología no era accesible a todos los bolsillos, además

de verse obligadas a construir ambientes de aprendizaje alternativos y en colaboración con toda una diversidad de familias.

Sin embargo, ya empezaban los despidos de profesoras que prestaban sus servicios en pequeños colegios particulares y centros comunitarios. De grupos de 20 alumnas despedían a siete, o bien, les rebajaban el sueldo hasta en un 70%. Pronto sus colegios cerraron las puertas. Concluir la licenciatura de las estudiantes de último semestre corría peligro, pues algunas no habían terminado su intervención; me sorprendió que hasta dejaban de ir porque se empezaron a enfermar.

Una vez, la hija de una alumna me envió un correo para preguntarme si iba a reprobar a su mamá, pues ella estaba enferma e internada. Otras chicas no querían ni avisar que se enfermaron, sin embargo, su ausencia fue evidente. Al final se fueron recuperando poco a poco. Las noticias alarmantes y amenazadoras de todas partes del mundo estaban en auge. En particular seguía yo a un grupo de Facebook que se llamaba *Médicos por la verdad*, quienes se manifestaban en contra del uso de cubrebocas, denunciaban la creación de vacunas desde el año 2018 y había tales videos de ciertas experiencias que era difícil de creer lo que pasaba. Actualmente sabemos que innumerables videos son editados con malas intenciones. Los semáforos de alerta fluctuaban cada día de una forma tal que se empezaba a sospechar de su credibilidad. Aunado a las noticias que iban y venían de bandos contrarios y a favor del gobierno mexicano y el secretario de salud federal.

Opté por asistir a un curso sobre emociones y salud, que se había suspendido tres veces ese año, y en noviembre nos llamaron a un evento presencial. El médico nos alertó sobre lo que todavía faltaba de la pandemia, y fue precisamente cuando entró la tercera ola de covid-19 en 2021.

Para el mes de diciembre me enteré de que en la familia del padre de mis hijas se contagiaron del virus letal. Dos hermanos, una tía, una prima, el esposo y los dos abuelos se enfermaron; era un verdadero caos desesperanzador. Aun cuando su tía era médica, enfrentó una

terrible situación como profesional e imagino la impotencia de no poder salvar a su padre —el abuelo de mis hijas—. La familia estaba cansada y triste. El día 23 de diciembre, en el aviso del traslado del hospital, de pronto nos dijeron que el hombre no aguantó y murió. Para mí esa noticia fue devastadora y unos días después, en los rezos del Rosario, toda su familia y yo recordamos lo que nos había ayudado con la crianza de nuestros hijos. Acompañé a mis hijas porque sus abuelos habían estado cerca de ellas toda su infancia y juventud.

Había muchos enfermos cercanos, además murió el ex esposo de una prima mía y sus dos hijos se contagiaron, otros tres hermanos familiares fallecieron y el hijo de un sobrino tuvo fiebres incontrolables. El panorama era desalentador y el miedo generalizado, una pandemia paralela. Ese mes de diciembre una prima apareció en mi casa poco antes de enfermarse, la desconfianza no se hizo esperar entre toda la familia, por lo cual yo estuve poco tiempo solo para saludar y me retiré sintiendo miedo.

El 31 de diciembre fue triste y doloroso, nadie quería juntarse como otros años. Nos conformamos con llevar viandas a nuestra familia y retirarnos pronto por el temor al contagio. La soledad, miedo y tristeza reinaban en las casas de los parientes.

Al mismo tiempo me enteraba de que las alumnas más allegadas y sus familias se contagiaban; con una de ellas sentí vergüenza, pues en el apuro de su titulación y sin saber que se había agravado su enfermedad, yo le pedía mayores avances, pero en las fotos que me mostró vi su estado de su salud y supe que fue injusto de mi parte ser tan exigente. Algunas de sus historias aparecerán aquí gracias a que las he invitado a compartir su experiencia como autoras.

Lo peor fue no vislumbrar un absoluto final de la pandemia, nos esperaba una cuarta ola, quizás, y no sabíamos cuántas más. Eso no era todo, en adelante tendríamos que justificar —si queríamos viajar— cuál era la vacuna que nos aplicamos y asumir la eventual prohibición para entrar a determinados países.

Cuando creíamos que todo se volvería a equilibrar con la vacunación, ha resultado que la trama continúa, pese a que una tercera

ola de contagios ya nos parecía inaudito, pero a finales de 2021 la incertidumbre era enorme.

EN TORNO A LA IDEA DE NORMALIDAD Y EDUCACIÓN HÍBRIDA

La idea de normalidad aparece como si se perfilara a la nueva dinámica de trabajo de educación híbrida. Conservo la esperanza en que construyamos alternativas para los más vulnerables socialmente.

Y en el área de la educación, ¿qué está pasando? Miles de docentes aprendimos a trabajar en línea para conservar nuestro trabajo y porque somos los responsables de la educación escolarizada, sin embargo, lo más rescatable de la relación educativa es el contacto directo con el alumnado que se ha fracturado, obturado y hasta perdido. No sabíamos por cuánto tiempo más estaríamos en esta condición, porque la amenaza continuaba en los colectivos escolares, familias y la sociedad en general.

En los momentos de crisis podemos construir algo distinto, y reflexionar acerca de lo que vamos viendo sobre el aprendizaje y las emociones de la niñez mexicana y del profesorado que acompaña el proceso. Lo que sí está claro es que varias plataformas y medios multiplicaron sus ganancias en forma vergonzosa en plena crisis mundial. Pareciera haber sido el plan perfecto de enriquecimiento y, a la vez, la aniquilación de los más vulnerables, personas mayores de 60 años y con padecimientos crónicos para las que ya no habría alternativas de salud pues la amenaza del coronavirus sigue latente.

¿Qué clase de poderes pueden crear tal destrucción de la vida humana? Hoy identifico que hay sectores y personas más vulnerables o damnificadas; por ejemplo, quienes presentan enfermedades crónicas y son mayores de 60 años, como si fueran los elegidos de una especie de ley darwiniana que “de forma natural” permite la supervivencia de los más fuertes. Ni la novela *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago, mostró el terror vivido en los hospitales, tanto de los

contagiados como de sus familiares, que al internarse no volvieron a verse más. ¡Qué terrible realidad es desconfiar del acercamiento de tu propia familia! Ni qué decir de los que no han podido procesar un duelo por la pérdida de amigos o parientes y sin la posibilidad de acceder a una alternativa de salud digna.

La historia reciente nos recuerda que otras naciones han padecido el horror de la guerra. Esta situación de desesperanza la han vivido numerosos pueblos: se ha derramado sangre en Afganistán, donde mujeres, hombres y niños ruegan por auxilio y como respuesta encuentran apenas el silencio del mundo; en Iraq, ocupado por las tropas estadounidenses y aliadas. Y como en otras guerras, hay que comprender los nuevos rasgos de las políticas imperiales contemporáneas no tan distantes de la realidad actual. Hoy se agregan nuevos desastres, migraciones... ¿qué falta?

La única forma de entender esto es que se trata de una ofensiva colonialista de continuidad histórica, que mediante la geopolítica y la biopolítica tiene perfectamente detectadas las zonas donde quedan riqueza material y mano de obra barata para seguir explotando. ¿Qué nos toca a las clases vulneradas? Agruparnos, salir a la defensa de los territorios que son garantía de sobrevivencia, defender la madre tierra –dicen los grupos organizados de indígenas–, la tierra que nos da de comer.

Recuerdo finalmente que había muchos foros de discusión sobre la covid-19, a algunos ni siquiera me daba tiempo de entrar, o llegaba después, pero todos interesantes dadas las circunstancias de lo vivido. Sin embargo, todo era discusión, sentía que no encontraba un eje para iniciar una verdadera transformación, porque el reto a la distancia ha sido mayor que la educación presencial.

Las mujeres docentes han llevado a cabo acciones alternativas esperanzadoras; el conocimiento práctico que ostentan es toda una caja de herramientas que puede salvar la educación y hacerla posible para un mundo mejor. Entre todas forman un ejército que ya empieza a transformar la sociedad.

LA ESCUELA PENDE DE UNA PANDEMIA

Valeria Velázquez Trejo

El sol llegaba con su fina luz dorada e iluminaba lentamente nuestras calles, como quien corre las cortinas para develar este mundo lleno de texturas porosas y tonalidades grises, colores por doquier, paredes deterioradas, asfaltos agrietados y disparejos, los cuales se acompañaban con las típicas sombras largas de la mañana que proyectaban árboles, cables de luz, edificios altos, y las de las pocas personas que iniciaban el camino rumbo a su trabajo.

La ciudad se fue adentrando a la típica rutina sabatina, con el ruido incesante del tráfico, el bullicio de los tianguis, los gritos y las risas yendo de un lado a otro en los parques. Las calles iban ocupándose –como de costumbre– con las personas que caminábamos codo a codo.

Todo esto sucedía rutinariamente, antes de que se transmitiera por todo el país el mensaje del secretario de Educación Pública, doctor Esteban Moctezuma Barragán, anunciando la suspensión de las clases escolares a casi dos semanas de comenzar las vacaciones de semana santa. Esta suspensión se anunciaba como una medida de precaución ante el virus de la covid-19, del cual México ya no era ajeno.

Me sentí tranquila, pensando que retomaríamos pronto las labores escolares y nos incorporaríamos de manera habitual pasando

las vacaciones. Lo viví como una oportunidad para tomarme un descanso anticipado, pues cualquiera que practica la docencia frente a uno o más grupos de educación básica, sabe lo desgastante que es cada grado y etapa de cualquier nivel escolar. Pues como señala García, el estrés que vive un docente es parte de la tarea cotidiana:

Si nos fijamos en los trabajos de investigación sobre satisfacción-insatisfacción y “stress” docente publicados en estos veinte últimos años aparece siempre como variable analizada, estudiada y correlacionada la indisciplina, el descontrol y la falta de convivencia en el aula. También es investigado este fenómeno como factor causante de perturbaciones psicosomáticas, sentimientos de impotencia, fracaso profesional, irritación, deseo de abandono, burnout (...) del profesorado (2005, p. 164).

Tal es el caso de los maestros de secundaria, que trabajamos diariamente en varios grupos de alrededor de 30 estudiantes –y en algunas zonas hasta con 60 alumnos por aula– para enseñar nuestra especialidad: nos encontramos con chicos y chicas que se resisten a la escolarización porque sus realidades sociales y familiares no corresponden con las prácticas formativas de los profesores, generando continuos choques en la convivencia escolar. En las últimas décadas la conformación social ha sufrido cambios importantes y afectado la convivencia familiar, con un impacto en lo que sucede dentro de las escuelas y, en este sentido, no se puede “considerar como aislado del cambio que las relaciones sociales y familiares han experimentado en general, durante los últimos decenios en todo el mundo occidental. Estamos afirmando que si han cambiando las relaciones sociales también han cambiado las relaciones escolares” (García, 2005, p. 164).

¿Cómo puede un niño/adolescente tener una cultura de respeto, tolerancia y apertura para con los demás cuando en su casa o en el contexto donde vive no hay tal, aunado al adultocentrismo practicado en las escuelas, donde lo invalidan y no le muestran el mismo respeto y la tolerancia que se le exige hacia los demás?

Actualmente trabajo frente a nueve grupos, a cargo de las asignaturas de Artes Visuales y Taller de Diseño y Creación Plástica en los tres grados de secundaria. En una escuela, permanentemente, los maestros tenemos que lidiar con muchas emociones que van y vienen en el transcurso de un día laboral, ya que además de la difícil labor en el aula, las competencias de poderes y la cultura del chisme entre la comunidad docente, desafían el equilibrio emocional de quienes buscamos no participar en eso.

También cabe mencionar la frustración que deriva de cuando son injustas las exigencias administrativas, o los constantes cambios de cada sexenio, pues nunca se le da continuidad a lo anterior. Tenemos que adaptarnos, aun cuando implique un severo desgaste físico y emocional.

Hay que mediar con las barreras conductuales que tienen muchos alumnos, sobre todo por las diversas causas que estén atravesando, ya sean biológicas o trastornos emocionales que, frecuentemente, tienen origen en la familia, como la violencia, el abandono y las adicciones de algún padre, detonantes que los llevan a liberar sus emociones en el aula inclusive con llanto, gritos y conductas agresivas hacia sí mismos o sus compañeros.

Es esta parte social, de la que poco se habla, la determinante en el peso emocional y, por lo tanto, el desgaste del día tras día de cualquier profesor. Porque la escuela es un espacio vivo, con múltiples voces y numerosas necesidades:

Como vemos, la escuela es una compleja red de situaciones, donde se dan los más enredados procesos constitutivos de lo humano y social, donde entre las múltiples interacciones se gesta conocimiento, encuentros de aprendizaje, de coerción, de poder, y también de violencia (Alegría-Rivas, 2016, p. 400).

También los estudiantes necesitaban vacaciones, nueve horas diarias durante 190 días, es demasiado para ellos y se sentían rebasados, no cooperaban, discutían por cualquier cosa, siempre preguntaban sobre cuándo saldríamos y se quejaban de las actividades que

cualquier maestro les pusiera. Era evidente que su reloj biológico ya les exigía tomar una pausa escolar.

Recuerdo esas últimas clases que compartí con ellos antes de que cerraran las escuelas; Derek, de manera prejuiciosa, comentó que este virus lo había causado un señor chino por comer un murciélago, así que el grupo lo aprobó culpando de esto a la gente de esa nacionalidad, pues afirmaban que ellos eran culpables de la pandemia por andar comiendo ratas, insectos, murciélagos, gatos, perros, gusanos y hasta bebés humanos, además de que decían saberlo de buenas fuentes.

Siempre respeté su forma de pensar, pero también los llevé a reflexionar, les propuse que observaran más allá de las apariencias, les dije que se valía dudar de las fuentes de donde se habían informado y escucharan más versiones al respecto. Les conté que no solo en China se acostumbra a comer el murciélago, también en África y otros lugares del mundo, hacerlo es parte de una práctica milenaria y entendible por la pobreza tan grave que los aqueja.

Me miraron inconformes, les había arruinado una historia magnífica para repetir. Esto me recordó a lo que se dijo del sida, también del ébola y muchas otras enfermedades, en las que las versiones dominantes apuntan a África o Asia y siempre son causadas por las prácticas “inaceptables” de aquellos lugares. Es como un castigo a su resistencia cultural frente al occidentalismo.

Me gustó mucho escuchar a Chang, una estudiante que expresó que no era justo que en el aeropuerto hayan impedido la entrada a los chinos, que esto era discriminación.

—¡Desde luego! —asentí— ¡Claro que es discriminación y un intento de contención muy tonto! —comenté apoyando su pensamiento.

Añadí:

—¡No dejan entrar a los chinos, pero a estas alturas el covid-19 ya está en muchas partes del mundo y cualquier extranjero puede portarlo, sea de China o no!

Así era la realidad, el virus ya estaba presente en nuestro país y se diseminaba por todos lados. Fue divertido y enriquecedor

escucharlos y, muy dentro de mí, yo tampoco sabía en qué creer: apareció un nuevo virus, pero su origen no era tan simplista.

Nos despedimos, nos prometimos cuidarnos y nos deseamos el bien, como siempre, y sin saberlo, las puertas de la escuela secundaria se cerraron por casi dos años.

Igualmente, los comercios bajaron la cortina y apenas uno que otro caminante se veía en la calle; el ritmo de la ciudad fue cesando, hasta sumirse en un largo remanso como cuando se corre una cortina y ya solo miramos hacia dentro.

LA ESCUELA EN MI CASA

Esta suspensión de labores se prolongó más de lo imaginado, transcurrieron las vacaciones y aún no nos habíamos reincorporado a las aulas. Con ello llegó la incertidumbre, pues no teníamos fecha de regreso a las escuelas.

A través de los medios de información se nos pedía permanecer en casa, respetar el protocolo de ingreso en los sitios públicos y comerciales, hasta limitaron la apertura de los pequeños negocios y los tianguis. El primer mes de encierro pasó tranquilo, me desconecté de la rutina diaria que vivíamos antes de la pandemia, una rutina en la que sin darnos cuenta nos vamos quedando inmersos poco a poco, hasta darnos cuenta de que es desgastante.

Perdíamos mucho tiempo en el tránsito vehicular durante el traslado hacia los lugares que nos conectan a las actividades diarias: el trabajo, comprar alimentos o salir a comer, hacer trámites, llevar y traer a nuestro hijo de la escuela y otros cursos, solo por mencionar algunas actividades.

Pero todo esto es nada más una impresión que va más allá del desplazamiento, en el uso del transporte y sus interminables horas. Se trata de sentir que se pierde la vida en una rueda de ratón, en la que corremos y la hacemos girar tras una meta inalcanzable y sin final. Ser consciente de nuestra existencia se convierte en un

suceso ajeno a nosotros, como cuando un espectador se descubre en un museo semejante a una acuarela que se va desdibujando.

Hubo quienes, por beneficio o diversión, esparcían el terror en diversos medios de comunicación, noticiarios y redes sociodigitales, quienes controlaron y mantuvieron todo el tiempo a la gente sumergida en la incertidumbre frente a la pandemia.

Mi esposo y yo nos percatamos de que si evitábamos mirar lo que se publicaba en todos los medios para infundir pánico, podríamos conservar una visión fría que nos ayudara a mantener una resistencia mental ante el miedo.

No volveríamos por largo tiempo a las escuelas, tampoco sabríamos cuándo, solo se nos dijo que tendríamos que dar clase a distancia, ¡a un trimestre de concluir el ciclo! A través de un blog publicamos los trabajos y revisamos las respuestas a los ejercicios que íbamos creando para nuestros alumnos y solamente así cerramos el ciclo.

Festejamos a los graduados de la secundaria a través de un video en el que cada maestro les deseaba un buen camino, publicado en el Facebook de la escuela; sentí una gran tristeza, pues los acompañé durante dos trimestres y no pude despedirme de ellos apropiadamente ni supe más de ellos.

Al principio del nuevo ciclo, en pandemia, tendríamos que cambiar la manera de dar clases, buscar la forma de acercarnos más a los alumnos y en la junta técnica acordamos abrir una sola aula virtual por grupo, a la que los maestros accederíamos a través de Google Classroom.

De esta manera, a través de su aula virtual los alumnos encontrarían publicados los trabajos de cada materia y maestro que les fueron asignados, del mismo modo que recibirían la retroalimentación sobre las actividades realizadas.

El Google Classroom se nos vendió como la panacea para superar la distancia y favorecernos con el uso de diversas herramientas digitales para hacer más efectiva y lúdica nuestra enseñanza, ya que íbamos a poder insertar enlaces, videos, imágenes,

formularios, además de que hizo más cómodo el proceso de evaluación al asignarle un porcentaje de calificación a cada ejercicio y se guardaba un registro de las actividades contestadas por cada alumno.

Igualmente, acordamos hacer videocharlas a través de Google Meet, por cada asignatura y para cada grado una vez por semana, dado que se estudian nueve materias en la jornada ampliada.

Entre otras cosas, también debíamos diseñar un plan emergente para quienes no tuvieran acceso a ningún medio digital, por lo que publicaríamos los trabajos en cartulinas pegadas en la puerta de la escuela; sin embargo, no sucedió porque ningún maestro quería exponerse a salir a la calle y el censo escolar determinó que 97% de los alumnos sí contaban con dispositivos móviles o computadoras, y el resto de los alumnos tenían televisión abierta para ver la programación de *Aprende en casa*.

Me sentí parte de este nuevo comienzo en la era de la educación tecnológica, me entusiasmaba apoyar y dar lo mejor de mí, si bien me preocupaba no lograr transmitir mi humanidad para romper con la frialdad del aprendizaje a distancia.

En casa tenemos dos habitaciones, un baño completo, cocina y un pequeñísimo espacio multiusos en el que antes nos llegamos a sentir cómodos, pero después de un mes de encierro, al recorrerlo todo el día, se sintió muy pequeño. En este cerrado espacio ahora me vi obligada a prácticamente instalar un aula para dar y recibir las clases, además de llevar a cabo las juntas escolares y de trabajo.

Además, debíamos compartirlo, mantenerlo como un sitio neutral, asegurarnos de tener un buen servicio de internet, cámara y audio funcionando muy bien, porque ahora nuestra casa y nuestra vida estaban abiertas a las personas. Por supuesto, tuvimos que modificar nuestras conductas íntimas mientras permanecíamos conectados.

Estábamos expuestos y había que evitar los ruidos o mostrar más de lo debido dentro de la casa, aprovechar para bañarnos cuando nadie estuviera conectado, mantener quietas a las mascotas, cuidar lo que decíamos y cómo lo decíamos, no utilizar los recursos al

mismo tiempo para que la calidad de internet no se perdiera, entre otras medidas.

El hogar se había transformado en una escuela pública, mi espacio personal y familiar ya no existía, hasta quedamos expuestos a la crítica de la comunidad laboral. Mi ordenador fue como una ventana hacia dentro de mi casa, mi cultura, mis limitaciones económicas; la Autoridad Educativa Federal en la Ciudad de México (AEFCM) tiene tomada mi computadora, la que yo me compré, registra y administra todo lo que hago desde mi cuenta institucional, se adjudica mi trabajo intelectual, observa mis clases y administra el buscador que debo tener.

Todos tuvimos que aprender a hablar frente a las cámaras, con temor a cometer errores, a caer en las garras de la intolerancia de los padres, volvernó presa de los memes o videos para mostrarnos en las redes sociales, como les pasó a muchos maestros que fueron exhibidos en las redes y noticiarios.

Pero mis temores fueron desapareciendo en la práctica al conectarme y ver lo positivo de dar mi clase abiertamente, pues muchos padres, compañeros y administrativos que se conectaban como observadores, pudieron ver la calidad de mi trabajo y recibir la aceptación de las familias de mis alumnos, con un saludo en cada sesión, con el respeto que a nuestro regreso me mostraron, con los abrazos y mensajes de cariño recibidos.

Me gané el respeto de la entidad escolar y esto me ha llenado profundamente. Disfruté cada videocharla en las que mis alumnos se desbordaban en saludos, gritos de emoción y risas, me daba confianza sentirme querida, me gustaba tanto y estas emociones resultaban de la buena convivencia cuando construíamos juntos los saberes.

—¡Deben alegrarse, hoy son una generación histórica! —dije al escuchar sus vocecitas tristes, que me preguntaban si todo el año estarían en clase a distancia. Yo trataba de aminorar ese sentimiento de pérdida que nos estaba acongojando, porque a diario perdíamos no solo gente amada, sino también la libertad, la privacidad y la seguridad económica familiar de algunos alumnos.

Era un momento histórico de la educación, dejamos la rigidez del pizarrón y el libro, nos vimos empujados a llevar la enseñanza a otros medios. Me entusiasmaba salir del cuadro que delimita la enseñanza en un aula, pensé en muchas actividades que serían posibles por la facilidad de transmitir mucho material de arte a través de videos o imágenes.

No obstante, aún es una limitante en los cursos presenciales, porque difícilmente el salón de la red escolar tiene internet o todas las computadoras funcionando correctamente, y el proyector está sujeto a disponibilidad de horarios. Pero el cambio a la enseñanza en línea provocó pánico en muchos de los compañeros maestros.

En mi mente todo representaba una gran oportunidad para experimentar y enseñar, sin la institucionalización y la politización, aun cuando la realidad fue que, de pronto, informaron a las escuelas que los maestros debíamos respetar el guion de la emisión televisiva de *Aprende en casa*, programación diseñada por la autoridad con objeto de apoyar el aprendizaje durante la pandemia.

Para unos compañeros significó una ofensa la pretensión de que este programa pudiera sustituir al docente, si bien para otros fue un respaldo, una guía de lo que debíamos hacer. Pero estuviéramos de acuerdo o no, nos exigían darle seguimiento y respaldo al plan emergente del gobierno.

Yo primero pregunté: ¿desean que estudiemos con *Aprende en casa* y yo les evalúo las actividades que allí soliciten, o prefieren tener las clases conmigo? Rápida y decididamente contestaron que querían las actividades de Google Classroom y las videocharlas, como lo habíamos hecho, ya que la programación no se entendía y era muy repetitiva, a la vez que se quejaron de los horarios y los contenidos, así que lo mejor era tomar las clases que yo impartiera.

Cuando los escuché no pude evitar preguntarme: ¿Qué contexto social se había tomado como medio para abordar los contenidos? ¿Acaso se estaba tomando un ideal de estudiante y sus niveles en los aprendizajes esperados? Porque en el contexto social de mis

alumnos, *Aprende en casa* –dicho por ellos– era difícil de entender y muy aburrido.

Pero para las clases impartidas a distancia también hubo muchos tropiezos, ya que una gran mayoría de nuestros estudiantes no sabía manejar el internet enfocado hacia el aprendizaje, pues para las redes sociales y los juegos son expertos, pero no podían descargar archivos ni instalar Classroom, ni siquiera darse de alta con una cuenta, descargar los trabajos, comprender las instrucciones de las actividades o conectarse a Google Meet.

Además de los numerosos problemas de conectividad que se fueron suscitando a lo largo del ciclo, estaban presentes las limitantes socioculturales; en nuestro contexto son innumerables los alumnos que no cuentan con el acompañamiento que brindan los padres, ya sea porque no están con ellos, o porque carecen de instrucción escolar para apoyarlos en un proceso de aprendizaje a distancia.

Covarrubias (2021) denomina “nuevos agentes educadores” a quienes impulsaron la docencia en el contexto surgido durante la pandemia, con la llamada “educación a distancia”, que en buena medida endosó a padres y madres de familia la responsabilidad de acompañar a sus hijos, y en sus hogares guiar, ayudar y aun explicarles cómo resolver los conceptos escolares que se les estaba impartiendo.

Pero esto solo era un ideal, una burbuja en muy pocos hogares, pues el rezago educativo, que desde hace muchas décadas se sigue sembrando políticamente por debajo de la mesa, salió a la luz, mostrándonos que en muchos hogares nuestros alumnos no cuentan con un soporte que los pueda instruir en la escolarización.

Algunos de mis compañeros no pudieron comprender esa realidad y se dedicaron a responsabilizar a los alumnos:

–¡No les interesa, son descarados porque saben que no se les puede reprobar!

Estas eran las continuas quejas en los consejos técnicos, siempre se le culpa al alumno y pareciera que es un ser totalmente aislado

de un contexto determinado, como un ser creado para recibir información y acatarla sin más.

Mientras tanto, yo no quería darle seguimiento a la programación televisiva, sentí que me quitaría la libertad de enseñar. Además, la enseñanza de las artes en secundaria no cuenta con un libro oficial, por lo que me basaría en los aprendizajes esperados de mi materia y crearía mis propias clases. Así lo hice.

Sabía que sería un reto enorme romper la rigidez de la pantalla, los alumnos, sus padres y los maestros en numerosos casos no estaban preparados para ser autónomos. Porque por muchos años la enseñanza ha sido depositaria, el educando siempre ha dependido de la evaluación del docente, así que emprender una autonomía desde casa y sin una formación previa, era imposible.

Pero lo intenté y creo que lo logré. Arrastrada por la interactividad que el dinamismo de las clases propiciaba, la maestra Celia, quien se conectaba con todos los maestros de segundo año para asegurar el soporte técnico y verificar las clases, se involucró y participó con ideas de los temas de estudio: reíamos, jugábamos y dejábamos que ellos guiaran el curso de la clase. Logramos muy buenas y productivas charlas con ellos. Hablar ante las cámaras se volvió fácil y hasta divertido.

Mostraban orgullosos sus dibujos y objetos creados por ellos mismos, nos enseñaban lo que les gustaba, los temas les interesaban mucho, y gracias al buen servicio de internet contratado tuvimos a la mano cualquier material didáctico visual. Esto en la escuela no sucede. Apenas contamos con el material que hacemos o compramos y el cual podemos mostrar pegado al pizarrón. Las aulas de tecnologías de la información y la comunicación (TIC) nunca tienen conexión o las computadoras son insuficientes para todo el grupo.

Ciertamente me sentí muy orgullosa de mi trabajo y de la interacción que tuvieron los alumnos, entre sí y conmigo, porque así rompimos con la rigidez de la pantalla. Siempre busqué referentes en común para estar a su altura. Yo no quería que mis clases fueran

como las demás, no quería ver a mis alumnos como a mi hijo, siempre frustrado, llorando por la presión que le generaba su maestra, quien jamás pudo entender que el tiempo en una clase virtual no se vive igual que en el aula.

Por supuesto, ella cumplía con las expectativas de la Secretaría de Educación Pública (SEP), quedaba bien, pero olvidó las emociones de sus alumnos, a quienes mantuvo en una rutina de ocho horas al día: con la programación televisiva, las tareas en Classroom y obligados a elaborar un resumen de lo visto en *Aprende en casa*, para todavía cerrar con dos horas más de videocharlas. Además, debían sumarse las actividades de las TIC, educación física, vida saludable y lectura ¡una vez a la semana en cada caso!

¿Para quién es la educación? ¿Para los niños o para las autoridades? Mi hijo ya odiaba la escuela, odiaba conectarse, odiaba la tarea y seguramente que, con él, muchos dejaron de sentir entusiasmo por el aprendizaje escolar. Poco a poco dejaron de conectarse.

Los docentes tuvimos la oportunidad de romper el esquema, pero no todos pudieron hacerlo, porque “Innovar supone aprender cómo hacer algo nuevo, por tanto, la formación del profesorado es fundamental, tanto la inicial como la permanente, sin formación no puede existir innovación y a la inversa” (Miralles, *et. al.*, 2012, p. 22).

Entender las diferentes dimensiones entre una educación a distancia y la presencial tiene que ser un aspecto muy importante para planear las clases, para cambiar esquemas y promover conocimientos acordes con lo que se estaba viviendo —promover calma y armonía en la enseñanza y no saturar de tareas para compensar la falta de acompañamiento—, era en ese momento fundamental.

Me acostumbré a dar clases a niños sin rostro, ya que las cámaras y micrófonos de ellos estaban apagados y esto era necesario, porque en sus casas tampoco había privacidad: abuelos, padres, tíos, primos, hermanos y sobrinos compartían el mismo espacio, constantemente hacían ruido, se oía la televisión, que cocinaban, iban y volvían en sus espacios; igualmente, ellos escuchaban mi voz y veían mi rostro, aun

cuando se tratara de una presencia virtual, pero estaba yo dentro de su casa, de sus vidas.

Yo también pasé por las mismas sensaciones en algunos momentos, experimenté angustia e incertidumbre tras la pérdida de una rutina que me indicara cuándo se iniciaba y/o terminaba el día. Niños, adolescentes y jóvenes se quedaban largas horas en internet, en las redes sociales y en los videojuegos sin restricción de horario, desvelándose casi todos los días, sufriendo depresiones y muchas otras crisis derivadas de este aislamiento social.

No teníamos una rutina que nos sostuviera en la inactividad, algo que disminuyera el caos interno y el estrés de no tener algo que poder hacer más allá de los pequeños espacios. Días atrás, mi abuela nos llamó por teléfono, nos pidió ayuda porque en el pueblo donde vive estaban prohibiendo a los ancianos el ingreso a las tiendas, y esto los orillaba a buscar la asistencia de hijos y nietos; solo nosotros acudimos, pues éramos los únicos dispuestos a trasladarnos tan lejos en plena pandemia.

Nos mudamos temporalmente a la sierra norte de Puebla, sobre todo para sacar a nuestro hijo del mal estado emocional y ofrecerle un espacio abierto a la naturaleza, con bosques cercanos, pueblos mágicos y montañas que, a un bajo costo, podríamos solventar para mantenernos fuera de la paranoia y junto con todo ello cuidar a los abuelos. Así fue como subimos al coche las mascotas, velices, equipo informático y partimos.

AL OTRO LADO DE LA RED

El hacinamiento ya había hecho efecto en los estudiantes, en particular porque la mayoría vive en casas pequeñas, departamentos o cuartos alquilados, donde habitan muchas familias con los recursos limitados y, peor aún, sus padres se estaban quedando sin trabajo. Yo sabía que éramos afortunados entre millones de personas de

todo el mundo, pues podíamos trasladarnos a un espacio amplio y seguir recibiendo un sueldo de manera normal.

Victoria, una alumna, me escribió por correo electrónico para contarme lo feliz que se sentía con el nacimiento de su hermanito, pero también me confió que su mamá había perdido el empleo. Como madre soltera, los tres estaban pasándola muy mal; aunque le pedí que me comunicara con su mamá para ofrecerle ayuda, no lo hizo y preferí no invadirlas.

Al cabo de unas semanas, los alumnos se estaban quedando incomunicados y los padres no respondían. Historias como la de Victoria brotaban como cuando revienta el maíz palomero en el comal; también supimos de divorcios, embarazos y falta de empleo, abandonos familiares, cambios de ciudades, regresos a los pueblos de origen, violencia doméstica y pérdida de bienes materiales, entre otras tristes historias.

Asimismo, la falta de conectividad se hizo frecuente y en algunos casos, por ejemplo, una familia contaba con solo un dispositivo para todos sus integrantes, por lo que debían turnarlo e incluso hubo alumnos que iban a casa de algún vecino para conectarse a internet. Pero lo más complicado que vivimos no fue –como dice Cobarrubias, 2021– que la nueva modalidad virtual resolviera la falta de continuidad en el proceso de enseñanza-aprendizaje, sino la enorme desigualdad social y económica que hay en la mayoría de los países de América Latina y el Caribe, donde México no es la excepción.

Supimos de familias que vivieron la cuarentena en un solo cuarto, únicamente separados por una cortina de hule de alguna persona enferma de covid-19. Poco a poco en nuestra comunidad se fue hablando de pérdidas humanas, tanto los alumnos como los maestros estábamos perdiendo a nuestros seres amados. También padecimos el fallecimiento de un compañero muy querido en la escuela.

Pese a tratarse de una pandemia mundial, hubo quienes decidieron cederle a la suerte la inmunidad de su cuerpo y seguir con

sus vidas de la forma más normal posible, con base en creer en la supervivencia del más fuerte. Recuerdo que el dogma era: *Lo que no te mata, te hace más fuerte*, estas eran sus voces y yo lo entendía y respetaba, aunque otros los consideraban irresponsables. Pero creo que cada uno enfrenta la vida con lo que tiene y aunque a nosotros el confinamiento nos estaba matando, corrimos el riesgo, sin dejar de lado los cuidados básicos, pero no dejamos de movernos.

Todo esto, aunque para un sector de la humanidad era arriesgado, al mirar el trasfondo se tenía una justificación profunda: no son personas que se puedan dar el lujo de parar laboralmente y ni siquiera de manera emocional, tienen que seguir vendiendo y apostaron por la fortaleza de su sistema inmune, ese mismo que pareciera no existir para el sector salud.

EL MIEDO A LOS OTROS

Nuestra experiencia de la vida radica en comprender al mundo a través de nuestro proceso acumulado de experiencias e instrucciones familiares y sociales, acerca de los otros. Es así como separamos lo nuestro de lo de los demás, lo de dentro y lo de fuera, y entonces creamos una idea muy cerrada de un nosotros frente a un ellos.

Hay quienes trascendemos, buscamos renunciar a creencias inculcadas por nocivas e injustificadas en el tiempo, las colocamos en su justa dimensión y damos paso a enriquecer nuestro pensamiento con la diversidad y la integración de valores que comprendan la humanidad desde todos los ámbitos del ser humano como un mismo ente de vida.

Desgraciadamente, la pandemia sirvió para excluir, marginó aún más al pobre y le dio más poder al rico; la discriminación clasista y racista se volvía a asomar en el país, pero ahora con esta nueva moral de la gente controladora que usó la covid-19 como estandarte para justificar conductas discriminatorias.

El miedo a los otros separó familias y pueblos, polarizó opiniones y creencias, “ese Otro es percibido como una periferia que debe ser dominada” (Galtung, 2003, p. 4), nosotros lo vivimos desde la provincia a la que temporalmente nos mudamos para apoyar a mis abuelos.

Las medidas que tomaron algunos presidentes municipales consistieron en cerrar tiendas y muchos comercios pequeños, prohibieron que los indígenas y los habitantes de diferentes municipios salieran de sus poblados a vender en los mercados, en lugar de crear estrategias de contención que favorecieran a todos.

Personas que ya tenían antes de la pandemia poco de qué vivir, ahora se veían sin oportunidades, la desesperación en todos los casos tenía voces que reclamaban: “¡si no nos mata el covid-19, nos va a matar el hambre!”. Las plazas se fueron vaciando, los coloridos mercados no se volvieron a ver por mucho tiempo, quedaron a su suerte aquellas personas indígenas a quienes siempre se les ha tratado como ajenos al derecho de protección y la identidad como mexicanos.

El aparato social estaba activo, aplastándonos, así lo viví con los vecinos, con los compañeros, con la familia: quienes buscaban controlar todo lo que hacíamos o decíamos empleaban siempre un lenguaje impositivo, moralista, excluyente de lo que hiciéramos o creyéramos, hasta parecía que la covid-19 les daba la autoridad moral para imponer su intolerancia sobre nosotros, los ajenos, los ciudadanos, los otros.

Esta era la pandemia, no el virus. Pero mi esposo y yo pactamos estar bien siempre, pasara lo que pasara. Sabíamos que esta pandemia la sobreviviríamos con la mente. Solo así. Cuestionábamos, observábamos, deducíamos, analizábamos y caminábamos cautos a contracorriente.

Cuando teníamos algún momento desagradable en la convivencia con mis abuelos y parientes, pensaba en esos niños y adolescentes que la estaban pasando tan mal como nosotros e incluso peor, pues de algún modo yo soy un lagarto con escamas muy gruesas,

difíciles de atravesar, pero ellos aún no tienen este nivel de resiliencia. Están desprotegidos frente a los adultos.

Sentí mucha tristeza al pensar en esta generación de niños abandonados a su suerte, encerrados en la pobreza, la violencia, los depredadores sexuales, las adicciones, la discriminación en la familia, los abandonos, los divorcios, el desempleo y la muerte por el coronavirus de sus seres amados. Los extrañé mucho, les mandaba fuerza desde mis pensamientos y verbalmente en cada clase.

La autoestima es importante en educación porque está correlacionada con el rendimiento escolar, motivaciones, desarrollo de la personalidad, relaciones sociales y los compañeros de clase y con el estado afectivo consigo mismo (García, Calvo, Merrero, 2006, p. 199).

Valoré la importancia de asistir a la escuela y estar con la otredad, para cobijarnos de las feas dinámicas que se dan en las familias, si bien la escuela no las soluciona, por lo menos, por el tiempo que dura les da esperanza de una mejor vida a través de la preparación para una subsistencia a futuro al estudiar y adquirir un empleo.

Pero así fue como pasamos parte de la interminable pandemia en la que quedamos inmersos, resistiendo frente a la disfuncionalidad familiar y dando clases a distancia. Terminamos un ciclo e iniciamos otro en el que tampoco pudimos vernos, en el que cada uno en su trinchera sorteaba al coronavirus y con las consecuencias sociales que se nos estuvieran desplegando.

Con todo eso, de mi parte nunca faltaba un saludo, una sonrisa, un abrazo y una despedida virtual, porque siempre quise trasladar cariño, fuerza y resiliencia a cada alumno, aunque fuera a través de las pantallas.

LA NUEVA NORMALIDAD

La pandemia abrió una brecha y pasarán años para ver cuáles van a ser las consecuencias de todo lo que trajo. ¿Cómo serán los niños que estuvieron aislados durante casi dos años? Sin el desarrollo que les aportan sus pares, en medio de una sociedad con pérdidas familiares y económicas, violencia y un adoctrinamiento que se sostiene en el miedo.

Por fortuna hemos vuelto a la enseñanza presencial, cubrimos por completo nuestras horas de trabajo y donamos nuestro tiempo a la enseñanza en línea para quienes no han querido o podido regresar. Muchos se perdieron en este nuevo camino, no volvieron, no asisten a la escuela en ninguna modalidad, aunque aparecen inscritos. Hay estudiantes a los que se les ve un par de clases, pero nunca más regresan.

Los maestros estamos en un barco que pareciera no tener capitán, la SEP es como un rostro borroso que no aclara lo que pasa, ni hay certidumbre sobre un plan a futuro. Al principio se hablaba de una enseñanza híbrida, la cual desde mi forma de imaginarla era provechosa, porque los alumnos obtendrían lo mejor de ambos mundos, pero tampoco sucedió.

Ahora mismo la escolaridad forma parte de nuestras vidas privadas, desde que despierto y hasta cuando voy a dormir estoy en mi trabajo. Ese refugio que forman el hogar y la familia, están compartidos por algún mensaje antes del sueño y recién levantada, ya sea del director, un padre de familia, la maestra de mi hijo o algún compañero. No los culpo, estamos perdidos trazando este nuevo camino.

La pandemia se llevó a nuestras personas amadas, la intervención directa del gobierno en la educación nos mostró un nuevo camino —*e-learning*, multimodal, aprendizaje híbrido, aprendizaje a distancia y más—, pero también evidenció las desigualdades sociales que nos impidieron implementarlas y humanizarlas. La política educativa nos dejó más lejos de donde iniciamos, parados

frente a un futuro incierto, con enormes vacíos a llenar y numerosas preguntas por responder.

¿Cómo será para las nuevas generaciones la vida cotidiana?, ¿cómo establecerán una vida laboral fuera de su esfera familiar?, ¿qué tipos de conocimientos serán los mejores pagados?, ¿qué pasará con ese sector de estudiantes que hasta ahora no han podido volver?, ¿cómo desarrollarán una inteligencia social y, por lo tanto, la tolerancia frente a los otros?

¿Cómo se dividirá la fuerza laboral? ¿Cómo se subsanará esta fuerte brecha entre quienes se rezagaron y quienes no? ¿Cómo será el nuevo orden económico? Pienso que se avecina un nuevo régimen político y social; la moneda está en el aire, pero mientras no cae, solo puedo hacer una introspección para fortalecerme personal y profesionalmente para, así, poder estar tranquila y seguir adelante.

ENTRE EL DOLOR DE LA PANDEMIA Y LA ALEGRÍA DE SER MAESTRA

Catalina Hernández Velázquez

Terminé de guardar libros, cuaderno, plumones, mi taza del café, mantelitos, plastilinas, pompones... ¡bueno!, la lista puede seguir porque como maestra de primer grado disfruto, acompañada de mis alumnas y alumnos, de aprender construyendo ¡y destruyendo también!

Cerraba el estante justo cuando llegaba a mi salón el maestro de quinto grado, quien por cierto, es mi esposo.

–¿Te ayudo a guardar algo? –me dijo en un tono preocupado, aunque disfrazado con su siempre presente sonrisa.

–No, ya acabé, mejor vámonos, quiero llegar a la casa con las niñas y mi mamá.

Salimos de la escuela y, al llegar a casa, se inició lo que con el tiempo sería como un acto religioso: ver noticias para, con ello, conseguir la sensación de seguridad al tener toda la información necesaria sobre la covid-19.

Recuerdo esa primera noche del confinamiento, cuando por primera vez compartí una emoción con personajes bíblicos, pues encontraba una similitud impresionante entre la pandemia y el pasaje del Éxodo, donde el ángel de la muerte, la décima plaga que

Dios envió a Egipto, mata a los primogénitos de aquellas familias que no cubrieran con sangre de cordero el marco de sus puertas.

La misma sensación tenía con el coronavirus, que ya sumaba una cantidad enorme de víctimas, solo que en la mente tenía la pregunta: ¿qué podría sustituir, en este caso, a la sangre del cordero para proteger a mi familia? De inmediato dirigí la vista al alcohol en gel y al cloro. Acto seguido, mis reflexiones se orientaron a otra pregunta, una que dejó de tarea la directora de la escuela: “¿Cómo van a trabajar con sus niños a partir de la próxima semana?”.

Me confieso tecno-optimista, coincidiendo con autores como Prensky (2010), quien asegura que las generaciones de los llamados nativos digitales, o como los llama Tapscott (2009), *netgens*, encuentran en las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y en las tecnologías para el aprendizaje y el conocimiento (TAC) la oportunidad de desarrollar las extraordinarias capacidades que posibilitan el aprendizaje y la construcción de saberes.

El plan que tracé no arrancaba de cero. En la escuela primaria donde laboro como docente desde hace cinco años, valiéndome de la red con la que cuenta la colonia Arenal de la Alcaldía Azcapotzalco de la Ciudad de México, donde las familias toman su señal a través de los postes de acceso gratuito a internet, tengo como aliado de mis estrategias didácticas el propio blog educativo.

Al principio lo usé para apoyar a estudiantes con alto índice de ausencia en la escuela; poco a poco fue evolucionando, a la par de mis habilidades digitales, hasta convertirse en un recurso que potencia la participación de los alumnos como colaboradores en la construcción de saberes (Warschauer, 2003, en Aparici, 2009, p. 84).

Los blogs son herramientas para la generación de conocimiento. A nivel docente se suelen utilizar como repositorio de contenidos didácticos que quedan expuestos al comentario de los aprendices, o como instrumento de comunicación en el aula tanto para el anuncio de eventos como sesiones de tutoría, entre otras actividades. En el nivel discente, se puede utilizar para reflejar la evolución de su pensamiento y conocimientos durante un determinado tiempo, o

para publicar sus trabajos a la manera de un portafolio y recibir comentarios al respecto.

Contaba con el recurso didáctico, sin embargo, los procesos de comunicación cambian a la distancia, porque se requiere de un medio, de un dispositivo electrónico que tal vez no todas las familias tengan, y se corre el riesgo de generar problemáticas que lleguen a ser el desencadenante de nuevas formas de exclusión social; no obstante, el plan que esboqué se orientó a funcionar como un instrumento de inclusión (Warschauer, 2004, en Fernández, 2012, p 4).

Suponiendo posibilidades de acceso iguales, o al menos suficientes para todos, al usar la red social de WhatsApp, en cuyo manejo las familias de mi grupo son expertas y todas, sin excepción, cuentan con al menos un teléfono inteligente en casa.

Así, al crear el grupo de WhatsApp con las mamás de los alumnos, tuve una extraña sensación. Estaba tan castigado interactuar con las familias por cualquier medio electrónico o red sociodigital que abrir conversaciones con ellas hasta me parecía un pecado que iba a condenar mi alma docente a arder en las llamas de la Dirección Escolar.

La cita para nuestra primera reunión a distancia después de una lluvia... me corrijo: después del diluvio bíblico de mensajes por WhatsApp –para despejar dudas de mamás temerosas e ignorantes sobre el uso de las videoconferencias, igual que yo–, se programó para las seis de la tarde de tan memorable día: miércoles 23 de marzo de 2022, en que daba comienzo una aventura que no tenía comparación hasta entonces.

Conseguí garantizar la asistencia de la mayoría de las familias en la reunión virtual a través de Zoom, la plataforma que utilizaría por primera vez, acompañada de una experta en el uso de aplicaciones de videoconferencias, mi hija mayor. Al blog del grupo ya había subido videos tutoriales donde se detallaban todos los pormenores para instalar y utilizar Zoom. El proceso de enseñanza-aprendizaje dio el banderazo de salida.

Y en la reunión ocurrió de todo, ¡error tras error! Una situación que se convirtió en la primera gran lección de aprendizaje a distancia. Los errores son oportunidades, puertas que se abren, cuestionadas y puestas en tela de juicio; “el error es útil, conviene estimular su expresión para que se pueda detectar, comprender y favorecer su regulación” (Sanmartí, 2007, p. 43).

Organizamos, familias y maestra, nuestra metodología. Teniendo presente que desarrollaríamos una pedagogía interactiva (Aparici y Silva, 2012) caracterizada por la participación, el diálogo, la coautoría de rasgos comunes con los principios de la Web 2.0, entendida esta como una forma de cultura participativa a través de internet y las redes sociales.

La reunión duró más de lo esperado; al terminar, encendí la televisión y, después de ver el panorama apocalíptico que los noticieros mostraban, la idea de contagiarme se alojó en mi mente, entró a mi corazón con una sensación de pánico que nunca experimenté hasta ese momento, en el que pensé que si llegara a morir, ¿quién vería a mis hijas?, ¿son unas niñas! Miré a mi esposo y le pregunté:

–¿Qué vamos a hacer si nos contagiamos y por desgracia no lo logramos superarlo?

–¡Parece que me lees la mente! Te prometo que estaba pensando lo mismo –me contestó angustiado; pude sentir cómo no solo tenemos las mismas ideas sino también las mismas emociones, el miedo fue el común denominador. Con este ánimo nos sentamos a platicar en la sala con la familia completa.

–Hijas, ustedes saben lo que estamos pasando, conocen el riesgo que tenemos su papá y yo de contagiarnos de covid-19 y el peligro que esto representa, pues nos puede matar –al decir estas palabras me sentí fuera de la acostumbrada realidad, escucharme en voz alta fue, nuevamente, una horrible sensación de miedo que me abrazó, me enfrió los huesos y me hizo estremecer con escalofríos. Enseguida, mi esposo habló con un nudo en la garganta.

–Ayer en la noche hablamos con el hermano de su mamá, niñas, con su tío Fernando. Ustedes saben que a pesar de que en

Texas las cosas están muy mal con los contagios, él es muy responsable y se ofreció a cuidarlas... en caso de que mamá y yo... nos veamos sin la posibilidad de estar con ustedes, si llegamos a enfermarnos por covid –hizo un gran esfuerzo y consiguió pronunciar las palabras.

Las niñas no dijeron nada. Lauren, la mayor, intentó ocultar las lágrimas que se acumularon en sus ojos entrecerrados por la angustia –aunque no lo logró– y describieron una línea irregular hasta llegar a su barbilla y, de ahí, a sus manos.

A partir de ese momento, comenzó un periodo suspendido en el espacio, atemporal; dejé de distinguir con cada puesta de sol si vivía en miércoles o en domingo; los horarios se extinguieron; la palabra “empatía”, pronunciada constantemente por las autoridades educativas, sonaba en mi cabeza como si esta fuera una campana que golpeaba sin parar y permitía a las mamás del grupo enviar mensajes por WhatsApp para preguntar cualquier nimiedad, por supuesto con la esperanza de recibir mi respuesta. Seguramente ellas también eran presa de la incertidumbre y el miedo.

¡NO ME GUSTAN LOS ESPEJOS!

¡Trescientos ochenta pesos por un mes de Zoom! Otra vez mi cara en la pantalla, rodeada de las de los niños y ante dos nuevos retos: gastar dinero en aplicaciones y mirarme al espejo.

Los días antecederon a las semanas y estas a los meses, lo que me permitía mantener orden, establecer límites y conseguir la sensación de control en mis actos y decisiones; así eran las clases a distancia y el blog del grupo.

En la clase virtual me encontré con el desafío de traspasar la clase constructiva, dinámica y llena de actividades manuales que tenía en el salón de la escuela, a la plataforma de Zoom. Para lograrlo y apegarme a la pedagogía de la interactividad, fue necesario planificar con base en la flexibilidad curricular, crear un plan de estudios

dinámico que se pudiera adaptar a las necesidades individuales y sociales de los alumnos (Aparici, 2009, p. 90).

El primer obstáculo en esta nueva forma de interacción lo constituyeron los familiares que acompañaban, o estorbaban, a los estudiantes: los regañaban si no los veían atentos, les pegaban de zapes en la cabeza o en la espalda, daban las respuestas a preguntas y ejercicios escolares, escribían ellos el trabajo en los cuadernos y no los aprendices, pero el extremo fue cuando algunos adultos hacían “apariciones espectaculares” en ropa interior ¡o sin ella frente a la cámara! Lo más desagradable, sin embargo, era que insultaban a la maestra y sin cerrar su micrófono.

Así que durante la clase, gracias a los recursos de internet, conseguí que tres horas de trabajo se diluyeran como arena entre las manos. Fue todo un deleite inicial la lectura dinámica de un libro-álbum acompañada de una escucha activa, y las obras de Oliver Jeffers, Anthony Brown, Isol y Satoshi Kitamura se convirtieron en nuestras favoritas.

Después de discutir, exponer y ejemplificar los temas de estudio, el interactuar con actividades en plataformas como Quizizz, con la competencia entre alumnos frente a los cuestionarios; Wordwall, con sus juegos interactivos y contenidos de las asignaturas de estudio; y Educaplay y Liveworksheets, que estimulan el aprendizaje a través de la interacción, ensayo y error, fortaleciendo las habilidades de aprendizaje autónomo de niñas y niños, convertían esas horas de estudio en una mezcla de juego y diversión que parecían tomarnos de las manos para apropiarnos los saberes.

Con cada clase a distancia y el aprovechamiento de la Web 2.0, se evidenciaron en forma clara y real los postulados que establecen, por ejemplo:

“Los usuarios han sido los protagonistas del cambio, un cambio que ha transformado la Web de los datos en la Web de las personas. Un espacio de integración entre lo social y los tecnológicos, donde las nuevas herramientas y aplicaciones proporcionan servicios a los usuarios, y esos servicios generan

contenidos, información y comunicación” (Castellanos, Martín, Pérez, Santa-cruz, Serrano, 2011, p. 36-37).

Mientras tanto, ver mi rostro, las expresiones, las gesticulaciones, escuchar mi voz cuando rebotaba en otro dispositivo y las críticas destructivas de las mamás en torno a la clase, me llevaron a pensar, primero, que en mi salón no tengo espejos, nunca me he visto fuera de mí ni cómo imparto una clase.

Durante mis estudios en la Especialidad en Competencias Docentes para el Desempeño Profesional, más de una vez me habían solicitado las maestras que grabara mi clase, que analizara cada momento de ella como parte de un ejercicio de Reflexión Docente con base en la Praxis de Schön (1987), pero siempre logré eludir esa actividad, de verdad, ¡no me gustan los espejos!

El desafío se fue superando clase tras clase, los recursos proporcionados por Zoom se convirtieron en eso precisamente, recursos, y dejaron de ser jeroglíficos indescifrables. Las prácticas de oralidad entre los niños permitían construir espacios catárticos, como el día en que Christopher compartió con el grupo que su abuelita viajó al cielo y que desde ese día la extrañaba muchísimo; justo después de él, Natasha y su mamá platicaron de los eventos ocurridos con la partida de su abuelita –casi el mismo día que la de Christopher, ambas víctimas de la covid-19–. Los niños y las niñas siempre mostraron el amor en sus caritas, sentimientos que logran construir mil mensajes con solo una expresión.

Para el 30 de abril de 2020, organicé el festival del Día del Niño. Decidí grabar la sesión, ya que la temporada de caza de evidencias de trabajo se había inaugurado. ¡Canté *Las mañanitas* con pista, bailé y volví a cantar!, todo con la compañía y ayuda de mi esposo y mis hijas. Los pequeños reían, abrían el micrófono para felicitar a sus compañeros, tenían pastel y helado que previamente les habían servido las mamás y así, sin darme cuenta, durante dos horas, ¡construimos el primer convivio virtual de nuestra historia! Al revisar la grabación del festival, ninguna canción de las que canté y

bailé tuvo sonido, ¡no habilité compartir la pantalla con sonido! En la siguiente clase pregunté:

–Chicos, en el festival del Día del Niño, ¿sí se escuchaban las canciones?

–No, *miss*, pero estaban usted y el maestro tan concentrados y contentos bailando y cantando que nadie dijo nada, sentíamos feo decirles... –respondió Gabriel.

UNA BOLA DE PLASTILINA DE MUCHOS COLORES

La pericia en la clase a distancia crecía y por esta razón, cuando en julio de 2020, después de suspender actividades académicas en el Centro de Actualización del Magisterio en la Ciudad de México (CAMCM), a consecuencia de la pandemia por covid-19, recibí el correo electrónico que me notificaba sobre la réplica a mi proyecto de titulación para obtener el grado de Especialista en Competencias Docentes para el Desempeño Profesional, a través de Zoom, la alegría se manifestó después de semanas en que no experimentaba tan añorada emoción.

Lo profesional caminaba muy bien, la práctica docente a distancia se fue perfeccionando y con ello los resultados educativos en mis estudiantes, e igualmente en sus padres, se evidenciaban con la participación y desempeño de cada familia en las actividades sincrónicas a través de Zoom y en las asincrónicas mediante los recursos del blog. Los sentidos y la mente los pude distraer de la terrible realidad que cada noche daba a conocer el subsecretario de Salud, Hugo López-Gatell, en cuanto al avance de la pandemia y las víctimas que cobraba día con día.

A la par de las noticias tristes y desgarradoras, las buenas también se manifestaban: obtuve el grado de especialista, empezaba así un nuevo ciclo escolar con el anhelo de ser una profesional de la educación con una formación académica sólida, es decir, se transformó en el viento que impulsa la vela de la embarcación que

abordé al ingresar a la Maestría en Educación Básica (MEB) con Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua (ASCL) en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 095, Azcapotzalco. Encontrando así, un espacio académico que me permitía reorientar mi atención del mundo que se convulsionaba ante la embestida del coronavirus (SARS-CoV-2).

Para mí la vida ha sido como una cajita de plastilina con barritas de colores, cada una separada de la otra por un plástico delgado; así llegué a sentir que existía. En la mañana iba a la escuela y era maestra; en la tarde descansaba; en la tarde/noche, de nuevo en la escuela como estudiante, y en la noche, a disfrutar de la familia. Pero durante la emergencia sanitaria esas plastilinas estaban revueltas y formaban una gran bola de colores.

En el cuarto de lavado construí mi salón de clases, allí fui maestra y estudiante; mis días de descanso se transformaron en sesiones de WhatsApp y revisión de tareas, las tardes de estudio se prolongaron para asistir a clase y leer. Lo hermoso fue que el amor se expandió, se manifestaba a cada momento aun cuando nunca antes había tenido la oportunidad de presentarse así dentro de mi hogar, pero felizmente, la nueva convivencia surgida a raíz del confinamiento, lo logró.

LA NECESIDAD DE CONEXIÓN, ELECTRÓNICA Y EMOCIONAL

Al reiniciarse las clases a distancia, la pantalla de la computadora se transformó en una ventana múltiple que de nuevo me mostró ante mis alumnos y sus familias, eliminó la antigua complicidad e intimidad que se genera en el aula escolar, y expuso mi figura docente al escrutinio de todo un auditorio, lo cual me obligó a elevar mi nivel de responsabilidad, compromiso y desempeño profesional.

Esta vez la ventana sería de doble entrada: tuve la oportunidad de asomarme a la realidad cotidiana que viven mis aprendices, percibí el ambiente en el que se desenvuelven –su ecosistema familiar–,

escudriñé sus casas y sus almas, e inclusive reconocí su soledad, angustia, ansiedad y desesperanza.

En septiembre de 2020, después de innumerables mensajes vía correo electrónico, dirigidos a dos instancias con la capacidad de transformar la realidad casi con palabras mágicas, en la AEFCM y en la Secretaría de Educación de la Ciudad de México, a las cuales solicité su apoyo para mis estudiantes que luchaban para conectarse a la clase virtual y consultar el blog para sus actividades de aprendizaje asincrónico, ¡por fin lo logré! La AEFCM me dio en préstamo ocho tabletas MX y la Secretaría de Educación capitalina me entregó, de manos del subsecretario, una tableta Samsung y ¡una computadora de escritorio iMac! Usada, pero en excelentes condiciones, y lo mejor, fue en calidad de obsequio para dos alumnos a cambio de fotografías donde se mostrara que me hacían entrega de los equipos, una, y otra más cuando los estudiantes las recibían.

Con las máquinas en mis manos, 10 en total, tomé una decisión temeraria, digna del *Sandokan* de Emilio Salgari: visitar a mis alumnos en su casa, en medio de la pandemia, como cruzando un mar lleno de peligros pero que en lugar de abordar un barco bajo el control del timón por el fiel Yáñez, subimos al coche de mi esposo y yo, en el recorrido por la colonia Arenal quise visitar a las familias que necesitaban urgentemente un tanque de oxígeno. Me ilusionaba la sorpresa y alegría que iluminaría de colores su semblantes al menos un día.

Si bien *Sandokan* tiene la costumbre de ir armado hasta los dientes antes de emprender sus aventuras, yo me preparé con cubrebocas, careta y alcohol en gel, junto con la aprobación de los padres de familia y la dirección escolar para ver a mis niñas y niños en sus casas; con esta acción, igual que *Sandokan* fascina a los lectores de sus aventuras, logré llenar sus almas de la energía indispensable para conservar sus espíritus infantiles motivados para el aprendizaje, y con todo el equipo necesario para su proceso de construcción de saberes y desarrollo de habilidades para el aprendizaje a distancia.

IGNORANCIA + MIEDO = EXCLUSIÓN + DISCRIMINACIÓN

Entrar a un supermercado era incómodo, dominada por el miedo, la gente tomaba actitudes feas y groseras si por descuido alguien no tomaba la sana distancia. Se entiende, nunca sabemos quién pueda ser portador del coronavirus, pero cuando en la Junta de Consejo Técnico Escolar (CTE) de octubre, se inició un discurso absolutamente discriminatorio a consecuencia de las familias de nuestra comunidad escolar que luchaban contra la covid-19, exigiendo informar por ser docentes miembros del CTE, si teníamos el conocimiento del contagio en familias de nuestra comunidad, lo más pronto posible para evitar tener contacto con ellas, literalmente se dijo:

—¡No se vale, compañeros, tenemos familia! No informaron de la familia, en forma específica de la mamá de un alumno de segundo grado que se presentó a la escuela a recoger sus libros de texto y está contagiada de covid, deben avisar porque nos exponen a un contagio, ¡no se vale!

Tales fueron las palabras de mi autoridad inmediata.

Mientras la escuchaba y su rostro expresaba el mayor desagrado, incluso enojo, en mi mente aparecía un cúmulo de preguntas: ¿Cómo podría notificar si alguna familia se contagió sin tener evidencia médica de ello? ¿Cómo se puede validar que son ciertos los dichos de algunos padres cuyo único interés es compartir rumores infundados? Y la pregunta que más me ocupaba: ¿Qué daño social puedo generar al señalar ante la dirección escolar a una familia que supuestamente tiene contagios de covid-19 entre sus integrantes?

Al cuarto día de haberse llevado a cabo la Junta de CTE, recibí en un mensaje por correo electrónico, un documento con el asunto “se instruye”: mi autoridad me solicitaba informar de las acciones que emprendo en beneficio de mis alumnos por conseguir equipos electrónicos, así como a notificar de inmediato si en las familias existía contagio por coronavirus y, finalmente, a no presentarme en casa de cualquier alumno por el riesgo que esto representaba.

El enojo que sentí al terminar de leer, debo decirlo, creció al darme cuenta de que a nadie le interesó saber si mis acciones trajeron un bien, no solo material, sino también emocional; para desviar mis pensamientos, recordé las deliciosas enchiladas de mole con pollo, crema y queso, acompañadas de una Coca-Cola en un vaso con hielo hasta el borde, que me invitó a comer la mamá de Alan después de haber instalado la fabulosa iMac; pero también vinieron a mí los rostros llenos de sorpresa de mis estudiantes al llegar a su casa y encontrarse con los equipos informáticos, que al igual que una llave mágica, les permitieron abrir la puerta del conocimiento.

Esas románticas historias que tanto escuchamos en diferentes medios de comunicación, acerca de docentes que movieron cielo, mar y tierra para tener contacto con sus alumnos, verlos en casa, ir a las papelerías, llegar a la puerta de la escuela, esperar en semáforos o en los parques, seguramente fueron consecuencia de no contar con el muro que se erige con ladrillos contruidos de miedo, ignorancia e incompetencia.

Los esfuerzos por la AEFCM y la SEP, a través de los *webinars* que se enfocaban en incorporar en las prácticas docentes y administrativas la actitud empática, cuidando el aspecto socioemocional de niñas, niños, adolescentes y sus familias, se diluían como el azúcar en café: la realidad siempre fue otra.

EL CICLO ESCOLAR CONTINÚA

El proceso de enseñanza-aprendizaje seguía su curso, como el cauce de un río y sus pendientes, los rápidos, las peligrosas cataratas y hasta remansos. Las niñas y los niños disfrutaban de sus clases a distancia, se sabían pertenecientes a un grupo de estudio y gozaban de actividades enriquecidas con lecturas, imágenes y recursos interactivos en diferentes portales de internet.

Encontré en las técnicas Freinet que la Maestría en Educación Básica (MEB) y la especialidad en Asociación Sociocultural de la

Lengua (ASCL) me entregaron, un recurso invaluable. Gracias a estas técnicas construí un espacio donde “se da la palabra a los niños que tienen algo que decir de interés para todos. Para el maestro (maestra, en este caso) es el momento más agradable, ya que se convierte en atento oyente entre otros atentos oyentes” (Faure, 2011, citado en Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna p. 145). Posteriormente, puse en práctica estas técnicas con los alumnos a través de la correspondencia, mediante el correo electrónico institucional de cada alumno; también desarrollamos ejercicios de escritura libre en el diario escolar, con algunas adaptaciones por trabajar a la distancia pero, después, las madres de familia fueron protagonistas de una historia de libertad emocional que se construyó a través de la escritura libre y una adaptación del diario escolar, donde cada mamá a través de la producción de un texto libre, plasmó sus experiencias, angustias y alegrías.

Así, mediante un ejercicio catártico practicaron la lectura en voz alta de sus textos, construyeron un foro que las escuchó con respeto y empatía; vaciaron el vaso que estaba a punto de derramarse, con ello pusieron sonreír aliviadas al terminar de leer sus escritos en la sesión de Zoom, creada solo para ellas y en la cual cada viernes nos reuníamos a las siete de la noche. Mientras tanto, yo enfrentaba un reto profesional, a causa de someterme a este incesante proceso de reflexionar en torno a mi desempeño profesional y problematizar mi práctica docente.

En el aula, me comunico con los alumnos principalmente en forma oral: intercambiamos significados, presentamos argumentos, discutimos, generamos consenso, disipamos dudas, preguntamos y aun parafraseamos. Al mismo tiempo se generan nuevas representaciones del contenido y los alumnos van resignificando sus conceptualizaciones anteriores. Así, el lenguaje oral en el aula sirve para representar y comunicar significados, como instrumento para negociar y desarrollar los propios sistemas de significados, convirtiéndose en el recurso didáctico por excelencia, esto es, una estrategia de enseñanza y de aprendizaje que es utilizada permanentemente.

Asimismo, entré en el terreno de la alfabetización académica al poner de manifiesto que los modos de leer y escribir, de buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento, no son iguales en todos los ámbitos (Carlino, 2003).

La comunicación en el proceso de enseñanza-aprendizaje a distancia requiere, como actividad permanente para establecer una comunicación funcional con padres de familia y alumnos, de la lengua escrita en los mensajes de WhatsApp, así como en el blog del grupo donde publico la secuencia didáctica para conducir a los estudiantes en el recorrido de actividades asincrónicas que les entregan la posibilidad de construir sus aprendizajes y adquirir saberes, obligándome de esta forma a desarrollar esta alfabetización.

Transmitir mensajes a través de la lengua escrita, generar un proceso de comunicación a distancia, con interactividad en la red, permite acceder a informaciones a distancia de manera no lineal, enviar mensajes que quedan disponibles sin valores jerárquicos, realizar acciones colaborativas, actuar en lugares remotos, visualizar espacios lejanos, coexistir en contextos reales y virtuales, pertenecer e interactuar en ambientes virtuales a través de diferentes procesos de inmersión (Santaella, 2007, en Aparici y Silva, 2012, p. 5).

Fue en la MEB con especialidad en ASCL, donde encontré los recursos para desarrollar la escritura, transmitir los mensajes con claridad y precisión, siempre tomando en cuenta a mis lectores y sus habilidades –limitadas o no– para leer, comprender, eliminando ambigüedades y construyendo un proceso de comunicación que genera la participación-intervención: participar no es responder *sí* o *no* o elegir una opción determinada, supone interferir, intervenir en el contenido de la información o modificar un mensaje; abrir un espacio para el ejercicio de una participación genuina, verdadera, es decir, participación sensomotora y semántica y no solo mecánica (Silva, 2005; Aparici, 2010).

En 2021 la esperanza de terminar con la pandemia brilló y se reflejó en el rostro de las personas mayores de 60 años, las primeras

en ser vacunadas. El anuncio presidencial de inmunizar a docentes y personal administrativo para reanudar las clases presenciales nunca me generó optimismo, al contrario, me creó más dudas, unidas al temor ante un posible regreso a las aulas. Estas emociones se potenciaron al saber que la farmacéutica CanSino Biologics aportaba la vacuna que nos aplicarían, pues la precedía una campaña en los medios de comunicación masiva orientada a su baja eficacia contra el coronavirus.

Mi preocupación encauzó su atención hacia mis hijas, una de 18 años y la otra de 13. Fue una tarde de mayo, mientras la ciudad recibía una de las primeras lluvias frías que embellecen el paisaje con una melancolía singular. Con una taza de café en la mano, mi esposo y yo construimos el plan, financiero y emocional, con el cual podríamos conseguir enviar a las niñas a Estados Unidos de América a recibir las vacunas que en nuestro país no podrían tener; es una pena que el amor y la confianza que sentimos en México como nación, no sea proporcional a la eficacia de nuestro gobierno.

El 10 de junio de ese año, mi corazón experimentó una fractura horrible y el miedo se anidó, fue un dolor irreconocible, nuevo. Abracé muy fuerte a mis hijas, con más fuerza que el día que las tuve entre mis brazos por primera vez apenas unos segundos después de haber nacido. Estaban por emprender un viaje que les tomaría seis horas de vuelo y un transbordo de dos horas en Houston antes de llegar a Minneapolis y encontrarse con su tía Wendy, la hermana de mi esposo, con quien se quedarían hasta el 24 de julio para poder recibir las dos dosis de la vacuna Pfizer, con un montón de cupones de descuento de diferentes restaurantes de comida rápida y, por supuesto, la esperanza de sobrevivir a la pandemia.

Extrañar a mis hijas adquirió un significado diferente, nunca me había separado tanto tiempo de ellas; a las caritas que veía por las pantallas se sumaron las de mis dos ángeles, que a diario me enviaban fotografías y videos de sus aventuras en Minnesota. Durante las clases por Zoom podía ver y sentir cuando alguno de los niños, o

cualquier niña, se sentía triste... y ahora ellos también podían ver en mí la misma emoción, hechos que nos unieron aún más.

MIEDO < ENOJO

En julio de 2021 cerramos el ciclo escolar, superamos el desafío como caminando de la mano y a la distancia, familias y docentes, apoyándonos y acompañándonos. Nos dijimos “hasta pronto” y quedamos en espera con algunas preguntas: ¿Cómo será el próximo ciclo escolar? ¿Trabajaremos en forma presencial o seguiremos a distancia? ¿Vacunarán a los menores de edad? La incertidumbre era interminable, peor aun porque la secretaria de Educación Pública, Delfina Gómez, contribuyó a que la desazón frente al próximo ciclo escolar creciera potencialmente.

Unos días antes de iniciarse el ciclo escolar 2021-2022, se publicó el Acuerdo Secretarial 23/08/21 que prácticamente oficializaba la expresión burda del presidente Andrés Manuel López Obrador respecto al regreso a clases presenciales, así llueva, truene o relampaguee. Al mismo tiempo, nos ataba de manos para continuar con el proceso de enseñanza-aprendizaje a distancia, empujando a las familias a llevar a sus hijos e hijas a la escuela, donde los maestros nos deberíamos de presentar finalmente –parafraseando a la maestra Delfina Gómez: para eso nos pagan.

Durante los meses de marzo, abril, mayo, junio y julio de 2020, así como a lo largo del ciclo escolar completo, 2020-2021, pasé por un agotamiento emocional y por el estrés que surgió, debido al miedo al contagio y, adicionalmente, a las enormes demandas de resultados académicos y a la entrega de evidencias en fotografías o videos por parte de mi autoridad inmediata.

Con base en los Acuerdos Secretariales y la Guía para el Regreso Responsable y Ordenado a las Escuelas, dividí a mi grupo en tercios, cada uno integrado por nueve alumnos, más ocho niñas y dos niños cuyos tutores eligieron mantenerse en el proceso de

educación a distancia, bajo la responsabilidad de los padres de familia y con mi acompañamiento docente, sin asistir a la escuela por temor al contagio de covid-19.

Los nuevos subgrupos se presentaron a clase dos días consecutivos, para reportar cuatro asistencias a la escuela cada dos semanas de clase. El miércoles lo destinamos a las actividades de aprendizaje a distancia, teniendo una sesión por Zoom con duración de tres horas y, al terminar, se enfocaron en la realización de actividades de aprendizaje autónomo a través de los recursos didácticos que ofreció el blog del grupo.

Nacía casi con fórceps un ciclo escolar más. El fantasma de la covid-19 parecía desaparecer del escenario, ya pocos hablaban de contagios. Pero el caso resurgió cuando una compañera maestra del Centro de Educación Extraescolar (CEDEX), donde es docente mi marido, contrajo el virus en la propia escuela secundaria donde trabajaba y, después, mi esposo y yo dimos positivo a la prueba de contagio debido a los síntomas que nos aparecieron de un momento a otro. La pesadilla que tanto evadimos, por más de un año, se convirtió en realidad.

La educación a distancia una vez más nos salvó, ya que nuestras hijas –una estudiante en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la otra del plantel Azteca– continuaron sus estudios en casa de su abuelo, en el municipio de Cuautitlán Izcalli, Estado de México: desde ahí continuaron estudiando, separadas de sus padres y a salvo de cualquier contagio, haciendo valer cada peso invertido en su viaje a Minnesota para ser vacunadas.

Esas semanas fueron largas, el sol parecía detenerse durante el día y en los momentos de oscuridad, llegué a creer que ya no tendría la oportunidad de sentir el calor de los rayos solares a los que una llega a acostumbrarse y restarles importancia, excepto cuando valoras cada parte de tu cuerpo por el dolor que te aprieta con fuerza, la sensación de que en algún punto se romperá, y el hecho rutinario de ingresar oxígeno a los pulmones se transforma en un sacrificio, haciendo pesada y agresiva cada bocanada de aire y lo

que puede significar; lo único que se anhela es sentir paz en cada poro de la piel.

El desafío docente de mantenerse sano fue superado, pero el enojo seguiría presente. Al llegar una vez más a la escuela, después de la breve licencia médica, abrir el libro de registro y ver en los días inmediatos anteriores las leyendas: “Falta por sospecha de covid-19”, “Falta por licencia médica por covid-19”, pues permitir que cualquiera pueda tener esa información, propicia estigmas sociales y genera actitudes discriminatorias, al tiempo que deja claro que se marcó una división entre docentes y autoridades, una incongruencia más de su llamado a la empatía.

En aquel momento me enfrenté a una realidad educativa en un contexto complejo, lleno de peligros, ausente de apoyo real y solidario. No tuve más opción que ser fuerte, transformarme continuamente para salir adelante, ser la maestra que mi grupo, ya en cuarto grado, necesitaba por el rezago educativo que adquirió y eliminar los malos hábitos que aprendieron en casa al perder la oportunidad de asistir a la escuela.

LA DECONSTRUCCIÓN

La crisis que atravesó el escenario educativo por la pandemia y el confinamiento, generó oportunidades de crecimiento profesional: por una parte, con la culminación de estudios de posgrado de especialidad; por otra, los actuales en la Maestría en Educación Básica, que en estos últimos años, sobre todo, me permitió construir una pedagogía basada en la disposición a la coautoría, a la interactividad que requiere el nacimiento de un docente democrático y plural.

Esto significa exponer mi opción crítica a la intervención, a la modificación, y para ello se requiere humildad. Una humildad que difiere de la debilidad o de la minimización de la autoría y, con ella, de la autoridad. Ya sea en el aula presencial o en la virtual, el docente debe tomar conciencia de que el conocimiento no está

centrado en la emisión, en la transmisión de contenidos ni, mucho menos, en asumir la postura de la frase existencial “yo estoy bien y tú mal”, al contrario, “yo estoy bien, tú estás bien” (Harris, 2010).

Frente a un escenario laboral adverso, mi fortaleza es la familia. Todos los días nos decimos *¡te amo!*, nos abrazamos con fuerza, nos escuchamos pacientemente, sonreímos con intensidad, vivimos un día a la vez y lo hacemos al máximo. Así es como consigo levantarme todas las mañanas para ir a la escuela, sigo trabajando en casa y reviso tareas por correo electrónico, organizo las actividades asincrónicas de aprendizaje en el blog, entro a mis clases de la MEB y ASCL, entrego mis tareas y me preparo para lo que venga. Todo el tiempo es temporada de siembra para que la cosecha sea fructífera y los beneficios de ella alcancen para todos.

DESPIÉRTAME

Keren Alejandra Miranda Chavez

El sonido de una campana envolvía la escuela, preámbulo de una embestida de gritos corales pertenecientes a los alumnos que festejaban, pues las clases habían terminado. Sillas arrastradas por el anhelo de salir, maestros dando las últimas indicaciones para poder tener algunos días de descanso que permitieran volver con fuerza para continuar con la noble labor de formar. Era la una tarde de un día de marzo, manos agitando el entorno despedían vigorosamente a los docentes de los alumnos, mis niños giraban sus cabecitas para poder ver mi contestación, que afirmaba la certeza de que nos veríamos dentro de dos semanas, después de un puente largo y como recomendación por los rumores acerca de que una nueva enfermedad se expandía en el mundo. Lo tomamos como el receso que anhelábamos, ya los docentes sentíamos el agotamiento que genera estar a más de medio ciclo escolar.

Nadie sabía en ese instante que estar ahí sería un anhelo frente a lo que nos esperaba. “No regresamos a clases oficialmente, estamos en cuarentena”, es el enunciado que leo en mi celular derivado del contacto de la directora, indicio de que nada estaba bien: el virus SARS-CoV-2 había llegado a México y se propagaba la covid-19. Esto detonó en un sinfín de incertidumbres, pues no volvería a ver

a los alumnos físicamente. Las primeras preguntas que albergó mi mente fue: ¿Cómo les daré clases? ¿Se puede mitigar la distancia para que el aprendizaje no colapse? Las juntas con los compañeros docentes por videollamada eran tormentosas, no llegábamos a nada porque todo era nuevo para nosotros; la tecnología sería nuestra nueva forma de estar juntos.

Así, sin preparación, sin cursos ni algún plan emergente nos dimos a la tarea de no dejarnos vencer, pues el tiempo no es estático y nosotros no podíamos quedar en el olvido. Los docentes de la primaria Celestino Pérez y Pérez, ubicada en Iztapalapa, nos dimos a la tarea de dar clases en línea, vía Zoom, una plataforma que brinda la facilidad de poder hacer videollamadas. Y todo con problemas técnicos, ojeras ante la desesperación, hogares que se volvieron salones de clases, niños perdidos y la zozobra por no ser infectados. Iniciamos el ciclo escolar 2020-2021 con muchos temores, pero la convicción que nuestra vocación emanaba, permitió no soltar el conocimiento que podría ser determinante en la nueva situación histórica que nos tocó vivir.

La pandemia siguió su transcurso, los infectados aumentaban, las muertes sobrepasaron las cifras, y pese a tener todo en contra seguía cada mañana esperando que el internet no me fallara para poder ver –durante 60 minutos– a mis alumnos y entablar las palabras necesarias que los hiciera olvidarse del caótico mundo en el que vivíamos. Pensé que mientras me cuidara podría estar así todo el ciclo escolar, pero la vida me tenía preparada otras veredas.

Los infortunios en este relato comenzaron en un instante de enero, cuando recientemente habíamos dado la bienvenida al año 2021, agradecidos como familia porque permanecimos sanos a pesar de la pandemia. La travesía que estaba a punto de ocurrir era necesaria para forjar a una docente capaz de entender de resiliencias, pérdidas, dolor, insomnios tormentosos y más: todo para ser empática ante la historia que cada educando llevaba al aula virtual. ¡Claro, esto lo vería meses después!

Solo habían pasado cinco días desde que la pandemia se hizo realidad en mi familia; recuerdo que era domingo y el atardecer se avecinaba, se iniciaban las últimas horas de un agotador fin de semana y algo raro latía en mi interior. Podía sentir cómo una tos diferente albergaba el soplo de aire que se hacía constante. “¡Volveremos el viernes!”, decía mi madre mientras acomodaba su ropa: un viaje programado a Oaxaca la separaría unos cuantos días de mi lado, y aun cuando esta no era la primera vez que se iba, le imploré un “¡no vayas!”. Jamás le había impedido esos viajes, pero presentía algo raro en ese momento. La necesidad de no dejar escapar a mi mamá me sobrepasó, el nerviosismo se metió entre mis dudas y se sumó la desfachatez de exigir que se quedara, que no me dejara, ya que un presentimiento se me había incrustado en el pecho. Pero todo fue inútil, entre miedos sin sentido, mi hermana y yo la despedimos sin saber que nuestro temor era apenas el comienzo de un camino en medio de imponentes valles de sombras de muerte.

El termómetro me dio la primera señal de alerta: 38.7 grados Celsius. Nada era normal, la tos sofocante, la temperatura, el dolor de huesos, eran mis síntomas y coincidían fielmente con los indicios de tener aquella enfermedad que hasta ese entonces solo existía en un lugar imaginario.

—Señorita Keren, aquí están sus resultados —un enfermero extendió una hoja doblada, no podía creer que ese breve espacio entre mi mano y el documento determinaría mi salud física, emocional y mental.

Tomé el papel con la adrenalina instaurada en mi palpar y que mecía mis manos. Ahí estaba la palabra que no quería leer: “Positivo”. ¡Tengo covid! El miedo se apoderó inmediatamente de mi mirada, pues el brillo producto de las lágrimas queriendo brotar era la prueba del mundo de emociones que justo en ese instante sometía a la razón. El inevitable llanto no sería para menos, pues a diario se escuchaba la abrumadora lluvia de noticias sobre hospitales colapsando por tantos casos de contagio y muertes sin parar.

Había algo muy importante que tendría que explicarle a la directora, ya que no solo comenzaría el andar a través de una prueba familiar, sino también 35 alumnos, niños de nueve años ante quienes la ausencia iba a ser una realidad desde su primera clase, después de unas vacaciones decembrinas. La promesa de volver a vernos sanos que les hice un viernes de diciembre se había roto, y sus caritas asaltaron mi pensamiento mientras me postraba en la cama. ¿Quién los atendería? ¡Debo explicarle al nuevo maestro acerca de todos los percances y detalles que tiene el grupo! Lo único que desvanecía la preocupación era el cansancio, que me guiaba a través de un sueño pesado y necesario.

La llamada telefónica con la directora fue muy humana, ella podía notar mi voz que se humedecía por la zozobra y el miedo a una enfermedad que nadie entendía. Su comprensión llegó al grado de no pedirme un comprobante de incapacidad laboral, de no exigir una receta médica, solo confió en lo que podía escuchar y en la leyenda que la hoja de resultados de una prueba que dio positivo ante la presencia del virus. Sus palabras aliviaron la preocupación que la responsabilidad de formar humanos me aquejaba. La paz me abrazó cuando de su expresión emanaron afirmaciones sobre el tiempo que no sería medido, el apoyo lo recibiría hasta que mi familia y yo nos encontráramos bien; ella se haría cargo de todo, ahora podía concentrarme en fortalecer mi salud y volver a encontrarme algún día con esos 35 pequeños que aparecían como un punto en la neblina de mi memoria.

Las indicaciones médicas restringieron el pensamiento de verme sana. No levantarme de la cama a menos que fuera necesario, evitar caminatas de más de cinco minutos, tomar muchos líquidos, seguir con los medicamentos y hacer esfuerzos mínimos; me repetía constantemente la voz del doctor para no olvidar nada y así obtener mi pase de salida a la realidad, ya que padecer una enfermedad pandémica que llevaba a la muerte a millones de personas, era como vivir en el inconsciente de un escritor de novelas futuristas, en una de sus peores pesadillas; yo no sería la protagonista que muere al final de la historia.

La puerta se abrió de pronto, oí el estruendo y unos pasos latentes de urgencia por llegar al baño afuera de mi puerta. Mis padres habían llegado y lo que sucedió en seguida apenas había sido un presentimiento, pero ahora lo veía real. “¡Me desmayo!”, gritó aun con debilidad mi madre, y mi padre la sostuvo estremecido, al grado de hacerme salir del espacio en el que estaba restringida; la escena: el semblante aterrorizado de mi papá porque mi mamá no contestaba.

Sentí que la vida se me iba de las manos, era como un vacío lleno de oscuridad y el cual me jalaba para ponerle fin a mi existencia. Pasaron unos segundos que se sintieron eternos y un instante después me encontraba cargando a mi mamá, intentaba subirla al automóvil para llevarla al hospital más cercano, o cualquier lugar donde le devolvieran el aliento que ahora casi no podía sostener, pero que la aferraba a la vida.

La agonía no terminó sino que aumentó cuando llegamos al primer hospital, donde al decir que teníamos a un paciente con problemas de oxigenación, lo único que nos dijeron fue que teníamos que esperar, ya que los médicos estaban de salida. ¿Esperar? ¿La muerte espera para que puedas volver a la vida? ¿Cómo piden comprensión si lo más amado sufre en tus brazos? Ahí no la atenderían, eso era seguro, y entre llamadas a otros contactos y amigos que son médicos, decidimos llevarla al hospital La Raza, donde me aseguraban que había lugar para pacientes con covid-19.

Mi primo me recordó que yo era una paciente en sus días más delicados luego del contagio y no me permitió ir con él al hospital. La razón no entendía que debía tomar distancia y le pedía que me dejara estar con ella. “¡No!, ¡ve a casa a descansar! Yo llevo a mi tía”, replicó. No tuve hermanos mayores, así que el hecho de crecer juntos lo hizo más que un primo, lo obedecí y en medio de un espasmo mental, llegué sin saber cómo al cuarto de donde no debí de haber salido. Pasaron pocas horas y con dificultades dormitaba, mi único deseo era que nada de lo que estaba pasando fuera real, hasta que una llamada me regresó a la pesadilla.

—Ya conectaron a mi tía al oxígeno, necesito que vengas... mientras voy a conseguir un tanque para llevarla a casa.

Diligentemente atendí a la voz y aunque podía sentir mi respiración forzada, no iba a dejar al amor más grande en aquel hospital donde ni por equivocación pasaron las imágenes que estaba a punto de presenciar. Las personas se abalanzaban contra la puerta de emergencias de La Raza. Pedían informes, gritaban y exigían que atendieran a su familiar. Adentro, los pacientes estaban conectados a lo que mantenía su vida entre el presente y una muerte fugaz; con la mirada intenté hallar a mamá, pero no tuve alternativa más que entrar al infame lugar.

Había personas tosiendo dramáticamente, los quejidos quebrantaban el espíritu, mares de tormentos que, entre tal devastación, pude sortear y la encontré. Aun con la mirada perdida de tristeza, su cuerpo debilitado por tantas horas sentada, se avivó cuando me descubrió con la mirada; al llegar a ella me quedé postrada ante una heroína vulnerable, pero ella ya no tendría que temer, yo estaba ahí. “Espera un poco más”, le susurré. Ella asintió con una sonrisa rota que mentía al tratar de mostrarse fuerte. Ahora no sé con certeza cuántas horas pasaron, pero el momento de irnos a casa llegó con un tanque en manos de mi primo, y la responsabilidad de cuidarla hasta que su espíritu volviera con fuerza.

Sostener la mano de mamá mientras ella me daba consejos para cuando no estuviera, escuchar que hablaba como si ya no habitara aquí conmigo, dolía en el pecho. Le imploré que no se despidiera —aún no estoy lista para dejarte ir, así que ¡ni me voy a despedir ni pensaré que no estarás!— le dije mientras lágrimas inquietantes surcaban mi rostro sin parar; cierto enojo se apoderó de mi pensamiento al ver que se estaba dando por vencida, cuando aún había muchas cosas por hacer. Le solté la mano, salí del cuarto en búsqueda del oxígeno que necesitaría por la noche y en los subsecuentes días, así como de las medicinas que no se encontraban con facilidad. La prueba a la que fui sometida estaba en su momento cumbre, mi resistencia sería probada por mi fe.

Desperté en medio de la desolación de almas inertes, sobreviviendo al tiempo caótico que nos reducía a una realidad efímera; me formaba en una fila interminable de personas a quienes, al igual que yo, el suspiro de un familiar se desvanecería si no llegaban con el tanque de oxígeno. El saber que la vida dependía de algo tan sencillo en apariencia me debilitaba, pues bien sabía que mi familia tenía dos formas de salir de esto: en victoria y con vida, o en la ausencia de nuestros seres queridos. Mi pensamiento acerca de la muerte cambió cuando transité por el pasillo de la experiencia y la reflexión que me dieron las filas interminables y la búsqueda de medicinas; así se entreteje la enseñanza de esta vivencia.

El bordado de mi aprendizaje comenzó cuando, en medio de gritos incesantes, los ojos se les inundaban por la devastación, todos eran presas de la desesperación porque algún familiar sufría: llantos ahogados, lágrimas incontenibles, voces dolorosas llenando el espacio, todo te lleva a sentirte tan finita en esta vida... Aún no he aprendido a dejar de llorar una vez que las lágrimas se han apoderado de mis ojos, únicamente la agonía y cansancio me ayudaron a postrarme en el pavimento, añorando que todo terminara. ¡Despierta, por favor... despiértame!, gritaba en silencio, era la oscuridad de mis tormentos durante las horas que pasaban y no conseguía nada.

Esa imagen se repetía día tras día, no había paz ni consuelo para quienes habitamos ese instante; recuerdo que, una de tantas noches, la luna llegó en búsqueda de mi compañía, la admiraba radiante y el cielo tenía una luz inexplicable. Mis ojos seguían llenos del sentimiento húmedo. Necesitaba salir de esta realidad, no podía seguir ahí; pocas veces salgo sin un libro en la mano, me acordé, y con torpeza escudriñé dentro del bolso: ahí estaba, maltratado por haber pasado días en constante movimiento. *El abanico de seda* se hizo presente para crear una atmósfera donde nada podía atormen-tarme más.

Lo abracé como si hubiese encontrado el paraíso, y en cuanto me hice consciente de lo afortunada que era, lo abrí; leer me envolvió

a tal grado que olvidé el terrible estado en el que me encontraba. Mientras mis ojos tatuaban cada línea en mi ser, pude sobrellevar ocho horas en las que esperé la vida que el tanque de oxígeno le daría a mi mamá. Esto me lleva a pensar en la poderosa acción de leer, de ser inmersa por otro tiempo, lugar y acontecimiento; tratando de entender lo vivido, encuentro en la teoría, en la voz del autor Garrido (en Rey, 2000, p. 9), que “gracias a la ficción, el niño se convierte en otro sin dejar de ser el mismo”.

Cuando alguien lee, logra plasmar en su mente un espacio y una temporalidad, diseña personajes, acciones y emociones. Esto encamina al lector a sentirse, metafóricamente hablando, dentro y parte de la historia. Por lo tanto, gracias a esta acción que genera el lector, podemos decir que vivimos otras vidas cuando nos adentramos a las letras de la prosa pues, aunque en este presente humanamente existamos, nuestra mente es la que se anima a través de lo que lee descubriendo otros mundos.

Mientras me percibo a través de estas palabras, recuerdo a mis alumnos de cuarto grado, quienes tendrán ese paraíso al cual viajar cuando su realidad sea detestable, cuando quieran huir de ella. ¿Lo tendrán? ¿A dónde van cuando nadie los comprende, cuando todo duele? Me gustaría compartirles que hay otros mundos y otras vidas. Que los alumnos lleguen a esa transmigración donde se hacen uno con los personajes de alguna obra literaria, haciendo reflexiones, transformando su actuar y su pensar, aprendiendo a través de lo contado por el autor, eso sería llevarlos a un lugar donde se sintieran a salvo.

Yo fui salvada por la literatura que, gracias a la especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua de la Maestría en Educación Básica, pude entender y hacer realidad tal aprendizaje, guiada siempre por la teoría que ahora palpaba.

No importaba mi ausencia en las clases debido a la enfermedad, que me distanciaba físicamente, si podía traerlos a la memoria y pensar en lo que necesitaría enseñarles después de mi experiencia. Definitivamente no volvería a ser la misma maestra, dentro de mí

había la necesidad de contar lo aprendido en esta etapa, que, si bien aún no terminaba, esperaba que estuviera más cerca el día en el que volvería a decirles “¡buenos días!”, mientras ellos alistaban su cámara y con una sonrisa respondían: “¡Buenos días, maestra Keren!”. Ojalá que no me extrañen tanto, me decía, por si no los vuelvo a ver.

Transcurridos tres meses, llegó abril de 2021 ¡y volví a ver a mis alumnos a los ojos! Las pantallas se iban abriendo, cada una mostrando alguna de las imágenes que había colmado mis ojos de aguas melancólicas, y en la pantalla un mosaico de frases se quedó impreso ahí donde la cicatriz de la enfermedad se hacía visible. En las ventanitas podía leer desde un “¡la extrañé!” y “¡la queremos!”, hasta “¡la estábamos esperando!”... y así, con una sonrisa dibujaron en mi rostro cansado la esperanza que se había desdibujado, aun cuando no terminaba mi andar por la construcción de la nueva persona que seré, pero ahí, con ellos presentes en el mismo espacio temporal, sentía que había valido cada momento en que me vi rota e insuficiente, porque ahora sabía que no era yo lo que pensaba de mí, y que si había llegado con vida hasta ese día, era que un propósito fuera del pensamiento se estaba gestando, no podía darme por vencida.

El nudo en la garganta, después de verme en cada palabra escrita por los deseos de reencontrarnos, se desató cuando las lágrimas emergieron como el remanente de un gran sentimiento. Aprender juntos es un lazo tendido entre docente y alumnos que solo en la complicidad de la enseñanza podemos entender: el valor de formar humanos, llenos del conocimiento que los hará libres ante cualquier circunstancia.

¿A dónde van cuando nadie los comprende? Era la pregunta que mi recuerdo guardó ante la experiencia de volver a la vida después de tanto, y no la quería echar al olvido, sino aprovecharla de tal modo que pudiera lograr un cambio en los alumnos. El momento de plantearla llegó cuando en la maestría nos solicitaron que pensáramos en un proyecto que pudiéramos hacer con los alumnos a la

distancia, y era el momento justo en el que la respuesta a la incógnita podría ser encontrada.

La vértebra que sostendría el proyecto de lengua me llegó de golpe, como florecer gracias al invierno: la literatura para salvar, animar, dar vida... ¡Claro, ese sería el eje! Pero ¿cómo? ¿Qué me impulsa a tener esa convicción de que la literatura salva? Lo que viví fue gracias a la literatura que leí instaurada en la desolación y que por fortuna pude sobrellevar tras horas de espera; fue gracias a esa literatura que conseguí situarme en otros espacios, alejada de la realidad que hería y fortaleciendo mi pensamiento respecto a lo que podría ser a través de la palabra eternizada en la literatura. Así surgió el proyecto de lengua: ¡Auxilio, me enamoré de la LIJ!

Cabe señalar que la idea era hacer un proyecto educativo donde la literatura ayudara a los niños devastados porque a un familiar lo hubieran internado, su papá había fallecido o no podían disfrutar en familia como antes. El estrés del encierro solo generaba más sentimientos y emociones negativas que apagaban el anhelo de aprender. Mientras yo daba la definición de alguna palabra, ellos pensaban en la ausencia de un ser querido. Después de lo vivido pude notar que la escuela –virtual o presencial– no está preparada para enseñarles a niños con la tristeza colada en la mirada y el hastío entre sus pensamientos.

La escuela virtual se había convertido en la copia del pasado, una escuela donde estaba prohibido mostrar los sentimientos, o no se consideraban importantes; por tal motivo era necesario actuar y diseñar un proyecto que permitiera aprender que mientras leemos para entender nuestro entorno, escribimos para entendernos y aprendemos sobre el uso funcional de la lengua.

Así comenzó nuestro peregrinar en el que se encontraba el aprendizaje, llenos de asombro sobre lo que ocurriría. Durante todo el proyecto de lengua, desde la preparación hasta la evaluación, yo sentía cierto nerviosismo sobre cómo lograr un proyecto de lengua a la distancia, sin poder dar sugerencias a los escritos de los alumnos o mirar cómo van construyendo su historia de vida.

Al hablar de historia de vida me centraría en la importancia de la narrativa, y que mis alumnos escribieran como plantea la autora: “La narrativa nos permite no solo ordenar el mundo de la experiencia, sino que, a través de la reflexión y re-creación de la misma, podemos comprender el mundo de nuevas maneras y crear nuevos significados” (Díaz, 2019, p. 36). Escribir es narrar y, al narrar, los alumnos ordenan sus experiencias. Esto los hace ser conscientes del entorno en el que viven, moldeando nuevos significados que los ayuden a comprender su presente. Por lo tanto, escribir en el proyecto de lengua sería el producto a evaluar sobre cómo la literatura dio la pauta para que ellos pudieran organizar sus experiencias, comprendiendo el ahora, la pandemia, las muertes de seres queridos, entre otros casos. Que no era otra cosa más que la formulación de nuevos significados a través de lo vivido.

Las clases se instauraron en llamadas de 60 minutos, de tal forma que los alumnos sabían que tenían que subir los borradores de sus historias de vida a la plataforma Classroom, lugar donde yo podía acercarme a sus textos y, de alguna manera, hacer algunas observaciones; la ausencia de alumnos se palpaba en la plataforma, pues de 35 alumnos solo 24 eran constantes y los otros 11 se habían quedado –en algún punto de la pandemia– perdidos. Con los alumnos más constantes en su asistencia se intentaba que el lazo de la comunicación se fortaleciera, por tal motivo no podía soltar el celular, pues era necesario estar siempre atenta por si alguien requería esa comprensión humana y que tanto anhelaba que ellos sintieran.

Humanizar... Esta palabra rondaba siempre mi mente y era clave para el objetivo del proyecto que pudiera existir, a pesar de la distancia. Buscaba un aula virtual humanizada, capaz de encontrarse en ella a una docente y sus alumnos capaces de saber escuchar, de nombrar la realidad, y todo ello complementado con el placer de leer. Me abrazo a la teoría que arroja luz a mi andar sobre lo que debo de hacer con los educandos en estas situaciones, para hallar una respuesta: “la lectura es una de las formas más alegres, más generosas, más eficaces de ser conscientes” (Cerrillo,

2016, p. 202). Ser conscientes es el primer paso para poder expresar que nos sentimos dolidos, que no basta con llorar, que hay que hablarlo. La literatura nos hace conscientes de que hay sentimientos y emociones más profundos que solo estar triste, que existe la desolación, melancolía, depresión y todas son reales y al saber que existen, hacerlas notar nos hace más humanos y generar empatía.

Humanizar el aula es poder escucharnos, es poder llorar mientras leemos una obra poética, o sincerarnos en el acto de escribir, sin prejuicios, sintiéndonos seguros en un aula capaz de convertirse en un espacio donde la cooperación crece y damos vida a través del arte sublime de la palabra. Cada detalle de este momento con mis niños era el resultado de los llantos ahogados, la desolación de mi presente y que ahora era pasado, todo lo cual me dio como docente la posibilidad de pensar en los educandos y mostrarles un bello hogar que tenemos cuando nos entregamos a la lectura.

En medio de relatos llenos de significado, los alumnos aprendieron a vivir otras vidas, a saber que no todo está perdido mientras tengamos un libro a la mano. Afortunadamente la literatura no solo nos salvó –a ellos y a mí– de caer en los destierros del olvido de ser quienes realmente somos, también dio vida a la convivencia entre familias de los alumnos luego que leer en casa se había convertido en un momento para sanar.

Los padres de familia, al principio, se negaban a que destináramos el poco tiempo de una sesión en línea al análisis y disfrute de la lectura de un libro, pero después pudieron ver que además de la experiencia académica, aprendíamos a ser más conscientes para humanizar nuestro entorno, y no pasar por arriba de la desgracia ajena. Una madre de familia me mencionó que ella siempre esperaba que la clase iniciara con la lectura de algún acervo literario, pues en ellos encontró varias respuestas y paz ante el mundo caótico en el que aún vivimos. En palabras teóricas, lo que ocurría era “acercar a los pequeños a la poesía, a la flor y el canto, al arte, una de las pocas actividades del hombre que alimentan su espíritu y su ser en medio de la incertidumbre de un fin de siglo” (Rey, 2000, p. 23).

Es necesario recordar que la literatura es una expresión artística, estética, que ayuda al ser humano a alimentar su alma, el ser y todo lo que llevamos dentro del cuerpo físico. En medio del caos pandémico es necesario reconocer que no solo duele el cuerpo, también duele el alma y esta debe ser alimentada para que, en medio del caos, sobreviva. Por lo tanto, acercar a los alumnos y padres de familia al arte literario posibilita desarrollar la capacidad que como humanos tenemos de ser resilientes ante la incertidumbre de lo que pasará en estos tiempos... y en tiempos futuros.

Los alumnos, la profesora y los padres de familia necesitábamos nutrir la mente, el alma, el espíritu, para fortalecer la razón y no caer ante una pandemia latente. Los padres de familia daban su apoyo, los conectaban o dejaban la instrucción para hacerlo. Al principio querían toda la atención, sin embargo, poco a poco fueron notando que era necesario calmarse, ser empáticos para poder avanzar.

A través del acercamiento a la literatura infantil, los niños derribaron los muros que les impedían ser sinceros con ellos mismos, así pudieron ver que el sufrimiento trae consigo nuevas maneras de ver la vida, que lo escrito en un acervo literario nos ayuda a entender el sentimiento que se desborda en el silencio de cada uno, y que eso también es arte. Aprendieron a humanizar el dolor, la melancolía, el gozo y la alegría que producen los sucesos de la vida, inmersa en un cierto tiempo. El tiempo que ellos estaban viviendo, en medio de una pandemia, era digno de plasmarlo a través de la escritura de sus historias de vida y en los colores de una obra de teatro que reflejara sus vivencias. Aprendieron a expresarse en la oralidad para concretarlo en la eternidad de lo plasmado en papel.

Gracias a este proyecto de lengua le dieron otro sentido a la escritura, ya no lo hacían nada más para cumplir con algo que les exigía la escuela como tarea, sino que comenzaron a fortalecer su pensamiento narrativo, como lo refiere Díaz: “cuando se fomenta el pensamiento narrativo, se estimula a la par el pensamiento divergente, la imaginación, la fantasía y la creatividad” (2019, p. 38). Escribir en las escuelas debiera tener un propósito que sea significativo

para los alumnos, porque darles un motivo real para escribir abre el camino para otros aprendizajes, como el desarrollo de la creatividad, la imaginación y la organización textual. Por consiguiente, el escribir en las aulas y sobre todo en este proyecto de lengua, fue un incentivo para que los alumnos escribieran para informar, expresar sus pensamientos, dialogar, comunicar... para eternizar el momento que vivimos y, principalmente, en este tiempo de pandemia.

Renacimos cuando la pandemia quiso callarnos, cuando nos llevó a caricias confinadas y vivencias olvidadas, tratando de erigir una barrera entre la escuela y los alumnos; sin embargo, no fue posible alejarnos en un tiempo que nos identificó el hambre por descubrir y aprender que una docente y sus alumnos también pueden tener.

Jamás pensé que una experiencia tan dolorosa y personal pudiera darme las herramientas necesarias para diseñar un proyecto de lengua, forjado entre el descubrimiento de la literatura infantil, los libros-álbumes y la historia de vida que cada uno en el aula virtual tenía y convergía ahí. Pero estaba agradecida porque, después de cuatro meses, había encontrado la estabilidad y organización necesaria para planear las clases virtuales y que fueran significativas para aquellos alumnos que, también, aprendieron a estar a la espera de su maestra.

Un día abrí los ojos y pude ver a mamá caminando, sin agitarse, hablando sin el oxígeno colgado de sus pulmones, con una sonrisa discreta pero firme, y todo ello anunciaba un nuevo renacer en ella. Una mañana distinta, abría la sesión para unirme a la última videollamada desde donde dirigiría la ceremonia de graduación, que sería la culminación de un ciclo escolar lleno de sobrevivientes. Así es, sobrevivimos al peor de los escenarios, estábamos con la cara en alto. ¡Lo habíamos logrado! Estar vivos y presenciar esta ceremonia colmó de lágrimas a varios docentes –y a mí, por supuesto, pues unos meses atrás creía que iba a desfallecer ante la zozobra.

“¿A qué le tenías tanto miedo?”. Es el interrogante que Dios susurra en medio del anochecer, mientras en el cielo un arrebol de colores matizados por un horizonte melancólico hace brotar lágrimas

de gratitud. ¿Lo logré? ¿Pasé la prueba? Acaso he llegado al final del aprendizaje, o simplemente es un suspiro entre esta aflicción y lo que vendrá, pues la vida es eso, primordialmente: es dura, difícil, está llena de desaciertos y contradicciones, pero creo que nada tan sublime como el amor, la amistad y el propio ser serían realidad sin el dolor que nos hace vernos y sentirnos vivos, eternos.

Despiértame cuando las tormentas me alcancen, la razón desvaríe y la oscuridad inquiete mi sueño, cuando me pierda entre los pensamientos y el llanto no tenga paz; despierta mi instinto de supervivencia con guerras que me hagan útil, audaz, pero sobre todo no me dejes soñar irrealidades que puedan colapsar mis anhelos; hoy soy diferente por el sueño que habitó en mi alma, y se renovó sabiéndose fuerte, firme como un roble. No me dejes dormida eternamente, pues son estos desiertos los que me llenan de vitalidad, y aunque nunca he logrado comprender a qué se debe el ponernos a prueba, sé que siempre estás conmigo. Despiértame para volver a soñar.

RELATO DE EXPERIENCIA PERSONAL Y PROFESIONAL ANTE LA PANDEMIA POR COVID-19

Laura del Carmen Lara Velázquez

Al comenzar este escrito, donde compartiré lo vivido durante la inesperada pandemia de la covid-19, no puedo dejar de reflexionar sobre lo mucho que cambió mi perspectiva de la vida en casi dos años.

Quiero empezar platicando sobre un poco de mi historia de vida. Soy una mujer de 31 años, hija de un matrimonio originario del estado de Jalisco y la mayor de dos hermanas. Crecí en la Ciudad de México, cursé la educación básica y la media superior en la hoy Alcaldía Álvaro Obregón. Desde mi infancia experimenté la inquietud por la docencia y logré cumplir el sueño de recibirme como licenciada en Educación Preescolar en el año 2013. Posteriormente, en 2016 concursé en el examen de oposición para ganarme una plaza en área de preescolar (preprimaria) como maestra titular: quedé en cuarto lugar de prelación e ingresé a trabajar en jardines de niños oficiales. Para entonces ya me había casado y tenía un hijo, Emiliano, de dos años.

De 2016 a 2019 laboré en el jardín de niños Andrés Quintana Roo y, por cuestiones personales, al buscar un nuevo embarazo, solicité mi cambio de plantel con la finalidad de acercarme más a mi domicilio. Cabe señalar que en el año 2017 ingresé de nuevo a

la Universidad Pedagógica Nacional (UPN) para cursar la Maestría en Educación Básica, de la cual egresé en 2019. Al ser otorgado mi cambio del plantel, recién comenzaba la adaptación de un nuevo estilo de trabajo, liderazgo directivo distinto y estilos de intervención docente que distaban de la mía, así como el tratar de equilibrar la vida laboral y personal –mi embarazo–, el concluir la maestría y un trabajo recepcional para obtener el grado académico.

Y a todo esto le agrego que llegó un nuevo reto llamado “covid-19”, circunstancia que cambió radicalmente la organización escolar, pero también mi dinámica familiar y que en un principio me generó miedo e incertidumbre por la gravedad de la emergencia sanitaria que divulgaban los medios de comunicación, así como el comenzar a entablar una educación a distancia en donde ni las autoridades educativas tenían una ruta establecida y todo lo fuimos descubriendo con el clásico “ensayo y error”. Para entonces se nos pidió trabajar desde casa y se inició el confinamiento nacional hacia finales de marzo de 2020.

Cuando estaba atravesando por el quinto mes de embarazo, sentí un enorme miedo de salir, ya que no dejaba de percibirme como una persona sumamente vulnerable, así que la necesidad me obligó a buscar estrategias de compra vía remota, a pesar de que siempre he sido sumamente reservada en el uso de las tarjetas de crédito y débito por medio de dispositivos electrónicos.

Poco a poco fui sintiéndome más confiada en el uso de las aplicaciones, y más hábil para detectar los espacios donde podía llevar a cabo mis compras. Y fue entonces cuando se dio por completo el confinamiento para mí, ya que todo lo realizaba en casa y el único que esporádicamente salía era mi esposo, sobre todo por cuestiones laborales.

Ya para el término del ciclo escolar, a principios de junio, debo admitir que experimentaba un cierto grado de tranquilidad al poder estar más presente en casa, y en un punto hasta me llegué a sentir “afortunada” por pasar la mitad de mi embarazo en el hogar y con los míos de una forma más cercana. Sin embargo, la nueva

metodología de trabajo no estaba bien definida y fuimos aprendiendo sobre la marcha. Pero el miedo y la incertidumbre se fue apoderando de la comunidad educativa, tal como lo describe Avendaño:

De alguna manera, la adversidad que vivimos con la pandemia de Covid-19 nos enfrenta a lo desconocido y esa incertidumbre aporta muchísimas cosas, la primera es que da la posibilidad de elegir si se quiere acomodar en una respuesta de victimismo, desamparo, rabia, frustración, o si se elige, precisamente, volcarse en superar esa adversidad desde el amor (Avendaño, 2021, p. 11).

No obstante, dentro de mí se comenzó a generar un sentimiento de culpa al saber que, por la premura de la situación, no se estaba llevando a cabo una educación de calidad, y a menudo me repetía: “Es un grupo de segundo año de preescolar, ya para el siguiente ciclo seguro que estaremos en presencial y podrán recuperar los aprendizajes”. Pero esa sensación se incrementa, ya que en colegiado se acordó que el canal de comunicación solo sería vía WhattsApp, mediante la entrega de cuadernillos en formato PDF y que a su ritmo cada familia los abordaría.

La sensación de cumplir “a medias” con el trabajo docente, me generaba un fuerte conflicto interno entre el hacer y el deber ser, así que comencé con una nueva estrategia: grabarme en videos de pequeños tutoriales, dirigiendo las actividades pedagógicas propuestas, y así fue como exploré algunos recursos de moda, como el propio TikTok y otros tantos muy atractivos por sus efectos de sonido, por ejemplo, que me ayudaron a tener un mejor acercamiento tanto a mis alumnos como a los padres de familia. Y así la sensación de CULPA fue disminuyendo.

También surgió en mí el deseo por aprovechar mi tiempo “libre” en cursos y talleres virtuales con temas relacionados a la educación y a la formación como padres de familia. Dediqué más atención a la elaboración de mi proyecto de intervención educativa para titularme, y así, paulatinamente, el miedo al encierro y a la enfermedad se convirtió en una oportunidad de crecimiento profesional.

Después de todo, el confinamiento me generó calma y hasta una gran satisfacción al sentir que el tiempo en casa estaba siendo bien utilizado.

Por otra parte, lidiaba con la vida familiar que, si bien en un principio mi hijo manifestaba alegría por pasar más tiempo en casa juntos, conforme transcurrieron los meses se mostraba irritable, cansado, apático. Y cómo no iba a ser así si atravesaba por varias facetas en su crecimiento: terminaba la educación preescolar en medio de un encierro prolongado, pronto se enfrentaría al cambio de nivel escolar, la primaria, donde ya no estaríamos juntos y, como la cereza del pastel, la llegada de una hermana.

Enfoqué mi atención sobre todo en él, para ayudarlo en esos nuevos procesos adaptativos a los que se enfrentaba, y comenzamos a establecer rutinas de juegos, lecturas de cuentos, pintura, entre otras. De este modo, en el transcurso del día ya no tenía tiempo de ver y oír a menudo las noticias, como antes.

El miedo, angustia e incertidumbre se desvanecieron y comencé a gozar el tiempo en casa durante los momentos de aprendizaje y crecimiento profesional, tanto como los tiempos de calidad en familia. Y volví a sentirme afortunada por poder asistir de manera regular a mis citas médicas y planear la llegada de la nueva bebé.

En el último trimestre de mi anhelado embarazo, me detectaron diabetes gestacional debido a los altos grados de glucosa en sangre, tuve entonces que adoptar otros tipos de cuidado, como cambiar hábitos alimenticios, y por sugerencia médica, realizar actividad física. El médico tratante sugirió que me diera un tiempo y saliera a caminar por periodos de 30 a 40 minutos, por supuesto con todos los cuidados preventivos y de higiene para evitar contagiarme.

De nuevo, el miedo a salir se apoderó de mí aun cuando poco a poco fui enfrentándolo: me iba a caminar por las calles cercanas a mi domicilio, con el cubrebocas, careta y guantes, y al regresar a casa hacía todo un ritual para ingresar, desde el uso de los cestos de la ropa sucia y “bañarme” de desinfectante, hasta que lograba llegar al sanitario para darme una ducha y, por fin, sentirme a salvo.

Conforme fui adquiriendo el hábito y me sentí más segura de salir, incluí en la rutina a mi hijo y mi marido; hoy que lo reflexiono, considero que nos ayudó –especialmente a Emiliano– a combatir los periodos de ansiedad o estrés que llegó a manifestar por permanecer encerrado en casa todo el tiempo.

El 11 de julio del año 2020, mi hija Regina vio la primera luz, en medio de una crisis mundial, pero pese a ello no podía dejar de sentirme feliz por su llegada a nuestra familia, ya que fue muy deseada y esperada. Como familia, enfrentamos un nuevo cambio y no fue nada sencillo con seis años de diferencia entre cada uno de mis hijos. Volverían las desveladas, los constantes cambios de pañales, el sueño interrumpido... agotadora otra vez la vida diaria. Por fortuna, los docentes disfrutamos del receso escolar, aun en confinamiento.

La licencia médica por gravidez del ISSSTE me permitió que de julio a octubre de 2020 me desconectara de casi todas las actividades docentes, y toda mi energía la concentré en gozar a mi hija recién nacida y apoyar a mi hijo en su transición a la primaria.

Rescato que han sido de los mejores meses mi vida, pues, hasta cierto punto, nos habíamos adaptado exitosamente a esta nueva normalidad, el temor al contagio se hacía cada vez menor, y el sentirme en constante cercanía de mi ámbito familiar son momentos que atesoro en mis memorias.

Para entonces consideré que era cuestión de tiempo el regreso a las aulas, sin embargo, por los altos índices de contagio que persistían en el país, aún se veía lejano. Y al encontrar en mis correos electrónicos la oferta de cursos y talleres con temáticas sobre “educación a distancia”, y a pesar de la licencia médica por gravidez, comencé a prepararme para lo que presentía iba a ser un reto aún mayor que el del ciclo anterior.

Así, poco a poco, el sentimiento de angustia se apoderaba de mí, ya que al tener contacto con mis compañeras de trabajo y amigas de profesión, escuchar su agobio, angustia, estrés, fue inevitable que retornara la incertidumbre.

Experimenté con plataformas como Meet y Zoom para entablar comunicación a distancia. También organicé un espacio en casa como si fuera el salón de clases, con pizarrón metálico, escritorio, bocina, corchos para el decorado mensual, elaboración de material didáctico y decorados en pellón y fomi para ambientar, por ejemplo. Y en menos de una semana ya contaba con un aula en la sala del segundo piso de la casa, que hasta la fecha sigue siendo “el saloncito”. Poder contar con este espacio me facilitó la intervención docente a distancia, y el ambiente escolar que adapté me permitió sentirme motivada y cómoda al momento de realizar las actividades pedagógicas, desde su diseño en la planeación hasta su operación en las clases en línea.

Para el 30 de septiembre tenía que presentarme al examen profesional del posgrado, todo un acontecimiento que me motivó a seguir empleando el tiempo de confinamiento en cultivar mis habilidades docentes, además de que se convirtió en una meta alcanzada y que me hizo sentir el deseo de continuar creciendo profesionalmente.

La reincorporación a mi función docente frente a grupo, a la distancia, llegó el 12 de octubre de 2020, con alumnos de nuevo ingreso y por supuesto nuevas dinámicas familiares. Al principio me sentía preocupada respecto de cómo me organizaría para las clases en línea, las tareas domésticas, el cuidado de un bebé y cumplir con las actividades y solicitudes de la primaria junto a Emiliano.

Pero debo reconocer que conté con una red de apoyo tremendamente fuerte, conformada por mi esposo, mis padres y hermana, quienes viven cerca de donde radico. Por ello, la organización familiar se dio de buena manera, y durante mis periodos laborales a distancia lo sentía como cuando trabajamos en el aula de forma convencional.

Una gran fortaleza la representó el hecho de contar con acervos didácticos de varios años atrás, cuando comencé la docencia (11 años antes) y que gracias a la costumbre de guardar y mantener en buen estado dichos materiales, me sirvieron para una

intervención docente de mejor calidad, así como hacer uso del menor tiempo en su elaboración y optimizar mi rutina como madre, esposa, hija, amiga, ya que me convertí en una persona ingeniosa para utilizar estas herramientas de comunicación. Mis habilidades digitales se afinaron con el diseño de múltiples materiales que favorecieron el juego, aun a través de una pantalla, especialmente al recordar su importancia durante la etapa de desarrollo del alumnado. Dewey plantea que la motivación y los deseos de que los alumnos participen en actividades escolares, es proporcional al trabajo activo y acciones lúdicas llevadas a cabo en la escuela: “El juego y el trabajo se corresponden punto por punto con los rasgos de la etapa inicial del conocimiento, que consiste en aprender cómo hacer las cosas, familiarizarse con las cosas y procesos que se obtienen en el hacer” (Dewey, 1916, p. 170).

Cuando concluyeron las vacaciones de invierno, a principios de enero de 2021, me surgió la idea de buscar un centro de apoyo que brindara capacitación para estimular el desarrollo del lenguaje oral en los niños preescolares, a partir de la necesidad latente que percibía de mi grupo, aprovechando que en su mayoría los cursos y talleres se ofertaban de manera virtual.

Fue así que encontré un centro de desarrollo integral en el que brindan este tipo de capacitaciones y comencé a enfocar mi energía en ello. Esto trajo nuevos retos: ¿ahora mismo, todas las estrategias que estoy aprendiendo, cómo las adaptaría en una educación a distancia? Así que retomé los videos informativos, pero esta vez en la plataforma de Facebook. La medida fue tan exitosa que comencé a videograbar propuestas didácticas, no solamente con las estrategias de lenguaje, sino que también comencé a realizar cápsulas informativas a padres de familia, conversatorios con temas de interés general: estimulación motriz fina y gruesa, lectoescritura en el nivel preescolar, desarrollo del pensamiento crítico en el niño preescolar, entre otros.

Y también comencé con un proyecto que tuvo tal impacto que tanto los niños como los padres de familia aún demandan esta

actividad: las pijamadas literarias, consistentes en que una vez por semana nos reunimos, a través de Facebook, en un horario de siete a ocho de la noche para la lectura de diversas obras literarias.

Me percaté de que aun a la distancia podemos impactar favorablemente en las vidas de niños y adultos, principalmente en el desarrollo de nuestros pequeños, y que si en efecto hay innumerables retos tecnológicos, nunca dejamos de aprender y hacer uso de todo con lo que contamos para alcanzar los propósitos educativos. Constatamos que la educación no se encasilla en la adquisición de la lectura y la escritura, sino que constituye un esquema más integral, donde se complementan todas las áreas del individuo: intelectual, social, emocional y física, cuyo objetivo reside en la formación de un sujeto funcional para sí mismo y para su entorno social: “La educación no es solamente proporcionar información, es mucho más, es enseñar a pensar, a cuestionar las cosas, en ciencia lo más importante son las preguntas, no las respuestas y la educación debería favorecer que las personas fueran críticas, que aprendieran a pensar y a razonar” (Avendaño, 2021, p. 39).

Quizá ya nos hacía falta un verdadero cambio, algo que nos movilizara, que nos obligara a crear, pero ahora incorporando la tecnología y con la participación activa de la comunidad en general, en tanto que “el cambio de paradigma en el ámbito educativo, pasa necesariamente por transformar los procesos pedagógicos, pero ahora bajo la perspectiva de lo digital” (Burgos, 2019, p. 17). Por ello, habría que aprender nuevas formas de trabajar a partir de la tecnología, y a marchas forzadas, porque había que dar clase.

Por eso me vi en la necesidad de expandir mi plan de internet, que pagué con mi salario, como todo lo adquirido en este periodo para organizar las clases virtuales sincrónicas y asincrónicas, siempre con la mentalidad de que proponer actividades mejor enfocadas en la realidad, permitirá que los alumnos se apropien de ellas y su atención sea puesta en dichas dinámicas: “Cuanto más humano sea el propósito o cuanto más se aproxime a los fines que afectan a la experiencia humana, más real es el conocimiento” (Dewey, 1920,

p. 173), y durante todo este proceso de un nuevo enfoque educativo en el cual los hogares se convirtieron en los nuevos laboratorios educativos, pude constatar lo que Dewey afirmaba años atrás.

Para finales de marzo, cuando ya me sentía adaptada por completo a esta nueva normalidad y organizaba favorablemente la dinámica laboral, familiar y de enriquecimiento profesional, se presentó un nuevo cambio. Comencé a sufrir mareos, dolores de cabeza, periodos de sueño prolongados y un cansancio extremo, síntomas que atribuía a las intensas actividades escolares y que como madre llevaba a cabo. Me vi entonces en la necesidad de asistir a consulta médica, y tras unos días de análisis clínicos me confirmaron un nuevo embarazo, ¡esta vez inesperado, pero sin duda una grata sorpresa!

Al principio la emoción fue desbordante, porque tardamos varios años en intentar tener un segundo hijo, hasta que llegó Regina y dimos por sentado que sería casi imposible volver a concebir, por ende mi alegría de una nueva vida. Posteriormente comencé a experimentar una sensación de angustia, al pensar cómo sería ahora una nueva organización familiar, y es que Regina tenía escasos nueve meses, una etapa demandante por completo.

Justo cuando asimilaba la noticia, se presenta lo que al principio de la pandemia tanto temía: el resultado positivo de covid-19, aun cuando en realidad fue mi hermana la que comenzó con los síntomas, y al ser una de las personas que ingresaban a casa para apoyarme con el cuidado de los niños, fue inevitable el contagio.

Para entonces experimenté con toda claridad lo que era sentirse aterrada, ya que el tenor era: un embarazo de siete semanas con cuadro de coronavirus, sin poder ingerir antibióticos y solo ser recetada por videollamadas; el vivir un aislamiento del resto de la familia, al mismo tiempo de dar gracias al cielo porque mis hijos y esposo no se contagiaron. Ha sido, sin duda, uno de los momentos más difíciles que he vivido.

Mi mamá también se vio afectada por el coronavirus, una situación más difícil por ser una persona vulnerable, por lo que sus

niveles de oxigenación fueron bajando considerablemente, al grado de necesitar un tanque de oxígeno para poder respirar.

Frente a la situación, tanto mi estado de ánimo como mi estado físico se vieron notablemente afectados, si bien los 14 días de terror que pasé me permitieron valorar la vida en otro sentido, percibir la fragilidad de la que estamos hechos como seres humanos y la facilidad con la que podemos abandonar el plano terrenal... pero no me iba a dar por vencida.

Al ser dada de alta y confirmar que el bebé en mi vientre no sufrió daño alguno, volvieron la esperanza y el deseo de seguir luchando en la vida, siempre dando lo mejor de mí. Puedo decir que tal experiencia me permitió revalorar todo lo que hay a mi alrededor, de lo que gozo y pocas veces me he detenido a pensar en ello.

Durante un mes me deslindé de las actividades pedagógicas, ya que la recuperación fue lenta. Inclusive después de ser dada de alta, continuaba con el agotamiento, la falta de aire y la tos esporádica. No obstante, me reincorporé en la primera semana de junio de 2021 rumbo al cierre del ciclo escolar más caótico que he vivido, pero igualmente el más satisfactorio.

Debo admitir que fue muy grato y reconfortante el sentir, aun a distancia, el apoyo de la comunidad educativa, de familiares y amigos en momentos tan difíciles, y puedo concluir que a pesar de los retos, de los miedos y de la incertidumbre tuve maravillosas experiencias, porque la cercanía con mis alumnos, en la intimidad de sus hogares, cambió por completo la perspectiva que yo tenía de nuestra comunidad.

Finalmente, reconocer y revalorar todo con lo que cuento, sobre todo un trabajo estable que, pese a lo demandante y aun el estrés que por momentos fue extenuante, ha sido un privilegio el pertenecer al sector público durante un periodo en el que los salarios llegaron puntualmente, sin duda en reciprocidad a la enorme responsabilidad que asumí y significó dar lo mejor de mí como profesional de la educación.

Por todo ello estoy convencida de que la emergencia sanitaria de más de dos años nos trajo grandes cambios como docentes, y en muchos otros sentidos también: mi vida personal, familiar, cotidiana, se transformó.

EPISODIO 2

PÉRDIDAS

INTRODUCCIÓN

La pandemia de covid-19 trajo todo tipo de pérdidas: económicas, humanas, de principios, de seguridad; las familias se dispersaron; las personas mayores perdieron capacidad de movilidad e independencia; la soledad fue fulminante, hubo familias que vieron partir a ambas figuras de apoyo: padre y madre.

Y también se perdió la escuela como el espacio físico que constituye una de las principales fuentes de interacción, de aprendizaje colectivo, de unidad social. Las alternativas que se ofrecieron –clases virtuales, por televisión o radio– no fueron suficientes, y para el 25 de junio de 2022, la titular de la Secretaría de Educación Pública (SEP), Delfina Gómez Álvarez, reconocería que 512 000 estudiantes se quedaron al margen de la educación, 1.5% del total (SEP, 2022, s/p). Esta cifra parece que es generosa en comparación con lo que realmente sucedió. ¿Quizá solo debimos haber claudicado en la urgencia de completar el currículo y pensar en fortalecer las emociones de los/las estudiantes? ¿Quizá prevaleció el deber ser sobre el ser?

Y aunque experimentamos muchas pérdidas durante los años 2020 y 2021 a causa de la covid-19, la más grande e irreparable ha sido la separación física de un ser querido, esa es la que nos cimbra, que nos impacta como un rayo fulminante. Ya lo dijo el maestro José Emilo Pacheco:

La mayoría de edad
no se alcanza por fecha de nacimiento
ni consta en los archivos oficiales.
Nos graduamos de adultos nada más
cuando alguien nos deja.
En plena juventud llega de pronto
el sabor de la muerte.

“¡Estás muy tiernita para el dolor!”, me dijo Refugio Villegas, una entrañable amiga en el funeral de mi padre, con la certeza ganada en sus ochenta años de vida. Palabras tan sabias como las de José Emilio Pacheco.

La covid-19 trajo años de duelo permanente y colectivo; como nunca, nos conmovió el dolor ajeno. Las pérdidas dejaron de contarse para no perder la fe, pero no por eso desaparecieron.

Otra de las grandes pérdidas a lo largo de dos años fue la posibilidad de la interacción subjetiva, el poder estar en contacto directo con la otredad, sentir lo que les pasaba, poder escuchar y comunicar las emociones, como el miedo que invadía nuestros pensamientos. Un par de años que nos parecieron 20, sobre todo cuando la soledad prevaleció, porque saber que no vivimos el miedo de manera única nos tranquiliza, ya que juntos, juntas, podemos actuar más fácilmente y enfrentar y plantear alternativas ante el miedo y las pérdidas.

Las docentes de este segundo episodio dan cuenta de algunas de las pérdidas que experimentaron durante la emergencia sanitaria, hablan de los seres queridos, de su salud y del trabajo, pero también de la esperanza. Al final logran reconciliarse con sus nuevas circunstancias y emprender el vuelo.

UN FINAL EN CONSTRUCCIÓN

María Magdalena Dueñas Trejo

*Todavía no empiezo a juntar los pedazos de mi vida
y ya siento el sollozo en mi corazón*

(Krauze, 2010, p. 79)

Alguna vez escuché que cuando has sufrido un dolor muy grande envejeces cinco años, será porque, como reza el proverbio, *el corazón alegre constituye buen remedio, mas el espíritu triste seca los huesos*. Hoy observo mi cara en el espejo, repaso con detenimiento cada una de las líneas que se han dibujado de manera irreverente. Las grietas recorren la frente, el entrecejo y por supuesto el contorno de los ojos; algunas son tan profundas como ese vacío inmenso que cala muy hondo. La nueva geografía de mi rostro delata que, sin más, me encuentro en el proceso de tratar de comprender qué es lo que sucedió conmigo después de casi dos años de atravesar por un camino incierto. Y es que como menciona Avendaño (2021), en la vida hay dos tipos de aprendizajes: unos que tienen una dimensión muy clara, que vienen pautados a lo largo de nuestros estudios, normalmente son aprendizajes académicos; y otros que son aprendizajes “vivenciales” o “experienciales”.

Todo comenzó a finales de 2020 cuando descubrí que la vida de felicidad que nos embargó a Francisco y a mí durante tantas lunas: los momentos, las complicidades, las batallas perdidas y también las ganadas; los gritos, el silencio y todo aquello que se aprende en el camino con tanta ilusión cuando una decide unirse al otro, se hacían agua. La vertiginosa sombra de la vida cotidiana nos había alcanzado. Necesitaba tiempo para analizar con detenimiento lo que nos pasaba, era urgente que el mundo se detuviera tan solo un poco. ¡Una pequeña pausa! Mi corazón imploraba desesperado. Realmente éramos dos extraños que compartíamos simplemente el mismo espacio, dos entes que conquistaban sus sueños por partida propia, dos sujetos a quienes la rutina y las obligaciones del día a día los habían sumido en un egoísta letargo de éxitos personales. Me encontraba incrédula, mirando cómo el tiempo me arrebatava de las manos el final feliz con el que siempre soñé.

Y de pronto, el mundo se paró tal como proclamaron las noticias de una pandemia mundial provocada por el SARS-CoV-2, el coronavirus que nos confinó y empezamos entonces a convivir, de sol a sol, todos y cada uno de los días de la semana. Porque a Francisco también lo habían mandado a casa, pero a diferencia de mí, a él lo habían despedido de manera definitiva de su empleo. Ya no pude abandonar el hogar, mejor dicho, no quise. Sentí mucho miedo porque además de mi caos interno, el mundo atravesaba el propio. De manera muy rápida los medios de comunicación nos bombardean con noticias trágicas de muertes fulminantes. Sin más, obedecí a mis autoridades educativas y me despedí de mis chicos de sexto grado de primaria, con la promesa de que pronto volveríamos a abrazarnos... seguro sería poco tiempo, como aquella vez cuando nos asombró la llegada de la influenza hacía más de 10 años.

Las noches se volvieron días, pasaba gran parte del tiempo prendada del televisor en espera de buenas nuevas, pero eso se veía lejos; sobre todo porque empecé a saber de algunos familiares de compañeros y amigos quienes estaban librando batallas contra el despiadado virus. En la mayoría de los casos el final fue terrible,

perdieron lo que más amaban casi en instantes, en el escenario más frío, en el más sombrío; sin poder despedir el cuerpo del ser amado, sin poder sentir la tibieza de sus últimas horas de vida, sin poder siquiera acompañarlo en el lecho fúnebre.

Varios recibieron, cual trueque, una caja pequeña a la que se aferraron con devoción porque en la urna se encontraba una madre, un padre, una abuela, un hermano; ese alguien con nombre y apellido que se sumó a los entre seis u ocho millones de personas fallecidas que registró en ese entonces la Organización Mundial de la Salud (OMS), como cifra aproximada de los decesos que habría de víctimas por covid-19 en el mundo.

Mientras los días pasaban, los minutos sobraban; tuve el pretexto idóneo para ocupar la mente y pasar horas frente al computador diseñando actividades a distancia para mis estudiantes, porque la Secretaría de Educación Pública (SEP) fue contundente cuando nos solicitó que continuáramos con el aprendizaje a distancia, que buscáramos la manera de poner en marcha esa pedagogía emergente que atendiera una necesidad apremiante, lo que implicaba, como bien apunta Plascencia, “una persistencia en producir la actividad escolar como si fuese la escuela, solo que en casa” (en Avendaño, 2021, p. 54).

Por fortuna, me sentía con las habilidades digitales suficientes para responder a esa primera necesidad, o eso creí en su momento. Recuerdo que les enviaba a mis estudiantes –por mensajería electrónica– el plan de trabajo que debían llevar a cabo semana con semana. De manera oportuna, la mitad de los niños envió sus producciones como se les indicaba, pero desafortunadamente para el resto fue muy complicado. Era lógico, la brecha digital, la compleja situación económica, familiar y de salud que más de una decena de ellos atravesaba, los dejó sin la oportunidad de competir bajo las nuevas exigencias.

A pesar de que atendía por correo electrónico a un puñado de estudiantes, para ser sincera estaba muy agobiada con la revisión de sus entregas. Sentía mucha presión por parte de nuestras

autoridades, era importante hacer un seguimiento y registro minucioso de todo lo que trabajamos con nuestro grupo para tener evidencias y poder llevar a cabo la evaluación del curso. Esta encomienda me dejaba con la espalda contracturada y las piernas hinchadas. Mis jornadas laborales se extendieron de tal manera que terminé más que exhausta. Además, había que atender el hogar y a mi dulce Blues, testigo canino que buscaba nuestro regazo para recibir su dosis de atención y cariño.

Con paciencia, mi esposo me repitió una y varias veces las fórmulas para la elaboración de registros en *Excel*; entonces logré realizar, de manera puntual y sencilla, los informes que debíamos entregar a nuestros directivos del trabajo realizado en casa. Fue así como establecimos un horario para desahogar los pendientes del día, porque quedarse hasta tarde en cama, al principio, fue un merecido regalo, pero después nos dejó deshecho el estómago debido a la inestabilidad de nuestros horarios.

Conforme pasaban los días, las redes sociales se inundaban de propuestas pedagógicas en las que la tecnología era la protagonista, y así me di cuenta de que mi dominio de la telemática no estaba realmente al día, pues ignoraba cómo funciona un aula virtual, cómo crear un blog, de qué manera utilizar las plataformas para realizar las videoconferencias y un sinfín de etcéteras. Fue así que en casa logramos ganar tiempo y aprovechamos para tomar cursos en línea sobre nuestros temas de interés, yo en las herramientas digitales y él en mercadotecnia; porque ahora estaba decidida a empaparme de aquel nuevo mundo recién descubierto, esa era digital que gritaba su necesidad de ser develada y que me negué muchas veces a destapar por falta de interés, quizá porque no representaba una necesidad.

El ciclo escolar terminó en medio de un enorme desconcierto porque nuestros directivos escolares se limitaron a pedirnos una calificación que diera cuenta del desempeño de los estudiantes, a lo largo de poco más de tres meses de trabajo a distancia. Sin más, entregué lo solicitado, pero me quedé con una sensación de

impotencia porque no pude despedir a mi grupo de primaria como los niños lo habían deseado: con una gran ceremonia y fiesta de graduación que los padres con tanto esfuerzo habían abonado. Esa sensación de vacío me llevó a buscar alternativas para atender a mi nuevo grupo mediante mejores herramientas que nos permitieran enfrentar juntos el encierro. Así que destiné horas de mi descanso a buscar y explorar diversas aplicaciones, videos y plataformas que nos ayudaran a seguir aprendiendo juntos, aunque esto representó un enorme desafío, ya que las tecnologías en el aula y en las prácticas docentes suponen todo un reto, no solo en términos institucionales, sino en la necesaria inclusión de una pedagogía digital centrada en el aprendizaje colaborativo y en nuevas narrativas transmediáticas que impulsan la llamada escuela 2.0 (Burgos, 2019).

Así recibí a mi nuevo sexto grado, que se llenaba de expectativas porque era la primera vez que utilizaría Classroom, Padlet, Zoom, Meet, como parte de la nueva educación remota. El horario de trabajo se volvió lo doble de extenuante, ahora ya no tenía tiempo para tomar o impartir cursos y mucho menos para atender mis actividades domésticas. Dediqué hasta el último segundo de la noche para responder mensajes de padres de familia sobre las dudas que tenían respecto al trabajo y a mirar tutoriales para diseñar juegos interactivos que mantuvieran el interés de mis pequeños, porque debía competir con el ruido de la dinámica familiar, del televisor, de la radio, de la licuadora, del vendedor de agua, del que ofrecía los tamales o de la moderna chica ropavejero.

Esta nueva pedagogía digital implicó entablar nuevos principios y métodos, para concebir la práctica educativa como una actividad en la cual el educando es considerado un ser activo, capaz de coadyuvar en su proceso de aprendizaje y de establecer otras rutas para acceder al conocimiento, además de crear y gestionar no solo información, sino propiamente conocimiento (Burgos, 2019).

Además, no solamente estaba compartiendo la cátedra con los niños, también lo hacía con padres y madres, abuelas y abuelos, hermanos y hermanas. Fue así como las actrices y los actores

profesores, cruciales en las escuelas, modificamos nuestro rol y en lugar de hacer una mediación directa, recurrimos a todo aquel que acompañaba a los niños en sus clases en línea, quienes se integraron, sin desearlo, en el modelo de la enseñanza formal (Avendaño 2021).

Para ser sincera, me sorprendió la inmediatez de los compañeros y compañeras docentes, quienes compartían sus hallazgos, ideas, estrategias, proyectos o lo que les sucedía en una jornada ahora considerada regular. Porque la dinámica en la que cada escuela e inclusive cada grupo atendió las clases en línea, dependió de las necesidades específicas de cada particularidad. Yo me sentía muy indecisa pero muy comprometida, no podía permitirme perder la oportunidad de llevar un poco de alegría y dinamismo a los hogares que tan golpeados estaban siendo ya. Además, me había inspirado el trabajo de profesores y profesoras que, con mucho empeño, estaban conquistando terreno cual valientes beligerantes. Nuevamente estábamos actuando con intuición y “certeza abierta”, la misma que describe Peter Woods (1987):

Una intuición que en general descansa en una sólida base de conocimiento aprendido y que existe en una “certeza abierta”. Lo que con esto quiero decir se inspira en el hecho de que, en cierto sentido, la certeza y el conocimiento son requisitos profesionales del maestro. Del maestro se espera que sepa y que sea capaz de tomar decisiones sobre la marcha, con muy poco margen para la duda y la reflexión antes de adoptarlas.

La certeza que necesita el maestro para dar seguridad a su comportamiento profesional es una certeza “estratégica” o “abierta” no una omnisciencia “cerrada”, impermeable a la persuasión (aunque muy bien pueda haber maestros que den muestras de este último, en cuyo caso sostendría que su “conocimiento pedagógico” es deficiente) (p. 17).

De pronto, se soltaron los grilletes que nos impedían contarle a otro compañero aquello que nos pasaba o las dudas que teníamos, por ser considerado cierto signo de ineptitud, de que uno no es capaz

(Bolívar, 2021). Rápidamente los maestros y maestras tejimos redes de colaboración para compartirnos toda clase de materiales digitales, estrategias y recomendaciones que atesoramos –cual receta de la abuela– para enriquecer nuestras clases en línea. Las redes sociales se impregnaron con la innovación y la creatividad de quienes adecuaron los rincones de sus hogares y los convirtieron en aulas remotas sorprendentes.

Miré cómo Francisco comenzó a empaparse de esa pasión y también fue cómplice en la creación de la magia, él salía a hacer las compras y compró el pizarrón blanco para mis clases de manera clandestina, puesto que las tiendas de artículos escolares permanecían cerradas y tuvo que caminar calles desiertas en el Centro Histórico de la Ciudad de México en busca de lo solicitado, escondido tras la cortina de un negocio que operaba con sellos de “suspensión de labores” por incumplir con los protocolos sanitarios ante la pandemia.

Luego conseguimos la pantalla verde y un aro de luz con tripié que mi hermana Andrea, la más pequeña, nos donó para la grabación de videos; así pudieron verme caminando con dinosaurios, o caer desde el espacio vestida de superheroína para hacerles llegar un mensaje con motivo del Día del Niño, y aun tutoriales en medio de escenarios inimaginables que con esmero mi hermano Noé me compartió, siempre para estar al día en los temas de interés de la juventud. Toda mi familia se había sumado a la misión de traspasar las pantallas de mis chicos de manera sorprendente para llegar a su mente y corazón.

Me atrevo a decir que Francisco y yo empezamos a conocernos por vez primera después de 10 años. Atento y en silencio, escuchaba de manera respetuosa cómo su esposa se transformaba de la seria académica que impartía sus clases de licenciatura y posgrado en la universidad, a la multifacética profesora de primaria que se divertía explorando los filtros de *Snap Camera* para sorprender a sus niños de Educación Básica. A veces aparecía con un peinado divertido, un contorno de arcoíris o una casita en medio del bosque como fondo; todo dependía del tema en estudio.

Tuve menos tiempo para lo importante, pero recuerdo que había noches en que le marcaba por teléfono a mi madre para darle solamente el mensaje del buen descanso porque terminaba con la espalda rota y la energía agotada. Extrañaba mucho las reuniones con mis hermanos, pues desde que comenzó la pandemia nos olvidamos de los domingos en familia cuando el inmenso comedor que papá adaptó para 12 personas, se revestía con deliciosos platillos que mamá cocinaba para sus cuatro hijos y dos nietos; mejor dicho, para sus 10 descendientes, porque ella siempre trató a nuestras parejas como si las hubiera concebido. La tristeza de no encontrarnos cada fin de semana fue haciendo mella en sus ganas de vivir.

Mis hermanas me comentaban que mamá extrañaba horrores vernos reunidos y felices junto a ella, porque debido a sus padecimientos crónicos, nos sentíamos aterrados con solo imaginar que el virus tocara a la puerta, sobre todo porque rondaba muy de cerca. Varios vecinos contemporáneos de mis padres fueron arrebatados de sus casas de manera aparatosa, metidos en una cápsula transparente, acompañados de llantos que se confundían con el sonido espeluznante de las ambulancias. Ese mismo escenario lo vivían en carne propia los miembros de mi grupo, quienes de repente, en la sesión virtual, encendían sus micrófonos para contar lo que pasaba en su vecindario.

Así llegaba el mes de diciembre y con este la esperanza de que 2021 nos recibiera con buenas nuevas. No olvido que cuando llegué a casa para disfrutar la cena de fin de año, mamá llenó de besos mis manos y me dijo que me quería mucho. Así pude adueñarme del sentimiento acumulado que había guardado cada uno de los días que estuvimos separadas, como si con cada beso quisiera compensar las horas perdidas. Me quedé retraída puesto que consideré que una madre merece, por el contrario, ese gesto de amor desmedido.

Una sensación extraña invadió mi cuerpo, no me percaté al instante, pero algo muy dentro de mí se había roto. Y como si hubiese sido la señal de un vaticinio, al día siguiente mi hermana menor se encontraba postrada en cama presa de fiebre, dolor de

espalda y de cabeza. Un miedo indescriptible recubrió la atmósfera y la dejó en tinieblas, ese miedo que se avivó al mirar que los días posteriores, otros tres de los nuestros empezaron con síntomas parecidos, entre ellos mamá Chuy –como Ángel y Emiliano se acostumbraron a nombrar a la abuela.

En un instante, mi mundo se vio envuelto en llamas, la batalla por conseguir un tanque de oxígeno se volvió encarnizada, no fueron suficientes los medicamentos, los cuidados, los médicos especialistas y mucho menos los ahorros. Con un terrible pesar me convertí en el verdugo de mi madre, quien nos suplicó muchas veces que no quería pisar un hospital; ella amaba su casa, ese pedacito de suelo que un día floreció, ese terruño añorado que la vio nacer. Miré cómo se persignó al pie de la escalera y lanzó una oración al cielo. Los que la amamos formamos una valla y ayudamos a su debilitado cuerpo a subir al automóvil, pues ya la estaban esperando; le susurré que todo iba a estar bien y su imagen ensombrecida desapareció tras los cristales del nosocomio.

Fueron días de súplicas y plegarias eternas y a pesar del inmenso dolor, la maestra se empolvó la cara los tres días siguientes para no perder ninguna de las lecciones agendadas. Los niños no adivinaron su calvario y atendieron atentos la pizarra digital, aprendieron matemáticas de manera interactiva gracias a la ruleta de colores y al dado parlanchín que unos días antes había diseñado en PowerPoint, se embelesaron con las leyendas que habían inventado y que ya estaban posteadas en YouTube, hicieron un recorrido por el museo virtual de Londres y comentaron sus impresiones en un ambiente de armonía y felicidad; porque cada día se hacían más expertos en el dominio del chat y de los emoticones, esos íconos gestuales que representaban sus reacciones.

Sin mediar más, la llamada llegó pronto: María de Jesús Trejo Barrón nos necesitaba, los kilómetros se alargaron a pesar de ser de madrugada. De manera cobarde le pedí a Mayra, mi hermana, que fuera ella quien entrara con el médico internista. Seguro que la especialista se apiadó de su mirada, y a pesar de todas las

restricciones, enfados y molestias del personal del área de covid-19, le permitió llegar hasta ella en sus últimos segundos de desasosiego:

—¡Esto es un calvario! Dile a tus hermanos que me hicieron la mujer más feliz del mundo, sigan queriéndose y admirándose como hasta ahora. Cuida a mis niños, cuida la casa. Los amo mucho.

Su último suspiro apagó la pavesa en la que me había convertido. Quise llenarla de besos como cuando ella lo hizo con mis temblorosas manos, pero en el reloj ya no quedaba ni un solo grano de arena. La gente pasaba de un lado a otro de la acera y ni se inmutó al verme arrastrando la pena a las afueras de ese monstruo de hiel. Era obvio, después de tantos panteones y crematorios abarrotados, una más ya no era novedad. Partí de regreso a casa sin la Jesusita, los cuatro huérfanos nos abrazamos muy fuerte, pero no pudimos evitar que se nos escapara el alma. Pronto di la noticia en mi centro educativo y preparé las actividades para la semana que estaría ausente, sentía una enorme responsabilidad porque imaginaba que mi clase era ese bálsamo que hacía que los niños olvidaran un poco la realidad del encierro.

La tarde siguiente le canté a mi mamita a pecho abierto, con la voz desnuda y el corazón gimiendo. El enterrador esperó paciente a que cada uno de quienes tanto la iban a extrañar mirara por última vez su semblante pasivo y etéreo. La sepultamos justo en la tumba donde descansa mi padre y así, con el último puño de tierra, rendida y derrotada, le regalé al firmamento la pizca de brillo de mis incrédulos ojos. Y entonces teñí de negro mi desgastado atuendo, me desprendí de los lastres de mi vanidad y lamenté amargamente la partida de la sentimental Magdalena. A partir de ese instante supe que ya no sería jamás esa niña pequeña, me tocaba de nuevo hacerle frente a la existencia. Debía ser yo quien perpetuara con amor el legado de los queridos padres y quien renunciara al sufrimiento por lo menos en las clases con mis estudiantes.

Me volví hábil en la parte digital y comencé a manejar con *expertise* el lenguaje digital, el que facilita el aprendizaje del alumno a través de los contenidos audibles, visuales, sociales y de programación;

que permite que los estudiantes aprendan gracias a que cada uno de estos recursos se adapta al estilo y ritmo de aprendizaje de cada niño y da paso al desarrollo de habilidades sociales, mediante las cuales se promueve la competencia digital que se requiere en la actualidad. Ahora sí era yo una maestra de la nueva era, armada de una pedagogía digital sólida y quien se aferró a la alfabetización mediática para atender a la nueva sociedad multipantallas (Pérez, 2008) y, de este modo, suavizar el tremendo dolor de la ausencia. Con orgullo podía identificar mi transformación y miré entonces con vergüenza a aquella docente que fui, la que se jactaba de sentirse a la vanguardia por el simple hecho de usar un proyector para transmitir la clase.

Tanto aprendí durante este tiempo que logré abrir mis propios espacios cibernéticos para hacerme presente en este mundo, para interactuar con profesores que se encontraban en otra parte del planeta, puesto que tuve la oportunidad de asistir a congresos virtuales, *webinars*, coloquios y otros encuentros. Así, me conecté en el ciberespacio de manera sincrónica, anacrónica e interactiva, gracias a la multifuncionalidad de opciones bajo esquemas tecnológicamente innovadores.

Quedó claro que esta “nueva normalidad” –como llamaron nuestras autoridades a la vida que debíamos retomar con los hábitos ya adquiridos, tales como el uso del cubrebocas, tomar sana distancia, el lavado constante de manos, el uso de gel antibacterial al ingresar a cualquier lugar– nos exigió tiempo, atención y cuidados. Igualmente nos mostró que para que alguna persona se desenvuelva de forma autónoma e integral, es indispensable que tenga conocimiento del lenguaje digital, una competencia mediática que exige la capacidad de interactuar, dialogar, interpretar a partir de los símbolos y detrás de los símbolos, los mensajes de forma crítica y reflexiva, la misma que se dará como consecuencia de acciones educativas planificadas, a partir de una pedagogía digital implementada en el currículum escolar y en el seno de los hogares.

Es por ello que el papel del docente es imprescindible y lo pudimos palpar a simple vista durante este tiempo de confinamiento. Fuimos los profesores y profesoras, de todos los niveles educativos, quienes hicimos frente a una emergencia sanitaria y rescatamos la esencia de la escuela: ese sentido de pertenencia, de identidad, de colaboración, de empatía, de resiliencia. Aprendimos que es necesario “combinar razonablemente tecnología con humanismo, democracia y equidad social; generar un cambio que introduzca en los modelos pedagógicos dosis de autoaprendizaje; ir cultivando una cultura del manejo de la computación e internet que contribuya el acceso al conocimiento” (González, 2001, p. 79). Porque coincido con Woods (1982, p. 16) cuando afirma que es “el conocimiento lo que al mismo tiempo forma y constituye la acción práctica de enseñar”.

La vida siguió su cauce y yo cerré de manera exitosa el ciclo escolar gracias a que puse en práctica una pedagogía digital que no solo se centró en crear nuevas metodologías, currículos o propuestas didácticas; hoy sé que tiene el reto, ante sí, de usar las potencialidades de la era digital, con sus entornos virtuales e interactivos, no únicamente para coadyuvar en el aprendizaje colaborativo, sino sobre todo para formar ciudadanos para la democracia, la libertad y la autonomía de pensamiento (Burgos, 2019, p. 20).

Justo seis meses después de que la recámara de mamá quedó cerrada con vehemencia para evitar que se escapara su último aroma, el destino me otorgaba –como regalo de cumpleaños– la prueba positiva de Francisco, quien sintió correr por sus venas la penumbra de estar contagiado ahora con la variante Delta. ¡La nueva cepa de covid-19! Esta le dejó el cuerpo mullido por la atrofia muscular y la piel ceniza por falta de oxigenación. Ambos intercambiamos miradas desde las puertas de la propia habitación hasta que no pudo levantarse. Llorar, gritar, patear, sollozar, vaciar, soltar, escribir, desahogar el tormento. ¿Qué se hace en esos casos cuando sientes que has atravesado por el dolor más grande y la vida, burlona, te pone de cara frente a uno más despiadado?

Por fortuna las vacaciones de verano habían llegado y ya no tenía que dividir mi tiempo en pedazos. Juntos, Fran y yo, contamos una por una, 20 noches en vilo; a la vigésima primera nos dimos un abrazo eterno que trató de juntar, en un todo, nuestras palidecidas piezas; con ese abrazo entendimos que la vida, una vez más, nos daba otra oportunidad para hacer que cada segundo contara. Porque esto sería como un cuento interminable.

Apenas llevábamos un par de meses desde que logramos superar el temor de enfrentar viejos fantasmas y un mes de que regresé a las clases presenciales. Eran las 10:30 h del cuarto día del mes de octubre y dejé plantados a mis pequeños de quinto grado, porque siento que la cabeza en un santiamén iba estallarme, el dolor en las articulaciones es poco tolerable y el estómago me estaba haciendo trizas.

Antes solía colorearme la melena, enroscarla, alisarla, cortarla, hacer una fiesta con ella y salir al mundo. Hoy mi cabello parece estar de luto, ya chispea con algunas vetas plateadas, luce retorcido en una coleta sin chiste. Trato de terminar mi relato mientras espero el resultado de la PCR a las afueras del centro de salud. La chica de blanco, cual traje de astronauta, grita mi nombre. Siento un hueco en las entrañas, me acerco, recibo tambaleante el veredicto y me pregunto si aún me quedan fuerzas. Subo al auto donde él me espera. Francisco me mira, sonrío; ya no somos ajenos el uno del otro y mucho menos un par de desconocidos, me parece que bastante hemos aprendido ya. Después de sellarme con un beso la frente, arranca de regreso a nuestra morada, en donde Blues, estoy segura, nos espera con ansias.

UNA DOCENTE EN RESILIENCIA

Rosalba Ángeles González

En este texto, amable lector, lectora, intento expresar mis emociones y sentimientos: de corazón ofrezco una disculpa si en algún momento expreso algo que no sea de su agrado, sin embargo, hago mi mayor esfuerzo por decir lo que siento.

Permítame contarle un poco de mí. Soy docente de preprimaria, egresada de la Licenciatura en Educación Preescolar, imparto clases en una escuela privada y tengo siete años trabajando en lo que más me gusta, pero a veces –aunque sea realmente gratificante– no significa que todo va a ser miel sobre hojuelas; para empezar, voy a contar cómo llegué a la docencia y, posteriormente, relatar mi experiencia ante la pandemia.

A los 21 años fui mamá por primera vez, tenía un gran temor por cumplir con las expectativas que se espera de una buena madre, me dio miedo ser responsable de un ser humano, sentía que no iba a ser capaz de eso. El día 30 de septiembre de 2008 vio la luz Alma Lizeth, lo más maravilloso que me ha sucedido en la vida, sin embargo, no he superado la angustia de no ser la mamá que mis hijos merecen. Cuatro años después me enteré de que nuevamente estaba embarazada, sorprendida por un dolor intenso en el vientre y por el que casi me hospitalizan. Además de que tenía seis semanas

de embarazo, había la sospecha de un tumor que podía ser cáncer: mi vida y la del bebé estaba en riesgo.

Por fin, el sufrimiento acabó el 8 de marzo de 2013, cuando nació mi hijo Juan Gael; solo por el hecho de ser lo más bello que puedo tener, amo a mis niños, son mi inspiración y, al mismo tiempo, mi mayor impulso por ser una buena madre.

Menciono el nacimiento de mis hijos porque han sido mi primer contacto con la educación, gracias a una frase que mi madre me decía de joven cuando me encargaban a mis sobrinos: “cuídalos como te gustaría que cuiden a tus hijos”. Para ser honesta, nunca lo entendí hasta que fui mamá, desde ese momento comprendí mejor a una madre al llevar a sus hijos a la escuela y dejarlos con personas desconocidas, sin saber cómo los iban a tratar.

Cuando Juan Gael cumplió seis meses, decidí volver a la escuela: comencé a estudiar para asistente educativo, posteriormente entré a trabajar en un centro comunitario, y al año me matriculé en la Licenciatura en Educación Preescolar. Terminé la carrera profesional con apoyo de mi familia, aunque me dicen que lo hice solo gracias a mi esfuerzo, pero yo no creo lo mismo, pues ellos me han inspirado a ser mejor, mejor en todo. En la actualidad trabajo en una escuela privada y gozo de una gran tranquilidad emocional, tan necesaria para la vida. Identifiqué mis emociones ya mayor, cuando estudiaba y me di cuenta de lo fundamental que son en la vida, dado que la educación emocional es una respuesta a las necesidades sociales y tiene como objetivo el desarrollo de competencias emocionales, conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes necesarias para tomar conciencia. Las emociones positivas son las que se experimentan cuando se logran objetivos y “que se están cumpliendo los objetivos de la evolución, crecer, desarrollarse, procrear y evolucionar” (Bisquerra, 2011, p. 42).

Ya cumplí tres lustros de tener una familia propia, 15 años de descubrir y ver el mundo de otra manera, donde hay altas, bajas y caídas, de las cuales aprendes a levantarte o te aplastan y aun cuando crees que eso no te va a pasar a ti, llegan esas experiencias

causadas por la pandemia de covid-19. Yo creí que no me iba a afectar, porque en muchas ocasiones he escuchado que la educación es fundamental y, por supuesto, un derecho plasmado en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, Artículo Tercero. Llegué a escuchar, antes de la pandemia, que niños siempre hay, así que siempre va a haber trabajo para una docente... ¡pero no fue así! Aunque como dice Avendaño, “La educación es la base de la sociedad, ya no solamente por el futuro de los alumnos que están en las aulas, sino porque es también la base de la vida dentro de unos años” (Avendaño, 2021, p. 16); en cada rincón del planeta la educación estuvo en riesgo, así como el trabajo, estabilidad y esfuerzo de los maestros.

De repente empecé a escuchar que en otros países existía el riesgo de muerte por una nueva enfermedad. Pensaba que esa enfermedad estaba muy lejos y no me iba a afectar; al suspenderse las labores escolares, cerrar cines y parques, las risas también se apagaron. Y de repente nos asaltó el pánico a lo desconocido, se escuchaba que iba a escasear la comida, había también la incertidumbre de ser un caso con trasfondo político; suena absurdo ahora decirlo, pero acepto que dudé de que esta enfermedad fuera cierta, hasta que me llegó la noticia de un familiar enfermo de covid-19.

Mientras los parques y negocios cerraron, las escuelas se adaptaban a los nuevos cambios, cambios que no fueron fáciles, desequilibraron mis emociones y sin duda las de muchas personas de cualquier edad; en mi caso, la adaptación fue muy difícil, pues aunque creía manejar la tecnología, no era suficiente para cumplir con las necesidades educativas actuales. No contaba con cámaras de alta calidad ni material adecuado y, sobre todo, no tenía la confianza de verme en una clase virtual, debido a que cuando era pequeña desarrollé el problema de lenguaje de rotacismo (trastorno de rotacismo de la letra r, dislalia del fonema r), mismo que me provocó inseguridad al grabar, verme y escucharme en video.

El sentimiento de inseguridad (Kessler, 2009) era mi mayor problema al sentir que me criticaban por mi falta de desarrollo en la

expresión lingüística. Este sentimiento está constituido por “juicios morales, normas culturales y huellas de temores pasados (entre otras cuestiones), que hacen que algunos sucesos resulten más insoportables que otros y que contribuyen a que los problemas públicos cobren más notoriedad” (Kessler, 2009, p. 26). Esta inseguridad era la que me impedía darme cuenta de que estaba perjudicando mi labor docente, mi persona, a mis alumnos y mi familia, ya que me molestaba tan solo de oír mis videos educativos.

Durante el primer trimestre de la pandemia traté de omitir todos los sentimientos que me provocaba grabar las clases virtuales, ya que lo hacía y no volvía a verlas con tal de no enfrentarme conmigo misma. Me conformé con lo que podía dar y con lo que tenía. Y cuando creí que comenzaba a adaptarme como docente –y como madre, esposa e hija–, sucedió lo peor: me llegaron noticias... noticias que a nadie le gustaría escuchar.

Era un sábado de septiembre del famoso 2020. Suena el teléfono, es la hermana de mi esposo y le informa que su mamá tiene una semana enferma de la garganta, que no se compone ni con el tratamiento médico, que ya se le dificulta comer, que comienzan a sospechar que puede ser la nueva enfermedad... covid-19. A partir de ese momento todo pasó muy rápido, le hicieron la prueba y salió positiva; nueve días después estábamos esperando en el cementerio sus cenizas. Mientras mucha gente celebraba el Día de la Independencia de México, yo solo veía la tristeza de mi esposo y que tenía la garganta hecha nudos por no poder expresar todo su dolor ante la responsabilidad de ser el más fuerte de los hermanos.

Mi suegra me contó que vivió momentos difíciles en su infancia y juventud porque sufrió violencia familiar. Quince días antes de recibir la noticia de la enfermedad, platicamos un poco y me confió que ya se sentía cansada de trabajar, que creía que no era necesaria para nadie, que solo servía para hacer quehacer, que a veces le daban ganas de irse a vivir a una accesoria que tenía para no escuchar ruidos ni quejas cuando llegaba de trabajar. Lo más curioso es que cuando se enfermó, por los altos cuidados que se deben de tener,

la bajaron al espacio de la accesoria, porque ahí iba estar independiente y aislada.

El día que mi suegra falleció, todavía platiqué con ella, luego que mi esposo me llamó al terminar mi jornada de trabajo en la escuela para decirme:

–Mi mamá ya no quiere vivir, dice que ya se cansó, que quiere descansar.

Quiso que fuera a platicar con ella, aun cuando ya no podía hablar e hizo un intento por sentarse y platicar.

–Se salió con la suya, ¿verdad?, se vino a la accesoria para descansar –le dije y solo se rio, con un claro sentimiento y tristeza. También me comentó que iba a intentar salir adelante, que aceptaba ir al hospital y que su tratamiento no fuera lejos de su casa. Lamentablemente, fue cuestión de horas y ni siquiera logramos conseguir una ambulancia para trasladarla como paciente de covid-19. Fueron momentos muy desesperantes, un alma bondadosa se ofreció a trasladar a mi suegra al hospital, sin embargo, al llegar ya no tenía oxigenación, el pulso era muy bajo e iban a hacer todo lo posible por salvarla, pero apenas le daban 15 minutos para reaccionar... o la tendrían que desconectar.

Pasó el cuarto de hora y el llanto de mi cuñado fue elocuente: había muerto. Abracé a mi esposo, pero me pidió que mejor me acercara a su sobrino, quien había sido como un hijo para mi suegra.

Llegó a mi memoria el postulado de Pariente: la masculinidad, como tal, no implica la incapacidad de sentir, pero sí la de ocultar las emociones (2021); así lo entendí durante estos tiempos difíciles en que hombres y mujeres sufrimos por igual, pero no lo expresamos de la misma manera.

Todo sucedió en septiembre, poco de antes de comenzar el ciclo escolar, y a causa de la pandemia no había muchas inscripciones en la escuela. La directora determinó reducirnos el sueldo a la mitad, aun cuando nuestros gastos habían aumentado, en mi caso a partir de la enfermedad de mi suegra. Mi esposo y yo dejamos de trabajar 15 días después del deceso, tanto por cuarentena como

por protección para los que nos rodeaban, si bien nos realizamos la prueba y resultó negativa. La gente tenía miedo de tener contacto con personas que hubieran estado en contacto con un enfermo de covid-19.

Durante esos 15 días, ninguno de los dos recibimos ingresos, así que ya no solo era pasar por una pérdida familiar, sino también la falta de recursos y el miedo de nuestros seres queridos a que los contagiáramos.

Ya de regreso al trabajo, continué laborando mediante la educación en línea, es decir, docentes y estudiantes interactuando en un entorno digital, con los recursos tecnológicos apropiados; la educación virtual, a diferencia de la educación en línea, funciona de manera asincrónica, es decir, que los docentes no tenemos que coincidir en horarios con los alumnos para las sesiones, como en la educación a distancia (Ibáñez, 2020). Para lograrlo no me bastó conocer algunas técnicas de computación, requería disciplina, paciencia, seguridad, y sobre todo una mayor estabilidad emocional de la que en esos momentos me faltaba.

NO SOLO SOY DOCENTE, TAMBIÉN SOY MADRE DE FAMILIA

Tengo un problema de lenguaje, hecho que me hizo padecer una enorme inseguridad al principio de la modalidad virtual; por ejemplo, no me gustaba para nada mi voz, tenía que grabar una y otra vez los audios para los videos que enviaba a mis alumnos de manera virtual, lo cual acababa provocando mi enojo por no poder hacerlo bien. En ocasiones, sin querer me desquitaba o le gritaba a mi familia. Les pedía que guardaran silencio, que no me movieran el material, una gran presión que provocó en mí un daño emocional. Al mismo tiempo sabía que aún teníamos deudas pendientes, pues estaba recibiendo medio sueldo y la nueva forma de trabajo me provocaba inseguridad; mis hijos también tomaban clases en línea, tenían tarea y necesitaban ayuda, pero yo pocas veces estuve para

ellos. Tuve que adaptarme a la nueva modalidad, si bien requería más tiempo, además de que fue necesario que diera clases particulares para obtener mayores recursos económicos, además del quehacer doméstico y preparar la comida. Sin darme cuenta dejé a mis hijos sin apoyo, brindando ayuda a otros pequeños que también se sentían solos porque en casa sus papás vivían situaciones similares.

El ciclo escolar 2020-2021 fue muy difícil para mí: me dediqué a dar clases particulares, trabajar el doble de tiempo, me sentía estresada y no tenía tiempo ni ganas de arreglarme. Hasta que un día, mientras ayudaba a hacer la tarea a mi hijo, me preguntó que para qué se estudiaba tanto, que yo trabajaba mucho, pero siempre estaba enojada y no tenía dinero. No me había dado cuenta de que solo me quejaba de lo que estaba pasando, no me permitía ver que aún tenía mucho por qué vivir, así que a partir de ese momento comencé a grabar mis videos con mayor seguridad, a mejorar mi aspecto para sentirme y verme mejor. Y me gustó el cambio, comencé a organizarme, ya que la pandemia no se iba a ir rápido, y yo tampoco iba a dejar que me venciera; terminé el ciclo escolar con muchas ganas de descansar, logré que esas emociones negativas se convirtieran en áreas de oportunidad que pude rescatar y me gustó, aunque el costo fue demasiado alto.

DÓNDE QUEDÓ LO DIVERTIDO DE APRENDER

Tuve pocos alumnos en segundo grado de preescolar, un nivel en que se recomienda el juego como el principal método de enseñanza-aprendizaje, ya que proporciona un mayor logro de aprendizajes: “El juego es visto como espacio de transición entre lo subjetivo y lo objetivo en lo cual se enriquece la relación educativa auténtica” (Gutiérrez, 2004, p. 156).

Si mi trabajo en preescolar siempre había sido enriquecido con actividades lúdicas, presenciales, ahora tenían que ser virtuales. La Secretaría de Educación Pública (SEP) proporcionaba su propio

material de apoyo, pero al tratarse de una institución particular donde trabajo, los padres de familia exigían mejores resultados, y claro, estaban en su derecho, pero fue complicado elaborar presentaciones en Power Point y diseñar juegos que a los niños de entre cuatro y cinco años les llamara la atención, sobre todo vía remota.

Hubo ocasiones en que los padres de familia tenían que apagar las cámaras porque sus hijos jugaban, corrían y gritaban, pero sin poner atención a las clases. También debo decir que hay mamás y papás que ni se presentan ni entregan las actividades de aprendizaje solicitadas; poco a poco observé que perdían el control de los niños, o simplemente se encontraban ya agotados emocionalmente, lo único que deseaban era no escuchar a los pequeños y para lograrlo les daban lo que les pedían, siendo cada vez más permisivos con los niños. Al principio de las sesiones los padres/madres de familia les decían a sus hijos cómo manejar la tecnología, proponían estrategias y determinaban reglas, pero al finalizar el ciclo escolar, se escuchaba cómo los alumnos daban las indicaciones a los padres y estos, en algunos casos por temor a regañar en público a sus hijos, no decían nada, hasta que todo esto se fue convirtiendo en un hábito para los menores.

Me queda claro que adaptarme a las nuevas necesidades educativas implicó transgredir mis propias creencias y miedos, me llevó a superar lo que nunca había podido hacer antes: enfrentarme con mi propia condición, es decir, los problemas de lenguaje, si bien me permitió apropiarme de una confianza que no esperaba. En este sentido no solo fue una transformación docente sino personal, en el plano específicamente de mi trabajo, en mi escuela, donde como todas las demás, tuvimos que “repensar el propio proceso de enseñanza-aprendizaje, con lo cual supone explorar nuevas formas para considerar la pedagogía y el currículo en el ámbito de lo digital” (Burgos, 2019, p. 9). Así, nos situamos en una nueva realidad educativa, en la que “los profesores se erigen como los únicos baluartes detentores del conocimiento, ya que hoy en día la presencia de nuevos alfabetismos y herramientas

tecnológicas pulula por doquier dentro del quehacer social” (Burgos, 2019, p. 9). Y esto implica ceder terreno, aceptar que la escuela cambia porque cambia la sociedad.

Para finalizar el ciclo escolar se hizo una rendición de cuentas, como cada año lo solicita la SEP, tomando como referencia el informe de seguimiento de la educación en el mundo de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, 2017). En la reunión, los padres y madres de familia se mostraban angustiados debido a que no consideraban que sus hijos cumplieran con el perfil de egreso para acreditar el grado de estudios; había una gran preocupación, pero sobre todo el miedo por acceder al siguiente ciclo escolar —correspondiente al periodo 2021-2022— de manera presencial. Fue evidente que para casi todos eran los menores quienes sentían mayor temor de volver a la escuela, que no les gustaba salir, que les daba miedo contagiarse. Al continuar, varios padres de familia describieron algunas de sus emociones, justo cuando comenzamos a darnos cuenta, por sus comentarios, que no eran los niños sino los padres quienes transmitían los miedos y preocupaciones a aquellos, pues hubo hasta adultos que lloraron al describir su experiencia durante la pandemia. La rendición de cuentas acabó siendo una plática de desahogo emocional, lo que me hizo darme cuenta de que no era la única persona que tenía cosas guardadas, emociones revueltas, sentimientos reprimidos; pero la vida seguía y teníamos que aprender a vivir en la nueva normalidad. Hay que señalar que la rendición de cuentas se realizó bajo todos los protocolos necesarios para evitar contagios, así como en un lugar al aire libre y por grupos. Concluí un ciclo escolar más, muy difícil, estaba cansada, desanimada y por qué no decirlo, por momentos fastidiada por ya no encontrar dinámicas para continuar brindando clases interactivas que me ayudaran a brindar aprendizajes verdaderos y significativos para mis alumnos. No obstante, como infinidad de docentes por vocación, lo logré.

UNA VEZ MÁS

Llegaron las vacaciones de verano, nuevamente pensé que ya me estaba acostumbrando y me sentía más tranquila; a mi esposo le tocó turno para la vacuna contra la covid-19, y aunque escuchamos comentarios de las reacciones que provocaba, dos días antes de su primer refuerzo comenzó a sentirse un poco mal. Yo le decía que podía ser miedo, que todo era por lo que había experimentado con la enfermedad y muerte de su mamá. Pero después empezó a tener fiebre y escalofríos, reacciones normales. Dos días más tarde los síntomas continuaron, también mi hija empezó a sentirse mal –gripe y dolor estomacal–, pasó un día más y consideramos conveniente ir al doctor. Ambos tuvieron que hacerse la prueba por un posible contagio, pero más tarde, el mismo día, mi hijo comenzó a tener síntomas de gripe; los resultados de la prueba revelaron que mi marido salió positivo a covid-19. Esas vacaciones, en que yo deseaba descansar, me hicieron recordar las últimas palabras de mi suegra cuando decía que ya quería descansar.

Al saber que estábamos contagiados, una parte de mí temblaba de miedo, otra me alentaba para no rendirme; mi esposo se sentía peor cada vez, a pesar de que ya estaba con tratamiento, y la angustia comenzaba a sentirse de nuevo. Ya casi se cumplía un año del fallecimiento de mi suegra y las ideas se nos amontonaban, sobre todo las creencias de que cuando fallece un familiar, regresa por alguien más. Mis hijos empezaban a sentirse mejor con el tratamiento médico indicado, yo de plano ya no sabía si no me sentía mal, o no tenía ni tiempo para sentirme mal, porque alguien debía de estar bien para cuidar a mis hijos y a mi esposo, que no la estaba pasando nada bien.

Algunas noches a mi marido se le agudizaban la fiebre y el dolor, bajaba su oxigenación y la mente jugaba con él. Yo trataba de ser fuerte, pero a veces no podía y un día me sentí tan mal, que me acosté y tenía ganas de llorar... no podía y, sin darme cuenta, el cansancio me venció y me quedé dormida. Mi esposo se dio cuenta

y trató de no pedirme nada, ni siquiera preocuparme, mientras que yo entre sueños escuchaba que se movía de un lado a otro; le pregunté que cómo se sentía y me contestó que mejor. Al pasar las horas volví a escucharlo, no estaba bien, el dolor era insoportable, pero no me lo había querido decir porque sabía que estaba cansada. Sentí uno de los miedos más grandes que he tenido, no quería perderlo y volví a sacar energías —de dónde, no lo sé—, traté de bajar la fiebre, le sobé el cuerpo para que se relajara, vigilaba la oxigenación con mayor precisión y después de un largo tiempo, se estabilizó. Al ver que estaba mejor y que había pasado el peligro, lloré porque sentía que no podía más. Un día después comenzó un nuevo tratamiento que le favoreció, por fin, y a partir de ahí se sintió mejor... aunque yo estaba realmente mal, no enferma, sino extenuada en lo emocional.

De nuestra enfermedad solo sabían nuestros familiares más cercanos, porque como lo vivimos con el caso de mi suegra, la crítica y el miedo hacen presa a la gente frente a una persona que padeció de covid-19. Y nuevamente uno no solo tenía que lidiar con la enfermedad, sino con los estragos que deja tanto emocional como económicamente, ya que desde el día de su vacuna y hasta saber que era positivo mi esposo no había ido a trabajar, y en la empresa donde laboraba al principio iban a ver si le podían pagar, posteriormente le informaron que no contaban con recursos para la nómina, pero que le podían prestar dinero, previa fecha para la devolución del pago. Mi marido colgó el teléfono muy enojado, sin saber qué hacer; yo solo contaba con el medio sueldo que nos estaban pagando en la escuela, sin contar que era periodo vacacional. Fueron momentos difíciles, literalmente de lucha por nuestra sobrevivencia.

Cuando finalmente llegó el momento de volver a una junta de consejo escolar de manera presencial, para comenzar con los preparativos del ciclo escolar 2021-2022, ya había pasado por todo el periodo de enfermedad y de reposo, pero aún sufría de agotamiento; recuerdo que ese primer día, mi directora nos preguntó “¿cómo están, cómo les fue en sus vacaciones?”, y yo solo atiné a

responder que “bien”... y ya más descansada y relajada, por una parte me dio miedo que supieran que me había contagiado, que me preguntaran cosas para las cuales no estaba lista para contar. Y por otra parte me di cuenta de que sí, efectivamente, estaba muy relajada, y no por haber disfrutado de unas felices vacaciones, sino porque Dios me había dado la oportunidad de conservar a mi familia con vida y eso me brindaba tranquilidad emocional y felicidad.

Comencé el nuevo ciclo escolar en modalidad híbrida, pero a pesar de ser clases en línea y presenciales, me siento mejor, creo de verdad que la emergencia por la covid-19 fue una lección de vida, por eso ahora trato de no quejarme tanto y valoro todo lo que tengo. Ya recibo mi sueldo completo, las cosas comienzan a mejorar, mi esposo consiguió un nuevo empleo en otro lugar, nuestros hijos están creciendo y aprendiendo a trabajar en esta nueva modalidad escolar.

Y precisamente son mis hijos quienes me enseñan a ser empática con los padres de familia, que no puedo dar clases solo por llenar un formato y seguir un currículo sin sentido, porque soy maestra, pero también soy madre, esposa, hija y, sobre todo, un ser humano que busca ser feliz y hacer lo que más le gusta: enseñar como quiero que les enseñen a mis hijos.

En el plano laboral me quedo con la satisfacción de que logré adaptarme a las nuevas condiciones de la era digital, fue un gran reto y yo misma me asombro de todo lo que soy capaz de hacer.

LA RUEDA DE LA FORTUNA

Fabiola Rivera Alvarez

Recuerdo que el calendario señalaba el día, sábado 14 de marzo, y el reloj marcaba las 12:30 horas; sentada en las escaleras de la estación Chabacano del metro, esperando el próximo tren, vi la noticia en el televisor del andén –se adelantan las vacaciones– y en ese momento no se veía venir el gran error que las autoridades educativas estaban por cometer: anunciar en una conferencia de prensa que nos iríamos a casa antes de los días de asueto, pues muchas personas ya las consideraban vacaciones adelantadas; también recuerdo haber escuchado comentarios respecto a los viajes antes de que todo se cerrara. Mientras veía la noticia, me rondaba una pregunta: ¿qué pasará? Dudaba de todo lo que proseguiría. Por momentos, la incertidumbre de las cosas que ocurrirían me hizo creer que todo sería como cuando la influenza de abril de 2009, es decir, dos semanas en casa y volver a trabajar.

Pero las cosas fueron diferentes, las escuelas se quedaron sin alumnos, las bancas se apilaron, los salones permanecieron vacíos y como si fuera el fin de ciclo escolar, nos ordenaron guardar todo en la medida de lo posible, como los decorados que se quitaron de las paredes del salón. La segunda instrucción, próxima a ejecutar, era la creación de un plan de reforzamiento que pudiéramos hacer llegar

a los pequeños hasta sus casas, y entonces, por primera vez, escuché hablar sobre lo que se aproximaba: una pandemia de cuyos alcances y consecuencias no tenía ni idea, sin saber cuánto tiempo nos quedaríamos en casa y cuál sería la nueva forma de trabajar a distancia.

Las semanas fueron pasando, la jornada vacacional se juntó con lo establecido por las secretarías de Salud y de Educación Pública; recuerdo que ese error de anunciar vacaciones adelantadas fue disipado después con un “QUÉDATE EN CASA, NO SON VACACIONES”. Numerosos padres de familia y compañeras docentes viajaron antes de que oficialmente los hoteles cerraran, los viajes se cancelaran y todo indicaba que serían días largos. Vivir sola en una época de pandemia sería un nuevo reto, pues el confinamiento me obligaba a estar en casa 24 horas al día, los siete días de la semana. Era tiempo de ajustar mis horarios, y el último viernes antes de iniciarse el confinamiento, pensé en organizar lecturas en video, en vivo por Facebook, pensando en los niños que no tendrían la oportunidad de tener ese acercamiento lejos de la escuela. Mi intención era ofrecerles otros entretenimientos, alternativas frente a la televisión y los videojuegos.

Mi motivación me llevó a arrancar con un proyecto personal, que trascendió a un canal de lectura en YouTube, ya que mi deseo era llevar la literatura infantil a los hogares de mis alumnos. No sería fácil, existía el deseo de contar cuentos a través de una pantalla, pero implicó un reto personal: primero, quitarme el miedo a la cámara, a la vergüenza que sentía. Sabía que me iban a juzgar, además de que me preocupaba cómo iba a conducirme frente a una cámara, porque estaba acostumbrada a manejar la interacción con los niños durante las lecturas, estrictamente como maestra de preescolar.

Otro miedo era a ser criticada por mi departamento, realmente pequeño; mi temor residía en dejar entrar a la gente conocida, pero más aún a quienes desconocía. Decidí entonces crear un espacio en casa exclusivo para mi canal de lectura, donde acondicioné mi vestidor como *El Rincón de Lectura con Faby*, y fue la aventura

más increíble desde el día uno del confinamiento en casa. Sabía que tendría mucho tiempo y poco a poco lo iría perfeccionando, pero mi deseo y entusiasmo me convencieron de que no debía perder la oportunidad de hacer algo que me ilusionaba.

Tenía miedo de hacer videos, no pretendía convertirme en *youtuber* o algo similar, sino solamente leer historias que me habían enamorado, compartirlas con mis alumnos resguardados en casa y así hacer amenas sus tardes, porque “el aburrimiento, o el dolor, o la angustia, o la tristeza, o el miedo, pueden ser vencidos con la lectura de un relato, una historia o un poema” (Cerrillo, 2016, p. 194). Y para lograr ese objetivo, solo podía hacerlo rompiendo mis propios miedos, llevando la lectura fuera del aula.

El reto de animar a la lectura fuera de un aula era distinto, ahora tendría que hacerlo a través de una plataforma, y me gustó la iniciativa, de manera que el primer día fue todo un éxito, un logro que me llevó a que no solo hiciera transmisiones en vivo por Facebook, sino a crear una página, un canal en YouTube. Empecé a organizar el contenido de manera diaria, cosa nueva para mí, pero la emoción me abrazaba como lo hace el mar con el río en la desembocadura: el reto acompañó al éxito y se asomó por mi ventana.

La ilusión de transmitir lecturas a chicos y grandes a la distancia, hizo que los días transcurrieran de una manera muy amena, siempre con la convicción de que la forma de narrar atraparía o ahuyentaría al lector. En la escuela, los niños están acostumbrados a manipular los libros, observar las imágenes y mirar los detalles de las ilustraciones, aunque la experiencia me dice que la narración además permite llevar al niño a través de la escucha a mundos imaginarios que en los textos se describen y, así, formar entusiastas lectores literarios, como dice Cerrillo (2016): “la lectura de un libro, en la forma en que se nos presente, nos transportará siempre a algún mundo, en el que podremos vivir aventuras reales o fantásticas” (p. 195). Ese era mi compromiso, viajar juntos a esos mundos aun cuando nos encontráramos por medio de una pantalla.

Los días corrían como un reloj casi sin pilas, se iban lentos; regresar a clases a distancia como estudiante de maestría era mi salvación al aburrimiento, así que logré sincronizar mi tiempo con la escritura de mi tesis, las ideas fluían con sencillez, las tareas no llevaban prisa de ser hechas porque no había nada que impidiera hacerlas. Me di cuenta de la enorme ventaja de ser soltera y, en ese momento, sin otra responsabilidad que no fuera estudiar la maestría. Era la sintonía perfecta de mi paz. En mi trabajo no se sabía cómo continuaríamos, no había clases a distancia, solo era envío de tareas y retroalimentación por la plataforma de WhatsApp, lo cual no implicaba mayor esfuerzo.

Extrañaba a mi familia, e inclusive pasó por mi mente viajar a mi ciudad natal, Veracruz, a estar cerca del sonido de las olas y el olor a mar; sin embargo, me gustaba tanto mi independencia y el tiempo libre, que mi tranquilidad y egoísmo me hicieron pensar que era mejor seguir cuidándome a la distancia. Tenía la excusa perfecta: terminar mi documento del último trimestre de la maestría.

Reconozco que tal decisión me la he reprochado, amo a mi familia y para muchos la pandemia significó acercamiento, valoración, unión; pero para mí representó independencia, libertad, tranquilidad, pude reencontrarme con mis pensamientos más profundos, con mi propia sabiduría. Me hice a la idea de que demostrar amor no significa estar pegados unos a otros. Sin embargo, la vida me enseñó algo más: que debo aprovechar los momentos simples y sencillos y valorar a la familia –de lo cual contaré más adelante.

La pandemia implicó gastos, situaciones económicas adversas, pérdidas de empleo y enfermedades, pero yo creo en Dios y todo lo bueno se lo atribuyo a él, porque para mí la pandemia significó abundancia, bendiciones, alegrías, pues a cuatro meses de haber aparecido, recibí una inesperada llamada telefónica: era la hermana de un amigo que me hablaba para ofrecerme trabajo como maestra particular. Me pidió una lista de útiles y otros materiales para que yo trabajara en su casa. Recuerdo la emoción por la oportunidad, amo la docencia e iba a estar cerca de ella ¡de forma presencial!

Mis días dieron un pequeño giro: organizaba mis tiempos entre actividades de la maestría y mi nuevo trabajo. En la SEP ya estábamos de vacaciones, no había nada que me lo impidiera. Ya preparada, inicié mi nueva labor docente de manera particular, ¡qué lindo fue volver a tener contacto por lo menos con dos niños! La lista de alumnos creció en tres días, y cuando se corrió la voz de que le estaban dando clases de forma particular, le preguntaban a la dueña de la casa si había la posibilidad de aceptar a dos niños más; al final de la semana la lista de alumnos llegó a cinco y yo me sentía como en el jardín, con los recursos y las actividades especiales para ellos.

Pude comprobar, todos los días, que ser docente es una de las cosas que más me gusta hacer, porque además de disfrutarlo enormemente, me proveía de un ingreso extra. Inicié proyectos como los que hacía en la escuela, mientras en mis tiempos libres también solía preparar material para trabajar de manera presencial con esas cinco sonrisas que me esperaban ansiosas a diario, alejadas de la rutina que la pandemia había traído a sus vidas; era la mejor forma de expresar la felicidad.

Seguía tomando clases a distancia, estaba en el último trimestre de la maestría, era momento de centrar mi atención al 100% y tenía el tiempo para cumplir con todas mis actividades. Debo confesar que para mí no había muchos cambios de rutina, lograba hacer mis actividades con mayor tiempo, el trabajo extraoficial no me exigía demasiado, sin embargo, mi nivel de exigencia como maestra me hacía querer siempre desempeñarme lo mejor posible.

Dar clases a distancia era un reto al que todo docente se enfrentaría, sin certezas, pero se trataba de la nueva era del ciclo escolar; los primeros cambios se iniciaron en casa, *El Rincón de Lectura con Faby* estaba por transformarse en el aula de segundo A de nivel preescolar. Los cambios arrancaron con la contratación de un paquete de internet más grande, ya que las anomalías eran constantes recién comenzado el ciclo escolar, la plataforma nos fallaba continuamente y me di cuenta de que nuestro único apoyo visual sería

lo que pudiera compartir a través de la computadora. Mi principal fuente de trabajo sería el equipo portátil que numerosas veces parecía “notar” mi ansiedad y estrés, ya que se ponía lento o simplemente no funcionaba.

Sentirme observada por padres y madres que acompañan a sus hijos de cuatro años era otro de mis miedos, porque existía una supervisión constante por parte de la familia, era inclusive intimidante. Por eso tuve que hacer uso de mis mejores herramientas como docente: “por ejemplo, la capacidad para contar historias, la habilidad para hablar y relacionarse con la gente, sus capacidades dramáticas, la capacidad para explicar y organizar (...) el entusiasmo, el impulso y la laboriosidad” (Woods, 1987, p. 18); la perspectiva que se tiene del docente genera no solo compromiso, sino responsabilidad de cumplir con esas expectativas.

Corrieron los meses con un mejor ritmo, el reloj recuperó la normalidad, ya no había ausencias ni pausas en el tiempo, me sentía reencaminada a mi rutina. Preparaba clases con anticipación, el material que debía elaborar no era tanto físico como digital, así que buscaba cómo encauzar los *Aprendizajes claves para la educación integral* del nivel preescolar hacia los aprendizajes para la vida, con materiales de apoyo para saber cómo llevarlo a la práctica aun en la distancia. No era un reto sencillo, pero valía la pena.

No es simple una evaluación a distancia, sobre todo si “los niños son sujetos activos, pensantes, con capacidades y potencial para aprender en interacción con su entorno y que los procesos de desarrollo y aprendizaje se interrelacionan e influyen mutuamente” (SEP, 2017, p. 156). Cuando me enfrenté a una evaluación de aprendizaje pensé que no estaba brindando las herramientas adecuadas para el progreso educativo de mis alumnos, además de que los padres y madres de familia intentaban hacer las tareas escolares, pensando en la calificación, o al menos supongo que eso sentían ellos. Había una falta de honestidad respecto a quien había realmente hecho las actividades, pese a que muchas veces les hice ver que las tareas no eran para una calificación, sino para el aprendizaje, por lo

que al hacerlo ellos implicaba que el niño no lograra los objetivos de la escuela y menos aún una reflexión.

Esos eran los principales retos como docente a distancia, dado que la falta de compromisos y empatía de algunos padres con sus hijos y su educación, implicaba un enorme reto en la preparación de clases para niños de cuatro años y que estaban detrás de una cámara, sin poder conocernos en persona, sin posibilidades de interactuar y con lo que implicaría no saber cuáles son sus intereses y necesidades. Armé planeaciones que me sirvieran con los pequeños que tenía en la escuelita particular y las adecuaba para las clases a distancia, preparaba mucho material en presentaciones de Power Point y seguía haciendo uso de lecturas para llamar la atención a distancia. Todo esto me servía también para la escuelita particular, los alumnos eran de la misma edad, así que tenía la oportunidad de seguir trabajando objetiva y anímicamente.

Me di cuenta de que ya había una rutina establecida, esa que me salvó de sentir la ausencia familiar; la soledad se hizo mi amiga y tales eran las consecuencias temporales de una vida llamada “independiente”, es decir, todos mis amigos estaban en casa y en familia, algunos podían seguir laborando desde sus hogares, otros salían a trabajar. Pero no vivían con el temor de enfermarse; aprendí a alejarme de las personas que no temían y que tampoco se cuidaban, creía que ser responsable era prevenir y si bien resultaba imposible vivir en una burbuja, no podía irme al extremo de arriesgarme. Un día mi mayor temor se hizo realidad, salí positiva a covid-19; lo acepté y en ocasiones la tristeza me invadía, sentía por primera vez en esta época la ausencia y la soledad, que era a lo que tanto le temía.

Estar sola en casa, enferma, sin ánimo ni fuerza para atenderme, me bajaba aún más las defensas; de nuevo el reloj se detenía, el trabajo paró, los días se tornaron lentos, pero ahora con la diferencia de que tenía que cuidarme, reposar y lo que más requería mi cuerpo era dormir. Las altas temperaturas que marcaba el termómetro me hacían sentir escalofríos, continuamente checaba mi oxigenación, tenía miedo de entrar a un hospital.

Pero los días difíciles pasaron sin mayor novedad que los males-
tares físicos, mi oxigenación se mantuvo estable y no fue necesario
el apoyo de ninguna ventilación ni de equipo médico. Las noches
de malestar quedaron atrás. No tuve que pisar un hospital y estaba
agradecida por ello. Los días me recordaban la proximidad de las
fiestas navideñas y el deseo de visitar a mi familia; lo vivido me
hizo valorarla al máximo y dejar a un lado mi egoísmo de inde-
pendencia y tranquilidad; los días pasaban lentamente, sobre todo
cuando anhelas una fecha con tanto ahínco, pero la vida me tenía
una sorpresa.

Los médicos me prohibieron viajar debido a mi nueva condición
de salud, pues las secuelas de la covid-19 se habían hecho presentes
en mis pulmones y bronquios, de tal forma que viajar solo sería
posible en automóvil particular, y como no lo tenía, las medidas
de higiene establecidas por las líneas de autobuses serían difíciles de
evadir; la tos era muy intensa y el clima complicaría la frialdad en
mis vías respiratorias, todo se complicaba e intensificaba.

El diagnóstico había sido bronquitis aguda y el mayor temor
era que se volviera neumonía; ahora sabía que los deseos por ir a
Veracruz quedarían en el olvido, pero mi madre anhelaba viajar
a cuidarme, a pesar del miedo por que se contagiara y ella siendo
paciente asmática. Volví a sentir la ausencia en la enfermedad, la
soledad y el temor que me abrazaban; entendía que no era la única
mujer que vivía y se cuidaba sola, pero esta vez para mí era más
complicado, ahora la situación me había llevado a pasar unas horas
en el área de urgencias médicas, con nebulizaciones y oxígeno. Cada
vez era más complicado respirar, me costaba trabajo comprender
que en un 31 de diciembre no estaría con mi familia brindando por
un feliz año nuevo, sino en la sala de urgencias con una mascarilla
inamovible.

Sentí la tristeza y frialdad que te hace vivir un hospital, el silen-
cio de la noche, el frío de la madrugada, la normalidad en algunos
rostros que ya estaban acostumbrados a vivirlo día tras día; entendí
que en el sanatorio no hay horas ni minutos, que los días corren sin

darte cuenta cómo han transcurrido. Ahí valoras la vida, la familia, la salud y sobre todo agradeces a los que te prestan servicios médicos con tanta calidad humana, aunque también sientes enojo por aquellos que no lo hacen, sin embargo aprendes empatía hasta por ellos.

Las lágrimas recorrían mi rostro y lo único que quería era decirle a mi mamá que sí viniera a cuidarme, pero sabía que si se lo pedía, ella no lo iba a dudar y no quería que ese egoísmo la pusiera en peligro. Salí del hospital con orden de nebulizaciones cada seis horas, además de reposo absoluto, se me indicó. El descanso me ayudaría a recuperarme; los días pasaron y todo volvió a la normalidad, extrañé a mi familia y deseaba poder estar con ellos por unos días, como lo habíamos planeado, pues venía el aniversario de bodas de mis padres: 37 años de matrimonio era digno de celebrarlo aun en casa con una sencilla comida. Al menos ese fue el deseo de sus hijos, reunirnos para brindar por la felicidad.

Pero dicen por ahí que “si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes”, y tal cual: la vida ya me había enseñado que es como una rueda de la fortuna, a veces nos toca estar arriba y otras abajo, que de nada sirve tener trabajos extras, buena fortuna y mucha tranquilidad, si bien eso nos prepara para la próxima sacudida: la vida siempre nos da giros y algunos de ellos no los vemos venir y casi nunca estamos preparados.

Ahora la rueda de la fortuna me había enseñado que estaba por llegar a lo más bajo de mi condición de salud, a donde a ningún ser humano le encantaría estar. Recuerdo que era domingo, estaba por desayunar cuando recibí lo que en ese momento sería la noticia más triste de mi vida. Mi abuela había caído por el balcón de la casa, un accidente fatal que le puso fin a su vida y sin comprender cómo pudo haber pasado, lamentaba que no me había podido despedir de ella. La mujer que me enseñó a declamar y cantar, la que se sentaba conmigo a escuchar música infantil frente a una consola, ella se había ido sin decirme adiós, un dolor imposible de explicar en ese momento; entendía el ciclo de la

vida, que su tiempo había llegado, pero no me perdonaba el no haberme despedido de ella, el no haber viajado antes por estar trabajando y no ir a darle un último abrazo en vida. La culpa era lo que más me atormentaba.

Viajé sin importarme nada, quería volar y no había forma, de manera que el camino fue de lo más tormentoso y doloroso que viví; la tristeza me envolvió, se adueñó de mis pensamientos, me sentí como en un barco en altamar, un huracán estaba azotando mi velero y no sabía cómo actuar. Posiblemente mi dolor era algo que algunas personas comprendían, pero yo no sabía explicarlo, sin embargo, la gran culpa y pesar que sentía era resultado de que no había podido y a la vez no había tenido un deseo tan grande por ir a mi tierra antes; ya no existía pretexto alguno, la situación ya estaba aquí y era momento de hacerle frente al dolor.

Ver a mi madre fracturó lo poco que aún estaba de pie dentro de mí, pues nuestra mente entiende mejor y se consuela cuando vemos a nuestro familiar enfermo y una parte de nosotros agradece a Dios que ya está descansando. Pero esta vez no era el caso. El pensamiento que acompaña la resignación estaba ausente, me dolía comprenderlo. Además, el proceso fue más engorroso cuando a mi abuelita tuvieron que hacerle la autopsia porque el tipo de accidente lo ameritaba; a mi madre la detuvieron unas horas en lo que se hacía la investigación. Para la autoridad no fueron suficientes el dolor y la pena, con lo que la situación fue aún más difícil.

Nunca imaginé volver a verla dentro de una caja de madera, sentir su piel fría y a pesar de ello, un suave reflejo en su rostro; los recuerdos de toda una vida volvieron como una película, las voces, las risas, las alegrías y todo lo bello que durante años viví a su lado... aun cuando después todo lo lindo se apaga con lágrimas surcando las mejillas, como cascadas por su intensidad. Ser fuerte era lo único que me quedaba demostrarle a mi mamá.

Los días siguieron su curso, la tristeza permanecía en el corazón y solo la resignación consolaba a la ausencia; fue una lección de vida que me hizo darme cuenta de que nunca debemos perder

la oportunidad de expresarle a quienes amamos cuán importantes son en nuestra vida, lo especiales, queridos y felices que nos hacen. Esa misma lección la puse en práctica unas semanas más tarde, cuando mi pequeña sobrina estuvo hospitalizada de gravedad debido a que su leucemia estaba aún más avanzada: nos pidieron viajar a Veracruz para despedirnos de ella y no perdí la oportunidad de hacerlo, volví a viajar con el corazón en las manos y la tristeza en el alma.

Cada uno de mis viajes tenía que ver con una pérdida. Celebramos su último cumpleaños disfrazando del día del niño, la familia se juntó y así, reunidos alrededor de la mesa, recordábamos con ella todas las cosas lindas y agradables de su pequeña y corta vida. Nueve años de alegría y a pesar de que ella sabía que su tiempo estaba cerca de terminar, nos pidió que no estuviéramos tristes porque ella estaría bien... yo no lograba entender cómo una pequeña tenía un espíritu tan grande y nos enseñaba tanto.

Pese a los pronósticos médicos, la nena logró salir adelante y vencer la fecha aproximada de su partida; la gravedad de su condición no le daba más de un mes de vida, “desahuciada” era la palabra que usaban los médicos, mientras la fe nos mantenía en pie y la confianza en Dios nos animaba. Mi único deseo era estar a su lado por el tiempo restante, ya no podía quedarme sin la oportunidad de disfrutarla y mucho menos sentir la misma culpa que me atormentaba por el primer deceso en mi familia.

La rueda de la fortuna volvía a girar, dejé de sentirme atascada en la tristeza y la adversidad, algo que para algunos quizá sea insignificante, pero no existe un dolómetro que nos indique quién tiene o sufre más dolor, sino solo ese sentimiento en el corazón que nos hace vivir el duelo de manera distinta a otros; entendí que decirle a alguien “échale ganas” es de lo más absurdo, pues nadie sabe cómo y cuánto está haciendo esa persona por no derrumbarse, por superar la distancia y las circunstancias aun extremas.

Imparable el tiempo, finalmente llegó el momento de mi examen profesional, el último paso en la culminación de una meta que

había trazado en mi camino hacía casi tres años. Obtener el título de la maestría fue la mejor oportunidad para agradecerle a esa bella mujer que me enseñó a cantar y recitar, tener presente que su ejemplo de trabajo y dedicación me recordaban que tenía un gran legado. La rueda nunca deja de girar y hoy me hace estar en el lugar del agradecimiento con la vida.

El ciclo escolar estaba por terminar y en el camino logré generar conciencia entre algunos padres de familia sobre la importancia de apoyar en la educación de sus hijos, lo cual no significaba que tuvieran que resolverles las tareas. Lograron ver, así, que la constancia y presencia en esta nueva era digital, con las clases a distancia, también producen aprendizajes significativos para la vida, nos permite analizar que estamos en una época en la cual el aprendizaje cambia constantemente y cada día se torna más digital, así que nos toca adaptarnos y por supuesto aprender. La realidad nos llevó a generar objetivamente un análisis de logros, no solo a papás, mamás y el personal de la escuela, sino a mí como docente. Hoy sé que como maestra puedo concretar cambios si así lo deseo, y hacer la diferencia aun a la distancia gracias una computadora, si ese es mi objetivo; porque no solo soy organizadora, acompañante, generadora o gestora de aprendizajes, “hoy en día el proceso educativo requiere de un docente que oriente sus prácticas pedagógicas hacia un intercambio horizontal con sus estudiantes, en especial si se considera que dichos estudiantes deben adquirir competencias y habilidades” (Burgos, 2019, p. 12). Y como docente sé que los niños, desde el nivel preescolar, adquirieron y desarrollaron competencias y habilidades digitales, algo que sin duda nos dejó la pandemia de covid-19, un tiempo que a mí no me quitó nada, por fortuna, pero me enseñó tanto.

LA EXPERIENCIA ABRUMADORA DE LA COVID-19 Y MI VIDA EN UN HILO

Martha Guadalupe Gama Buenrostro

De pronto, leo en Facebook que Lino Gama está grave de covid-19, y pide mi hermana –radicada en Estados Unidos– oraciones para que salga adelante. Mi primera reacción fue marcarle por teléfono y decirle que no compartiera la noticia si no estaba segura de la fuente. Inmediatamente me comuniqué con la familia, me contestó mi primo Mauricio, hermano de Lino, y me dijo que, “en efecto, está internado y trata cada día de vencer dicho contagio”. Resulta que la intempestiva noticia, en dicha plataforma virtual, sirvió para que todos nos enteráramos del suceso.

No tuve oportunidad de darle el adiós a mi compañero de juegos y testigo de mi vida, quien vivió penas y glorias a mi lado, derribó obstáculos y pudo luchar por una vida mejor que la nuestra en la infancia y juventud. Tal vez la tragedia se incrementó cuando, a los dos meses y residente a una gran distancia de la Ciudad de México, en Los Ángeles, California, su hermano más pequeño, Adolfo, había sido internado por la misma causa. Desafortunadamente, también falleció; en nuestros últimos mensajes por WhatsApp pude sentir su angustia, desesperación y la enorme tristeza que le causaba no volver a ver a la familia; quedé estupefacta, no podía ser verdad que

la inesperada muerte se ocupara, al mismo tiempo, de dos hermanos y en lugares tan lejanos, sin piedad ni miramientos.

Imaginé de repente que algunos demonios andaban sueltos; esos seres sobrenaturales que se regocijan con el mal y siembran la desdicha. La mayoría de los habitantes de la Tierra fuimos atrapados por ellos; vivimos angustia, tristeza, impotencia y coraje. Posiblemente despertaron otros sentimientos parecidos en forma colectiva; creímos que seríamos exterminados todos poco a poco, incluso observé cierto trastorno del sentido de la realidad, ya que cualquier indicio de gripe –como dolor de cabeza, estornudos o temperatura alta– nos hacía pensar que éramos los siguientes en morir.

Se podrá suponer que esta experiencia nada tiene que ver con mi trabajo docente, pero es lo contrario, sobre todo porque, al estar bajo amenaza constante –como ha sido en esta pandemia de nivel mundial–, los seres humanos hemos vivido, sin distinción, con un termómetro descontrolado de emociones que trastoca todos nuestros roles y espacios. En forma tácita, “yo” representa el resultado de mi historia: mi experiencia, interpretaciones y vivencias que dan cuenta de lo que soy.

Bello (2014) me instruye cuando enfatiza que la identidad se edifica en la relación entre lo individual y lo colectivo, dentro de un espacio histórico y simbólico; las transformaciones de esta identidad se incrustan en prácticas con la familia, en la escuela, en el trabajo, incluso al estimar nuestras propias metas, sin soslayar la identificación de los imaginarios sociales. En realidad, esta etapa es un momento histórico que será un parteaguas, de ahora en adelante.

¿Y cómo se inició esta pesadilla que ha marcado mi vida? ¿Cómo ha repercutido en mi quehacer docente? Resulta que, desde los comienzos de este inolvidable episodio –en el mes de marzo de 2020– nos comunicaron las autoridades de los estados y a nivel nacional, que no nos presentáramos en la escuela, que nos quedáramos en casa. De esta manera, sin saber en ese momento a lo que nos enfrentábamos, empezaron a brotar casos de esta terrible pandemia; sin tener la certeza –y aún no la tenemos– de los estragos y secuelas

del SARS-CoV-2, benévolo con algunos y despiadado con otros, al grado de llevarlos a la muerte.

EL DEMONIO DE LA ENFERMEDAD

Al mes exacto de adoptar estrategias de cuidados e higiene, el 28 de abril de 2020, una de mis grandes amigas reunió a su familia para festejar sus 50 años de vida. Claro, como la única invitada, no podía yo faltar. De hecho, canceló la fiesta que había organizado en un salón. Tal vez gracias al pensamiento mágico, suponíamos que en la familia, o con los seres cercanos, no habría contagio porque éramos cuidadosos. Conviví toda la tarde con Claudia y su familia. Recuerdo que esa noche no cerré la ventana de mi recámara y amanecí con cierta afección en la garganta, fui al médico y me comentó que la tenía irritada y me recetó lo más pertinente para el caso.

Al cuarto día, mi amiga me informa muy angustiada y me suplica que esté alerta porque ella, su papá y sus dos hermanos estaban en el Hospital de Nutrición, con dificultades respiratorias y con examen positivo de covid-19. En esos momentos me mantuve fuerte, pero una vez que terminé la llamada, sentí desfallecer: el grave error de acompañar a mi amiga en una fecha tan importante y en contingencia a nivel mundial, cobraba la factura.

Me sentía cansada y al hacer respiraciones profundas, experimentaba una sensación en el pecho como luego de haber mordido una paleta de hielo, y de igual manera, mis hijos con los que vivo actualmente, tuvieron un fuerte decaimiento físico. La angustia, desesperación y reproche a mí misma, me carcomía cada mañana al abrir los ojos. Si pudiera describirlo en forma concreta: estaba desolada y desquiciada. En el transcurso de los días, mi amiga dejó de comunicarse, las personas allegadas me hablaban para saber de su salud y, a la vez, para compartirles cómo estaba yo. Desafortunadamente, a la semana falleció uno de sus hermanos y esta noticia generó en mí un estado de paranoia, trastorno mental que me consumía día y noche.

No deseaba ver a nadie y que nadie se me acercara, ni siquiera mis hijos, aun con todo el protocolo bien asimilado.

Recuerdo que a principios de la contingencia, toda la sociedad estaba descontrolada, pues llamé a instituciones de corte privado y público para hacerme la prueba del contagio para la cual, además de ser costosa, debía tener al menos tres síntomas, ya que de lo contrario era más recomendable permanecer en casa. Visité a un joven médico de la conocida cadena de farmacias del Dr. Simi: “No tienes covid-19 –me dijo– , pero si sigues estresándote, bajarán tus defensas y entonces sí te vas a enfermar”. Con esta sugerencia y mandato, fui unas cuatro veces durante 15 días a verlo para asegurarme de que el cuadro que presentaba estaba lejos de ser el peligroso coronavirus.

Lo más rescatable de esta experiencia ha sido el acompañamiento de un experto, quien me aseguraba que todo estaba bien, y sus bromas y buen humor me permitieron creer que mi error no asumiría tan drástico castigo, un error que me pudo llevar a pagar con pena de muerte. Sin embargo, mis hijos y yo superamos el agotamiento, que parecía un simple resfriado provocado por la covid-19. A los tres meses, Adrián, el menor, padeció falta de olfato y gusto, síntomas inequívocos del terrible mal.

A los pocos meses empecé a sentir una concentración mental difusa; en ese momento laboraba en una empresa privada, el Centro de Investigación de Métodos Educativos (CIME), como asesora de Matemáticas Constructivas en preescolar y primaria y cuando me correspondía, participaba en los cursos virtuales, pero de repente, se me olvidaba la secuencia de los temas, de alguna manera ya conocidos y estudiados.

Precisamente por esas fechas, en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 097, me invitaron a formar parte de un encuentro sobre “el cuerpo y las emociones en la educación” –relacionado con la pandemia– y mi exposición fue fragmentada, las ideas se me iban, pero además decía las palabras que venían a mi mente y sin filtro; por ejemplo, en lugar de decir: “los preescolares descubren placer

al explorar su cuerpo”, dije que “se masturbaban”, tal vez una palabra correcta, aunque fuerte y me di cuenta de ello cuando observé los gestos de algunos invitados.

En pocas palabras, sentía que dentro de mí habitaban dos personalidades: una, la que siempre he sido, pero la otra era como una especie de usurpadora, misteriosa, extraviada y perdida en el tiempo, y además no la podía controlar, me poseía a su antojo y por periodos prolongados. Lloré inconsolablemente cuando, a pesar de mi insípida participación en el encuentro virtual, mi gran maestro y académico de la Unidad 097 me invitó a escribir y compartir dicha experiencia. Hice varios intentos y al final tuve que decir que no, porque mi estado de salud pendía de un hilo, me sentía hundida en un pozo. No sabía cómo empezar y plasmar mis ideas en el escrito.

Actualmente, las investigaciones y sus resultados, con base en las complicaciones tardías después de padecer dicha enfermedad, han revelado que esta dificultad de concentrarse es como una “neblina mental”, según la citan y, además, la catalogan como un síndrome prolongado de covid-19 (Camfic, 2021). Es decir, existen padecimientos posteriores al contraer tan terrible mal, lo que implica que una parte de la sociedad que se contagió del coronavirus, regresa a su trabajo bajo condiciones de cierta incapacidad mental, producida por los estragos de una falta de concentración y cansancio severo. ¡Y con estas condiciones como sociedad enfrentamos la pandemia!

En realidad, después de analizar mi situación y vivir en total estrés, el 15 de septiembre de 2020 quedé en *shock*, luego de hablar con el especialista en otorrinolaringología, ya que venía sufriendo de un zumbido en ambos oídos:

–Señora, está usted perdiendo audición, tiene síndrome de Me-nier (vértigo) y tinitus (zumbido día y noche) –fue su diagnóstico.

Desconcertada, pero con un dejo de esperanza, le pregunté:

–¿Habría algún medicamento o solución para este tipo de padecimientos?

Y me contestó:

—No, desafortunadamente tendrá que vivir así toda su vida.

Contuve el llanto e intenté escuchar su recomendación: “Debe estar atenta y venir a urgencias, como la última vez que estuvo aquí en el hospital”. Ya había presentado anteriormente una crisis de vértigo, no me podía sostener en pie y me deshidraté por el vómito constante.

En los avatares de la vida, las emociones despiertan según las circunstancias que una enfrenta, y yo pasaba rápidamente de la alegría a una infinita tristeza; por un lado, me sentía feliz porque recuperaba mi anhelado departamento, pues fui damnificada del temblor de 2017, pero por otra parte, sentía desquiciarme por el zumbido y el mareo constantes. Si comparto esta experiencia lo hago con la finalidad de recrear el escenario al que me enfrenté en dicha contingencia respecto a mi estado de salud, circunstancias laborales y situación familiar.

EL DEMONIO DEL DESEMPLEO

Dentro de mi esfera laboral, renuncié al empleo como asesora de matemáticas en CIME; terminé mi compromiso con las pocas escuelas que tenía a cargo, ya que la pandemia también golpeó a la entidad educativa. Como parte del sector privado, no hubo oportunidad de prever con una logística, o un techo financiero, que subsanara las inclemencias de la gran repercusión de la contingencia en sus instituciones; algunas suspendieron actividades y otras optaron por cerrar definitivamente, mientras que la mayoría de los padres de familia buscó asilo en las escuelas públicas.

Como docente me enfrenté a no contar con las herramientas virtuales necesarias para impartir mis clases, tanto así que me resultó complejo descubrir las nociones básicas y elementales para laborar con esta nueva modalidad; entre tanteos, orientación de los colegas más expertos y videos de YouTube, pude salir avante.

La emergencia sanitaria nos llevó a una emergencia en el sector educativo, a ingresar de botepronto a la utilización de la era digital:

plataformas, teléfonos inteligentes, elaboración de videos, lo que implicaría un cambio de paradigma: “la presencia de las tecnologías e Internet en la vida cotidiana ha incidido de forma sustancial en el campo educativo” (Burgos, 2019, p. 9), lo que lleva a cada escuela y docente a pensar de otra manera su quehacer profesional, a repensar y rehacer su práctica.

Con mis padecimientos de salud, el aislamiento, la muerte de algunos seres queridos y allegados, la mudanza a mi departamento recuperado, el desequilibrio financiero y la renuncia de uno de mis campos laborales, quedé atrapada en el estrés y la neblina mental, todo lo cual hizo aún más difícil mi trabajo.

Las primeras sesiones en línea se construyeron con todo y mis frustraciones, ya que no tenía un espacio ideal dentro del hogar para impartirlas, además de que mis hijos y yo teníamos que organizarnos para disponer de un “lugar” para nuestras clases. La situación fue muy compleja, en una ocasión y todavía trabajando como asesora en CIME, uno de mis hijos pasó por detrás de mí y traía una playera sin manga (hacía mucho calor), pero tiene un tatuaje en el brazo y eso fue motivo de una llamada de atención, debido a que se grabaron las sesiones y ese “detalle” estuvo muy mal visto. El hospedador de la sesión me bloqueó, aunque después trató de disculparse, era lo menos que podía haber hecho –en realidad yo brindaba el espacio, la energía eléctrica, la computadora y hasta la intimidad de mi hogar. Todo esto se estacionaba en mi mente y me producía una gran incomodidad y desesperación.

Al explicar que mis hijos y yo únicamente teníamos ese lugar para trabajar en forma virtual y, a la vez, era el único acceso al refrigerador, encontré una solución viable: mantener la sesión con la cámara inhabilitada. Por ello me significa Bosh cuando refiere que “un espacio se convierte en lugar en cuestión de segundos o con el paso de los años” (2009, p. 112). La piedra angular está en habitarlo. Es la calidad del tiempo vivido lo que transforma un espacio genérico en un lugar singular. “Los espacios tienden a tener un registro objetivable, mientras que los lugares forman

parte de la experiencia vital de las personas, de su historia y de su imaginario” (Bosh, 2009, p. 112); luego entonces, últimamente, con la pandemia y en forma particular, lugares como la escuela tienen una vida efímera, es decir, un mismo espacio se convierte a través de la tecnología en recámara, en oficina, en universidad, en ceremonia, en brindis y hasta en espacio de encuentros familiares, amistosos y amorosos.

Tengo presente que recién comenzadas las clases virtuales, se percibía en los primeros encuentros con mis alumnas de la UPN algún grado de desconcierto, inseguridad, falta de información y aunado a esto, mi salud quebrantada. Me escribían para preguntarme si iban a perder el cuatrimestre, o cómo habría de continuarse. No teníamos fechas establecidas, aunque la directora de la Unidad 097 siempre estuvo atenta y en comunicación para compartirnos las últimas noticias e indicaciones pertinentes.

Ya en el sexto piso de mi vida y perteneciente a una generación que no nació con la tecnología, ha sido complicado apropiarme de sus usos y funciones, que hasta llegaron a perturbarme e incomodarme. No sucede así en mi campo laboral, la forma presencial es todo lo contrario: el encuentro cara a cara, los acercamientos, los intercambios y el contacto con los otros me estimulan y regocijan.

Tuve que solicitar el auxilio de mis hijos en los primeros encuentros virtuales, si bien para no cansarlos opté por formarme en esta modalidad a distancia, junto a colegas y amigas. Me enfrenté a controlar mis nervios y aprender también de mis estudiantes. Hace aproximadamente un año, en la cúspide de mi enfermedad, perdida en el tiempo y dividida en mis dos centros de trabajo, recibí una llamada inesperada, era una de mis estudiantes:

—Maestra, no ha enviado ningún enlace, ya transcurrieron 10 minutos de su clase —expresó y me sobresalté, ¿era yo la académica de la asignatura! Sin prepararme, sin tener idea de lo que estaba sucediendo, me lavé la cara, me peiné y respiré profundo.

Por fortuna, a veces repetimos grupo y ya tenía yo sus direcciones electrónicas y ellas mi número de celular. Revisé también

las notificaciones de la coordinadora, confirmé los grupos, la asignatura correspondiente y, en cuestión de minutos, recuperé mi verdadero yo. Era la primera clase, y como siempre tengo videos o dinámicas preparadas, hice un preámbulo y compartí una lectura para el siguiente sábado. Esta experiencia me marcó y juré no volver a pasar por ella, motivo por el cual solo me quedé con mi trabajo en la UPN 097. Y si continuara con esta situación, también renunciaría a este hermoso y gratificante lugar porque, como docente comprometida, mis estudiantes están en el centro de la educación. Venturosamente, mi salud se ha restablecido y cada día me propongo a aprender y dar lo mejor de mí a mis discípulas. “Ser y estar” es lo que constantemente me digo. He aprendido a vivir en plenitud el presente.

MÁS DEMONIOS APARECIERON

Los otros demonios que se desataron y lo cual se puede constatar, fueron la violencia y el estrés derivados por la saturación de hospitales, la incomunicación entre enfermos y familiares y, obviamente, el aislamiento de las personas dentro de los hogares; todo esto constituía una guerra silenciosa.

Conviene rescatar que el demonio más poderoso fue el miedo abrumador, y del intento por escribir mi participación en el conversatorio, donde fui invitada, rescato una cita que hizo eco en mi pensamiento y la comparto: “El cuerpo despojado del erotismo, del placer y del encuentro, se vistió con un ropaje desconocido para la humanidad, llevando consigo el signo del peligro” (Castro, 2020, p. 7). Con esto deseo confirmar que fuimos cuerpos presos del dolor y del miedo.

ENCARANDO A LOS DEMONIOS DESDE MI PRÁCTICA DOCENTE

Es necesario recalcar que a pesar de la neblina mental y todos los sentimientos atrapados, encontramos destellos para sobrevivir y, en lo personal, tanto mi trabajo docente me sostuvo como yo lo sostuve; fue una simbiosis maravillosa que me brindó el coraje para salir adelante. Convencida, acaso a punto de doblarme por instantes, pude mantenerme en pie, busqué opciones para apoyar, escuchar y comprender no solo a mis estudiantes, sino a otras personas que necesitaban contemplar distintas posibilidades, lejos de todo el protocolo y de “Susana Distancia”.

La educación formal e informal a distancia me impulsó a integrar nuevos procesos digitales, y al investigar e implementar mi trabajo con innovaciones, constaté que tuvieron éxito gracias al aspecto lúdico y diversidad frente a los instrumentos de evaluación.

Escuché, en marzo de 2020, la convocatoria para presenciar la Conferencia Magistral de la doctora Frida Díaz Barriga Arceo –en la modalidad virtual mediante la plataforma Zoom, por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México–. Agendé la fecha y dispuesta a aprender, escuché sus recomendaciones. Lo más significativo fue la variedad de instrumentos para evaluar, para que los estudiantes no se sintieran mortificados ante una sola forma de terminar el cuatrimestre. La página virtual, <http://hadoc.azc.uam.mx/técnicasphilips>, me permitió diversificar los procesos para valorar el avance de mis estudiantes.

Otra herramienta, que les encantó y agradecían mis estudiantes, fue Nearpod. Por medio de esta plataforma elaboré un guion de preguntas sobre los temas revisados y, después de elegir las/los estudiantes una mascota, contestaban con opción múltiple y en un tiempo de 30 segundos, la respuesta correcta. Nearpod es gratuita y muy divertida, les va indicando las respuestas correctas y al final arroja el puntaje para identificar los primeros lugares sin evidenciar a los demás. Incluye temas, juegos e interacciones con el aprendizaje.

LA GANANCIA DE LA BATALLA: APRENDIZAJES

Los efectos de la pandemia, referidos principalmente en el sector educativo, fueron catapultados por los/las docentes de la transformación de una práctica presencial a una virtual; la educación a distancia no nada más respondió a situaciones digitales sino a procesos emocionales. Desde mi particularidad, todo lo vivido en esta pandemia me proporcionó las herramientas necesarias para comprender y apoyar a mis estudiantes. Hay que distinguir que tuve que empezar por mí misma. Reconocer mi ser, saberme única y especial y, sobre todo, valorar que sigo con vida.

Heidegger (1926), filósofo alemán, refiere que el cuerpo humano es esencialmente diferente a cualquier otro ente sobre la Tierra, como lo son la piedra, el animal, el árbol. El “ser” es el concepto más universal, es indefinible. Los seres humanos nos diferenciamos de todos los demás entes por cuestionarnos, por hacer uso de la reflexión, el ente humano es un “Dasein” (ser, ahí), intenta entender la existencia humana. “El Dasein se comprende siempre a sí mismo desde su existencia, desde una posibilidad de sí mismo o de no serlo” (Heidegger, 1926, p. 23).

Con base en mi experiencia y las ideas del citado filósofo, me cuestiono en ciertas ocasiones si de verdad he considerado las posibilidades para existir o solo me he dedicado a resolver situaciones o dificultades que se me presentan en el día a día. Según Heidegger, lo cotidiano nos distrae y evita tener una vida auténtica. Así que me he transformado, tal vez con ajustes muy pequeños, pero me he sensibilizado ante la maravilla del despertar cada día, valorar lo que tengo y pensar primero en mí, porque si yo estoy bien, seguramente también lo estarán las personas cercanas.

Actualmente, deseo compartirles que me siento tan libre, tan “yo”, que hoy por hoy hago yoga, bailo, soy asesora en la Universidad Pedagógica Nacional y disfruto el presente; me hice un tatuaje, me regalé una bicicleta y una amiga fotógrafa me obsequió una sesión de fotos, algunas al desnudo y a las que dije... “sí”. Disfruto

con mis hijos desde una plática hasta un viaje, tengo amistades, voy a correr, me río por tonterías y no lo sé con precisión, pero creo que si todo lo que he decidido ha sido en pro de preservar mi vida; ya no escucho el tinitus, el vértigo ya no se presenta y lo evito a través de meditaciones y pensamientos positivos, siempre por tener un día placentero y todo lo que esto conlleva. Los momentos difíciles nos permiten valorar y reconocer las cosas que valen la pena. Para finalizar, retomo el pensamiento de Heidegger (1996): la muerte es lo único seguro y es el fin de nuestras posibilidades... esto me hace apreciar mi vida, la vida de los demás, y configurar-me como una docente que salió fortalecida en su práctica a raíz de la terrible pandemia de covid-19.

EPISODIO 3

LECCIONES

INTRODUCCIÓN

Una lección es una oportunidad para aprender, a veces se presentan coyunturas en nuestras vidas que nos abren la posibilidad de crecer y lo vivido por la pandemia no es la excepción. Así queremos entenderlo.

Santo Tomas de Aquino dijo: “El único instrumento que los hombres tenemos tanto para perfeccionarnos como para vivir dignamente es la educación” (Gilson, 1978, p. 87). La pandemia nos condujo a un reto y con él, a la construcción de lecciones que, duramente, mostraron un árbol sediento de luz, que se inclinó para mantener los procesos educativos a la distancia.

En estos los relatos de nuestro tercer episodio encontraremos *lecciones* de tipo pedagógico, las elaboraciones que docentes de diferentes niveles realizaron para responder a las necesidades de ese momento: ¿Cómo construir un sistema de educación a distancia? ¿Cuál es el rol docente que se desempeña ante esta nueva modalidad educativa? Pero también entraremos a los hogares de nuestras protagonistas para echar un vistazo a las lecciones aprendidas en la convivencia, porque lo que resultaba ser normal, común, cotidiano, dejó de serlo. La cercanía, la proximidad a quienes más amamos, la familia, se transforma en un desafío que pone a prueba las habilidades emocionales que, hasta ese momento, no había sido necesario

practicar en casa. Pero que de un día para otro se convirtieron en necesarias.

Las lecciones duras, las que trascienden y nos convierten en seres resilientes, son las que las protagonistas experimentaron justo en el momento de tener frente a sí mismas la covid-19, en ellas o en un ser amado contagiado.

Las lecciones se imprimen en cada página, salen de ella para aportar al lector/a, la oportunidad de aprender de tales experiencias, llenas de emoción y escenarios donde todos/as nos reflejamos, a través de un enfoque biográfico-narrativo y de un corazón expuesto que llenó de tinta la pluma de nuestras escritoras, caracterizadas por su amor a la docencia, a la familia, a la libertad, a la educación y que, en su camino, descubrieron y fortalecieron el amor por ellas mismas.

La impronta que la covid-19 nos ha dejado será imposible de borrar, así como la impresión que queda luego de leerlas, como alguna de ellas lo plasmó: “Hemos aprendido que lo digital no está peleado con la educación y que, al contrario, es necesario verlo como un aliado; nunca pensé el cambio vertiginoso que tendría que dar, después de esta pandemia absolutamente nada sería igual; la convivencia con mi familia me llena de felicidad, es un privilegio que no todas las personas podemos tener...”.

Esta pandemia nos trajo duras enseñanzas, aprendimos a consolarnos, a maldecir, a llorar, a rezar, a perdonar, a extrañar, a luchar y a volver a empezar. Pero las lecciones no terminan, solo se suman, aprender de la experiencia del otro/a puede ser revelador.

EL TIEMPO EN PANDEMIA, MI MEJOR MAESTRO

María Magdalena González Tapia

Era muy fácil mirar el reloj, detener la mirada y saber como maestra de preescolar –después de una junta laboral– qué actividad tenía que continuar; era algo muy cotidiano el reconocer si había alguna tarea del hogar o pendiente profesional, evocar si era necesario que mi mente planeara el recorrido para ir a determinado lugar, o tratar de tranquilizarme para volver a casa. Justamente en ese momento no fue así, el pensamiento divagaba alrededor de ese último día de consejo técnico escolar de marzo de 2020, al despedirme de las compañeras con las indicaciones de la incertidumbre. El recuerdo de un día antes haber dicho adiós a los pocos alumnos que asistieron, la sensación de haber tenido una semana laboral por demás extraña, corta y casi sin estudiantes, me dejaron en un estado de vacío y sin poder dimensionar la gran realidad que se avecinaba.

En las noticias se vertía mucha información, aparecían personas alarmadas a nivel internacional. Por momentos pensé que el nuevo virus del cual hablaban y se propagaba en tierras lejanas, no tocaría mi país, México. ¡Qué equivocada estaba! Continuó el paso del tiempo y el mensaje en la televisión fue constante y enérgico: “¡Quédate en casa!”. Sin lugar a dudas llegué a imaginar que sería

como en el año 2008, cuando se presentó la influenza en México y surgió algo similar al aislamiento, si bien solamente nos quedamos en casa durante dos o tres semanas. Esta vez fue completamente distinto, ¿quién diría que el tiempo vendría con sus llaves para un necesario, largo y doloroso encierro, trayendo entre sus manos muchas y grandes enseñanzas?

Al principio, en el aspecto laboral me sentí relajada gracias a que en el consejo técnico estábamos en los preparativos del día del niño y la kermesse –esta última, una actividad por demás agotadora–, pero todo quedó en pausa. También organizamos la forma de comunicación que tendríamos con los estudiantes y de qué podríamos echar mano, cuando todo lo que era viable, por normatividad, lo teníamos prohibido –por ejemplo, el uso del WhatsApp y otras redes sociodigitales, así como llevar a cabo las mejores estrategias posibles para usarlos con mucha reserva y precaución.

Nunca pensé en el cambio vertiginoso que tendría que dar, en tanto que después del comienzo de esta pandemia absolutamente nada sería igual. Lo que se avecinaba era un tsunami emocional para toda la especie humana, inimaginable e indescriptible, y en mi caso particular, sin saber nadar en las emociones en las que a veces yo misma me ahogaba. Los tiempos de emergencia sanitaria fueron como andar en un campo minado que no se sabía cuándo detonaría o estallaría el corazón: la escuela se quedó sin sus cuatro paredes y la docente sin la coraza que la protegían, tener entonces una gran incertidumbre y como bien lo refiere Avendaño (2021, p. 16), “esa incertidumbre aporta muchísimas cosas, la primera es que da la posibilidad de elegir si se quiere acomodar en una respuesta de victimismo, desamparo, rabia, frustración, o si se elige, precisamente, volcarse en superar esa adversidad desde el amor”.

Pero después de tanta información, trabajo, juntas prolongadas, y mi estado de salud que no era el ideal por padecer un fuerte resfriado –así lo tomé, como un fuerte resfriado sin ningún tratamiento efectivo, ya que me dolían intensamente los pulmones, el resto del cuerpo y respiraba con dificultad–, la verdad es que no estoy

segura de si lo que tuve fue covid-19, pues poco se sabía del mismo. Pero creo que mi cuerpo estuvo en la antesala de lo que realmente ocurriría en todo el mundo.

El regreso a casa fue por demás muy extraño y para ser ya casi fin de semana, el ambiente era desolador, sin gente, con sonidos de radio en los comercios o televisores en estado de alerta informando de la nueva pandemia. Las semanas pasaron, no una ni dos, sino varias. Al mirar las conferencias matutinas del doctor López-Gatell, se le veía en completa alarma, sus ojos reflejaban la angustia revelada en una frente sudorosa y la preocupación en su discurso insistía con la frase que cobró fama: “¡Quédate en casa!”.

Fue entonces que la alegría y la mente relajada por ya no estar en el centro de trabajo, se tornó en preocupación. Ver las imágenes de los medios de comunicación: el Centro Histórico que siempre se distingue por sus sitios y vías repletas de turistas, el comercio, la alegría típica de mi país y su gente trabajadora, eran calles desoladas, como llorando el abandono. Ya era más común escuchar el sonido del silencio. A la par de todo eso, en varias partes del mundo se veía a los animales salir en libertad a lugares donde ya no era común encontrarlos; el cielo se mostraba limpio y azul, las noches engalanadas con las estrellas, el mar con delfines y otros peces aparecían como disfrutando de una fiesta gracias a no contar con la presencia humana. El gran depredador permanecía en el encierro.

Mi asombro fue mucho más allá, pues no podía creer que en el rostro de algunos animales daba la impresión de asomarse su sonrisa, la alegría de la libertad y el respeto. Por fin la Tierra descansaba del ser humano. ¡Qué ironía que quienes siempre debieron cuidar el mundo –como bíblicamente se explica cuando al hombre y la mujer se les entregó el paraíso para su felicidad– lo estaban consumiendo por completo!

El encierro fue muy extraño, considero que llevó todo un tiempo de adaptación y como si lo trazara una gran línea con múltiples curvas, tuve muchos procesos que vivir. Me quedé más tiempo con mi esposo disfrutando de una plática, por ejemplo; al principio,

como dos perfectos desconocidos, tomar los alimentos con tranquilidad, mirar y disfrutar la casa que ya nada más veía de noche al salir al trabajo, después estudiar la maestría, volver igual de noche y que me recibiera como en un hotel únicamente para dormir. Ahora la podíamos ver de día, recorrer con la vista, las paredes, cuadros, identificar el sonido y los olores. Todo tan quieto me hizo reconocer el hogar que habito.

PRIMERA LECCIÓN: NUNCA OLVIDES

LOS DETALLES DE LA VIDA

La pandemia empezó a robarse los sonidos habituales. Y en mis pensamientos quedó como estampa multicolor: *¿este aislamiento realmente me está robando la polifonía de la ciudad, o me está regalando el silencio de una paz necesaria?* Sí, esa paz necesaria que muchos ya habíamos perdido, porque todo es correr, ir de prisa. El trabajo siempre es urgente y hay que entregarlo –como sarcásticamente se dice– porque ¡era para ayer! Esa paz que me hizo voltear a mirarme a mí misma y el entorno inmediato, esa paz que regala una bella calma y otorga el estar atenta a los detalles.

Había dejado de mirar las flores de mi jardín, que siempre me despedían al irme a trabajar, ese espejo que todas las mañanas reflejó mi estado de ánimo, la puerta marrón que se abría y se cerraba casi cada 12 horas; ese adiós tan rápido y efusivo con mi esposo, pero que mi mente de nuevo, como en un despertar se volcó en otra pregunta: *¿cómo puede haber paz con tantos muertos?* La pandemia trajo consigo al peor invitado, la muerte. En un principio, vi muy lejos esas tragedias, pero poco a poco se fueron acercando a mis entornos, y gracias a Dios no tocaron a la puerta de mi casa, aunque sí a la de amigos y sus familiares. Fue increíble ver que en pocos días se llevó a las personas, los hospitales permanecieron saturados. Los sonidos que se escucharon eran de lamento, llanto, sirenas, gritos, angustia, el silencio se quebró ante el clamor.

Tuve que seguir en casa y adaptarme al encierro, ocuparme en otras actividades que distrajeran mi atención de las noticias, del inminente sufrimiento que representó ahora la modalidad escolar a distancia. Los maestros de todo el país tuvimos que enfrentar esta situación dando clase en línea, hacer uso de todos los recursos digitales a nuestro alcance para atender a los alumnos. A pesar de que soy una persona que gusta del uso de la computadora, aprender y actualizarse, fue tal la saturación de cursos, de reuniones colegiadas, de atender a padres y madres de familia a la hora que se pudiera, que esta nueva realidad me hizo sentir un hartazgo emocional.

Me sentí sin las herramientas básicas ante la demanda académica que tenía que cubrir en ese momento. Escuchaba y aprendía nuevos términos, como Google Education y sus derivadas Meet, Drive, Classroom, Microsoft, entre otras; observé a personas muy actualizadas y hábiles en las mismas, quienes nos explicaban en videos sincrónicos y asincrónicos según la demanda. Quise cubrir todas esas necesidades para poder dar una educación de excelencia. Yo estaba tan primitiva en ello que hasta olvidaba mi contraseña del correo institucional, o bloqueaba sin querer mi teléfono celular cuando se enlazaba con la cuenta de correo de la computadora. Sentía una gran impotencia por querer aprender y tener miedo de teclear mal los botones.

También entendí que el papel de ser docente se quebró sobremedida y siempre esperaba que otros resolvieran mis dudas, casi como reproducir la escuela tradicionalista en la cual fui formada y a veces, aun como maestra de preescolar, esperaba que me dijeran el qué hacer y cómo hacerlo. En estos momentos había que tomar lo que se ofrecía a nivel institucional, pero literalmente navegar en el mar de la red y aprender a pescar, no esperar a que siempre me sirvieran la mesa.

Decidí tomar tiempos para actualizarme y conocer más allá de lo que fue mi grupo colegiado, en comunidades de aprendizaje en cualquier parte del mundo. Esto fue algo generalizado, en tanto la pandemia se había extendido internacionalmente y todos, o por

lo menos así lo percibí, estábamos en esa transición de sobrevivencia para poder continuar con la vida educativa, en cohesión con una gran carga emocional en todos los aspectos, personal, familiar y laboral.

Hoy lo comprendo, a lo que más le tenía miedo me ayudó a crecer tanto y a la vez a realizarme varios planteamientos respecto a la educación; ¿cómo se sienten los alumnos cuando desean aprender y no son comprendidos o apoyados?, ¿cuáles son sus estrategias inmediatas?, ¿cuántos estudiantes, de acuerdo con sus contextos, han logrado aprender aún más que el docente?, o ¿cuántos estudiantes se quedaron en el camino?

Como bien puntualiza Burgos (2021), los desafíos que implica convivir en una era y cultura de la virtualidad demandan un aprender y desaprender, ya que los conocimientos no solamente se adquieren o son legítimos por venir de instituciones educativas. En aquel momento, estudiantes, padres de familia, autoridades, maestros, todos estábamos en un verdadero proceso de romper tejidos sociales respecto a la educación.

Reconocer que la tecnología mostró su mano amable fue difícil de comprender cuando lo escolástico atenuaba mi visión. De forma análoga, pensé que caería sobre mí un gran bloque de asuntos pendientes, para ello debía tener una lista de tareas hechas en el deber ser y no en el proceso. Después de pasar por el camino denso, digital, descubrí que es un mundo más fácil, práctico y rápido. Cuando era estudiante, mientras más tiempo pasaba reproduciendo, copiando y entregando papeles encajaba mejor en el sistema dual maestro-alumno. Ahora todo sería diferente, no entendía cómo ser funcional en las actuales condiciones. Por eso me centré en un enfoque humanista, para ver a mis estudiantes desde una dimensión subjetiva, como protagonistas, y como parte del aprendizaje colaborativo. Fue entonces que la era digital me permitió deconstruir el papel docente y encauzarlo hacia una transformación del hacer educativo.

Mi espacio de trabajo ya no fueron las cuatro paredes del aula, sino una pantalla y un mar digital inimaginable en sus posibilidades.

Si yo buscaba algún recurso didáctico tenía cientos de modalidades e idiomas. Saber estructurar toda esa gama, de acuerdo con las necesidades inmediatas, fue un gran reto que en su proceso tuvo muchas vicisitudes, pero se logró salir adelante. ¿Cómo? No en solitario, no el docente por sí mismo, pues requirió de la colaboración y el trabajo multidisciplinario.

Sin embargo, otro aspecto del deber ser en ese momento fue la demanda de maestros con destacadas habilidades emocionales, pero la verdad con tanta carga de trabajo y esa exigencia de las autoridades por cumplir, además de obligarnos a ser los primeros, era difícil mantener la calma.

Pero no fue así, varias veces me quebré y exploté en las juntas, me vencía el enfado, el llanto, la desesperación, pues tenía que estar para todo y para todos. Mi esposo, en ese sentido, siempre ha sido muy tolerante conmigo, no obstante que en lo laboral la presión era enorme. Resultó necesario, para mí y para todo el equipo colegiado, tomar talleres de educación emocional, pues sí se reconoció como algo prioritario educar desde el bienestar.

De mi formación normalista no recuerdo si en la malla curricular existía algo relacionado con la educación socioemocional, en realidad eran otras materias las prioritarias en ese tiempo. Qué importante es saber desmembrar los nudos emocionales que en ocasiones son tan sencillos de disolver, pero no saber hacerlo crea cierta tensión, reacción, angustia y bloqueo. “Para ser comprensivos y empáticos con los demás debemos empezar por nosotros mismos. Debemos escuchar nuestras propias necesidades y aprender a cuidarnos” (Rodríguez, 2020, p. 25). En el silencio que trajo el aislamiento dejé de escuchar mi propia voz, y justamente por eso estaba ensordecida ante la de los demás.

No fue un tránsito sencillo, ni con las docentes, autoridades o los padres de familia, pues además había una línea muy frágil de atención para con estos últimos. Y aunque se nos pedía ser empáticos, cuando solicitamos el apoyo de papás y mamás, no siempre lo teníamos. Era muy común que dejaran mis mensajes sin contestar,

pero si sucedía lo contrario y no podía responder en el momento, empezaba el enojo o hasta el acoso; yo deseaba aventar el celular, que se perdiera y olvidarme de eso. Eso no era vida, el hecho de estar encerrada en casa parecía que significaba estar disponible para todos, ¡me harté de no tener privacidad en mi propio hogar!

Bien dicen que la mente es muy poderosa y atraemos lo que deseamos –y es cierto, querido lector–, pues efectivamente perdí el celular y sentí que la vida se me iba, ya que ahí tenía guardadas las fotos de mis niños, videos y evidencias de mi trabajo. Tuve una junta con el personal del área jurídica de preescolar y nos informaron que el uso del teléfono móvil no era el medio oficial para establecer comunicación con los padres de familia, aun cuando ya tenía meses trabajando vía WhatsApp. Sin embargo, en la charla legal se nos informó que se estaban dando muchos casos de pérdida de aparatos tanto de los padres de familia como de los docentes, con lo cual se quedaban las fotos de los menores de edad y eso era no únicamente penado, sino muy peligroso por la identidad de los niños. ¡Y yo que había perdido el aparato! Me sentía fatal. Caía nuevamente en el pozo de la desesperación, en el enredo de mis emociones.

SEGUNDA LECCIÓN: GESTIONAR MIS EMOCIONES

ANTE LO IMPREVISTO

Fue un día de fin de semana que salí con mi esposo, de las únicas veces que nos atrevíamos a ir a comprar la despensa. Tomamos un taxi del sitio que se encuentra cerca de casa. Al regresar me di cuenta de que ya no llevaba el celular: tratamos de localizar al taxista, pero sin éxito; tuve la ilusión de que al otro día lo encontráramos en la base o sitio. Esa noche no dormí, tuve pesadillas de todo lo que legalmente se me podía venir encima si alguien hacía mal uso de las fotos de los niños. Al otro día corrimos al lugar de donde salen taxis y no estaba el conductor que buscábamos, y uno de sus compañeros nos dijo que él siempre llegaba temprano y era raro que no se

hubiera presentado todavía, pero que le iba a comentar acerca de nuestra situación.

Regresamos más tarde y sí lo pudimos ver. Me dirigí hacia él con la esperanza de que hubiera guardado el celular, aunque también con la preocupación de que al abordarlo alguien más durante el transcurso del día, se lo había llevado. Cuando nos acercamos, la respuesta fue desalentadora, nos dijo que no, no había encontrado nada. Triste fue mi reacción y solamente atiné a dirigir la mirada, llena de lágrimas que vi caer al piso; mi esposo se dio cuenta y una corazonada le hizo pedirle por favor al taxista que lo dejara revisar el automóvil, en los asientos de atrás y el señor accedió, sin embargo no apareció el teléfono móvil. Después revisó debajo del sillón del conductor, sacudió uno de sus tapetes ¡y ahí lo encontró! Hasta gritó de emoción y me dijo en seguida: “¡mira, sí esta!”. Corrí y lo abracé y yo agradecí enormemente a Dios; también le dimos gracias al conductor y nos fuimos a casa. *Segunda lección: lo que escapa de mis manos no lo puedo controlar, pero puedo gestionar mis emociones.* La solución fue, nada más, hacer uso del correo institucional y tareas solamente por la plataforma de Classroom. Gran lección aprendida.

Todo un mundo de escenarios posibles pasó por mi mente, imágenes que me ahogaron pensando en la sanción a la que iba a ser acreedora. Conecté con la infancia vivida, con la forma de crianza y en eso pensé tener la razón de lo que tendría como consecuencia. Esos paradigmas, basados en el miedo, me generaron una gran angustia y ansiedad. Y a pesar de lo que me había imaginado, nada pasó y hubo solución ante ello. Lo importante es que frente a situaciones imprevistas o que no se pueden controlar, hay que tener una actitud positiva. En el constructo personal se me cerraron los caminos, pero en la reflexión a la que esa experiencia me llevó, pude conocer que ante lo inevitable la alternancia es posible.

Todo empezaba como efecto dominó en cadena, es decir, me daba miedo dar clases y lo paradójico era que no podíamos tomar fotos, pero nos solicitaban evidencias. Una pequeña pieza hacía

removerse toda una torre, la estructura de la docencia en la práctica y de la esencia como persona. Es imposible negar que el profesor “cuente con altos niveles de bienestar que garanticen su salud emocional, psicológica y fisiológica, para que pueda disfrutar de su práctica y de su experiencia pedagógica, lo cual mejorará, de seguro, el bienestar, desarrollo y aprendizaje del alumnado” (Buitrago, 2021, p. 10). Pues como en el juego de la ruleta, padecí y sané la tensión y distensión de emociones; sabía que algo no estaba bien conmigo, pero pocas veces me había dado cuenta. Así empezó la mirada interior a llenar de luz.

TERCERA LECCIÓN: JAMÁS POSPONER EL TIEMPO EN FAMILIA

Poco a poco empecé a poner límites, aunque a veces está mal visto porque se cree que la docencia es una carrera de vocación y siempre tenemos que mostrarnos disponibles. Pero supe que poner límites también es sano para cualquier relación personal, laboral o de negocios, entre otras. Así llegó el tiempo de poner límites en el trabajo, por supuesto, nada bien visto ni aceptado, pero con el correr de los días y semanas se logró que se respetaran los tiempos personales. Al parecer pensaban que, sin salir de casa, estar en línea o con el teléfono cerca, en cualquier momento una podía o debía contestar cualquier tipo de solicitud, aunque fuera de noche o en fin de semana.

Marcar límites para el respeto al horario laboral no fue nada simple y aún no lo es del todo, sin embargo ya no es tan absorbente como lo fue en el primer año de la pandemia. Recuerdo un día en que ocurrió un apagón de varias horas de duración, ningún dispositivo estuvo funcionando, hubo silencio que solo rompían los grillos y la lluvia; ¡qué tranquilidad!, recordé que cuando era niña y se iba la luz, mis padres encendían las velas. Mi mamá nos preparaba un rico atole o leche con chocolate y una torta, la cocina se llenaba del olor a café que tomaban los mayores y nos poníamos a

platicar en familia. Invité a mi esposo a tener esa plática a la luz de las velas, toda una experiencia de lo más grata y placentera.

Los cursos que tomé como parte del proyecto educativo y ante la necesidad de la educación virtual, fueron numerosos, a tal grado que en ocasiones ya no sabía ni qué curso tomaba, o en qué conferencia estaba. Nada más era mirar pantallas, gente hablando –a veces quitaba el sonido y veía gente en movimiento... ya no podía poner atención.

En este sentido, pienso que se ha querido colocar a los docentes como héroes para seguir trabajando a la distancia. Pero yo no quería ser una heroína, yo deseaba un tiempo propio, especialmente porque a veces me llegaba a sentir culpable por no estar leyendo libros educativos, escribir informes, revisar tareas... me convertí en algo así como un robot. Dejé de tener esos sentimientos de culpabilidad y empecé a priorizar, sabía que no todo lo iba ni a controlar ni a terminar, y siempre había nuevas tareas; entonces empecé a jerarquizar entre lo urgente y lo necesario, y dentro de todo, tener un tiempo para mí fue muy sano. Empecé a leer libros de interés personal, continuar con la escritura de un diario que dejé por mucho tiempo, hacer actividad física, dormir más y mejor, cambiar mi alimentación, y en momentos de fin de semana, ni siquiera prender la computadora o el celular. Obtuve entonces no excelentes resultados, pero sí una satisfactoria desintoxicación virtual.

Creo que me tocó ser parte de la generación de antes y después de los fortuitos avances tecnológicos, tanto así que sentí esta nueva adaptación de manera intensa y agresiva. Sobre todo porque en mi trabajo como docente de preescolar pocas veces tenemos la oportunidad de sentarnos durante toda la jornada. Vamos de un lugar a otro monitoreando a los niños, en esa intensa labor de observación participativa. Permanecer frente a un monitor tanto tiempo originó en mí una gran desesperación. Aunado a ello, en los tiempos de clases virtuales, lejos de apoyar a los estudiantes, las madres de familia les resolvían todo y yo solamente veía a los ojos de los niños mirar a sus madres en espera de su ayuda o el murmullo de las

respuestas a mis preguntas. Pude sentir, también, la angustia en los niños de no saber si responder a los interrogantes como lo hacían en el salón de clases, o decir lo que su mamá o algún adulto acompañante les “soplaban”.

Invertía tiempos prolongados en la elaboración de material didáctico virtual para que, en unos instantes, las respuestas las dieran los papás o mamás y no los estudiantes. ¿Para qué sacrificar tanto en las clases virtuales, si en ocasiones ni se conectan o, en tal caso, la mayoría hace lo que quiere? Eso también me agotó, no fue un acierto llevar el aula convencional a mis clases virtuales y suponer que el niño en nada aprendía; sin embargo, bien refiere Díaz que “el niño ha aprendido de sus hermanos, de sus familias, de otros actores que han interactuado con él. Ha aprendido que en la sociedad el aprendizaje es diverso, no un proceso homogéneo” (2021, p. 5).

El problema resultó en las formas y no en el fondo, pues los alumnos revelaban atisbos de lo que vivían en casa. La artífice de mi desgaste fui yo misma, sobre todo por no saber organizarme para conocer, mediar y aplicar estas nuevas tecnologías en lo cotidiano, no en lo que deseaba, lo extraordinario. Hay que mediar entre lo personal y lo laboral, pues estar yo bien me permitirá aportar bienestar a los alumnos, soltar la armadura que el deber ser es en todo tiempo y a toda hora. Pues para todo hay tiempo.

CUARTA LECCIÓN: TENER TIEMPO PARA MÍ SIN CULPA, SÍ CON AGRADO, SATISFACCIÓN Y AGRADECIMIENTO

El estar sentada por largas horas, sumida y ahogada en la red empezó a afectar mi salud y no quería llegar a atrofiarme, entonces decidí hacer cambios para tener tiempo para mí.

Agradecer el trabajo, desde luego, pero dejar de distraerme con cosas a las que les invertí tiempo y procrastinar hasta alcanzar un cansancio extremo. Mediación, jerarquización de prioridades y al

desmenuzar esas categorías de análisis que como docente hay que desarrollar, adquirir la habilidad de atender lo necesario y no todo a la vez.

Entre todo este ir y venir laboral y la búsqueda del equilibrio personal y en el trabajo, se presentó algo relacionado con los familiares cercanos de unas amigas que perdieron la vida. Descubrí así que tenía un bloqueo, el de no saber qué decirles y apenas escribí en el silencio de mi diario, pues recordaba el fallecimiento de mi madre unos años atrás y me di cuenta de que el dolor estaba tan fresco como en aquel tiempo; no podía ni sabía cómo consolar a otros, hasta me sentí una mala amiga por eso. También aprendí, después, que la realidad era otra, tuve que sanar poco a poco mi propio dolor y liberarme para poder compartir con ellos. Elevé una oración por mis amigas y sus familias para que tuvieran fortaleza y consuelo. Identifiqué, en el encierro, mis propias necesidades, heridas y duelos. Habían pasado tantos años y aún no me había dado el tiempo de sanar, soltar, liberar.

La escritura del diario estimuló mi desahogo emocional, pude entablar pequeños o largos diálogos con la pluma y el papel. En ocasiones escribía con tranquilidad, dedicación y esmero, a veces rayando, gritando, vertiendo todo mi resentimiento. Estas narrativas resultaron sanadoras pues “la narrativa tiene la capacidad de limitar, e incluso aprisionar, pero también la de ampliar y transformar la psique humana” (Ochs, 2000, en Meza, 2008, p. 36); solté entonces esa cascada interminable de tristeza y coraje, hasta identificar los orígenes de la realidad actual.

Empecé a sentir el aislamiento como una gran desesperación, si bien después lo encontré como un aliado para saber estar conmigo misma sin correr, sin prisas, con límites y prioridades. Y el tiempo siguió su paso y trajo consigo sus enseñanzas de vida. Llegué a pensar que esto no tendría fin, me hice ilusiones con que al iniciarse el pasado ciclo escolar, en septiembre u octubre, pudiera trabajar en forma presencial, pero... después se nos informó que todo el ciclo escolar lo haríamos también de manera virtual.

Después de tantos enfados por los cursos obligados, por ejemplo, logré hacerlos operativos con los estudiantes: establecí –a pesar de la distancia– vínculos afectivos con los alumnos por medio de la palabra escrita, pero también hablada y grabada; lo trabajamos y observé diferentes evidencias, hecho que me permitió no únicamente adquirir nuevos conocimientos, sino desarrollar habilidades para la vida. Se logró conformar, con el apoyo de las madres de familia, un podcast que tuvo un buen impacto y al cual titulamos: *Niñas, niños y palabras* que se puede encontrar en Spotify, de libre acceso a demanda, con la identidad de los niños a salvo y un sinnúmero de experiencias que enriquecieron la construcción de aprendizajes en un trabajo colaborativo. Apareció la naturalidad en su voz y la autenticidad, de manera que los relatos dirigidos disminuyeron considerablemente.

También logramos gestionar y trabajar, por medio de la literatura infantil, las emociones que siempre estuvieron a flor de piel, y un ejemplo de ello fue el trabajo del libro-álbum *Ramón Preocupón*. Pude ver y escuchar a través de la pantalla sus alegrías, enojos, miedos, tristezas. Analicé de forma viva la importancia de la oralidad que trascendió el aula, se logró detonar las voces preescolares, hacerlas oír y escuchar a los demás. El escuchar es saber que cuento con el otro y el otro cuenta conmigo. Más allá de si sabe las letras o números, es decir, las habilidades emocionales por medio de la literatura infantil y la correspondencia escolar que retomé para trabajar con el grupo, impactó en ellos con aprendizajes significativos.

Recuerdo la correspondencia escolar que establecimos con una compañera y amiga de preescolar y sus alumnos de otro plantel: el recurso fue aprovechado por medio de fotografías de sus cartas en WhatsApp, con lo que ellos se sintieron muy satisfechos de conocer a otros niños, compartieron historias, juegos, actividades, y aun sus sentimientos por estar también aislados.

No olvidaré dos situaciones que ocurrieron al ausentarse dos niñas por enfermedad e hizo imposible que fueran constantes en sus cartas. Los compañeros no esperaron a escribir una carta, les

pidieron a sus mamás grabar un mensaje de voz para sus amigas, y cuando lo mandé a las pequeñas, se sintieron reconfortadas y hasta cambió su sentir. Las madres de familia notaron la transformación a pesar de la mala salud. Y confirmé aún mejor el poder de las palabras cuando van envueltas de sinceridad, buenos deseos y amor, de verdad causan gratitud y bienestar a quien las recibe, pues edifican cuando todo se siente desolado.

Establecimos lazos fuertes que al final de la correspondencia escolar, los hizo querer conocerse en una sesión virtual. Todos estaban emocionados, descubrieron la cara de quien les escribía y dibujaba sus relatos. Los propios alumnos, madres de familia y docentes lo organizaron e hicieron realidad. Esa pequeña comunidad de hablantes que refiere Goodman (1992) resultó ser real e impactante, constataron el uso social del lenguaje como un elemento integrado y relevante para todos. Yo misma, al recibir sus mensajes, me sentí nutrida y confortada.

Fue entonces posible el trabajo áulico sin el aula, aprendí a mirar con los oídos al imaginar sus relatos y escuchar sus ojos, pues en la pantalla todo aquello que no me decían se hacía evidente. Trabajar como lo había hecho antes y aún mejor mediante proyectos creativos, fue posible, la creatividad surgió de la crisis, de la nada, de lo que el entorno ofrecía y demandaba. Qué fortuna que el aula quedó atrás con los múltiples protagonismos docentes y apareció la alteridad en la comunidad. Dejar que la mente no me juegue en contra sino a favor, tener pensamientos a pesar de las situaciones para construir y favorecer en todas las vertientes. No querer controlar todo, pues eso es imposible.

Voltear la mirada hacia lo que se tiene y lo que no se tiene, ya que es una gran ventaja lo que une de manera universal –como lo es el propio lenguaje– y confirmo: “Todavía no podemos descifrar el lenguaje. Puede ser producto de la naturaleza, el fruto del arte humano, o un regalo divino (...) Si fuese un regalo de Dios, sería el regalo más grande de Dios concedido al hombre”.

QUINTA Y ÚLTIMA LECCIÓN

Como docente y persona, hoy día pienso que en este tiempo en que la pandemia nos separó, las palabras y el trabajo colaborativo fuera del aula nos unieron más que nunca, valoré profundamente las relaciones humanas y la gestión de las emociones. Ahora mismo que ya he vuelto al trabajo en forma presencial, adoro las sonrisas, el saludo, los trabajos, el esfuerzo de los estudiantes, tanto o más que antes, pero desde otra perspectiva, con otra mirada. La escuela trascendió.

Evocar este tiempo trajo a mi mente infinidad de remembranzas, que reconozco tan necesarias como la recapitulación y síntesis de un intenso proceso, mismo que me obliga a compartir lo dicho por Gusdorf, citado por Bolívar:

La confesión del pasado se lleva a cabo como una tarea del presente: en ella se opera una verdadera autocreación. La autobiografía evoca el pasado para el presente y en el presente reactualiza lo que del pasado conserva sentido y valor hoy en día. El pasado asumido en el presente es también un signo y una profecía del futuro. El carácter creador y edificante así reconocido a la autobiografía saca a la luz un sentido nuevo y más profundo de la verdad como expresión de sí mismo (2000, p. 30).

Como docente y como mujer aprendí significativamente, pues el tiempo no olvida y siempre nos da lecciones que de tan necesarias las vuelve a repetir. Y una gran lección que esta pandemia me dejó es el vivir el presente, el ahora con todos sus detalles, sus defectos, para convertirlos en situaciones de agradecimiento, oportunidad y aprendizaje. Fue como pasar por un valle de sombra y de muerte y, sin embargo, estoy aquí viva, con muchos propósitos para seguir cumpliendo.

La pandemia trajo duras lecciones a la humanidad, en muchos casos muy dolorosas; cambió realidades, me hizo despertar a lo que ya había olvidado. Escribo estas líneas y me reconforto, pues hice

una valoración del pasado en el presente con vista en el actuar para el futuro. Fue muy difícil tratar de desarticular lo laboral y personal, pero resultó por demás necesario.

Aprendí que como mujer no me debo sentir desvalorizada sin estar al 100% en todo, en casa, en el trabajo, porque primero es importante estar bien conmigo misma para poder llevar bienestar a otros. Como docente logré la liberación de aspectos que tenía fraccionados en el aprendizaje, mismos que son para el ahora, no para el nivel subsecuente, sino para el presente y que al ser funcionales resulten –como sostiene Ausubel– significativos y duraderos.

Si desde los principales actores educativos no existe cambio, poco se puede obtener. Es entonces que “las prácticas educativas deben ser intervenidas para transformarse desde los constitutivos mismos de la educación y no desde ámbitos periféricos (...) ya que la transformación intencionada de los sujetos protagonistas de las acciones educativas, es la esencia de la educación misma” (Sancho, 1992, en Sañudo, 2000, p. 6). No debemos esperar a que el otro cambie o se adapten los alumnos a mis métodos y formas de enseñanza. Impactar con innovación y flexibilidad desde el propio ser docente. Tomé esas canaletas de vida para entretejer una nueva práctica, la que no es lineal sino apegada a todos y, en conjunto, con el pronombre nosotros. Eso fortaleció la práctica de ir de la mano junto con los alumnos.

El tiempo ha seguido su curso y aún todo es muy incierto, pero en ese divagar hay algo que tengo seguro: que el tiempo nunca deja de enseñar y da nuevas oportunidades. Trae consigo todo un paquete de experiencias que vierte como un gran rompecabezas y queda en mí padecerlo o construirme en el proceso, por eso ahora presto más atención a ello. *Comprendí que el tiempo es vida y la vida es tiempo.*

LA VIDA COTIDIANA DURANTE LA PANDEMIA: INSTANTÁNEA DE UNA PROFESORA UNIVERSITARIA

María de Lourdes Salazar Silva

Soy María de Lourdes Salazar Silva, hace ya 31 años que me desempeño como profesora de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 097 Sur. Desde 2020, además de la docencia, estoy a cargo de la dirección de mi centro de trabajo.

El objetivo de este escrito es dar cuenta de lo vivido como maestra y directora durante el confinamiento ocasionado por la pandemia de covid-19. Mi labor educativa la llevo a cabo con docentes de educación básica en servicio que cursan programas de licenciatura y posgrado.

LA GESTIÓN

La pandemia en 2020 me sorprende en el desempeño de una nueva función profesional: un mes antes de la suspensión de actividades no esenciales en la Ciudad de México, asumí la dirección de la Unidad 097 Sur de la UPN; hasta entonces, además de profesora, había sido responsable de algunas coordinaciones, como las de posgrado e investigación, pero no tenía experiencia en la gestión de un centro

educativo, una situación que complicó mucho más mi desempeño laboral en el confinamiento.

Desde los primeros días de trabajo en casa, la vida fue intensa y vertiginosa, el realizar simultáneamente diversas actividades –las propias del hogar, las de gestión de un centro de trabajo, desconocidas hasta entonces, y las de docencia–, todas en un contexto de miedo e incertidumbre por una enfermedad desconocida que se propagaba rápidamente y empezaba a cobrar numerosas vidas humanas.

Todo pasaba muy rápido, eran inabarcables las exigencias de la autoridad en cuanto a información y múltiples los asuntos que organizar y atender para el buen funcionamiento de la Unidad; aparte de las funciones directivas, tenía clases asignadas, cursos, actividades de difusión e investigación, asesorías de tesis y la coordinación de la Maestría en Educación Básica. Fue necesario un gran esfuerzo de organización de tiempos y actividades para hacer frente a todas las exigencias. Además, sería vital establecer una comunicación estrecha vía WhatsApp y videoconferencias con mis colegas y autoridades superiores, intercambiar ideas con mis compañeros administrativos sobre algunas funciones que se debían realizar, y de igual forma recibí el apoyo de algunos directores de otras unidades que amablemente compartieron conmigo su experiencia en el ámbito de gestión, o con académicos que ya habían desempeñado dicho cargo.

Como directora me vi en la necesidad de mediar entre el alumnado y un profesorado con distintas capacidades y habilidades en el uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), aun cuando había quienes se negaban a utilizarlas por desconocer su uso y posibilidades en la docencia; algunos no sabían ocupar el chat de WhatsApp, otros tenían mayor experticia en el uso de las mismas; los primeros tuvieron que empezar a utilizar los medios de comunicación, aunque con temor al robo de identidad y/o de información. Fue primordial implementar estrategias para mantener la comunicación con la comunidad académica, administrativa

y estudiantil mediante Facebook, página de la Unidad, mensajes telefónicos de texto, WhatsApp, correo electrónico, y a través de las plataformas digitales no solo para las clases, sino también para juntas de trabajo con el personal académico y administrativo de la Unidad, así como reuniones con algunos grupos de licenciatura y posgrado que demandaban ser escuchados en sus múltiples dudas y preocupaciones.

En todo momento se buscó que las inquietudes del alumnado fueran atendidas por las y los profesores a través de las coordinaciones de programas y jefaturas de grupo; se insistió mucho para que el personal administrativo estuviera al pendiente de las necesidades del alumnado y de las y los egresados, atendiendo sus solicitudes de diversos trámites, de la mejor manera posible y siempre que las condiciones generadas por la pandemia lo permitieran, todo ello para evitar que abandonaran sus estudios por falta de apoyo de su institución educativa.

Respecto a la docencia solicité a mis colegas flexibilizar las exigencias con las y los alumnos, que como señalaba, son docentes en servicio, hombres y mujeres que además de su ejercicio profesional son madres o padres de familia y tienen bajo su cuidado y responsabilidad a sus hijos e hijas. Algunas de nuestras alumnas y alumnos enfermaban, atendían a algún miembro de su familia con covid-19, enfrentaban pérdidas de sus seres queridos, además de que debían ocuparse y hasta preocuparse por la disminución de sus ingresos; por supuesto, aunado al atender a sus alumnos, a los padres de sus alumnos, preparar sus clases y responder a las exigencias burocráticas de sus autoridades escolares.

Aquí es necesario señalar que en la Licenciatura en Educación Preescolar, más del 90% del alumnado son mujeres, profesoras en servicio y en ellas recayó el cuidado de sus familiares enfermos. Por otro lado, un alto porcentaje labora en instituciones educativas privadas y al disminuir la población estudiantil en sus centros de trabajo, perdieron sus empleos o vieron reducidas sus percepciones salariales hasta más del 50%, en algunos casos. Por lo anterior,

se impulsaron reuniones entre los propios académicos para abordar las problemáticas que enfrentamos con nuestros grupos, tratando de proponer alternativas de solución; desafortunadamente estas reuniones no prosperaron en la medida de lo esperado. Algunos de los problemas eran el ausentismo, el bajo desempeño, la deserción, las dificultades que enfrentamos derivadas del uso de las tecnologías, y la brecha tecnológica no solo en cuanto a las habilidades para su uso, sino en cuanto a la desigualdad en el acceso a las tecnologías: había profesores-alumnos que no tenían una computadora para tomar clases, utilizaban su celular –con todas las limitaciones implícitas en el dispositivo móvil–, otros no tenían internet y usaban los datos de su teléfono celular, lo que impactaba negativamente en sus ingresos. Las personas que sí contaban con equipo de cómputo lo compartían con sus hijos, quienes también tomaban clases en línea. Además de lo anterior, enfrentamos las fallas tecnológicas de conectividad, las propias y las del alumnado. Refiere Welschinger: “Ya hace tiempo sabemos que la (des) conexión, la digitalización, es una nueva dimensión de la desigualdad: la crisis del coronavirus no hace más que acentuarlo al punto de la obviedad citado por Kemelmager” (2020, p. 2).

LA DOCENCIA

Las clases que tenía asignadas contribuyeron a la sobrecarga de trabajo a consecuencia de mi papel como directora de la Unidad. Los cursos se tenían que impartir en línea y para hacerlo tuve que aprender el uso de plataformas como Zoom y Teams, entre otras herramientas tecnológicas. El trabajo docente a través de las TIC era novedoso para mí, carecía de habilidad, usaba las plataformas en su mínima capacidad, no explotaba todas sus posibilidades; por ejemplo, no lograba visualizar a todos los alumnos(as), sino solo a los que mostraba la pantalla. Paulatinamente fui descubriendo algunos recursos que me brindaban estas herramientas tecnológicas, como

formar subgrupos en las sesiones para organizar trabajo en equipos. Tomé un curso en el Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe (Crefal) sobre el uso de las tecnologías para la docencia. Algunas de las herramientas que aprendí fueron el uso y diseño de blogs, de Padlet y la elaboración de infografías, recursos que permitieron cierto trabajo colaborativo e innovador en mi práctica.

No estábamos preparados para el trabajo docente a distancia vía medios, incursionamos en este ámbito improvisando, aprendiendo en la práctica. El apoyo institucional para brindarnos alguna capacitación fue el gran ausente, asumimos ese compromiso de forma personal; yo busqué cómo suplir mis deficiencias en el uso de las TIC, me acerqué a algunos grupos de las áreas académicas de la Unidad 092 Ajusco, quienes organizaron e implementaron cursos para compartir su experticia en este campo del conocimiento. Difundí con los profesores de la 097 estos cursos y propicié, aunque no lo suficiente, que los compañeros con más saberes en el uso de las TIC, apoyaran o compartieran experiencias con aquellos que teníamos un conocimiento menor. Autores como Del Barrio, Castro, Ibáñez y Borragán (2009) hablan del reto de una segunda alfabetización, refiriéndose a la necesidad de conocer y dominar las TIC por su importancia para la vida social y cultural. “Las TIC están posibilitando la aparición de nuevos entornos de enseñanza-aprendizaje por lo que las instituciones educativas deben afrontar el desafío de los nuevos medios, a riesgo de verse relegadas” (2009, p. 388).

Procuré que mis cursos no se basaran solo en sesiones virtuales, eché mano de recursos sincrónicos como conferencias, coloquios y congresos e invitaba a los alumnos a participar en ellos; aunque fue difícil pues son profesores en servicio y sus jornadas de trabajo, igual que las de nosotros, duraban todo el día, su rol como docentes se extendía casi las 24 horas del día. Entonces era difícil que contaran con el tiempo para asistir a esos eventos académicos. La conjunción de su rol de profesoras, madres y alumnas de la UPN se entremezclaron al realizarse en el ámbito doméstico.

También dejaba algunas actividades asincrónicas, como ver algún video, participar en el blog a través de actividades de reflexión, intercambiar comentarios sobre sus participaciones en este espacio –como una forma de propiciar el diálogo–, elaboración de líneas de tiempo en Padlet, entre otros. Siempre utilicé el WhatsApp para mantener una comunicación fluida con mis grupos, una herramienta de gran utilidad que me permitió tener una comunicación inmediata y permanente con los alumnos(as), intercambiar documentos, materiales por trabajar, presentaciones de Power Point, así como recibir las tareas solicitadas. La intención era constituirnos en una comunidad virtual, mismas que

nacen con la aparición del internet como espacio destinado a facilitar la comunicación entre los participantes de un grupo de pertenencia que se encuentran en diferentes puntos geográficos. Así, los integrantes colaboran y se coordinan a través de medios de comunicación, correo electrónico, listas de distribución, tableros de anuncios, grupos o sitios, canales de chat, mensajería instantánea, redes sociales y otros recursos compartidos como bibliotecas, juegos, documentos, nubes, foros de discusión, sitios web, hasta tecnologías más recientes como los diarios o weblogs, o los wikis, así como por otras más especializadas (Ruiz, 2015, p. 77).

Aun cuando tenía claro que no era deseable trasladar la clases presenciales del aula al espacio virtual, sabía que debían ser otras las prácticas, pero muchas veces incurría en ello por desconocer las posibilidades de las TIC para la enseñanza, o para contar con mayor tiempo y cumplir con las exigencias de la gestión.

Traté de romper la dependencia del alumnado para con la figura del maestro. Intenté propiciar su autonomía modificando la dependencia frente al docente, pero los alumnos, a pesar de ser profesores de educación básica, simplemente trasladaron a la virtualidad su rol de alumno en clases presenciales. No obstante que las y los profesores refieren tener prácticas innovadoras con sus educandos, reproducen un rol de alumno pasivo –que solo responde a

las indicaciones del profesor—, entonces si no tenemos una práctica directiva, vertical y autoritaria, se desconciertan y la solicitan.

Entiendo que las condiciones de nuestros alumnos fueron muy difíciles para la mayoría, pues el trabajo se intensificó, los sueldos en algunos casos disminuyeron, sin contar que un gran número perdió sus empleos cuando las escuelas privadas donde trabajaban tuvieron que cerrar o reducir personal. Esta situación se ignoró o trató de ignorarse desde las instituciones educativas, y en este sentido cabe preguntarse: ¿cómo pretender un óptimo desempeño del alumnado cuando el mundo entero vivía una situación excepcional por una crisis sanitaria, situación que impactaba en el estado anímico de la gente, por las repercusiones en la salud y la economía de las propias personas? Señala Kemelmajer (2020) que “en primer lugar no dejar de considerar que el estudiante está en un contexto emocional endeble, es decir, que esto no es solo educación virtual sino que atravesamos una situación que a veces complica los procesos de enseñanza y aprendizaje” (p. 3).

Parte de esa pretensión es la preocupación que manifiestan actualmente las autoridades educativas y algunos sectores de la población respecto al rezago en el conocimiento de las y los alumnos, en todos los niveles educativos, generado durante la pandemia. En lo personal no comparto esta preocupación porque se trata solo de los contenidos formales del currículum y no son la finalidad última del proceso de enseñanza-aprendizaje; además, considero que la experiencia vivida en pandemia nos brindó enormes aprendizajes a los seres humanos en general, entonces ¿por qué no valorar los aprendizajes inesperados?

En mi experiencia, las clases a través de plataformas no tuvieron los mejores resultados, considero que se generaron muchos vicios por parte del alumnado, situación que se favoreció por nuestra inexperiencia con las TIC; por ejemplo, después de mucho tiempo nos percatamos de que algunos alumnos ingresaban a las sesiones virtuales, pero no permanecían en ellas, solo dejaban su fotografía o la sesión abierta en tanto atendían otras actividades profesionales

o propias del hogar, e incluso algunos tomaban otros cursos que les exigían en sus trabajos. Esto impactó en los aprendizajes y en las tareas o reportes que les dejábamos, era evidente que no tenían nociones de lo que se les pedía hacer y tampoco contaban con los conocimientos necesarios porque solo habían simulado asistir a clases, en ocasiones con la complicidad de algunos de sus pares. Por parte del profesorado también se dieron algunas malas prácticas y hubo quienes establecieron poca comunicación con sus grupos, lo que generó preocupación en sus alumnos porque no recibían confirmación de las tareas enviadas y tampoco retroalimentación de las mismas. Como señala Galindo (2015), el papel del asesor virtual es esencial para los aprendizajes, y:

Para el perfecto funcionamiento se requiere la presencia del asesor “profesor virtual”, quien mantiene abiertos los espacios comunicativos, facilita el acceso a los contenidos, anima y promueve el diálogo entre los participantes, motiva que se compartan los conocimientos y que se construyan conocimientos nuevos (p. 42).

Para concluir esta parte del capítulo, quiero exponer un ejercicio de consulta que realicé mediante entrevistas a seis de mis alumnas, educadoras que terminaron la Licenciatura en Educación Preescolar en agosto de 2020. La intención del ejercicio fue conocer sus experiencias de aprendizaje en confinamiento. Las profesoras entrevistadas cursaron los dos últimos cuatrimestres de la licenciatura virtualmente. Son profesoras jóvenes que cuentan con más de cinco años de experiencia docente y, con excepción de una de ellas que trabaja en una guardería subrogada del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), las demás laboran en escuelas privadas. Cuatro tienen hijos en edad escolar básica y dos de ellas no han procreado. La entrevista se realizó por distintos medios y las preguntas fueron las siguientes:

1. ¿Qué favorece el aprendizaje a distancia en tiempos de pandemia?

2. ¿Qué dificulta el aprendizaje a distancia en tiempos de pandemia?
3. ¿Qué valoras de los docentes, de su trabajo, en tiempos de pandemia?
4. ¿Qué le pedirías a los profesores respecto a su trabajo en tiempos de pandemia?

Respecto a la primera pregunta, las profesoras consideran que lo que favorece el aprendizaje a distancia es el uso de tecnología de comunicación e información, recurso que les permite optimizar tiempos, hace posible que trabajen, estudien y atiendan sus compromisos familiares, *todo al mismo tiempo sin salir de casa*, dice una profesora

Otro factor que señalan es el acompañamiento y retroalimentación directa y constante de sus profesores(as); la comunicación asertiva entre alumnas y el profesorado, la empatía y comprensión mutua; el contacto (comunicación) con sus pares, *el sentirse acompañadas, hermanadas*, ante unas mismas circunstancias y *enfrentar el reto juntas*.

En relación con la pregunta número dos, advierten, paradójicamente, que lo que dificulta el aprendizaje a distancia es estudiar y trabajar en casa, y compaginarlo con el apoyo a los hijos y su propia labor como docentes. Coinciden en que su labor aumentó, se intensificó y disminuyó el tiempo de atención para su proceso de aprendizaje en la licenciatura. Aseguró una profesora: *el tener que repartir mi tiempo en mil cosas, tareas como estudiante, actividades como docente y mis labores como madre*. Otros factores fueron la falta de comunicación con los profesores y el no contar con un servicio de internet eficiente o con equipo de cómputo, a grado tal que en ocasiones solo se tiene un celular y para el uso de las mismas plataformas también.

En cuanto a la tercera pregunta, lo que valoran en algunos de sus docentes es la capacidad de adaptar sus necesidades, la mayor disponibilidad que tuvieron para resolver sus dudas y el mostrar

más dedicación a su labor. El tiempo extra invertido para ponerse en contacto con las estudiantes; el acercamiento y la sensibilización frente a lo que ellas viven, aspecto que permitió cierta flexibilidad para la recepción de tareas y trabajos, fuera de las fechas establecidas. Por último, su interés por conocer el uso de las tecnologías para impartir las clases y buscar estrategias para no perder la comunicación con las alumnas.

Por lo que hace a la pregunta número cuatro, lo que les pedirían a sus profesores es utilizar otras tecnologías además de las plataformas, por ejemplo, videos de YouTube, o el grabar las clases para que ellas puedan escucharlas posteriormente. Mayor organización y el privilegiar menos lecturas y tareas para profundizar en los aprendizajes. Un aspecto de suma importancia, en su opinión, es que prioricen la retroalimentación de las actividades y el trabajo en equipo.

De las respuestas anteriores se desprende que para este grupo de educadoras los factores que favorecen sus aprendizajes vía medios en tiempos de pandemia son:

- Ciertas actitudes o capacidades socioafectivas de sus profesores, principalmente las que tienen que ver con empatía, comunicación, sensibilización, compromiso, profesionalismo, capacidad de adaptación.
- El acompañamiento y retroalimentación que se les brinde, así como una actitud de comprensión respecto a las condiciones que viven a consecuencia de la pandemia y que irremediablemente tiene un impacto desfavorable en su desempeño como estudiantes.

Anteponen esos factores al uso de las tecnologías, valoran más el aspecto humano de la docencia que el instrumental. Nos recuerdan que el contexto y las condiciones en las que se enseña y aprende tienen especial importancia y deben ser tomadas en cuenta en la tarea educativa.

Por último, la pandemia me permitió descubrir potencialidades inimaginables de las tecnologías de la comunicación y cómo el

conocimiento cada vez es más accesible a quienes tenemos conectividad o una computadora, ya que podemos escuchar en tiempo real a un ponente en Europa, el resto de América Latina o de los estados de la república.

Participé en muchos *webinars*, cursos, seminarios sobre Género y feminismo –uno en la Universidad del Claustro de Sor Juana y otro en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) –; también en algunos eventos académicos en línea, como lo fue el Congreso Internacional sobre Espacio y Género; fui la organizadora de un Coloquio en línea con el cuerpo académico del que formo parte, y una presentación de proyectos de intervención en educación preescolar. Haber formado parte de estas actividades me abrió el panorama de las enormes potencialidades de las tecnologías de la comunicación para el aprendizaje y/o la socialización de los conocimientos.

EL ÁMBITO INSTITUCIONAL

En este contexto de pandemia, las autoridades universitarias no mostraron sensibilidad ante la situación que vivíamos: a pesar de que se exigió que las y los profesores siguieran sus tareas desde casa, la universidad no se ocupó de proporcionar herramientas de trabajo, no se permitió que los académicos se llevaran a casa su equipo de cómputo para atender sus clases. Tanto académicos como administrativos lo solicitaron desde el año 2020 y hubo una negativa rotunda; fue hasta los primeros meses de 2021 que se autorizó al personal académico y administrativo sacar sus computadoras. Por otro lado, por primera vez, la Secretaría Académica y Dirección de Unidades empezaron a exigir cargas docentes semanales de 12 horas mínimo, sin considerar que el trabajo en casa era más intenso e implicaba mayor inversión de tiempo y esfuerzo.

Lo anterior implicó que tanto el trabajador administrativo como el académico tuvieran que solventar de sus bolsillos los servicios

de internet, suministro de energía eléctrica, computadoras, tinta y todo lo que implicaba sacar el trabajo adelante sin contar con el mínimo apoyo institucional. Durante los primeros meses de 2020 varios trámites fueron suspendidos y muchos alumnos afectados porque no se expedían ni certificados ni constancias; es decir, ningún trámite que por cuestiones administrativas depende del área de Servicios Escolares de la Unidad Ajusco.

Cuando las condiciones del semáforo epidemiológico lo permitieron –aproximadamente en agosto de 2020–, se solicitó acceso al plantel para realizar algunos trámites que solo se podían llevar a cabo en la Unidad 097, particularmente porque se realizan a través de sistemas que están instalados en las computadoras de la institución, equipo que además no podía salir de la UPN. En tanto esto no se pudo hacer, todos los trámites del alumnado estuvieron detenidos.

Después solicitamos el ingreso de las y los estudiantes de manera ordenada y escalonada y con las medidas sanitarias de seguridad pertinentes para recoger certificados, actas de exámenes profesionales y otros documentos, siempre en el afán de atender sus solicitudes, pero también de proteger la salud, la vida de las alumnas y del personal administrativo.

A partir de la segunda mitad del año 2020, también empezamos a realizar exámenes profesionales y ceremonias de clausura de nuestros grupos mediante las plataformas Zoom, Teams o Meet, además de atender vía correo electrónico los trámites escolares del alumnado, tales como constancias de estudio, historiales académicos y cartas de liberación de servicio social. La Unidad 097 no detuvo su labor y compromiso en la formación de docentes en servicio de nivel básico, a pesar de la pandemia.

LA FAMILIA

En mi familia sí hicimos la cuarentena y la reclusión en el hogar, no visitamos a los seres queridos, solo nos comunicábamos con ellos por teléfono o vía Zoom; llegamos a visitarlos si era de extrema necesidad, como en el caso de auxiliar a algún enfermo. Por otro lado, en mi caso el encierro favoreció la convivencia familiar, podíamos desayunar, comer y cenar juntos; se acrecentó la comunicación en la familia, por ejemplo, entre mis hijas. Una de ellas que tendía mucho a confrontar a su papá, empezó a tener una relación más amigable y también la comunicación con mi esposo mejoró. Tuvimos la oportunidad de dividirnos las actividades del hogar y elaborar los alimentos juntos, se planeaba qué íbamos a desayunar, a comer, qué compras deberíamos realizar, y todo eso implicó una interacción más cercana entre nosotros.

Afortunadamente el espacio en el que vivimos es amplio y cada miembro de la familia cuenta con un lugar para el trabajo o estudio, también tenemos muy buena conectividad y cada quien tiene su equipo de cómputo, aunque fue necesario adquirir una computadora adicional e implicó gastos, pero por suerte la conectividad de internet siempre fue buena y ya no hubo necesidad de hacer otra inversión.

Cuando las condiciones de la pandemia lo permitían, salía a caminar con mis hijas, y al iniciarse sus clases usaba la caminadora, inclusive me impuse y logré andar por lo menos una hora diaria como una forma de mantenerme sana y de ejercitarme y evitar la vida sedentaria. En el momento en que el semáforo epidemiológico lo permitió, hicimos algunas salidas, pese a que con frecuencia pensaba yo que eran una imprudencia y asistíamos con cierto temor. En otras ocasiones, tuvimos la oportunidad de ir al pueblo de mi esposo, siempre y cuando el semáforo sanitario lo permitiera, pero el miedo al contagio fue omnipresente.

En nuestro núcleo familiar no nos enfermamos ni contagiamos y pudimos permanecer en casa sin ver afectado nuestro ingreso

económico. No obstante, sí tuvimos muchos familiares enfermos de covid-19, y numerosos decesos de seres queridos y conocidos.

LA PANDEMIA

Respecto a la enfermedad por contagio de SARS-CoV-2, considero que todos (o la mayoría de gente) empezamos a vivir en la incertidumbre y temor de enfermarnos. Las medidas de seguridad eran cada vez más altas, el uso de cubrebocas continuó, también el del gel antibacterial, la sana distancia, limpiar las cosas de uso diario e incluso desinfectarse una misma.

Inicialmente me resistí a estas prácticas, me parecía una exageración, hasta me daba vergüenza salir con cubrebocas, además de que era incómodo utilizarlo todo el tiempo, y aun el lavado frecuente de manos fue difícil porque la piel empezó a irritarse y llegó a ser doloroso. Sin embargo, cuando el número de contagios y muertes aumentó, me volví obsesiva con la limpieza, incluso me cambiaba de ropa cuando salía y regresaba a casa, ¡sentía que mi ropa estaba contaminada!

Aquellos contagios y muertes que no eran cercanos a nosotros y que escuchábamos como noticias lejanas –primero en países como China, España, Italia u otros–, empezaron a ser cada vez más próximos a nuestro círculo de amigos, conocidos y familiares. Personas cercanas se contagiaron: algunas sanaron y otras lamentablemente fallecieron.

En la página y correo de la UPN empezó a ser muy frecuente leer las esquelas o noticias de compañeros, personal administrativo o sus familiares que morían. En esos meses de 2020 y 2021, cuando la pandemia alcanzaba sus picos más altos, afortunadamente el personal académico y administrativo de la Unidad 097 no se contagió, y tampoco tuvimos fallecimientos. Algunas de nuestras alumnas sí enfermaron y pasaron por pérdidas familiares o casos graves, situaciones muy difíciles para ellas pues, como he señalado,

hubo quienes perdieron el empleo o vieron reducido su salario sustancialmente.

Todo era un mundo de información vertiginosa, además estaban las noticias falsas, las conferencias vespertinas sobre la salud con el subsecretario de Prevención y Promoción de la Salud, Hugo López-Gatell, y las conferencias mañaneras del presidente Andrés Manuel López Obrador; había que identificar las noticias falsas sobre la pandemia. Una vivía esta situación inédita de veras con cierta incredulidad, porque nunca imaginamos que las escuelas cerrarían y que trabajaríamos desde casa, nadie lo imaginó, ni creímos vivir tanto tiempo encerrados en nuestras casas. Muchos negocios y espacios de la vida pública permanecieron cerrados, las personas tuvimos que recluirnos en el hogar como un sitio de protección para preservar la vida. Aunque, como lo dije en un congreso en el que participé, es necesario investigar qué pasó durante el encierro generalizado, cómo y para qué fueron utilizados los espacios interiores por los distintos miembros de la familia en función de su edad y género, cómo se transformó o impactó la interacción entre los habitantes de cada casa-habitación.

Un pensamiento recurrente fue acerca de cómo el riesgo de contagio por covid-19 hace que los seres humanos seamos o representemos un peligro para nosotros mismos, de tal forma que no había que tener contacto o evitarlo a toda costa, guardar la sana distancia; había desconfianza del otro, porque podía tener la enfermedad y contagiarnos, una situación impensable, que solo podía imaginarse en una película, novela de terror o de ciencia ficción, pero que era una realidad, la estábamos viviendo. Un virus microscópico, el SARS-CoV-2, de la familia de los coronavirus, que en pleno siglo XXI amenazaba la existencia de la especie humana; increíble, con todo y el adelanto tecnológico y científico nos veíamos doblegados por tan diminuto enemigo.

REFLEXIONES FINALES

Una situación digna de destacar fue cómo durante la pandemia, el espacio privado del hogar –históricamente reservado para las mujeres– se abrió hacia lo público con la pandemia y el consecuente confinamiento, en tanto el espacio y la actividad laboral (lo público) se trasladaron a casa (lo privado).

El hogar ha trastocado sus dinámicas por el confinamiento que vivimos. Ese lugar, destinado a labores domésticas, de cuidado y crianza de los hijos, fue invadido por nuestro mundo laboral. Con ello se impactaron las formas de habitar el espacio, así como las lógicas, tratos y relaciones con los miembros de nuestras familias. Los tiempos de convivencia e interacción se vieron afectados, también, por el uso constante de las tecnologías para recibir e impartir clases, o para participar en reuniones de trabajo con el personal docente, administrativo e incluso con el alumnado.

La división entre las jornadas laborales y las domésticas terminó por diluirse, nuestras funciones propiamente profesionales se extendieron más allá de nuestros tiempos habituales de trabajo. Empezamos a vivir nuestras dinámicas cotidianas de forma vertiginosa por las múltiples actividades que era necesario realizar simultáneamente, lo que acabó en un agotamiento constante, además de que nos obligó a considerar los factores de tiempo y espacio como indisociables.

Por último, considero importante realizar un estudio acerca de las tecnologías de la información y la comunicación, los recursos que se utilizaron, en qué medida modificamos nuestras prácticas y empleamos aquellas para impartir nuestras clases, y sobre todo, ¿cómo usamos el instrumental científico? Si únicamente recurrimos a las plataformas (Zoom, Meet, Teams), lo que hacíamos en nuestras clases presenciales, o hicimos un uso más creativo e innovador de la tecnología.

SOBRE-VIVIR EN LA PANDEMIA

Linda Vanessa Correa Nava

Escribir sobre mi historia desde el inicio de la pandemia, me remonta a detenerme en cómo era la vida antes de esta nueva realidad, por lo que este relato es una mezcla de recuerdos y sensaciones del pasado y del presente.

Generalmente los cambios en nuestra vida se dan de manera individual o dentro de un grupo muy reducido –las personas que nos rodean–; pocos sucesos nos afectan al mismo tiempo, en todos los espacios de la Tierra. Es quizá por ello que la pandemia de covid-19, es un hecho que solo éramos capaces de imaginar como parte de una película o cuento de ciencia ficción.

La enfermedad que en un principio parecía tan lejana, poco a poco fue llegando a nuestras vidas de múltiples y diferentes formas, pero me atrevo a afirmar que nadie ha podido escapar a sus efectos. Es en este contexto que surge este escrito, en él plasmo mi experiencia, que si bien es individual, se convierte en colectiva porque se entrelaza con la vida de otros. Espero no cambiar mucho la realidad a través de mis palabras, pues entre más pasa el tiempo, mejor me doy cuenta de que me cuesta trabajo distinguir qué es lo que realmente sucedió y las sensaciones que viví en cada momento, porque como menciona Montero (2003, p. 3): “nos mentimos, nos

imaginamos, nos engañamos”, a veces inclusive lo que sabemos de nosotros mismos nada tiene que ver con lo que relatamos.

Y QUE NOS VAMOS A CASA...

Recuerdo que la tercera semana de marzo, casi felizmente, empaqué libros y documentos para pasar unos días en casa. Se había anunciado una cuarentena que obligaba a quedarse resguardado, pues una enfermedad altamente contagiosa había aparecido a finales de 2019. Las noticias de lo rápido que se transmitía y la gravedad a la que estaba expuesta la gente enferma requirió que cada país fuera tomando las medidas que consideró adecuadas. Así que las autoridades sanitarias de nuestro país decidieron que las escuelas cerraran sus planteles y que se trabajara desde casa; supongo que, en ese momento, no tenían ni idea de cómo sucederían las cosas.

Si bien todos los ámbitos de la vida social e individual padecieron los efectos de la emergencia sanitaria, el campo educativo resultó severamente trastocado pues, aunque diversos fenómenos –de orden natural o social– habían implicado cierres e interrupciones en los sistemas educativos nacionales y locales, en ningún otro momento de la historia se habían visto suspendidas las actividades de más de 1,215 millones de estudiantes, de todos los niveles educativos, en el planeta entero (Casanova, 2020, p. 10).

No pensé que iba a ser algo que durara mucho, creí que aprovecharía para avanzar en algunos pendientes, por aquello del ahorro de tiempo y esfuerzo de trasladarme al trabajo. Muy contenta me dispuse a trabajar desde casa y, de inmediato, acondicioné un espacio en mi hogar para hacerlo. Uno de mis tíos, que es muy tecnológico y tiene conocimientos en el uso de internet, me orientó un poco sobre la forma en que podía continuar mis clases. La verdad, he de decirlo, no le puse mucha atención, pues asumí que era algo pasajero. Él había estado probando algunas herramientas, así

que cuando le comenté que no sabía cómo trabajar a la distancia, me recomendó una plataforma en especial —que era gratis por un tiempo limitado—, así que no dudé en descargarla y casi sin demora, inicié mis clases la semana siguiente. Era una oportunidad de aprender algo nuevo.

Pero los días fueron pasando, pronto se convirtieron en semanas y luego en meses. Poco a poco me fui habituando a las videoconferencias, incluso tuve que contratar el servicio de manera permanente e invertir dinero para poder utilizarla.

Casi sin sentirlo, pasaron los primeros tres meses, llegaron las vacaciones de verano y no vislumbramos ningún cambio. Hasta me llegó una invitación de la Secretaría de Educación Pública (SEP) para colaborar en los guiones, que consistirían en armar contenidos para los programas de televisión y que servirían de apoyo para los estudiantes y maestros de educación básica, nombrado *Aprende en casa*. Este fue un programa de educación a distancia del que “subyace un complejo sistema integrado por instituciones gubernamentales educativas y de salud, redes de telecomunicaciones de radio y televisión, redes sociodigitales por internet, y comunidades diversas; es el primero en la historia de México destinado a una población de 30 millones de alumnos de educación básica” (Amador, 2020, p. 141).

Así es que al trabajo habitual se le sumó esta encomienda especial, que por cierto requirió invertirle mucho tiempo y nunca sentí que realmente se reflejara en algo útil.

Parecía que ya nos estábamos habituando a la distancia, días de clase con conexiones sincrónicas y una pantalla de intermediaria. En este primer momento, me daba la impresión de que el tiempo rendía más, que el encierro estaba haciendo que nos volviéramos más productivos en el uso de las horas, ¡pero qué equivocada estaba! De lo que sí me di cuenta fue de que mis alumnas, por lo menos las de maestría, esperaban ansiosamente las clases, quizá como una forma de conectarse con el mundo. Miércoles y viernes tenía cita con ellas, martes y jueves con las y los jóvenes de licenciatura.

Las estudiantes de maestría compartían sus singulares historias, aun cuando el trabajo a la distancia con sus niños las tenía extenuadas. Algunas externaban su angustia por no conocer herramientas para el trabajo en línea, otras contaban las dificultades para llegar a acuerdos con sus compañeros y las autoridades en sus espacios escolares, ahora virtuales. Yo trataba de estar atenta a sus necesidades, aun cuando me enfrentaba a lo mismo como docente.

No conocía los múltiples usos de la computadora, pero poco a poco me habituaba a cosas tan sencillas como encender y apagar cámara y micrófono en las videoconferencias, además de buscar formas de trabajo para que me pudieran seguir con lo requerido en la maestría y a la vez aprendiéramos juntas. No faltaron las historias de enfermos en sus casas, de pérdidas y desesperación, tanto de ellas como de sus alumnos. La vida se iba tornando cada vez más frágil.

Sin embargo, la licenciatura era un caso distinto, pues los estudiantes fueron desapareciendo paulatinamente, no por completo, pero sí en la imagen de la clase virtual; solo un nombre quedaba al descubierto, mientras los rostros se iban difuminando. Quizá la oportunidad de dedicarse a actividades más entretenidas –como las redes sociodigitales– o la resistencia a mostrar sus hogares y espacios desde donde se conectaban, poco a poco llevó a que un fondo negro con letras apareciera durante las sesiones; si me pidieran en este momento dibujar la soledad, seguro elegiría dichas imágenes.

La frustración por no poder mirarlos a la cara, aun a través de la pantalla, me causaba una sensación de angustia al entrar en este nuevo mundo. Debo confesar que nunca logré persuadirlos de que encendieran la cámara, si bien recurrí a varias estrategias, pero la sala se quedaba llena de fantasmas y apenas dos o tres mostraban sus rostros. En esos días la clase se parecería a un juego de escondidillas y en el cual hasta la maestra tenía ganas de también apagar la cámara para no mostrar su frustración.

No dejo de pensar en las virtudes de los programas presenciales y en la poca experiencia que tengo con el contacto vía internet.

Esto es, no fue un cambio de modalidad, fue un “ajuste emergente” debido al contexto sanitario, donde hizo uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) para afrontar la situación. Esto significó que el proceso formativo pasara a ser de presencial a virtual, pero sin perder las formas propias de las clases presenciales: sincronización del espacio-tiempo, actividades y retroalimentación, horarios rígidos y el mismo número de contenidos (Miguel, 2020, p. 3).

En este tiempo he explorado por qué nos suceden estas cosas, y encuentro respuestas tan variadas que me invitan a sacar algunas ciertas conclusiones. La primera es la más simple: los eventuales problemas de conexión; sin embargo, también he llegado a pensar que invitar a alguien a casa antes era opcional, pero ahora con las videoconferencias es algo impositivo y no es fácil permitir esta “invasión a la privacidad”. Entrar a los hogares, sobre todo de los más jóvenes, es acercarse a sus secretos, desde conocer su recámara o algún otro espacio personal, hasta percibir su ansiedad por que padres, hermanos y aun las mascotas están atentos a sus palabras. ¡No es nada fácil!

Otra respuesta que encontré es que los estudiantes de licenciatura no estaban mentalizados para tomar sus clases de manera virtual y nosotros –como maestros– quisimos seguir dando cátedra como si estuviéramos en el aula, algo realmente imposible. A lo largo de la emergencia sanitaria llegué a escuchar comentarios de algunos de mis colegas, como que “ya se acostumbrarán”, “se tienen que adaptar”, “ellos son muy apáticos”... pero yo creo que los hechos van más allá. Esta generación estará marcada por la mediación de la pantalla y si nosotros como maestros no nos adaptamos, definitivamente el vacío de los espacios en el monitor seguirá apareciendo. La vida y los cursos se mantuvieron y creo que ya aprendimos lo suficiente, si bien el tiempo nos dará nuevas respuestas al conocer los resultados.

En el trabajo ajustamos cada día más las actividades, nuestro contacto fue totalmente a distancia. Empezamos a tener exámenes

profesionales y todavía recuerdo a una chica que preguntaba si mejor se esperaba a realizarlo presencialmente para hacer una fiesta e invitar a su familia; apenas llevábamos unos meses de distanciamiento social y confiábamos en que pronto todo pasaría, pero no hubo tregua y la vida, para algunos, afortunadamente continuó.

Cada día enfrentamos nuevos retos, los horarios se han difuminado y tratamos –como docentes– que las necesidades no nos rebasen. Quién iba a pensar que la cocina, la sala, la recámara y en algunos casos, hasta el automóvil se iba a convertir en el aula, el centro de trabajo.

Todos los días reímos hasta el cansancio al ver noticias de esposos en ropa interior, o de mascotas que se atravesaban frente a la pantalla, pero también nos preocupamos por aquellos estudiantes que no tenían datos suficientes para conectarse o vivían en una zona donde la señal era muy mala.

A la distancia veo y valoro la fortuna de contar con los recursos para conectarme por internet, un espacio exclusivo para acondicionar mi área de trabajo y las condiciones materiales y económicas para hacerlo. El tiempo, imparable, nos trajo el verano, y a pesar de que los contagios nos seguían acechando y la muerte se mostró cuan dolorosa es, persistí en mi labor de enseñanza-aprendizaje e inventando nuevas formas para que mis estudiantes no desaparecieran un día.

Y A MI FAMILIA CUÁNDO LA VERÉ

Desde muy pequeña, recuerdo las reuniones de los domingos en casa de mi madre-abuela: no importaba la fecha, siempre podíamos llegar seguras de que un plato de comida y buena charla de lo acontecido en la semana nos estaría esperando. Tengo una familia muy grande, de 11 tíos y tías que fungen como mis hermanos, así como sobrinos que forman un gran conglomerado de personas, siempre

tienen algo que decir y nunca se cansan de opinar sobre todos los temas de la vida.

No obstante, el 21 de marzo de 2020 eso cambió por completo, ya que la primera información que divulgaron los medios de comunicación fue que, incluso por contacto con cualquier utensilio nos podíamos contagiar, noticia que a mí me paralizó y tuve mucho miedo de llevarles la enfermedad, por lo que dejé de frecuentarlos.

Encontramos entonces una forma de seguir con nuestros encuentros, y por medio de videoconferencias nos empezamos a reunir el día consignado de toda la vida, e incluso nos despedíamos a altas horas de la noche. Se incorporaron familiares que habitualmente no veíamos –como Hugo, desde hace casi 20 años en Chicago, o Fernando, en Querétaro–. Yo acudía celosamente a la cita, lo mismo que mi madre, residente en Guadalajara desde 2013. Así transcurrieron los meses.

No todos los familiares fuimos afortunados de contar con las condiciones para trabajar en casa, así que a alguien se le ocurrió que la cita familiar la tuviéramos los sábados y fue así como migramos nuestros encuentros de día para poder desvelarnos. La misma plataforma que usaba para mis clases tenía un doble uso: estar cerca de los seres queridos y poder trabajar. Sin embargo, eso poco a poco dejó de ser suficiente, debido a que algunas de mis tías empezaron a visitarse, con reuniones breves y donde la suerte siempre estuvo presente. Yo permanecí renuente y evité el contacto físico con ellas durante todo el año. En realidad no me acerqué a ningún amigo tampoco, literalmente, me enclaustré en casa.

En este lapso, un primer familiar cayó enfermo: una de mis tías, junto con su esposo e hijo, dieron positivo a la ya famosa prueba de covid-19; al parecer lo habían adquirido en el lugar de trabajo de alguno de ellos. Parecía estar tan lejano que, aún hoy, tengo sentimientos encontrados, pues creo que no fui lo suficientemente empática con lo que sucedía. No mostré el apoyo que debí haber mostrado, solo me mantenía informada de su situación de salud. Por fortuna se pudieron recuperar, pasaron la enfermedad con

sobresaltos y angustia, sobre todo en los casos de dos hermanas cercanas que se encargaron de suministrarles medicinas y alimentos.

Todo este tiempo permanecí encerrada, nada más salía a comprar las cosas necesarias para alimentarnos y algunos artículos de limpieza. Mi hija también estaba en su casa, donde vive sola desde hace tiempo, así que dejamos de abrazarnos casi sin darnos cuenta. Mi esposo renunció a trabajar, por los ruegos de nosotras; sin embargo, tenía que salir a un asunto por demás importante que no podía aplazar.

Así los días transcurrieron sin fiestas patrias, cumpleaños. Entre el trabajo en casa, las series de Netflix, las peleas y discusiones –normales por el exceso de convivencia– y los ajustes en la vida de un asunto pendiente en mi vida, surgido aún antes de la pandemia, el reloj seguía girando.

Recuerdo que fueron los últimos días de noviembre cuando mi mamá me mandó un mensaje para decirme que estaba enferma, que se sentía bien pese a todo y que no quería que fuera a verla. Los síntomas fueron muy leves, según ella. Sin secuelas visibles ni grandes molestias. Su esposo fue el primero en enfermar y estuvo un poco más delicado, sin embargo, en ese momento la recuperación se dio rápido. Meses después le diagnosticaron un nuevo mal y en opinión de algunos, el malestar se le aceleró con la covid-19, lo que lo llevó a peregrinar a hospitales y hasta el día de hoy no encontrar espacio para una operación.

No sé si la insensibilidad se fue apropiando de mí, o la negación se instaló en mis pensamientos, o sus palabras me impusieron la tranquilidad e hicieron que no lamentara hacer caso a la petición de no ir a ver a mi madre. A veces me pregunto qué habría pasado si su estado se hubiera tornado grave, aunque son decisiones que se toman en el momento y no dan cabida a plantear supuestos; eran preguntas que giraban en torno a mi cabeza.

El año 2020 me trajo la primera y única Navidad que no estuve con mis tías, en casa de mi madre-abuela; traté, junto con mi hija, de hacer una imitación de la cena con el famoso pavo, ensalada

y romeritos. La plataforma de videoconferencia estuvo en espera, pero yo no me atrevía a abrirla por temor a no contener el llanto al no estar con toda esa gente que amo.

Volví a ver a mi familia casi un año después, en visitas muy breves, con la sana distancia y todas esas cosas. He de decir que solo yo mantuve el uso del cubrebocas casi todo el tiempo... el miedo siguió imperando.

Y YO

Los primeros meses me sentí a gusto, incluso contenta, acondicioné mi espacio, pinté paredes, compré un escritorio y poco a poco me fui acomodando a esta nueva vida.

Me he dado cuenta de que el encierro me gusta, me acomoda; siempre se me ha acusado de que no me gusta la gente, es curioso porque todo el tiempo trabajo con personas y me agrada su compañía, sin embargo, acepto que disfruto mucho mi espacio de soledad. A lo mejor se debe a que –como mi hija siempre repite– disfruto a las personas, pero no necesito estar siempre rodeada de ellas. Me he enfrentado a las críticas por no querer salir, es difícil defender una postura cuando tienes todas las comodidades y te hacen sentir culpable por tenerlas. Como si se tratara de un acto de egoísmo aprovechar que se puede quedar uno resguardado, sin problemas económicos, con trabajo estable, y sobre todo poniendo atención a lo poco que voy aprendiendo sobre la covid-19.

De pronto no entiendo por qué me ha causado tanto conflicto explicar que es mi decisión no abrazar, no saludar de beso y evitar todas esas cosas que para mí son acciones de vida o muerte. Me he encontrado a gente en la tienda o en el supermercado que me han tachado de neurótica o exagerada por no querer acercármele. A lo mejor ellas y ellos tienen razón. Puedo decir que, en un primer momento, no extrañé las salidas diarias, ni el tránsito vehicular ni las reuniones, excepto las de mis tías.

Estar en casa me ha hecho reflexionar en innumerables cosas, en lo necesario que es el contacto físico, en lo solos que podemos estar si no nos miramos y sentimos la proximidad del otro, en la vaguedad de la vida y la muerte, en la impaciencia por seguir con las actividades a las que estamos habituados y con las que nos sentimos vivos.

A lo largo del tiempo reciente, muchas veces me he preguntado si soy una persona ordenada y disciplinada por seguir las reglas de sana distancia, o ha sido mi oportunidad de fugarme de mi nueva realidad. La incursión de un nuevo ser en mi familia y la decisión de dejarlo entrar, se juntó con la pandemia. La angustia del posible contagio y el escrutinio de mi familia y seres cercanos sobre mi nueva situación se han mezclado de tal forma que hoy son imperceptibles. He tenido noches y días muy largos durante los cuales me pregunto si he tomado las decisiones correctas en mi vida y eso ha trastocado mi trabajo.

Inicié el encierro casi con alegría, la idea de trabajar en casa me simpatizó desde el principio, como ya había comentado, pero el paso de los días muestra que estamos en espera de nuestra vida anterior. Pareciera que queremos olvidar lo sucedido y nuevamente caer en las prácticas antiguas.

Puedo resumir brevemente mi vida en este tiempo: me levanto, preparo el desayuno y lo comparto con mi esposo cuando está en casa. Me baño e inicio el trabajo, unas horas de clase y avanzo en otros asuntos hasta el momento de la comida; otra vez a preparar, comer, trabajar, lavar unos platos, volver a trabajar, limpiar un poco la casa, ver algún programa, volver al trabajo... y así, pausa tras pausa, el día termina a altas horas de la noche. En eso se ha convertido mi tiempo en este año.

Como todo en la vida, tiene sus pros y contras. Yo creo que funciono mejor trabajando a ratos, un par de horas me desconecto del mundo al dedicarme totalmente a las actividades laborales, pero es agradable levantarse del escritorio y preparar los alimentos, disfrutarlos y reincorporarme nuevamente al trabajo.

Este tiempo he pensado mucho en lo que nos dejó la covid-19, enfermedad que llegó para quedarse. Como docentes descubrimos que contamos con más herramientas de las que pensábamos, además de que nos vamos reinventando de acuerdo con las necesidades escolares. También, que necesitamos aprender sobre el manejo de herramientas digitales y, sobre todo, exigir que las autoridades estén preparadas para proporcionarnos los elementos necesarios y, desde luego, aprovecharlos.

Estoy de acuerdo con Díaz (2020, p. 145) cuando menciona que “la improvisación más importante durante esta etapa de cuarentena fue la autoalfabetización digital. Esta labor fue más allá de un aprendizaje casual, pues implicó un compromiso profesional”. Definitivamente, los y las maestras tuvimos que invertir más tiempo, dinero y esfuerzo para atender a nuestros alumnos y a la vez sostenernos emocionalmente, pues no solo lo laboral se trastocó, también nuestras relaciones familiares dieron un giro, desde la invasión de nuestro espacio privado hasta la desesperación por no contar con los insumos adecuados, tanto teóricos como emocionales.

Hoy más que nunca me doy cuenta de que es imposible separar las prácticas educativas de las experiencias personales, “ya que es una oportunidad para comprender e introducirnos en el mundo de las prácticas individuales o colectivas que recrean vívidamente, (...) un determinado momento y lugar, en una geografía e historia singulares, el sentido de la escolaridad” (Suárez, 2018, p. 3).

Cada uno de nosotros, como profesores, relatamos características distintivas de las escuelas y comunidades donde trabajamos, “acerca de aquellas cosas y acontecimientos que las hacen únicas, irrepetibles, inolvidables, y que por eso mismo para ellos tienen un significado particular, relevante” que –como menciona Dávila (2011, p. 146)– se entreteje con lo vivido día tras día. El conjunto de lo narrado da significado y sentido a nuestro quehacer educativo y, sobre todo, nos ha permitido *sobre-vivir en la pandemia*.

LO QUE EL VIRUS SE LLEVÓ Y LO QUE LA TECNOLOGÍA DESCUBRIÓ

Lucía Santiago González

Cuando escuché sobre la aparición de un nuevo virus en otros países, que hasta ese momento no sabía cómo se llamaba, no le di mucha importancia, creí que a México no llegaría. Supe por diversos medios que era un virus que surgió en un país asiático, exactamente desconocía en cuál. En mi día a día todo fluía sin eventualidades. Impartía clases en ese momento escolarizadas a un grupo de Psicología Educativa, además de un grupo de la Maestría en Educación Básica (MEB) con especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua (ASCL). Mi carrera profesional es Comunicación y Periodismo, soy maestra en Educación Media Superior y doctora en Pedagogía. Desde hace tres años me desempeño como profesora de la Universidad Pedagógica Nacional. Además de ser responsable del área de Comunicación y Radio, misma que surge por el proyecto UPNRadio095. Como se puede ver no solo me apasiona la docencia e investigación, sino también la comunicación.

Por ahora, en este texto compartiré un poco mi experiencia en la pandemia, acerca de mi vida familiar, laboral y personal. Aunque resulta difícil la elección de lo que contaré, ya que hay mucho que compartir, me limitaré a lo que considero que me ha

marcado en este confinamiento. Compartiré, a través de la narrativa, las peripecias experimentadas, especialmente porque la narración da forma a cosas del mundo real y muchas veces “le confiere, además, una carta de derechos en la realidad” (Bruner, 2001, p. 22), es una ventana que invita a mirar una realidad que el autor pone a disposición del otro.

Se acercaba el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, y habíamos planeado varias actividades junto con la coordinación de la Licenciatura en Educación Preescolar y el área de Difusión Cultural. La MEB, especialidad en ASCL, tendría su siguiente *Alas para la imaginación*, libros que vuelan fuera de casa, con el tema de “Las mujeres salen de los libros”, una actividad donde la literatura es la protagonista, pero principalmente invita a compartir lecturas y cada asistente lleva una obra sobre un tema en concreto para que los demás puedan leerlo.

Hasta ese momento no habíamos generado una forma masiva de difusión para los eventos. Por eso me entusiasmaba, ya que me había propuesto llevar a cabo una difusión amplia, donde no solo participaran las coordinaciones que mencioné sino también los y las estudiantes que estaban entusiasmadas en aportar. De ahí que me dijera que “es momento de que la comunidad participe en estos eventos”. Pedí a Lupita –una estudiante que se dedicaba a la impresión de distintos productos, como tazas, playeras, plumas, recuerdos, agendas y carteles– que imprimiera varios artículos y realmente las impresiones fueron de una calidad excelente, al menos así lo consideraba por el precio, pues no se invirtió mucho dinero y nos dio un producto de gran calidad.

Lupita me llevó lo solicitado y mi corazón estaba muy feliz. Con gran entusiasmo comencé a pegar carteles de forma estratégica en los espacios del plantel, para lo cual conté con el apoyo de varios compañeros y compañeras de la unidad en su distribución. Tapizamos los salones, pasillos, paredes, puertas de entrada a salones y baños, y todo espacio que fuera visible, de tal suerte que nadie se quedara sin enterarse de los eventos. La cartelera general estaba en

la puerta principal, así que no había forma de que la comunidad no pudiera ver tal información.

Hasta ese momento las noticias por la muerte de varias personas en China a causa del SARS-CoV-2 no llegaba a perturbarme, pero fue en este punto cuando me enteré de qué país provenía el virus; por supuesto que me sorprendían tantas muertes, pero a veces los seres humanos creemos que las cosas que ocurren en otras partes del mundo no llegarán a donde vivimos.

Pasados algunos días escuché a varios compañeros y compañeras comentar sobre el tema, decían que la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) ya había hecho un análisis de los alcances y el impacto que el nuevo virus ocasionaría a nivel mundial, y al parecer no tardaría en llegar a México. Aun así, no me preocupaba la situación, pues era yo una de las personas que se mostraban escépticas por tal información. Comencé a pensar que se trataba nada más que de asustar a la gente y que había otros intereses detrás.

Paralelamente, en la Universidad organizábamos –junto con México Unido contra la Delincuencia– una jornada de capacitación sobre cultura de la legalidad. Todo estaba listo e incluso se había acondicionado el espacio con el apoyo de varias compañeras y compañeros administrativos. En mi mente corría una especie de cinta cinematográfica donde se mostraba todo lo que ocurriría en los próximos días con los eventos programados y la capacitación.

La noticia llegó, finalmente, y la probabilidad de que el coronavirus entrara a México se estaba cumpliendo, ya no se encontraba solo en China, sino que se había extendido a varios países de Europa y América, concretamente a la mayor potencia mundial, EE. UU. Con una gran claridad recuerdo que se convocó a dos reuniones para comentar sobre lo que era un secreto a voces: tendríamos que confinarnos en nuestros hogares por un tiempo corto, se decía.

El desconcierto que me surgió fue enorme al saber tales noticias, porque ¿qué pasaría con nuestras actividades académicas? Fue entonces cuando comencé a preocuparme, pues todo lo planeado se vino abajo. De golpe me vi frente a los carteles, que tan bonitos

le quedaron a Édgar: comenzaron a desprenderse y volaban hasta terminar en el suelo, como si un fuerte viento hubiese pasado en ese momento. Qué tristeza, ya no habría eventos presenciales, ya no habría capacitación, ya no habría clases presenciales, era el momento de preparación y adaptación a un tiempo incierto que, en lo personal, aún no lograba dimensionar. Todavía no llegaba el SARS-CoV-2 a la ciudad, pero ya estaba causando estragos, al menos en mi vida profesional lo estaba haciendo.

Por un lado, me sentía tranquila porque trabajaría desde casa. Pronto todos comenzamos a buscar alternativas para comunicarnos vía remota. En mi corta experiencia puedo decir que en ese momento tenía conocimiento de algunas aplicaciones y plataformas para tal tarea. En las clases escolarizadas mi objetivo fue enseñar el uso de estas aplicaciones, aun cuando para muchos no era importante y el uso de la tecnología estaba alejado de la práctica educativa; sin embargo, siempre he considerado que los futuros pedagogos y psicólogos educativos tienen una excelente oportunidad en este campo, ya que la educación a distancia ofrece grandes promesas de crecimiento y me parece que la educación a distancia lo vino a confirmar.

Días después se decidió retirar los carteles porque una recomendación de la Secretaría de Salud era tener todo limpio y despejado, así que aquellos representaban una fuente de almacenaje para el polvo y bacterias. Únicamente quedaba un cartel que las estudiantes de posgrado de Realidad, Ciencia, Tecnología y Sociedad habían elaborado, donde se leía: “Lávate las manos con jabón durante cinco minutos, al toser tápate la boca, mantén la sana distancia”; sin embargo, aún faltaba mucho para que comprendiéramos qué era la covid-19.

Realmente no lográbamos dimensionar lo que el coronavirus traería días, meses y años después. Era hora de prepararse para quedarse en casa y concluir el semestre, cuatrimestre o trimestre, desde el hogar. La indicación fue llevarnos lo que necesitáramos, pero ¿cuándo regresaríamos? Nadie lo sabía. Recuerdo que comenzamos

a tomar fotografías como evidencia de lo que nos llevábamos, además de tener unos pequeños talleres sobre el uso de algunas aplicaciones, pues por lo menos en el corto tiempo que nos quedaba de forma presencial había que aprovecharlo. Varios compañeros y yo hacíamos pruebas para conectarnos por medio de diversas aplicaciones, intentando aprender cómo tener clases a distancia. Comenzábamos a descubrir Skype, Stream Yard, y escasamente Zoom.

Decidí llevar a casa solo el material de las asignaturas que en ese momento tenía, ¡vaya error! Más adelante lo lamentaría porque el tiempo de confinamiento se prolongó de manera indefinida. Permanecimos en nuestro hogar por más de un año, un tiempo en que la vida personal se manifestó sutil y casi imperceptible, hasta me sentí desesperada, triste, melancólica. La vida se transformaba, el coronavirus comenzaba a llevarse una parte de mí.

Hasta este momento, compartir parte de mi vida me hizo volver a lo que Bolívar (2002) señala sobre la narración, es decir, el relato está “caracterizado por presentar la experiencia concreta humana como una descripción de las intenciones, mediante una secuencia de eventos en tiempos y lugares, en donde los relatos biográfico-narrativos son los medios privilegiados de conocimiento e investigación” (p. 48); y es que pareciera que lo que se va recuperando de este momento angustiante, efímero y lastimoso me lleva a vivir de nueva cuenta los momentos trascendentales que me marcaron como mujer y como docente.

NO SOLO DE ANGUSTIAS VIVEN LAS PERSONAS, SINO DE TODO LO BUENO DE LA VIDA

Al principio del confinamiento sentí una especie de relajamiento, de menor presión. Me levantaba, bañaba, desayunaba y comenzaba a preparar la clase; la hora no era relevante, pues podía organizar el tiempo de otra manera, ya que a unos pasos estaba el salón de clase, abierto en varias ligas. Me levantaba por agua, a comer, responder el

teléfono, abrir la puerta, hasta tenía reuniones con el comité vecinal por llamada de WhatsApp. Pero de pronto se oían los ladridos de todos los perros, el llanto de Dante —un niño del edificio 10—, los vecinos de al lado peleando todas las noches, los del segundo y cuarto piso fumando a más no poder, el del tercer piso y sus fiestas cada ocho días (música de Luis Miguel, Juan Gabriel, Vicente Fernández y siempre cerrando con *El sapito*).

A la calle salía yo muy poco, y si lo hacía era para ir por pocas cosas; más adelante, de las compras se encargaron mi hermana y mi cuñado. Nos traían todo lo necesario a mis papás y a mí; si queríamos algo más, lo pedíamos a “Los Panzones”, la tienda que desde antes del confinamiento daba servicio a domicilio —después “Los Hermanos” les hicieron competencia y nos pareció un mejor servicio, así que optamos por ellos, con el único requisito de comprar al menos 50 pesos de sus productos.

Aunque me sentía tranquila y segura porque estaba en casa, más adelante comencé a estresarme. Escuchar las noticias sobre el número de fallecidos me provocaba angustia, ya que se incrementaba de manera acelerada y no solo en el mundo, sino también en el país. Hugo López-Gatell —o como varias compañeras lo nombraron: “Hugo López-Guapel”— informaba durante sus conferencias vespertinas acerca del número de contagios en los estados y la capital del país, lo que me ocasionaba pensar aún más en mis familiares residentes de en el interior de la república y Estados Unidos de América.

Mi mente comenzaba a preguntarse: ¿qué pasaría si mis familiares o yo nos contagiáramos? No podía dormir y, además, los cambios de hábitos me provocaron una serie de malestares físicos: dolores de espalda, de cabeza, de cuello, de manos, vista cansada, problemas gástricos, mala circulación y un considerable aumento de peso corporal, y de todos, este último era el que más me preocupaba. “López-Guapel” y la Secretaría de Salud habían decretado que no se podía realizar ninguna actividad física en los parques, centros deportivos o gimnasios, y no es que antes del confinamiento

practicara alguna disciplina deportiva, sino que de verdad necesitaba, por lo menos, caminar. Por todo ello acepté el ofrecimiento de una estudiante de la MEB para ejercitarme. Me recomendó tomar sesiones virtuales con un amigo suyo. Fue una experiencia bonita –tomaba clases con un profesor, él desde Colombia, ¡qué bondades de la tecnología!–, y así estuve por cerca de un mes; sin embargo, las dejé por el trabajo, ya que las sesiones eran en la tarde y yo tenía clase en esos horarios.

Aprendí a convivir aún más con mi familia y reconocerlos desde el alma; aunque parezca algo redundante o hasta un cliché, me puse en sus zapatos. Conocí a Lucio, mi padre, y a Juliana, mi madre. No sabía con precisión lo difícil que había sido para ellos tener tantos hijos, 11 en total: alimentarlos, vestirlos y darles una educación. Ahora entendía lo orgulloso que mi padre se sentía por tener descendencia con profesiones diferentes, no obstante que continuaba con sus acciones machistas; sin embargo, he entendido que así fue educado y dejé de discutir con él sobre ello.

Mi mamá me compartió parte de su vida que, en otro tiempo y momento, no había hecho. Me enteré de que “se juntó” con mi papá a los 16 años y mucho tiempo después se casaron; ella dice que fue la segunda opción de mi padre, pero no lo creo porque él es muy inteligente y pienso que no tenía una segunda opción, sino que mi madre era la única mujer que Dios puso en su camino para formar una familia y ser la semilla y la tierra fértil para que nosotros nacióéramos.

Durante la pandemia, también, extrañé a varios de mis hermanos y hermanas, con quienes sin poder visitarnos, tuvimos la cercanía de las llamadas telefónicas. Ahora no solo nos interesaba saber cómo estaban sino qué pasaba en los lugares donde vivíamos (varios vecinos murieron: “¿te acuerdas del hijo de doña Prudencia?, pues falleció y dicen que por covid-19”). Parte las conversaciones con ellos se centraban en las noticias, nos impactaba enterarnos porque nunca creímos que el SARS-CoV-2 estaría tan cerca de cada uno de nosotros.

Entonces, entendí que no únicamente las vacunas podrían liberarnos de la pandemia. Era necesaria una intervención más y, sin duda, estábamos en manos de Dios. Soy cristiana pentecostés y para mí el refugio y la seguridad es Dios y seguirá siendo Dios. Fortalecí mi relación con Él en esta pandemia. A pesar de que antes asistía poco a la iglesia, consideraba que estaba cerca de Él; sin embargo, me di cuenta de que no era del todo cierto.

Comencé a escuchar más alabanzas que de costumbre y prédicas de algunas hermanas respecto a temas diversos, sobre todo enfocados en la mujer, ya que nosotras tenemos mucho trabajo como formadoras de las familias y no nada más como maestras de los centros educativos. Si algo he experimentado en este confinamiento es el amor de Dios, no solo conmigo, sino para con toda la humanidad.

Un virus paró el mundo, un virus nos confinó en nuestros hogares, un virus llegó a terminar con la vida de muchas personas, y en mi corazón me preguntaba: ¿por qué?, ¿por qué esta cosa diminuta tomó la vida de personas que tenían familias, hijos, esposo, esposa, padres?; los arrebató de su seno sin ninguna resistencia. Mi corazón lanzó un ruego a Dios: ¡ten misericordia de nosotros, perdónanos por la maldad que hemos cometido ante tus ojos! Lloré amargamente y me decía: “la verdad, no sé qué haría si tuviera hijos, no podría descansar ni pegar los ojos en las noches porque estaría pensando cómo protegerlos”; sentí empatía con todos aquellos padres que perdieron a sus hijos por la covid-19. Continué en fe y sé que Dios nos ama a todos y pronto este confinamiento terminará y podremos convivir, tal vez ya no de la misma forma porque el mundo que conocíamos ha cambiado totalmente, pero sí para valorar aún más la vida que por ahora tenemos, valorar a la familia, a los amigos, a los compañeros y compañeras de trabajo, a los vecinos y aun a aquellos que quizás antes no tolerábamos.

LA FAMILIA: UN DESCUBRIMIENTO EN LA PANDEMIA

En casa, gracias a Dios y a los cuidados que se han tenido, el virus no ha entrado, aun cuando al comienzo de la pandemia, dos de mis hermanos que trabajan en el aeropuerto enfermaron y experimentaron síntomas similares a la covid-19; sin embargo, no pasó a mayores, solo estuvieron en cama cerca de una semana y regresaron al trabajo. Ni ellos ni nosotros creímos que fuera covid-19, quizá fue influenza. Las peripecias que a continuación comparto me obligan a retomar, primero, una cita sobre el enfoque biográfico narrativo:

Narrar es relatar, contar, informar acerca de algo, algo que lleva un sentido, tanto para quien lo narra como para quien lo escucha o lo lee. Narrar es un proceso que activa la reflexión para dar sentido a la experiencia vivida y develar los significados construidos generados por la relación que las personas establecen con su mundo (Landín y Sánchez, 2019, p. 229).

Entiendo que a muchos la pandemia los marcó, porque tuvieron pérdidas o porque padecieron covid-19; sin embargo, la construcción que tengo presente sobre este periodo de confinamientos y que sin duda le da un significado medular a mi vida, es la peripecia que viví con mi papá.

Han sido varias las experiencias que he tenido en mi familia durante la pandemia, pero la más difícil fue cuando la salud de mi papá desmejoró. Mi hermana Juana dice que tengo un vínculo muy fuerte con nuestro padre, que ninguno de mis hermanos y hermanas tiene, e incluso ella. Quizá por eso me ha dolido mucho ver cómo su salud se ha deteriorado y más en este tiempo. Él padece de insuficiencia renal, lo hemos cuidado mucho y ha entrado al hospital varias veces. Aunque durante el confinamiento no tuvo ninguna cita médica de nefrología, solo había que ir por los medicamentos que la doctora de su clínica familiar le recetaba para tres meses, lo mismo que con mi mamá.

Agradezco a Dios que me deje estar con mis padres y cuidarlos lo más que pueda, ha sido complicado y estoy un poco cansada de la situación con Luchito (como le decimos de cariño). En este tiempo hemos viajado a Hidalgo los fines de semana porque él ha querido estar en su pueblo, Zozea –que en otomí significa *lugar donde cae hielo*–. Mientras mis papás disfrutaban de sus plantas, de la milpa, del amanecer con el canto de los pájaros, de las ardillas robándose los zapotes, de los perros del vecino que solo iban a la casa por comida y de las visitas de algunos familiares, yo trabajaba en las planeaciones de las clases a distancia. Los atendía y trabajaba, no era algo diferente de lo que podía haber hecho en la ciudad, pero sí más pesado porque de necesitar alguna cosa, tenía que caminar una distancia considerable, no era tan fácil como pedirle a “Los Hermanos” o a “Los Panzones”, pues allá no hay servicio a domicilio.

En la clínica del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) no había citas de nefrología, así que estuvimos tranquilos por varios meses. Luchito se sentía mejor, el ambiente del campo le sentaba bien cada fin de semana. Cada regreso a la ciudad, esperaba que comenzaran las vacunas para los “abuelitos” –como dice–, pero no, todavía faltaba tiempo, hasta que llegado el día fuimos temprano a la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Unidad Iztapalapa; estaba feliz porque recibiría la vacuna Sputnik, si bien mi mamá no quiso ponérsela, pese a que mi papá le insistió mucho, pero fue tal su negativa que hasta se le bajó la presión, así que ya no insistimos.

Luchito siempre es muy activo en todo, no para de hacer cosas y el día que se vacunó también fue a la Merced, a pesar de que la indicación era que descansara. Pero Luchito es así y nadie puede detenerlo. La segunda dosis se la pusieron en el mismo lugar. Afortunadamente no experimentó ninguna reacción. Mi mamá no se aplicó la Sputnik, aunque más adelante se animó y se vacunó con la de Astra Zeneca. Hasta ese momento, gracias a Dios, estábamos todos bien y en la familia todos se habían vacunado.

Viajamos otro fin de semana a Zozea. Al día siguiente noté a mi papá muy cansado, además de que le dolían la nuca y los

hombros. Le dije que quizá se debía al viaje, pero entonces comenzó a caminar de lado, ya no tenía fuerzas en los pies y su equilibrio estaba cada vez peor; regresamos a la ciudad de inmediato. Pensamos llevarlo al servicio de urgencias, pero se negó porque no quería contagiarse de covid-19, así que optamos por una cita médica en su clínica familiar. La doctora nos dijo que hacía dos semanas que el especialista en nefrología atendía normalmente. No lo dudamos y fuimos al siguiente día. El especialista nos recibió y nos dio una noticia que nos devastó a todos, principalmente a mi papá. No se podía posponer más, había llegado el momento de dializarlo o, de lo contrario, corría el riesgo de un paro respiratorio, ya que tenía el potasio muy alto y no había forma de bajarlo a niveles normales.

Entonces tuvimos una reunión familiar, había que conversar la situación y tomar decisiones. Cuando un escenario de este tipo se presenta en casa, pensamos que todo estará bien y todos van a colaborar; sin embargo, no fue así, al menos no en mi familia. Me dijeron que yo tenía la culpa porque no lo había cuidado lo suficiente y que descuidé su alimentación. Realmente fue difícil escuchar esas palabras de varios de mis hermanos. Antes de conocer a Cristo yo era una persona sumamente ofensiva, pero ahora que lo conozco trato de evitar las confrontaciones si no son necesarias, y siempre me digo que si discutir me diera la solución, estoy dispuesta a hacerlo, pero cuando no es así, mi única opción es dejarlo pasar.

Quien debía tomar la decisión no era ninguno de nosotros sino mi papá, así que la tomó. Había hecho todo lo que estaba en mis manos para cuidarlo, mi hermana Juana y su familia también, así como los demás hermanos y hermanas que estuvieron siempre atentos para el bienestar de su salud. Solo quedaba esperar. Pedí a Dios que se hiciera su voluntad, me dolía mucho verlo así, le supliqué fortaleza. Aún recuerdo el día que lo interné, me miró con unos ojos llenos de miedo y tristeza, y expresó:

–Mija, no sé qué pase, pero todo se lo dejo a Dios...

–Amén –respondí.

Contuve las lágrimas porque no quería que me viera quebrarme frente a él. Después de tres días, lo operaron para ponerle el catéter y comenzar el proceso de diálisis.

Qué difíciles fueron las semanas y meses siguientes. Uno de mis hermanos tomó la capacitación para aprender a dializar manualmente y para la diálisis con máquina. Luego me enseñó a mí, y yo le enseñé a otro hermano; así fuimos aprendiendo, pero no todos tenían el tiempo necesario para el procedimiento, así que nada más quedamos dos hermanos para hacerlo. Pronto llegó la máquina, lo cual fue un descanso y alivio porque solo se dializaría en las noches. En este momento el proceso lo hacíamos mi sobrina Nathalie y yo, ella más que yo, en realidad. Quiere ser médico, así que creo que le gusta ese tipo de cosas; por supuesto, también se cansa y le digo que no se preocupe, que me hago cargo, pues al final del día yo tengo mayor responsabilidad por ser la hija. Luchito va bien en este nuevo tratamiento y estilo de vida, con altibajos, pero es normal en su situación. Espero que a mi mamá no le pase, porque ella tiene el mismo padecimiento. Ruego para que no suceda. Así fue la dinámica familiar durante la pandemia. Pero, paralelamente, tenía que trabajar y tampoco había descanso en ello.

LA TECNOLOGÍA: UN RETO PARA EL PROFESOR, ESTUDIANTE E INSTITUCIÓN

Imparto clases en las licenciaturas en Pedagogía y Psicología Educativa, así como en la Maestría en Educación Básica con especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua. He de decir que, desde el principio, percibí mucho entusiasmo para tomar clases a distancia, los y las estudiantes prendían cámaras, contestaban a los planteamientos, participaban, comentaban cómo les iba ante esta situación llena de cosas nuevas y con temores. Después ya no veía rostros, apenas letras o avatares, ya no los veía y los micrófonos estaban en rojo, apagados.

Recibía correos comentando que estaban pasando por situaciones familiares complicadas y que no podrían conectarse a clase, mismas que se presentaron varios meses después. Por supuesto que debíamos comprenderlo, porque la situación lo apremiaba. Los estudiantes confesaban que se habían contagiado del virus o que tenían familiares que habían fallecido.

Saltaban comentarios y actitudes desafiantes de varios de ellos, comprensible en nuestra situación, porque cada uno vivía de manera particular el confinamiento. Era hora de buscar nuevas formas para movilizar las clases. La gamificación en clase resultaba una estrategia que apoyaba para motivar la participación: Kahoot, ni se diga, un juego que consiste en hacer preguntas y las respuestas las tienen que dar en un tiempo corto, en equipo o individualmente. Los gritos no se hacían esperar, hasta los micrófonos se volvían a encender, en las pantallas se veían sus rostros y la colaboración en grupo era constante. Padlet, Geniality, nubes de palabras, eran algunas de las aplicaciones que aprendí a utilizar. Se escucha divertido, ¿cierto? Pero elaborar cada juego implicaba un tiempo extra, aunque lo importante era movilizar la clase, no dejarla caer en la monotonía y todavía más, lograr los aprendizajes. Aunque eran clases a distancia y no en línea, el trabajo era realmente arduo. Preparar las clases era una cosa, pero tener lista el aula virtual era otra, que también implicaba sus minucias. Classroom fue la plataforma más recurrente, junto con Team, cada una tenía una manera diferente de presentación, así que también tuve que aprender por mi cuenta.

Como no sabía qué iba a suceder más adelante, si nos pedirían evidencias del trabajo realizado o no, siempre tomaba capturas de pantalla. En los semestres posteriores al confinamiento, se sugirió trabajar por la plataforma Team, pero para eso los y las estudiantes necesitaban un correo institucional, y no todos tenían correo o estaba desactivado. Lo mismo fue con Classroom: para dejar evidencia del trabajo, el profesor tenía que contar con una dirección de Gmail; yo no lo tenía, así que lo solicité, ¡pero sorpresa!, no era

posible trabajar en Classroom desde este correo porque los estudiantes no podían ingresar sin un Gmail institucional, con el que tampoco contaban.

Luego sugirieron que trabajáramos vía aula virtual Moodle, sobre todo porque se afirmaba que las aulas estaban disponibles, pero nunca fue así. ¿Cómo podíamos trabajar con herramientas que la propia institución no facilitaba, al menos no hasta ese momento? Mejor desistí de trabajar por esos medios. Se desvelaba que la institución tenía un reto por delante que no podía ser cubierto, comprensible por la premura de la situación. No quedó más opción que regresar a la fórmula del principio: Classroom con correo personal, o con Edmodo y correo personal. Resultó estresante y frustrante no contar con herramientas básicas digitales, pero al final del día conseguimos superar tales situaciones gracias al apoyo de los estudiantes. Nos demostraron que ellos tienen grandes habilidades digitales, aprendí a utilizar aplicaciones de otro tipo con su ayuda, e incluso tomé un taller que impartió una alumna sobre herramientas digitales.

En esta faceta era necesaria una nueva estrategia y un enfoque diferente para romper esquemas aun en la modalidad en la que nos encontrábamos: transformar a los estudiantes en generadores y productores de contenidos desde sus asignaturas, lo que Aparici (2009) llama pedagogía digital, es decir, poner al servicio del estudiantado una serie de herramientas o artefactos tecnológicos para hacerlos autores de un contenido temático y apropiarse del conocimiento. En ese momento me percaté de que las redes sociales influían enormemente en el aprendizaje siempre que el usuario puede encontrar una forma de distracción, pero también de adquisición de conocimientos gracias a que en los medios virtuales se encuentra una serie de materiales audiovisuales, por ejemplo, los memes, recursos que contienen información clave acompañada de una imagen que permite al receptor interpretar el contenido de una forma cómica; así, a las redes sociodigitales tenía que verlas como aliadas de mi práctica docente, dado que en estos espacios “los

usuarios, en su mayoría jóvenes, expresan racionalidades y emocionalidades vinculadas al descontento social, la opinión pública o a elementos de la vida cotidiana” (González, 2019, p. 204). Aunque la principal función de las redes sociales virtuales es recreativa, en ningún momento se puede decir que estén peleadas con el terreno educativo.

Reconfigurar mi práctica docente no fue sencillo, pues me obligaba ya no solo a conocer ciertas aplicaciones sino ahora también requería mostrar cómo utilizarlas, y es así como doy paso a integrar las denominadas Tecnologías del Aprendizaje y el Conocimiento (TAC) y las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). El uso de las TIC en educación puede mejorar la calidad del proceso de enseñanza-aprendizaje. A priori, parece que un entorno de aprendizaje basado en las TIC ayuda a que las ideas difíciles se hagan más comprensibles, por lo que los estudiantes construyen sus conocimientos de manera que sean significativos para ellos (Cuetos, *et al.*, 2020, s. p.).

Sin duda, el uso de una computadora, internet y sus aplicaciones resultaban básicos para continuar con la vida docente; sin embargo, también salían a la luz aspectos que era imposible resolver. Durante el confinamiento noté que varios estudiantes comenzaron a laborar para apoyar a sus familiares, pero aun así se esforzaban para cumplir con las entregas de trabajos escolares y estar en clase, conectados inclusive en el centro de trabajo. Me decían, por ejemplo: “maestra, yo sí quiero participar, pero no puedo abrir el micrófono porque estoy en el trabajo”. Ante tales circunstancias, ¡el profesor tiene la responsabilidad de comprender la situación! Pero no todos los casos fueron así, algunos estudiantes exigían que siempre los comprendiéramos, se molestaban si no recibíamos sus trabajos atrasados hasta por más de dos semanas. La evaluación a distancia, no obstante, también es agotadora y calificar trabajos fuera de tiempo lo es aún más.

Así que no solo se tenía que asimilar una educación donde la tecnología y los denominados medios de comunicación hacían su

aparición, sino además con el uso de las TIC, que enfilan a una visión innovadora de la didáctica donde el profesor es el responsable de mediar y conducir a los estudiantes para que construyan el conocimiento, e igualmente, coadyuve en desarrollar las habilidades digitales, de tal manera que el docente tiene que dominar dichas herramientas, apropiarse de ellas y enmarcarlas como una competencia para la enseñanza (Ariza, s.f.).

Los estudiantes de MEB tienen una forma particular de ver las clases a distancia porque son profesores frente a grupo y pienso que me entendían tanto como yo los entendía. Llegué a pensar que es aceptable y válido comprender a los estudiantes y el entorno que los rodea, pero me pregunto: ¿a nosotros como profesores quién nos entiende?, o ¿quiénes pueden decir “comprendo al docente, su trabajo es muy laborioso y estresante, ¡voy a valorarlo!”?

Cabe resaltar que el panorama para todos era incierto y nuevo, puesto que en “la era digital se requiere que los estudiantes no solo utilicen, sino que aprovechen las TIC y las TAC con criterio para establecer redes de comunicación virtual y presencial, desarrollando habilidades sociales” (Pinto y Díaz, 2015, en Cuetos, *et al.*, p. 287); resultaba ser más complejo para mí como docente, ya que esto implicaba no solo reconocer y conocer la parte técnica operacional, sino también su utilidad pedagógica para incluirlas en las aulas virtuales, de ahí que “se habla de evolucionar las TIC a niveles TAC en tanto se use la tecnología digital para fortalecer la educación integral, promoviendo la participación académica, política, cultural, social, usando herramientas de la era digital” (Santos, *et al.*, 2016, en Cuetos, *et al.*, p. 289). Sin embargo, no todos contaban con la infraestructura, ya que nada más contar con una red era un gasto que varias personas no podían cubrir. Lo anterior implicó otro reto abismal: poner en juego la creatividad e innovación como parte de la llamada sociedad de la información y conocimiento, al parecer de Martínez, *et al.*, (2018), dado que estos factores son los que han permitido cambios estructurales y operacionales en el uso tecnológico para el incremento del conocimiento. Sin duda, poner

de manifiesto la creatividad en escenarios virtuales no fue sencillo, sobre todo porque era necesario contar con la infraestructura –equipo de cómputo e internet.

Aunado a lo anterior, me encontré con otro problema: la falta de pago de tres quincenas que vinieron a golpear fuertemente el estado de ánimo y la economía familiar. Los retrasos en nuestros salarios fue algo que me desmotivó, me causó una gran frustración. Le daba todo a la universidad y esta me correspondía con nulos ingresos. Todo era una cuestión administrativa, decían, pero esa respuesta no pagaba la renta, ni el gas, el agua, la luz, la comida y sobre todo no cubría los gastos de la red que usaba para las clases a distancia. Apoyaba a mis familiares y ellos también contaban con ese recurso. ¿A quién se le ocurrió que en tiempos de pandemia era buena idea retrasar los pagos? Sigo sin entender tal situación.

Hoy día hemos logrado superar esta brecha digital no solo de parte del profesor sino también de los estudiantes. Todos hemos colaborado. Hemos aprendido que lo digital no está peleado con la educación y que, al contrario, es necesario verlo como un aliado, casi como a Viruta y Capulina, grandes compadres para favorecer la enseñanza en las aulas presencial y virtual.

La tecnología nos descubrió, nos alcanzó y nos sumergió en ese mundo que parecía que, igual que el virus, no nos alcanzaría. Las herramientas digitales, aplicaciones, aulas virtuales, gamificaciones, conectarnos, enviarnos la liga o recibirlas, por Zoom, Meet, Skpy, Jitsy, código y contraseña, son ya algunos de los términos que están presentes en nuestro vocabulario y que ya no se irán, se afianzarán porque ahora será lo que tendremos que utilizar como parte de nuestra vida profesional docente.

LA PANDEMIA Y SU EFECTO DESORGANIZADOR.

DIARIO DE UNA MAESTRA

Angélica Jiménez Robles

ENERO DE 2020

Aunque estamos a 13 400 kilómetros de China, me preocupa este virus; pienso: ¿si el H1N1 que surgió en México y Estados Unidos de América en 2009 llegó a China, por qué la covid-19 no va a llegar aquí?

FEBRERO DE 2020

Hoy¹ fue la sexta sesión de *Alas para la imaginación*, una actividad de animación a la lectura que se inició en 2018, de manera presencial, en las instalaciones de la Unidad 095 de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Los participantes llevan de su biblioteca personal un libro sobre el tema elegido; son alrededor de 50 personas, entre niños, padres y madres de familia, estudiantes y docentes.

¹ Este relato está escrito bajo la forma narrativa del Diario, por eso está en presente del indicativo.

Llegaron las personas con libros de su biblioteca para compartir el tema del mes: *El amor y la amistad*, trajeron muchos libros sorprendentes, la sala se llenó de niños, padres y madres de familia, docentes, estudiantes, todos leyendo, conociendo libros infantiles.

(Después supe que fue la última sesión de Alas porque entramos al confinamiento).

MARZO DE 2020

Murió la primera persona por covid-19 en México. Entonces lo supimos: estábamos en la primera ola.

ABRIL DE 2020

Es insólito el mensaje de la Secretaría de Educación Pública (SEP) anunciando que se adelantaba el periodo de vacaciones de Semana Santa, extendido a un mes, del 23 de marzo al 20 de abril en las escuelas de todo el país. No es para menos, ya hay miles de casos de personas contagiadas por el virus, pero de seguro pronto se va a pasar.

(Creía que acabando el mes regresaría a clases, pero no fue así, para mi sorpresa).

MAYO DE 2020

Trabajo con estudiantes de Maestría en Educación Básica, en la Especialidad de Animación Sociocultural de la Lengua, quienes tienen como reto implementar proyectos creativos con sus estudiantes de preescolar, primaria y secundaria, con la intención de favorecer las prácticas sociales de la lengua, con dinámicas activas y contextuales. Lo que conlleva a transformar su forma de entender la didáctica

de la lengua, y movilizar las formas aletargadas de enseñar la LEO (lectura, escritura y oralidad). Por ello, producen con sus estudiantes proyectos detonadores, que impactan a las comunidades con la creación de obras de teatro, revistas, conferencias, periódicos, diarios y programas de radio, entre otras posibilidades.

Con el cierre de escuelas, y una incipiente organización a partir del uso de WhatsApp, llamadas telefónicas y el uso de plataformas como Meet, Zoom y Telmex, fue difícil cerrar los proyectos que ya estaban en marcha y planeados para desarrollarlos de manera presencial. Entonces, esas exposiciones, presentaciones, entrevistas, obras de teatro, por señalar solo algunos productos de los proyectos, no pudieron ser realizados como habían sido pensados. Los estudiantes/docentes tuvieron que hacer magia para cerrar con sus alumnos los cursos, ya que a la distancia no lucen las presentaciones que se tenían programadas.

Igual que mis estudiantes, estoy conociendo las plataformas para dar clases; ya había trabajado con Rosy Moreno a distancia por Skype, pero fue hace mucho tiempo. Llegó el momento de hacer buen uso de los medios digitales, de aprender a utilizarlos para no dejar perder del todo la educación formal como elemento atomizador de la sociedad. Tres años después encuentro a Chomsky (2022), en una conferencia magistral en Chiapas, llevada a cabo a distancia, quien señala que la tecnología puede ser utilizada para el bien y para el mal. Durante el confinamiento ayudó a continuar a algunos sectores con una versión a distancia de las clases, pero quienes no tienen acceso a esos costosos medios, se quedaron en la orfandad.

Los medios de comunicación informan que este mes aumentó el número de personas enfermas y las defunciones; me pregunto: ¿cuándo va a terminar esta situación? Llevamos más de dos meses en confinamiento, casi no salgo de mi casa, solo a comprar comida. Desde mi ventana veo la calle vacía, casi no pasan personas, ni coches, ni perros, ya no escucho a los pregoneros, pero sí el paso de muchas ambulancias.

(Se tenían que hacer cambios y adaptaciones en las clases a distancia, porque las dinámicas son diferentes, pero eso lo supe más adelante).

JUNIO DE 2020

La última sesión de *Alas* tuvo lugar en febrero, nos parecía imposible llevarla a cabo a través de la frialdad de una pantalla. Pero este mes tomamos valor, nos reorganizamos y resurgió a la distancia el 3 de junio de 2020, a las 17:00 horas; con el tema “Mi libro de la infancia” se llevó a cabo en la página de Facebook de la Unidad 095 Azcapotzalco de la UPN. Se comentó sobre la importancia de seguir compartiendo la lectura aunque estemos en confinamiento. Dado que *Alas* nació como un proyecto presencial, continuar con este programa a la distancia fue un reto tecnológico, solo contábamos con nuestras computadoras, algunas de ellas obsoletas. Utilizamos la plataforma Cisco Web como un estudio y si bien las participantes estaban muy nerviosas cuando aparecieron a cuadro, porque no tienen experiencia como conductoras de programas, sin embargo, como docentes han desarrollado una serie de habilidades orales que les fueron de gran utilidad.

La aplicación gratuita OBS sirvió de cámara dentro del estudio; y la página de Facebook fungió como la señal. Y así reiniciamos *Alas*, pero en ese momento no sabíamos que iba a tener tanto éxito y trascendencia. Para lograrlo, el equipo de trabajo, en particular Lucía, hizo una amplia revisión de las plataformas, porque utilizábamos páginas gratuitas que implicaban varias limitaciones para su uso; por ejemplo, no se podía tener a cuadro más de seis personas al mismo tiempo. Para integración del uso de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), aunque es una tendencia global, durante la pandemia, presurosos tuvimos que aprender a utilizarlas, lo cual ha generado “nuevas experiencias que se gestan entre los profesores y los estudiantes, a través de diversas estéticas y narrativas para acceder al conocimiento” (Burgos, 2019, p. 11).

(Creíamos que no iba a funcionar, pero nuestra sorpresa fue grande porque tuvimos muchas visitas).

JULIO DE 2020

Llegaron las vacaciones, pero este verano no hay vacacionistas, las playas están vacías, los hoteles cerrados. Son tiempos extraños, no pasa ni un avión escandalizando los cielos, hace meses que casi no veo niños ni jóvenes. No hay parejitas en el parque, ni futbolistas en el deportivo cercano. Pero a través de las rejas se ve el pasto largo, los matorrales taparon los columpios, recuperando lo que es suyo. Pocos perros pasean en las calles, están pagando las consecuencias.

A mis hermanos casi no los he visto, mi mamá está en Morelia con mi hermana mayor; eso nos da tranquilidad, porque ella la cuida muy bien.

En todas las casas y espacios públicos el aseo se ha vuelto un asunto de sobrevivencia, sin embargo, aunque hay familias completas en confinamiento, la carga del trabajo del hogar y el cuidado de las demás personas sigue siendo una tarea que sobre todo realizan las mujeres, como si hubiéramos sido destinadas históricamente a esta labor, viviendo en un cautiverio constante (Lagarde, 2021), presas de nuestras propias familias. Una de las realidades que nos mostró la pandemia es que siempre hemos estado cautivas, en confinamiento, en constante servicio, y algunas hasta extrañamente satisfechas de ser para los demás, de no tener vida propia. Dice Lagarde que “las mujeres viven en cautiverio patriarcal como individuos y como género, de las más diversas formas y en los más variados grados y niveles” (2021, p. 145), algunas incluso se sienten, increíblemente, satisfechas.

AGOSTO DE 2020

Al regresar de las vacaciones de verano comprendí que la pandemia no iba a terminar pronto, parecería interminable, pero sé que *no hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista*. Empecé a planear el nuevo ciclo escolar a la distancia, recuperando la experiencia abrupta de los meses anteriores. Mis estudiantes de maestría ahora enfrentan el reto de planear sus proyectos a distancia, utilizando las herramientas digitales que tienen a la mano y las que ha implementado la SEP. Organizar proyectos creativos a distancia es un reto mayor, pero si trabajar con esta metodología de manera presencial es una deuda que no se acaba de resolver en la educación básica, aun cuando, como señala Ferreiro, los estudiantes suelen adaptarse muy bien a esta organización, a los docentes les cuesta mucho trabajo: “parecería que si apuntamos a respetar el tiempo de asimilación del profesor, el proceso es lento, a largo plazo, para muchos años. En cambio si apuntamos a respetar el tiempo de asimilación del niño, parece que el proceso podría ser mucho más rápido” (1989, p. 21). Los proyectos se trabajan desde hace mucho tiempo en escuelas modelo, generalmente privadas –con influencias de Freinet, Montessori, Freire, Jolibert–, pero en las públicas, a pesar de que se vienen perfilando en los programas de estudio desde los años ochenta, todavía son prácticas poco realizadas, de acuerdo con Ferreiro (2002). ¿Entonces, cómo lograrlo ahora a distancia? ¿Cómo transitar del modelo de transmisión a la construcción colectiva?

Para hablar de ello, nos reunimos a trabajar en el colegio de académicos. Pensamos en una forma para que nuestros estudiantes/profesores pudieran seguir trabajando, les propusimos crear una página donde cada quien subiera videos sobre sus proyectos, para sus estudiantes, padres de familia y compañeros docentes. Porque sabíamos que es “necesario cambiar la estructura de las instituciones. Nosotros también necesitamos cambiar nuestra manera de pensar acerca de la tecnología, no tratarla sólo como una herramienta sino

como un artefacto que puede permitir nuevas formas de aprendizaje y producción de conocimiento” (Aparici, 2009, p. 84). Ellos serían los diseñadores y responsables de construir la página y estar subiendo colaboraciones y nosotros, como académicos, podríamos acompañarlos en la planeación y realización de guiones, pero en la parte técnica la mayoría no tenía experiencia, solo dos docentes podrían apoyarlos en esta área. No teníamos idea de cómo resultaría esta apuesta pedagógica.

Empezaron a diseñar los proyectos y a investigar cómo hacer una página, y después de horas y horas de trabajo, el 3 de agosto lanzaron la inauguración del canal y a partir de entonces empezaron a subir los videos que crearon junto con sus estudiantes de enseñanza básica.

(Con el tiempo los académicos, sorprendidos, vimos que en este espacio virtual hicieron más de 75 videos, donde dieron cuenta de sus proyectos, plantearon estrategias, contenidos diversos y alcanzaron miles de vistas. Para ello escribieron los guiones, diseñaron la propuesta, editaron y crearon la página. Se transformaron y descubrieron de lo que eran capaces. Crearon contenidos relevantes que apoyan su trabajo a distancia, y el de otros maestros. Algunos profesores ya tienen canales propios, como: Arcoíris de las letras,² de la maestra Hilda; El rincón de lectura de Faby, de la maestra Fabiola³ y Literatura infantil y juvenil, con el profe Gabriel)⁴.

SEPTIEMBRE DE 2020

Para los estudiantes de maestría de la décima generación fue un reto diseñar la parte pedagógica para su página, pero lo más complejo consistió en aprender a hacer la página y los videos, pues nunca

² <https://www.youtube.com/channel/UC2Bhnt1DSBV7KGHtN3WfiFw>

³ <https://www.youtube.com/channel/UCHwoWanta8n-YIVG9uthdIA>

⁴ https://www.youtube.com/channel/UCIsigI2_IeI9Z_CbqoT7eTg

habían incursionado en estas áreas tecnológicas. Incluso tuvieron que desmontar las ideas sobre la participación de los estudiantes, porque al ser niños desde tres años y seis meses hasta los 15 años de edad, se vieron en la necesidad de convencer a las autoridades y solicitar permiso a los padres y las madres de familia.

Como resultado de lo anterior, los estudiantes-profesores de la décima generación diseñaron una página de YouTube, llamada *Somos animadores 1013*.⁵ Nos quedó como lección que las tecnologías digitales pueden producir cambios profundos en la educación, tal cual señala Aparici (2009), a los cuales no solo hay que adaptarse, sino expropiarlos, tanto los estudiantes como los académicos. Y como ejemplo, hoy participé en un examen profesional a distancia, y cuando tomé protesta, estaba en la mesa del comedor de mi casa, donde hay muy buena señal de internet; en ese momento iba llegando mi esposo de su trabajo, pasó cerca, discretamente, y lo miré mientras decía: “Si así lo hiciere que la nación se lo premie y si no, se lo demande”. La casa ahora también es aula, sala de exámenes profesionales, auditorio, patio escolar, cafetería... un lugar que no es lugar.

(Después fui jurado de muchos exámenes, encontré el lugar adecuado en mi casa, iluminado y con buena señal de internet).

Mi mamá regresó a su casa, estuvo en Morelia varios meses; alegre y optimista, vive sola por elección a los 87 años de edad.

OCTUBRE DE 2020

Mis estudiantes me cuentan las dinámicas sorprendentes que realizan para trabajar a distancia, cada quien generó lo necesario de acuerdo con sus requerimientos y posibilidades. Por ejemplo, a un alumno que tiene una computadora sin cámara, para poder explicar a sus alumnos los ejercicios de matemáticas, se le ocurrió poner

⁵ <https://www.youtube.com/channel/UCNyYqZB6ROdLADCbXtUBRgg>

en un vaso su celular frente a la computadora y así mostrárselos a los niños de su grupo.

Estas últimas semanas he buscado la forma de movilizar las actividades para evitar que se distraigan con lo cotidiano del entorno familiar, especialmente porque muchas de las estudiantes de maestría son madres y durante las clases a distancia sus hijos se acercan, les preguntan, les piden cosas, o llega el esposo y le pregunta algo, pues están como en cautiverio. En cambio, en la escuela, los salones de clases son un ambiente controlado, donde los docentes tenemos la autoridad –y nos encanta tenerla–, e irnos desprendiendo de este dominio es difícil, democratizar el trabajo es uno de mis objetivos. Salir del aula presencial me llevó a reorganizar la dinámica de las clases de otra forma.

Mis estudiantes de maestría, lo mismo que yo, casi siempre tenemos la cámara encendida; por eso el sonido y los personajes de las casas entran a clases, se oyen desde los típicos pregones mexicanos –“se compra”, “se vende”,– hasta la campana de la basura o la iglesia llamando a la misa. Al contrario del cuento de Rulfo *No oyes ladrar los perros*, ahora sí se oyen: cuando las alumnas están hablando o exponiendo, los aullidos las acompañan, así como los niños peleándose, el gato que se atraviesa frente a la pantalla, la licuadora moliendo verduras para la salsa. Prácticamente entramos a curiosear en casas ajenas. Pero esto nos da un mayor acercamiento, crea lazos más estrechos, compartimos nuestra intimidad, ante la enorme necesidad de sentirnos en comunidad.

También platicando con mis estudiantes de maestría, compruebo mi teoría de que las mujeres siempre hemos vivido en *estado de pandemia*, en *cautiverio*, asumiendo un rol construido socialmente que conlleva –como dice Olaya, una de mis estudiantes– a desafortunadas *obligaciones femeninas*. A través de la pantalla, en las clases he visto innumerables veces que las mujeres/estudiantes atienden a sus hijos, les dan la medicina, alguna indicación o hasta intervienen en sus pleitos. Los niños lloran, discuten, demandan atención de sus “mamás”, y ahora más que nunca es necesaria una *habitación*

propia, diría Virginia Wolf, para aprender en casa, en un espacio-salón de clases dentro del hogar.

Curiosamente, nunca me ha pasado esta circunstancia con los varones, quienes también son padres de familia, cuentan con un espacio propio y privado, o bien, en el espacio compartido sus hijos y familia saben que no deben interrumpirlos, una concesión que tienen los hombres/estudiantes de este posgrado. Pero para Lagarde es una cuestión del sometimiento al poder con la dominación de un género a otro; en este sentido, los hombres

hacen uso también de la exclusión y el desconocimiento a las mujeres y, sobre todo, utilizan casi cualquier medio –desde la seducción hasta la violencia– para no perder los beneficios y privilegios que obtienen de su relación con las mujeres: beneficios materiales derivados de su trabajo invisible, afectivos que se despliegan en sus cuidados y en su dependencia, y los simbólicos derivados de su inferiorización (2021, p. 144).

Las estudiantes, presas de la necesidad de sororidad, se atreven a compartir sus preocupaciones y situaciones de género, y del enorme trabajo físico que implica el confinamiento al pasar de maestras a madres, esposas, cuidadoras, hijas, y aun empleadas domésticas: madresesposas, utilizando una categoría de Lagarde (2021). Y desde mi realidad, también vivo esos cautiverios, lo que me hermana con las mujeres de mi alrededor, porque la opresión de género está impregnada en toda la sociedad, indistintamente frente al clasismo y racismo.

En la nueva vida cotidiana, veo a las personas desconfiadas, llevan guantes, tapaboca y careta, y si alguien tiene la necesidad de estornudar en público, casi lo quieren linchar, aunque se tape el rostro. Porque vivimos en una condición de miedo permanente.

NOVIEMBRE DE 2020

Sigo tratando de dinamizar las actividades, porque entendí que la interacción a la distancia funciona con otra lógica. Empezando por el vínculo humano, a través de la cámara perdí la posibilidad de comunicarme con el cuerpo, gestos, miradas, así que tengo que leer de otra manera las reacciones. Necesito engancharlos con el trabajo en las clases, y ello implica democratizar la palabra, las actividades, dinamizar, movilizar, accionar en colectivo, elaborar nuevas formas, crear. Por ello generé varias posibilidades de trabajo con los estudiantes de maestría, y supongo que todos los docentes tuvimos que hacerlo: es una verdadera revolución educativa, creo que será difícil que volvamos a las mismas prácticas luego de que descubrimos otras formas. Me queda claro que si alguien puede mejorar la educación somos los maestros, desde nuestro compromiso personal y social, con nuestra dedicación y empeño, estudiando, experimentando mejores formas de trabajo. Los planes y programas y las reformas educativas son una parte, pero los docentes, muchas veces, somos los que tenemos el poder en las manos.

Están cerrados los panteones, este año no se cubrieron de un manto floral multicolor, es una temporada de muertos silenciada; cerraron el mercado de Jamaica por la venta de flores, un vendedor que fue mi alumno de primaria me dijo que se le quedó mucha mercancía. Ver ese tradicional mercado cerrado es desolador.

DICIEMBRE DE 2020

Concluimos los cursos de maestría, fue un gran esfuerzo de las maestras/maestros de educación básica por trabajar proyectos a distancia con sus estudiantes, como nunca han tenido que diseñar formas creativas.

(Años después vi coronados sus esfuerzos en las tesis que hicieron, donde dan cuenta de los proyectos que realizaron con sus estudiantes

a la distancia y en condiciones adversas; algunos de estos ejemplos son Salgado, 2022, y Valdés, 2022).

Las luces de colores alumbran tenuemente la oscuridad de la sala de estar; entre esferas y regalos que no se abrirán, llegó la Navidad. Los habitantes de la casa –cada uno aislado bajo la triste protección del cubrebocas– celebramos agradecidos por poder respirar y llegar al año nuevo. Tener aire en los pulmones es el mejor regalo. No hubo festejos navideños ni de fin de año, pero recibimos el mejor milagro: la vida.

Estábamos en la segunda ola, aún más agresiva que la primera, y cada día nos enterábamos de alguna persona enferma. El mal invisible estaba a nuestro alrededor. Sin embargo, las personas cansadas del confinamiento se aglutinaban en la víspera de Navidad en los mercados y centros comerciales, compraban piñatas para las posadas, regalos, adornos y lo necesario para la cena, ignorando las medidas sanitarias. Mientras el enemigo invisible rondaba en búsqueda de víctimas.

Cuando mi esposo dio positivo a covid-19, sabíamos que teníamos altas probabilidades de que mis hijos y yo estuviéramos infectados, porque pasamos mucho tiempo juntos. Los indicios se empezaron a hacer evidentes cuando Eduardo, el amigo y compañero de trabajo de mi esposo durante 30 años, contagiado, falleció unos días antes de las fiestas de fin de año, así que entramos en cuarentena y en luto al mismo tiempo. Contábamos los días para pasar el peligro, poniendo atención en los síntomas que iban apareciendo. Vi la cara de la covid-19 en diciembre de 2020, y es fea, monstruosa.

ENERO DE 2021

Amigos y familiares nos traen la comida, la dejan en la puerta porque seguimos en cuarentena. Gracias a ellos nunca nos sentimos solos. Vi a mi hermano desde la ventana con una canasta con quesos,

frutas y dulces, dejarla en la puerta; otro día saludé a Alma y su esposo Gabriel a través del vidrio, cuando nos traían guisados. Uno de los síntomas de la covid-19 es no poder oler ni reconocer los sabores; mi esposo y mi hija lo están experimentando, si cierran los ojos, no saben qué es lo que están comiendo.

Este año comenzó con muchas pérdidas, el país está en duelo. Descubrí que fácilmente el enemigo invisible puede entrar a mi casa, estar en el aire, en los pisos, en los muebles, pasar inadvertido; penetra irrespetuoso y anida lacerando.

FEBRERO DE 2021

Atrás de mi ventana es el lugar más seguro, me siento abrazada por los muros y cuidada por los cristales, los libros-álbumes me acompañan, son mis aliados, un guiño afable en estos duros tiempos.

He podido implementar estrategias más adecuadas para dar clases en línea, retomé algunas ideas de la alfabetización académica, recuperando ideas de Carlino (2006), y estamos trabajando en cada clase las tres habilidades: lectura, escritura y oralidad. La lectura en las sesiones es variada, individual, en voz alta, en parejas, en grupo, al menos durante unos 10 minutos. La escritura funciona como un tallero: en cada clase escriben, ya sea el resumen de una lectura, o una producción propia y creativa, la leen en el grupo, en parejas, o se muestra en la pantalla. Pero la oralidad es la principal habilidad para desarrollar, el vehículo natural de comunicación humana, los estudiantes en cada sesión comparten sus elaboraciones cognitivas, exponen y argumentan. Con estas estrategias de trabajo las clases se han dinamizado a partir de una experiencia más democrática de participación colectiva.

El día de hoy una de las estudiantes de maestría hizo en la clase una triste confesión: “Para entrar a la maestría le dije a mi familia que me estaban exigiendo estudiar un posgrado para darme más horas en la secundaria”. Y lo hizo porque sus papás y esposo creen

que su principal tarea es cuidar a los hijos, y estudiar solo le quitaría tiempo para atenderlos. La familia, junto con el cónyuge, fomentan las prácticas patriarcales, reafirman el cautiverio, un *estado permanente de pandemia*.

MARZO DE 2021

Alas para la imaginación se ha convertido en un programa exitoso, estamos sorprendidos/as del interés que ha provocado entre los docentes de educación básica, estudiantes y padres/madres de familia. Durante la transmisión se tienen algunas visitas, 20-40, pero conforme pasan los días, siguen bajando las sesiones y algunas llegan a cientos de visitantes, como “Caperucitas y lobos salen de la pantalla” del 27 de enero de 2021, que ha llegado a 770 vistas. Este fue uno de los aprendizajes de la pandemia, las posibilidades de hacer animación a la lectura mediante los medios tecnológicos, lo que antes de la pandemia no lo hubiera creído.

Hoy vacunaron a mi mamá, me sentí agradecida. Mi amigo Arturo me platicó que cuando vacunaron a su mamá se le salieron las lágrimas. Para los adultos mayores fue muy duro el confinamiento porque perdieron la interacción social, la plática con sus vecinos y amigos. La pérdida de las actividades culturales y físicas fue devastadora, salir a caminar se convirtió en un peligro de muerte, así que la inactividad les empezó a atrofiar los músculos, surgieron nuevos dolores y temores. Hoy mi mamá dijo que cuando acabe la pandemia ya no iba a poder caminar, pero yo le dije que no se preocupara, que pronto regresaría a sus clases de yoga.

(Con el tiempo me di cuenta de que tenía razón, camina con dificultad, perdió la independencia).

Además, la soledad ha sido otro virus, igualmente letal porque muchas personas están varadas en sus casas, sin abrazos, besos ni susurros.

Después de tanto tiempo de confinamiento aumentó la crisis de violencia doméstica y de género, las cifras de feminicidios aumentaron pese a que antes de la pandemia ya eran escalofrantes. Las familias tuvimos que aprender nuevas formas de convivencia, porque permanecer en el mismo espacio tanto tiempo en determinados casos fue muy complicado; como dice el refrán: *Vive con Inés un mes y sabrás quién es*.

Mi abuelita, una mujer sabia que vivió 92 años, decía: *el matrimonio dura hasta que la mujer aguanta*, y aunque es triste, en muchos casos es una dramática realidad. Lo que implica aguantar el maltrato, violencia, opresión, abuso, violación, explotación, es decir, la condición de vida de muchas mujeres.

ABRIL DE 2021

Estar en mi casa ha sido un tiempo precioso, el día parece durar muchas horas más. Me gusta desayunar sabroso, guisar con calma, y sin prisa leer los textos de los estudiantes, sus avances de tesis, pues gracias a ello, en la especialidad de Animación Sociocultural de la Lengua acompañamos en esta pandemia a innumerables egresados a terminar sus tesis y presentar su examen profesional. Son largas horas de trabajo conjunto y nos proporciona una gran satisfacción haber resuelto el reto a la distancia.

La escritura de una tesis es una de las actividades más complejas de la educación, porque ahí se concentran todas las habilidades adquiridas de la formación profesional, no obstante que algunos de los principales problemas se generan porque durante su formación “los estudiantes reciben escasas demandas de escritura” (Miras y Solé, en Castelló, 2007, p. 83). Por eso en el equipo de trabajo diseñamos un programa de corrección de los avances de las tesis y nos comprometemos a leer constantemente los trabajos y documentos.

(A la distancia se corrobora la eficacia del programa, durante la pandemia pudimos concretar las tesis de casi toda la novena y décima generaciones).

MAYO DE 2021

La tarea docente y la vida privada se funden, se amalgaman: todos los días y a todas horas contesto mensajes por correo electrónico y WhatsApp, y de repente pasa el camión de la basura, o hay que ir a ver el guisado, o estoy revisando tesis, o leyendo. El trabajo educativo, como pocos, no cesó durante la emergencia sanitaria, un ejército de docentes de todos los niveles educativos se movilizó para entrar a los hogares de los estudiantes.

Trato de tener un acercamiento con mis alumnos, cuidar sus emociones y construir puentes afectivos, porque han vivido situaciones terribles, de enfermedad, separaciones, duelos, pérdida de empleos. Ser docente va más allá de atender los contenidos del programa.

Además, como mis estudiantes se encuentran en el proceso de escribir sus tesis, las emociones van y vienen acompañando el reto. Dice Correa que en la escritura las emociones siempre están presentes, pero además se suman las impresiones provocadas por esta catástrofe humanitaria de nivel mundial, lo que hace más difícil el proceso creativo, y cuestiona la autora:

Quién no ha sentido angustia, miedo, desesperación, ansiedad o frustración cuando después de horas y días de trabajo no se logra construir un texto coherente; o alegría de imponerse a la hoja en blanco y lograr un escrito que nos deje la sensación de satisfacción (2019, p. 8).

Los estudiantes que sí consolidaron sus tesis durante la pandemia, también aprovecharon los tiempos difíciles para hacer algo productivo y satisfactorio en lo personal, a pesar de que hubo a quienes el duelo y la enfermedad no les permitieron avanzar.

Me queda claro que escribir es un proceso complejo, porque es la suma de habilidades que se aprenden durante años de experiencia y acompañamiento, una labor de largas horas de vuelo (Jiménez, 2022).

Empezamos a implementar estrategias de escritura colaborativa y de revisión entre pares en línea con la utilización de Drive, siguiendo las ideas de una académica pionera en la escritura colectiva con el uso de las TIC, que a mis estudiantes y a mí nos dieron múltiples herramientas (Ramírez 2022). Al principio era complicado, pero después de unas semanas resultó que el uso de Drive era una buena manera de trabajar colaborativamente.

JUNIO DE 2021

El tiempo siempre lleva prisa y aunque estemos en confinamiento ni se detiene ni tiene piedad: la décima generación de la MEB está egresando, aun cuando nos vimos poco tiempo de manera física. Apenas unos meses antes de empezar la pandemia entraron a la maestría, y ahora salen y la pandemia sigue, en una tercera ola que ataca más a los jóvenes, quienes no se han vacunado

Pensaba que los programas en línea eran ineficaces porque no permitían una comunicación cara a cara, indispensable en el trabajo pedagógico, pero la historia me hizo cambiar de opinión. Dicen que *más pronto cae un hablador que un cojo*, y lo descubrí con el trabajo en línea día tras día; también supe que la tutoría de los egresados es fácil realizarla por videollamada, porque se evita el tiempo de traslado, y quienes tienen bajo su cuidado niños u otras personas, pueden atender compromisos familiares y escolares en un mismo espacio.

JULIO DE 2021

Haciendo un balance durante el confinamiento, entre tanto dolor y sufrimiento, muchas personas hemos tenido la oportunidad de estar en familia bajo un mismo techo. Las prisas de la vida diaria arrebatan la convivencia diaria, y largas pláticas que hace décadas se tenían normalmente, se han ido acabando. *No hay mal que por bien no venga*, lo he comprobado una vez más.

Estos tiempos me han permitido disfrutar de mi familia, conversar, comer juntos, valorar las ocasiones que podemos reunirnos. Ver a mis hermanos es un verdadero lujo, toda una celebración.

AGOSTO DE 2021

Este año las lluvias golpearon fuerte, en mi ventana veo desde pequeñas gotas hasta fuertes granizadas; después de 15 meses en confinamiento, mi casa se convirtió en más que un espacio, en un personaje que a veces está radiante, alegre, tiene proyectos, pero otras se ve desanimada, como cuando estuvo invadida por el demoleedor virus.

En el segundo verano con pandemia, me pregunto: ¿Será el último? No hay respuesta. Nos hemos acostumbrado al dolor que nos rodea, que levanta una cerca y nos envuelve. Cada quien en su trinchera se protege, con las alas resguardadas, esperando poder abrirlas.

Empecé a dar clases a un grupo de la Licenciatura en Pedagogía, estudiantes muy jóvenes que trabajan bien, pero durante las clases no encienden las cámaras. Yo respeto su decisión, sin embargo, me hace falta verlos, saber que están ahí, leer sus reacciones.

Mi mamá ya cumplió 88 años, lleva unos meses enferma y nos turnamos para cuidarla; ha habido días muy difíciles, pero es fuerte y positiva, esperamos que se recupere.

SEPTIEMBRE DE 2021

Desde la ventana empecé a ver a niños y jóvenes rumbo a la escuela, un discreto barullo los anuncia, nada similar al mundanal ruido de antes. Horas más tarde, sus voces me hacen saber que ya pasan de las 12:30, cuando salen. Verlos con sus uniformes y mochilas me pareció extraño, comiendo paletas, papas y bocadillos que les venden afuera de las escuelas. Costumbres que formaban parte de la rutina diaria, pero que se trastocaron de golpe.

A muchos profesores de educación básica que regresaron a clases, en la primera semana les dio covid-19. Al principio les dijeron que en los consejos técnicos escolares iban a definir cómo se trabajaría, pero en septiembre el *Diario Oficial de la Federación* publicó el acuerdo 2308, donde se aclaró que las clases serían presenciales. Así que con todo y el miedo de infectarse en el transporte público, los docentes regresaron a clases; asisten pocos niños, pero el trabajo es intenso porque hay alumnos a quienes siguen atendiendo de diversas maneras. Son un riesgo las clases presenciales, y la tercera ola se ha prolongado más que las anteriores.

OCTUBRE DE 2021

Varias de las estudiantes de maestría y sus familias se enfermaron de covid-19, una enfermedad cara: tuvieron que comprar tanques de oxígeno, medicinas y pagar a especialistas, estudios y hospitalizaciones. Así, me pregunto: ¿cómo pueden concentrarse en su trabajo o en los estudios de maestría?

NOVIEMBRE DE 2021

El pan de muerto me recuerda la llegada de noviembre, también vi el mercado de Jamaica desbordado de gente, con los coches en fila

para entrar a la zona comercial y a lo largo de varias calles alrededor. Ya le estamos perdiendo el miedo al SARS-CoV-2.

Para trabajar con mis estudiantes de maestría diseñé algunas estrategias, como la *ruleta de citas*, donde cada estudiante aporta un par de citas de la lectura del día, en seguida las ponemos en una ruleta y cada quien comenta las que le tocan y así se genera la participación. Otra fue el *décalo*, después de comentar una lectura en grupo, cada quien escribe diez ideas clave sobre la lectura, y leen las frases. También hice guías de lectura –una estrategia que propone Carlino (2006)– para que supieran qué es lo que deben buscar en los textos, porque por supuesto no se pueden quedar con todo el universo que trata cada documento.

Los estudiantes empezaron a tener un poco más de independencia, por ejemplo, los de la Licenciatura en Pedagogía tienen su lista de asistencia en la aplicación de Google Drive, y cada estudiante anotaba sus participaciones, asistencias, exposiciones, y así iban regulando su trabajo; también generamos la escritura y la revisión entre pares. Volvimos a las clases más participativas, donde en todo momento ellos presentan su trabajo, argumentan, escriben o leen.

Alas sigue funcionando bien, con una copiosa participación, además de que dejan comentarios enriquecedores y los temas son diversos: gatos y perros, caperucitas y lobos, libros de la infancia, entre otros.

(Nunca hubiera creído que Alas iba a durar tanto tiempo, llevamos más de 15 sesiones con miles de visitas).

DICIEMBRE DE 2021

El año acabó, mi mamá ha mejorado mucho, sale a caminar, está contenta y siempre es positiva. La convivencia con mi familia me llena de felicidad, siento que es un privilegio que no todas las personas podemos tener.

La abrupta pandemia ha tenido un efecto desorganizador en la vida de las personas, ha quebrado la estructura de lo ya creado, tanto en lo individual como en lo colectivo. Nos tuvimos que enseñar a vivir de otra manera, con menos personas y sin algunas de las más queridas. Nuestros cuerpos cambiaron, hay secuelas poco visibles, con otras hay que subsistir. Solo bastaron dos años para acostumbrarnos a vivir con la covid-19; ¿tenemos mayor resiliencia o hemos perdido sensibilidad ante el dolor?, me pregunto. El fin de año fue un tiempo de esperanza, en muchas familias por fin nos pudimos reunir, abrazar, extrañar a quienes no están con nosotros.

(Lo que no sabíamos es que en enero el enemigo invisible iba a entrar nuevamente en nuestras casas, era la cuarta ola, que como tsunami arrasó a gran parte de la población. Después, incluso llegó la quinta ola, nos tomó por sorpresa ya en clases presenciales. Para julio prácticamente ya estábamos acostumbrados al trabajo presencial y por fortuna gran parte de la población fue vacunada).

Hasta aquí doy cuenta de lo vivido durante los años 2020 y 2021, de los avatares, los duelos, las sinergias y los aprendizajes compartidos en tiempos de covid-19.

A MANERA DE CIERRE

Estudiantes y docentes somos aprendices permanentes, sobre todo cuando nos enfrentamos a una *peripeteia*, como la vivida durante los años 2020 y 2021, con el arribo de la pandemia y la adaptación a la normal/anormalidad; palabras que suenan a oxímoron.

Las docentes de estos relatos dan cuenta de que tuvieron que desaprender lo que las sostenía, esas creencias de que el profesor enseña y el estudiante aprende, porque las formas de trabajo en el aula, honestamente, poco habían cambiado. Para Pozo y Puy (2009), en la educación hay aún más resistencia a las transformaciones que en otros campos o contextos sociales. Consideran que la teoría cambia más rápido que la práctica educativa, y que las teorías son difíciles de llevar a la práctica porque hay una resistencia en las culturas del aprendizaje. “Toda nuestra conducta, incluso la intelectual, depende de cuál sea el sistema de nuestras creencias auténticas” (Pozo y Puy, 2009, p. 3).

Las creencias están ahí, ni siquiera sabemos que las tenemos porque pertenecen al aprendizaje no consciente, a la experiencia personal e informal, surgen del contexto y son difíciles de controlar conscientemente. Los autores sostienen que estamos conformados por una serie de creencias en el campo educativo y que para modificarlas se requiere cambiar la mentalidad de las/los principales

actores: maestros, autoridades, madres/padres de familia, especialistas, niños y la sociedad en general.

Pero cómo transformarlas si en nuestras creencias “nos movemos, vivimos y somos” (Ortega y Gasset, 1987, p. 156): sí, solo a través de cambios conscientes y profundos, o bien, a partir de *peripeteias* que nos obligan a movilizar nuestras creencias y a experimentar con otras soluciones, y movilizarnos. En este accionar inesperado, las docentes autoras de los relatos narran cómo llevaron a cabo estos ajustes apresurados para continuar con su trabajo docente. Y nos preguntamos: ¿estas transformaciones serán perecederas? Eso el tiempo lo dirá. Por ahora, reflexionan de manera escrita sobre la transición de las clases presenciales a las de a distancia, las dificultades que enfrentaron y las estrategias que implementaron para mantener el interés de sus estudiantes, tratando de no perderlos; lo que en algunos casos fue imposible.

Sus testimonios son un nicho de oportunidad para reconocer cómo la tecnología ha tenido un papel protagónico, cómo la hemos utilizado, con qué fines, y si será posible que solo transportemos nuestras prácticas anteriores al espacio virtual, utilizando el medio de comunicación sin una medición pedagógica y tecnológica. Pero continuando con prácticas mecánicas, autoritarias, repetitivas, transmisoras, aburridas, que no implican retos cognitivos. Las modalidades tradicionales de formación no dan respuesta a los problemas actuales que dejó ver la pandemia. La dificultad de asistir a un centro escolar hace pensar en la necesidad de estructurar nuevas vías de formación capaces de responder a las coyunturas, es decir, a partir de la tecnología, crear nuevas oportunidades para movilizar las creencias, promoviendo el pensamiento crítico, la duda, la producción de respuestas, desde una práctica más democrática y descolonizadora.

Los/las docentes nos hicimos de las herramientas digitales para dar una solución emergente a un acontecimiento histórico que rebasó, por mucho, cualquier plan estratégico de cualquier gobierno en cualquier rincón de la Tierra. La participación responsable

y creativa de todos los actores de la educación, generó los mecanismos y metodologías más adecuadas, así como los instrumentos para fomentar una educación digitalizada a partir de la experimentación de soluciones en la medida en la que se iban presentando las necesidades, sin importar el duelo que encomendamos al multiverso para que nada turbara este primer plano.

Este cambio en las formas de enseñanza representó una mediación crucial a favor de la intensa vida digital, lo que obligó a los docentes –de todos los niveles educativos– a dar ese brinco tecnológico y, en un parpadeo, ingresar al club de los tecnologizados. Miles comprendimos que desarrollar las habilidades tecnológicas era urgente, una obligación; y quien se negó al cambio se quedó atrás y, con ello, les negó la posibilidad a sus estudiantes, nativos digitales, a acceder a una alfabetización cibernética viva.

Se aprendió sin duda sobre la marcha, y el ensayo y error fue una bandera. Pero para entonces, la docencia logró lo inimaginado: por vez primera nos unimos en busca de la mejor alternativa para no fallarle a nuestros estudiantes. Las/los profesores enfrentamos retos y dificultades con los nuevos métodos de enseñanza. Hubo quienes, incluso, fueron irrumpidos en su hogar por hacer su trabajo, porque la familia no se había percatado siquiera de la enorme labor que realiza un/a docente, en tanto siempre se trabaja a puertas cerradas, sin hacer eco ni anunciar a los cuatro vientos lo que se gesta en el aula.

Así demostramos, nuevamente, que somos como el árbol que cambia sus hojas de acuerdo con cada temporada, aprendimos que es necesario lo que la vida nos pide para seguir creciendo y que la recompensa tiene un dulce sabor a victoria después de salir adelante en medio del infortunio, con el tesón reluciente y el entusiasmo renovado. Una, todos caímos en la cuenta de que en todo momento aportamos un ápice de optimismo para alcanzar la resiliencia.

Este libro es una memoria y una revisión de la experiencia frente a la pandemia, y cómo fue vivida una guerra contra seres humanos desprevenidos y desconcertados por un virus enemigo.

Es probable que la tarea de los/las docentes en estos tiempos de peripecias sea *salvar la educación* y, con ello, sentirnos tranquilos/as, porque ante la desgracia humanitaria “vivir es suficiente”. Por eso, los esfuerzos de los/as docentes son tan valiosos, mediados por las emociones y por un genuino deseo de bienestar.

Estas emociones, presentes en todo momento, permiten dar unidad a este libro a partir de tres elementos: miedo, pérdidas y lecciones. *Miedo* ante la enfermedad, la soledad, el desempleo, pero ¿quién no lo sintió?; como consecuencia, las *Pérdidas*, infinitamente dolorosas; y al final las *Lecciones*, siempre presentes en cualquier adversidad.

MIEDOS

En estas narrativas observamos que hubo una emoción constante: el miedo, y es que los acontecimientos vividos antes y durante la pandemia son un parteaguas para toda la humanidad, sobre todo acerca de cómo éramos, ya no somos, porque de manera brusca y sorpresiva nos cambió la vida.

El miedo es una emoción que ayuda a movilizar el cuerpo, a reaccionar cuando se corre peligro; la mayoría de las personas lo experimentamos por la covid-19, se asocia a momentos y circunstancias de inseguridad e incertidumbre. Y aunque lo conocemos muy bien, esta situación sin precedentes trajo a la par muchos otros cambios en varios aspectos: búsqueda de espacios seguros, procurar la alimentación, conservar la salud y conseguir protección. Estas necesidades básicas, Maslow (1975) las esquematiza en una pirámide donde todas quedan vinculadas y están interrelacionadas.

El impulso de supervivencia ayuda a preservar la vida; el miedo nos mantiene alertas para conseguir lo necesario: alimentación, vivienda, servicio médico, medicinas. Pero ello implica conservar el empleo. En el caso de la docencia, al cambiar de forma presencial a la de a distancia, surgió el temor de no poder hacer bien el trabajo por las nuevas condiciones de aislamiento.

Con la prisa por ajustar la vida escolar, nos apresuramos en acomodar los contenidos de forma apretada, perdiendo de vista que quizá los mayores aprendizajes tenían más que ver con la experiencia obtenida que con los conocimientos. Díaz Barriga (en Casanova, 2021) asegura que en la educación y el aprendizaje a distancia no solo hay que “dar clases en línea, se trata de aceptar la realidad como base del aprendizaje de los alumnos. Quizá no se cumpla con todas las tareas previstas en el currículo formal, pero seguramente se impulsarán aprendizajes significativos” (p. 28).

Durante los años 2020 y 2021 tratamos de proponer alternativas, veíamos y hasta participamos diseñando programas de *Aprende en casa*; sin embargo, acaso perdimos de vista lo que prevalecía: estudiantes de todas las edades en sus casas, aun bebés, niños, adolescentes, personas adultas, adultas mayores; a lo mejor debimos considerar un enfoque intergeneracional y multigrado.

Pensamos que se puede aprovechar esta época de pandemia para cambiar, para trabajar en pro de lo que siempre se ha intentado hacer: vincular la realidad con la escuela. No se trata de dar clases en línea sin interacción social ni como mera reproducción, pero ¿cómo hacerlo diferente? Incluso algunos docentes de diferentes niveles educativos no pudieron prescindir del pizarrón, y colgaron uno frente a la cámara; Plá (en Casanova, 2021) menciona que la escuela continuó con su función... pero sin escuela, algo paradójico.

El modelo casi universal de escuela cumple funciones básicas en la regulación social: señala los usos de los tiempos a lo largo del día; establece periodos vacacionales; cuida a los niños para que sus padres/madres/tutores puedan acceder al empleo; otorga credenciales y da sustento a millones de personas. Específicamente estas “regulaciones posibilitan a las mujeres ingresar al mercado laboral y combatir, aunque sea un poco, a la sociedad patriarcal; da tiempo a los niños para crear espacios propios, lejos y libres de sus padres” (Plá, en Casanova, 2021, p. 31), permite a niños y jóvenes convivir con sus pares. Y todas estas certezas se perdieron, lo que ha llevado al caos, al miedo.

Se planteó continuar lo antes posible –y lo más parecido a lo que era antes de la pandemia– el trabajo docente, con la idea principal de no perder tiempo, y aparentar o simular que se continuaba con un trabajo escolar casi igual al presencial. “De ahí que una preocupación central de la invasión de la escuela obligatoria al seno familiar sea no perder tiempo, que no haya rezagos, que se alcancen todos los aprendizajes esperados que requiere el ciudadano competitivo” (Plá, en Casanova, 2021, p. 33). Las madres y padres de familia vivieron la angustia de que sus hijos/as se retrasaran en su avance escolar, otorgándole a la escuela un valor primordial.

Por eso se planteó unir esfuerzos para conformar redes de apoyo, vínculos emocionales que rescataron la esencia de la escuela y esa trasposición digital indispensable en tiempos inciertos. Porque se demostró que un edificio inerte no hace la escuela, y mucho menos conforma una identidad sólida en donde los individuos se sienten seguros y dispuestos a aprender. La escuela se forja y se nutre a partir de la confabulación de los individuos que en ella convergen. Así se rescata la importancia de las docentes mediadoras y conciliadoras, quienes enfrentaron cara a cara a la pandemia y lograron acortar un poco esa enorme brecha digital, inclemente.

¿Y el miedo del profesorado cuál era? Demostrar que se es competitivo en el trabajo en línea, pues de otra manera, un nuevo cuestionamiento social a sus capacidades se agregaría a los ya múltiples desconocimientos y desvalorizaciones del trabajo docente. No hay que perder de vista que padres y madres de familia estaban presentes en las clases de educación básica, lo que les permitía, como nunca, valorar si el docente hacía bien su trabajo. Por su parte, las escuelas privadas se enfrentaron al miedo de tener que cerrar al perder estudiantes, lo que acabó por ser una realidad.

El miedo lo expresa cada grupo y sujeto de acuerdo con las circunstancias vividas: para unos fue algo relativo y pasajero, para otros ha dejado una huella profunda.

Lo experimentado en esta pandemia nos permite decidir qué mundo queremos vivir y cómo hacerlo, y aunque no somos totalmente libres para decidirlo, podemos visualizar y construir un mundo mejor para todos/as. Sin embargo, una situación que hemos vivido como limitante es el compartir nuestras emociones, sentimientos, deseos, expectativas que hemos concientizado para un mundo mejor.

Muñoz (2009) menciona la idea de la existencia de emociones primarias, innatas, que nombra como MATEA –por sus iniciales, la primera es el miedo–; Goleman (2014), por otra parte, describe que para los sociobiólogos el predominio del corazón se impone sobre la cabeza en momentos cruciales, por ello las emociones tienen un papel tan importante en la psiquis humana. Las emociones “nos guían cuando se trata de enfrentar momentos difíciles y tareas importantes para dejarlas solo en manos del intelecto: peligros, las pérdidas dolorosas, los vínculos” (Goleman, 2014, p. 22).

Las emociones son resultado de la evaluación de una situación externa que experimenta el organismo como una respuesta inmediata para regular la vida, están al servicio de la supervivencia de las personas, por ello son necesarias. Cuando intervienen los sentimientos hablamos de procesos más conscientes mediados por el lenguaje y la capacidad de simbolización, así fuimos elaborando esta experiencia, mediante interpretaciones cognitivas de lo que nos sucedió a cada una de manera diversa e individual. Cada autora fue elaborando su experiencia con su caja de herramientas, armada con el capital emocional y cultural que heredó de la familia y la sociedad.

Entonces el miedo, más que paralizar, es un detonante para protegernos, para ponernos alerta y cuidarnos. Ante la covid-19, el miedo también actúa como una forma de contención. El miedo es natural y necesario para sobrevivir, saber utilizarlo nos ha ayudado a lo largo de la historia de la evolución a prolongar la vida de la humanidad. Seguramente enfrentaremos más situaciones de miedo extremo, pero este ha sido un suceso inolvidable.

PÉRDIDAS

La educación impulsa la imperante necesidad de moverse y actuar para cambiar una realidad. En este sentido, el panorama que se respiró en el planeta a lo largo de incontables meses a raíz de la pandemia por covid-19, develó las enormes crisis sanitaria, económica, laboral, y por supuesto, la educativa/social. Golpeó a los sectores más vulnerables de la población y mostró las carencias y urgencias de los sistemas educativos hasta ahora tan endebles.

Cada persona vivió la crisis de salud de distinta manera, algunos sufrieron pérdidas irreparables, hubo quien se batió a duelo con el dolor y valientemente, secó las lágrimas para continuar después del descalabro. Algunos más delegaron a la sinrazón la responsabilidad de sus vidas para imaginar que nada sucedía. Y dieron vuelta a la página con el afán de no frenar el ímpetu para recobrar el sentido. Trataron entonces de encontrar excusas en el frágil aliento que los mantuvo con vida, para evitar hablar sobre la posibilidad de perder.

La mayoría de los docentes no estuvo dispuesta, en ese entonces, a hacer una pausa, so pretexto de enterrar el desasosiego, pues como seres humanos racionales, pero preferentemente emocionales pocas veces estamos acostumbrados a dejar ir y soltar. Sobre todo cuando se ha amado tanto a ese ser querido que inesperadamente partió de nuestro plano existencial. Así la vida nos enseñó de nuevo a callar y caminar con el dolor auestas, pero con la firmeza de un roble, cual sonrisa dibujada de un mimo, que guarda su tristeza en el alma y sonríe en silencio al empezar su acto e irradiar la gracia entre quienes lo miran. Hondo, muy hondo, muchos escondimos nuestra pena entre los recovecos del rostro, igual que como nos recuerda Juan de Dios Peza:

¡Cuántas veces al reír se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
porque en los seres que el dolor devora,
el alma gime cuando el rostro ríe!

En *Pérdidas*, se recogieron y compartieron, tanto en situaciones de riesgo como de aprendizaje, experiencias que pueden abonar en la vida de los otros en cuanto se observa cómo fue el proceso de transformación de los docentes en tiempos de pandemia, cómo todo empezó a cambiar y de qué manera el trabajo realizado entre las cuatro paredes del aula, se trasladó a escenarios multicolores montados en casa.

Fue también dentro de los hogares donde se tomó la decisión de capacitarse en solitario para aprender nuevos métodos de enseñanza, estrategias didácticas, creación de materiales y a combinar la jornada laboral con la familiar en un solo lugar, en el mismo espacio, sin la opción de desprenderse de los asuntos personales. Hubo desde las insustituibles pérdidas humanas, hasta la falta de confianza y certeza del trabajo docente. Las creencias, antes casi inamovibles, buscaron nuevas rutas.

Sin duda, la pandemia dejó estragos y pérdidas difíciles de superar, pero también experiencias invaluable de las cuales se obtuvo un aprendizaje. A pesar de que hubo quienes tomaron a la ligera el embate de la emergencia sanitaria, de algún modo se recuperó el valor del trabajo, de la familia, del sentido de la vida.

Las autoras coincidimos en el hecho que nuestra narrativa autobiográfica permite indagar, desde las entrañas de los hogares mexicanos, la realidad de mujeres docentes, quienes asumieron la voz frente a este acontecimiento en su cariz social para dejar ver la situación educativa en pandemia, desde una visión aguerrida y a la vez noble y afable. Finalmente las pérdidas, con el insoportable dolor que conllevan, son parte de la vida.

LECCIONES

Una lección es todo aquello que sirve de enseñanza a otros. Lo vivido a causa de la covid-19 se antoja como historia apocalíptica,

digna de las plataformas de *streaming*¹. La historia de la humanidad nos muestra las batallas contra enemigos invisibles pero letales, que ha librado a través de los siglos.

En el siglo V a. C., Hipócrates señaló a la tuberculosis como la más brutal de las enfermedades. Durante la Edad Media se le llamó la “gran plaga blanca”. Otras epidemias de la Antigüedad fueron la influenza de Babilonia, 120 a. C.; la peste Antonina y la peste Cipriana (249-262 d. C.), que causaron la muerte de cinco mil personas diariamente en las ciudades romanas y griegas. En el inicio del medioevo, hubo epidemias como la pestilencia amarilla (550 d. C.) de Inglaterra –hepatitis documentada en *Crónica anglosajona*–, que se extendió por el comercio marítimo y tuvo varios rebrotes. La terrible peste negra, cuyo segundo brote duró casi cuatro siglos y se considera la más devastadora de la humanidad hasta entonces: 60 millones de decesos en Asia y África y 25 millones en Europa (Austin, 2003).

Las epidemias, naturalmente, han traído consecuencias políticas, económicas, culturales y religiosas; de hecho, las ocurridas durante el Imperio romano y la Edad Media consolidaron la idea cristiana de la inmortalidad del alma y la promesa de una vida futura en el paraíso, ¡siempre y cuando se siguieran los sacramentos de la Iglesia cristiana, por supuesto!

En el siglo XX la gripe española acabó con la vida de entre 20 y 50 millones de seres humanos, aun cuando hay quienes se aventuran a decir que sumaron 100 millones de víctimas mortales. Tales experiencias le han servido a la humanidad para enfrentar la covid-19, pese a que con todo y los avances médicos tuvimos muchas *Pérdidas*, de todo tipo, pero las más dolorosas sin duda fueron las de millones de vidas humanas.

¹ El concepto de *streaming* se refiere a cualquier contenido de medios, ya sea en directo o grabado, que se puede disfrutar en computadoras y aparatos móviles a través de internet y en tiempo real. Los podcasts, webcasts, las películas, los programas de televisión y los videos musicales son tipos comunes de contenido de *streaming*.

Los relatos aquí presentados hacen hincapié en algunos aspectos importantes, desde cómo transformar la práctica docente en situación de aislamiento, hasta cómo enfrentar la covid-19, sea en carne propia o por contagio de alguien cercano. Pero todo ello, mediado por las circunstancias de cada autora y sus emociones, parte de la condición inherente de cada quien. Las emociones son “aquellas con las que nacemos y sirven para la supervivencia” (Correa, 2019, p. 41), están presentes en todas las acciones y al ser una compañía permanente, son inocultables en sus testimonios. Transparentarse a través de la palabra implica un reto cognitivo, una suma de varios procesos: memoria, reordenamiento, reflexión, análisis, escritura, revisión y nuevamente escritura, desde una implicación epistémica. Es la condición propia de la escritura autobiográfica, donde surgen las pasiones y situaciones complejas, como las *peripeteias* a las que se enfrentan las autoras. Y *Dios*, que aparece en los peores momentos como la última esperanza, cuando la fe pasa por encima de la ciencia y solo una mano salvadora aparece.

Las docentes hicieron malabares para preservar su buen desempeño en el trabajo docente, y de esta experiencia salieron renovadas, pero también tristes, desanimadas, en duelo por la terrible situación que generó la pandemia.

Nuestro objetivo no fue solo contar lo vivido, aunque sea necesario, sino volver a ordenarnos, combatir el caos para continuar con el ejercicio vital, reconstruir lo perdido y sumar lo ganado. Los relatos hoy son los protagonistas del libro, sin intermediarios ni interpretaciones ajenas que intenten descifrarlos, analizarlos; la tarea está destinada, ahora mismo, a las personas que los lean, interesadas en las subjetividades ajenas.

Al final nos quedan las lecciones, profundamente humanas y dolorosas, pero imprescindibles para seguir adelante. Y seguir aprendiendo, como una de tantas lecciones.

REFERENCIAS

- Agamben, G. (2020). La invención de una epidemia. *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*. Argentina: Editorial Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO).
- Alegría-Rivas, L. (2016). *Violencia escolar: las prácticas docentes y el abandono escolar*. México: Universidad Autónoma Indígena de México. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=46146811028>, el 20 de junio de 2022.
- Amador, R. (2020). Aprende en casa con #SanaDistancia en tiempos de #COVID-19. En H. Casanova (coord.), *Educación y pandemia. Una visión académica*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM).
- Antoni, M. y Zentner, J. (2014). *Las cuatro emociones básicas*. España: Herder.
- Aparici, R. (2009, enero-junio). Pedagogía digital. *Educação & Linguagem*, v. 12, 80-94. Recuperado de <https://docs.google.com/document/d/18VdOQe6rJJIAZQeNkZOubVHuLUnzTdmRBo1TDbmltvM/edit>, el 15 de septiembre de 2022.
- Aparici, R. (coord.). (2011). *La educación 2.0 y las nuevas alfabetizaciones*. Barcelona, España: Gedisa.
- Aparici, R. y Silva, M. (2012). Pedagogía de la interactividad. *Revista Científica de Comunicación y Educación*. Recuperado de DOI:10.3916/C38-2011-02-05, el 25 de septiembre de 2022.
- Arendt, A. (1997). *Qué es la política*. Barcelona, España: Paidós.
- Ariza, C. (s. f.). *Las TIC y las TAC dentro de la educación para comunicadores sociales y periodistas: el nuevo reto del perfil profesional*. Humanidades digitales, diálogos de haberes y prácticas colaborativas en red. Cátedra UNESCO de Comunicación (s. l.).

- Austin, S. (2003). *Una plaga en la tierra: nuevas epidemias mundiales en una perspectiva global*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. <https://revistasipgh.org/index.php/anam/article/view/844/1236>
- Avendaño, V. (2021). *La educación en tiempos de pandemia: Reflexiones sobre la enseñanza virtual en educación básica durante la pandemia de Covid-19*. México: Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa (ILCE). https://www.ilce.edu.mx/images/editorial/Completo_Superior.pdf
- Ayuso, N. (2013). *Literatura infantil como medio para enseñar valores*. España: Universidad de Valladolid.
- Ballesteros, R. (2020). Potencialidades de las TIC y su papel fomentando la creatividad: percepciones del profesorado. *Revista Iberoamericana de Educación a Distancia*, 23 (2) 287-306. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.5944/ried.23.2.26247>, el 15 de septiembre de 2022.
- Barrio, J. del, Castro, A., Ibáñez, A. y Borragán, A. (2009). El proceso de comunicación en la enseñanza. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2 (1) 387-395. España.
- Bello, J. (2014, julio-diciembre). *Educación intercultural y diálogo de saberes para la paz*, vol. 10 (2) 175-193. México: Universidad Autónoma Indígena de México.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Ítaca/Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Bisquerra, A. (coord.). (2011). *Educación emocional. Propuesta para educadoras y familias*. España: Desclée de Brouwer.
- Bolívar, A. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. Madrid, España: La Muralla.
- Bolívar, A. (2002). “¿De nobis ipsis silemus?”: Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 4 (1) 1-26. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-40412002000100003&lng=es&tlng=es, el 24 de septiembre de 2022.
- Bolívar, A. (2021). Dirección y liderazgo educativo en una escuela poscovid. *Retos y Agendas*. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/355154095_Direccion_y_Liderazgo_educativo_en_una_escuela_post-covid_Retos_y_Agendas, el 5 de mayo de 2022.
- Bolívar, E. (2011). *La modernidad de lo barroco*. México: Era.
- Bosch, E. (2009). *Un lugar llamado escuela*. Barcelona, España: Graó.
- Bruner, J. (1998). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid, España: Alianza.
- Bruner, J. (2001). *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

- Buitrago, R. y Molina, G. (2021). Profesorado, emociones y escuela. Reflexiones en tiempo de pandemia –covid-19–. *Revista Habitus: Semilleros de Investigación*, 1 (1). Recuperado de <https://doi.org/10.19053/22158391.12551>, el 10 de mayo de 2022.
- Burgos, E. (2019). *La pedagogía digital y la educación*. España: Universidad de la Rioja.
- Burgos, E. (2020). La pedagogía digital y la educación 2.0. *Revista Saber. Temas de Comunicación*, vols. 38-39. Venezuela: Universidad Católica Andrés Bello. Recuperado de <https://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/index.php/temas/article/view/4506>, el 8 de junio de 2022.
- Buttler, J. (2018). *Resistencias. Repensar la vulnerabilidad y repetición*. México: Paradiso Editores. <http://www.revista.redesfuerzoslocal.edu.mx/wp-content/uploads/2019/11/Judith-Butler-resistencia-repetici%C3%B3n-y-vulnerabilidad.pdf>, reseña de Francisco Hernández Galván.
- Buttler, J. (2020) El capitalismo tiene sus límites. *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Argentina: Editorial Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO).
- Cabrejo, E. (2020). *Lengua oral: destino individual y social de las niñas y los niños*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Calvo, P., Marrero, G., y García, A. (2006). La autoestima en alumnos de sexto curso de educación primaria. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*. Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349832311018>
- Camfic (2021). ¿Qué está causando la niebla mental de covid-19? *Health Matters*. Recuperado de <https://www.semfyc.es/wp-content/uploads/2021/01/Covid19-persistente.pdf>, el 15 de noviembre de 2021.
- Carlino, P. (2003). Alfabetización académica: un cambio necesario. Algunas alternativas posibles. *Educere*, 6 (20), 409-420. Disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35662008>, consultado el 15 de octubre de 2021 y recuperado el 21 de abril de 2022.
- Casanova, H. (2020). *Educación y pandemia*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM). Disponible en http://132.248.192.241:8080/xmlui/handle/IISUE_UNAM/534
- Casanova, H. (coord). (2020). *Educación y pandemia. Una visión académica*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM). Recuperado de https://www.iisue.unam.mx/investigacion/textos/educacion_pandemia.pdf, el 12 de junio de 2022.
- Cáseda, T. (2012, julio). Historia del género autobiográfico o el género autobiográfico en la historia. *Revista Electrónica de Estudios Filológicos* (23). La Rioja, España:

- IES Valle de Cidacos. Recuperado de https://www.um.es/tonosdigital/znum23/secciones/tintero-2-genero_autobiografico.htm, el 3 de diciembre de 2021.
- Castellanos, J., et al. (2011). *Las TIC en la educación*. Madrid, España: Ediciones Anaya Multimedia.
- Castro, G. (2020). Ese objeto llamado cuerpo. *Kairos. Revista de temas sociales*. Argentina.
- Cerrillo, P. (2016). *El lector literario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cornejo, M. (2006). El enfoque biográfico: Trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile. Recuperado de http://www.um.es/tonosdigital/znum23/secciones/tintero-2-genero_autobiografico.htm, el 8 de enero de 2022.
- Correa, L. (2019). *Emociones implicadas en el proceso de composición escrita de estudiantes de posgrado*. Tesis de doctorado. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Coto, C. (2002, diciembre) La viruela: peste del pasado, amenaza del presente. *Química Viva*, vol. 1 (1) 5-14. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <http://www.quimicaviva.qb.fcen.uba.ar/v1n1/viruela.pdf>, el 8 de enero de 2022.
- Covarrubias, L. (2021). *Educación a distancia: transformación de los aprendizajes*. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/993/99365404012/html/>, el 18 de febrero de 2022.
- Cueto, A. (2014). *Piel de un escritor. Contar, escribir y leer historias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuetos, M. J., et al. (2011, septiembre-diciembre). La documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una estrategia de reposicionamiento de saberes, conocimientos y actores en el campo de la formación docente. *RIED. Revista Iberoamericana de Educación a Distancia*, vol. 23 (2) 287-306. <https://doi.org/10.5944/ried.23.2.26247>
- Delory, C. (2014). Experiencia y formación. Biografización, biograficidad y heterografía. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol.19 (52) 695-710. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/140/14031461003.pdf>, el 22 de mayo de 2022.
- Dewey, J. (1920). *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*. México: Morata.
- Díaz, F. (2019) *Dispositivos pedagógicos basados en la narrativa*. México: SM.
- Díaz, F. (2020). *La evaluación auténtica del aprendizaje en línea. Experiencias en el aula del futuro*. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=sP82ZlwC_eo, el 18 de enero de 2022.
- Díaz Barriga, A. (2020). La escuela ausente, la necesidad de replantear su significado, 19-29. En H. Casanova (coord.), *Educación y pandemia. Una visión*

- académica*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM). Disponible en https://www.iisue.unam.mx/investigacion/textos/educacion_pandemia.pdf
- Díaz Barriga, A. (2021). *Regreso que no es regreso. Una visión didáctica*. Recuperado de <https://www.iisue.unam.mx/medios/educacion-futura-angel-diaz-barriga-casales-1041.pdf>, el 12 julio de 2022.
- Didriksson, A. (2020). Ante la pandemia, evitar reproducir la desigualdad social y educativa. En H. Casanova (coord.), *Educación y pandemia*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM). Recuperado de http://132.248.192.241:8080/xmlui/handle/IISUE_UNAM/534, el 22 de abril de 2022.
- El País*. (2020, 11 de noviembre). Las demandas de separación y divorcio repuntan tras la fuerte bajada durante el confinamiento. Recuperado de <https://elpais.com/sociedad/2020-11-27/las-demandas-de-separacion-y-divorcio-repuntan-tras-la-fuerte-bajada-durante-el-confinamiento.html>, el 23 de junio de 2022.
- Fernández, M. (2012). *La brecha digital terciaria. El desfase de la institución escolar ante las desigualdades económicas y culturales en el entorno digital*. Madrid, España: Universidad Complutense de Madrid.
- Flores, T. (2020). El hogar y la escuela: lógicas en tensión ante el covid-19. En H. Casanova (coord.), *Educación y pandemia*. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM).
- Galindo, R. (2015). El papel del asesor virtual en el proceso del aprendizaje colaborativo. En L. Galindo (coord.), *El aprendizaje colaborativo en ambientes virtuales* (pp. 41-53). México: Cenid Editorial.
- Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. España: Gernika Gogoratuz. Recuperado de <https://www.gernikagogoratuz.org/wp-content/uploads/2019/03/doc-14-violencia-cultural.pdf>, el 1 de octubre de 2022.
- García, A. (2005). La convivencia escolar en las aulas. *Revista Internacional de Psicología Evolutiva y de la Educación*. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349832309012>, el 13 de septiembre de 2022.
- Goleman, D. (2014). *La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el coeficiente intelectual*. Santiago, Chile: Versará.
- González, F. (2019). Los memes de internet como mediadores de las vivencias de estudiantes universitarios. En J. Dorantes (coord.), *Háblame de TIC 7. El cyberbullying y otros tipos de violencia tecnológica en la educación*. Córdoba, Argentina. https://www.uv.mx/blogs/brechadigital/files/2019/05/hdt7_gonzales.pdf
- Goodman, F. (1992). *El lenguaje integral: un camino fácil para el desarrollo del lenguaje*. *Lectura y vida*, 11 (2) 1-16. Recuperado de http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a11n2/11_02_Goodman.pdf, el 13 de septiembre de 2022.

- Gutiérrez, M. (2004). *Escuela abierta*. *Revista de Investigación del Centro de Enseñanza Superior*. Andalucía, España: CEU Ediciones.
- Harris, T. (2010). *Yo estoy bien, tú estás bien*. España: Sirio.
- Heidegger, M. (1926). *Ser y tiempo*. Todtnauberg, Alemania: Selva Negra. Recuperado de <https://periodicooficial.jalisco.gob.mx> y de <https://www.heideggeriana.com.ar/>, el 19 de septiembre de 2022.
- Ibáñez, F. (2020). *Educación en línea, virtual, a distancia y remota de emergencia, ¿cuáles son sus características y diferencias?* México: Instituto para el Futuro de la Educación-Tec de Monterrey. Recuperado de <https://observatorio.tec.mx/edu-news/diferencias-educacion-online-virtual-a-distancia-remota>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020). *Tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en los hogares*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Recuperado de <http://www.inegi.org.mx/temas/ticshogares/>, el 23 de septiembre de 2022.
- Iturriaga, J. (en prensa). *Las epidemias en México a través de los siglos, hasta el covid-19*, México: Penguin Random House. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx/temas/ticshogares/>, el 3 de septiembre de 2022.
- Jiménez, A. (coord.) (2022). *Escribir en la universidad: un bordado fino*. México: Universidad Pedagógica Nacional (UPN).
- Jiménez, R. y Correa, V. (2021) La escritura autobiográfica: una posibilidad de escritura creativa y epistémica en trabajos de titulación. En M. Sánchez (coord.), *Procesos formativos y práctica docente*. Recuperado de [file:///Users/angelica/Downloads/procesos-formativos%20\(4\).pdf](file:///Users/angelica/Downloads/procesos-formativos%20(4).pdf), el 1 de enero de 2022.
- Kemelmager, C. (2015). *Educación en tiempos de pandemia: consejos de especialistas para enriquecer las aulas virtuales*. Argentina: Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Recuperado de <https://www.conicet.gov.ar/educacion-en-tiempos-de-pandemia-consejos-de-especialistas-para-enriquecer-las-aulas-virtuales/>, el 1 de agosto de 2022.
- Krauze, E. (2010). *Dulce cuchillo*. Barcelona, España: Paidós. México: Editorial Jus.
- Lagarde, M. (1993). *Los cautiverios de las mujeres madre-esposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Landín, M. y Sánchez, I. (2019). *El método biográfico-narrativo. Una herramienta para la investigación educativa*. Recuperado de <http://www.scielo.org.pe/pdf/educ/v28n54/a11v28n54.pdf>, el 5 de mayo de 2022.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/serlet/libro?codigo=149786>, el 17 de agosto de 2022.
- Martínez, M., et al. (2018). La sociedad del conocimiento y la sociedad de la información como la piedra angular en la innovación tecnológica educativa. *Revista Iberoamericana para la Investigación y el Desarrollo Educativo*, 8 (16) 847-870.

- Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498159332036>, el 12 de septiembre de 2022 y consultado el 23 de septiembre de 2022.
- Maslow, A. (1975). *Motivación y personalidad*. Barcelona, España: Sagitario.
- Maturana, H. (1997). *La objetividad, un argumento para obligar*. Santiago, Chile: Dolmen.
- Mendoza, C. (2020). Lo que la pandemia nos enseñó sobre la educación a distancia. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* 50 (Especial) 343-352. <https://doi.org/10.48102/rlee.2020.50.ESPECIAL.119>
- Meza, J. (2008). *Historias de maestros para maestros. Pedagogía narrativa expresada en relatos de vida*. Bogotá, Colombia: Universidad La Salle.
- Miguel, J. A. (2020). La educación superior en tiempos de pandemia: una visión desde dentro del proceso formativo. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, vol. L (Especial) 13-40. México: Universidad Iberoamericana.
- Miralles, P., et al. (2012). Dificultades de las prácticas docentes de innovación educativa y sugerencias para su desarrollo. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=217024398001>, el 16 de agosto de 2022.
- Miras, M. y Solé, I. (2009). La elaboración del conocimiento científico y académico. En M. Castelló (coord.), *Escribir y comunicarse en contextos científicos y académicos* (pp. 47-82). Barcelona, España: Graó.
- Montero, R. (2003). *La loca de la casa*. México: Alfaguara.
- Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna. (2011). *La pedagogía Freinet: principios, propuestas y testimonios*. México: Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna (MEM).
- Muñoz, M. (2009). *Emociones, sentimientos y necesidades. Una aproximación humanista*. México: Ideas Zapato Araucaria.
- Ortega y Gasset, J. (1987). Prólogo para alemanes. En J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Pariente, E. (2021, 18 de enero). Los hombres también lloran. *La Tercera, innovación digital*. Recuperado de <https://www.latercera.com/paula/los-hombres-tambien-lloran/>, el 1 de agosto de 2022. Plataformas recomendadas <http://hadoc.azc.uam.mx/tecnicas/philips.htm>
- Pérez, J. (2008). La sociedad multipantallas: retos para la alfabetización mediática. *Revista Comunicar*. Recuperado de file:///Users/angelia/Downloads/10.3916_c31-2008-01-002.pdf, el 14 de junio de 2022.
- Plá, S. (2020). La pandemia en la escuela: entre la opresión y la esperanza. En H. Casanova Cardiel (coord.), *Educación y pandemia. Una visión académica* (pp. 30-38). México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE-UNAM).

- Pozo, J. y Puy, M. (2009). *Psicología del aprendizaje universitario: la formación en competencias*. Madrid, España: Morata.
- Prensky, M. (2010). *Enseñanza de nativos digitales: Alianzas para el aprendizaje real*. Canadá: Corwin.
- Ramírez, A. (2022). De la hoja en blanco al acto de escribir. En A. Jiménez (coord.), *Escribir en la universidad: un bordado fino*. México: Universidad Pedagógica Nacional (UPN).
- Rey, M. (2000). Historia y muestra de la literatura infantil mexicana. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, vol. L (especial) 343-352. México: SM.
- Rodríguez, E., et al. (2020). *Educación desde el bienestar. Competencias socioemocionales para el aula y la vida*. México: McGraw-Hill.
- Ruiz, E. (2015). Comunidades virtuales de aprendizaje. En L. Galindo (coord.), *El aprendizaje colaborativo en ambientes virtuales* (pp.77-91). México: Cenid Editorial.
- Sanmartí, N. (2007). *Diez ideas clave: evaluar para aprender*. Madrid, España: Graó.
- Sañudo, L. (2000). Los programas de intervención, una modalidad para investigar en la educación. *Revista Educar* (1). México. http://quadersdigital.net/datos_web/articles/educar/numero1/programas.htm
- Schön, D. (1987). *La formación de profesionales reflexivos. Hacia un nuevo diseño de la enseñanza y el aprendizaje en las profesiones*. Barcelona, España: Paidós.
- Secretaría de Educación Pública (2017). *Aprendizajes clave para la educación integral*. México: Secretaría de Educación Pública (SEP).
- Secretaría de Educación Pública (2022, 23 de junio). *Boletín informativo*. Recuperado de <https://www.gob.mx/sep/articulos/boletin-sep-no-146-coordinan-sep-y-entidades-del-pais-acciones-para-alumnos-que-interrumpieron-estudios-durante-la-pandemia?idiom=es>, el 14 de agosto de 2022.
- See, L. (2005). *El abanico de seda*. España: Salamandra.
- Silva, M. (2005). *Educación interactiva: enseñanza y aprendizaje presencial y online*. Barcelona, España: Gedisa.
- Suárez, D. (2005). *La documentación narrativa de experiencias pedagógicas: una estrategia para la formación de docentes*. Buenos Aires, Argentina: Ministerio de Educación. Recuperado de <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL004074.pdf>, el 3 de enero de 2022.
- Suárez, D. (2018). Narrar la experiencia educativa como formación. La documentación narrativa y el desarrollo profesional de los docentes. *Espacios en Blanco. Revista de Educación* (28) 49-74. Argentina: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Tapscott, D. (2009). *Creciendo en lo digital*. Nueva York, Estados Unidos de América: McGraw-Hill.

- UNESCO (2017, 4 de diciembre). *Rendir cuentas para mejorar la enseñanza*. Recuperado de <https://compromisoporlaeducacion.mx/rendir-cuentas-para-mejorar-la-ensenanza-unesco/>, el 5 de junio de 2022.
- Woods, P. (1987). La etnografía y el maestro. En P. Woods, *La escuela por dentro. La etnografía en la investigación educativa*. Barcelona, España: Paidós.

ACERCA DE LAS AUTORAS

Rosalba Ángeles González

Licenciada en Educación Preescolar con nueve años de experiencia docente, trabajó en un centro comunitario, experiencia que le permitió ser sensible frente a las necesidades educativas de los alumnos. Actualmente trabaja en una escuela privada y participa en proyectos de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 097.

Linda Vanessa Correa Nava

Licenciada, maestra y doctora en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Coordinadora de la Especialización en Animación Sociocultural de la Lengua de la Maestría en Educación Básica de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 095. Trabaja las líneas de investigación en Alfabetización académica, Cultura escrita y Literatura infantil; ha participado en investigaciones también en la UNAM y la UPN. Es autora de artículos y capítulos de libros sobre escritura y académica con reconocimiento del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (Prodep).

María Magdalena Dueñas Trejo

Magíster en Educación Básica con Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Actualmente es académica en esta casa de estudios, en la Maestría en Educación Básica. Licenciada en Educación Primaria y especialista en Enseñanza del Español en la Educación Básica por la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM), ha sido profesora frente a grupo (con 16 años de experiencia en educación primaria) y es miembro activo del Movimiento Mexicano para la Escuela Moderna (MEMEM).

Martha Guadalupe Gama Buenrostro

Profesora de Educación Preescolar, egresada de la Escuela Normal FEP. Después de ser educadora y laborar en escuela pública, estudió la carrera de Técnico en Turismo. En 1990 ingresó a la Licenciatura en Educación Preescolar y en 2010 a la Maestría en Educación Básica, ambas de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN).

María Magdalena González Tapia

Licenciada en Educación Preescolar por la Escuela Nacional para Maestras de Jardines de Niños y maestra en Educación Básica con Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Ha sido profesora de educación preescolar frente a grupo por más de 20 años en la Alcaldía Azcapotzalco y complementa su formación docente con estudios sobre enseñanza de las matemáticas, música, arte y ambientes virtuales.

Catalina Hernández Velázquez

Licenciada en Pedagogía por la Facultad de Estudios Superiores (FES-UNAM) Acatlán, con Especialidad en Competencias Profesionales Docentes por el CAM-CDMX. Estudia la Maestría en Educación Básica con Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua; tiene participaciones en foros y congresos, como el IV Encuentro Académico Generación del conocimiento: educación y

aprendizaje; el V Encuentro Académico Incertidumbre, retos, experiencias de éxito y perspectivas para la educación básica y normal en el contexto de la pandemia por la covid-19, y el I Congreso Nacional de la Nueva Escuela Mexicana. Se ha dedicado durante 21 años al servicio docente en educación básica, tanto en escuelas incorporadas como oficiales.

Angélica Jiménez Robles

Animadora sociocultural de la lengua, le gusta contar y escribir cuentos. Es doctora en Pedagogía, maestra en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y licenciada en Letras por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Profesora de educación primaria egresada de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM) y docente de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 095. Es autora y coautora de libros, capítulos y artículos. Ganó el premio Nacional de Cuento Tinta Nueva 2018. Sus líneas de investigación son Cultura escrita, Alfabetización académica e inicial, Literatura infantil y juvenil, Narrativa y autobiografía. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Laura del Carmen Lara Velázquez

Licenciada en Educación Preescolar (2014), obtuvo el grado de maestra en Educación Básica (2020) de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Es profesora técnica de nivel preescolar desde 2009, en el área de Centros de Desarrollo Infantil, y a partir de 2016 es educadora en el área de jardines de niños pertenecientes a la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Keren Alejandra Miranda Chavez

Egresada de la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (BENM), actualmente es pasante de la Maestría en Educación Básica con Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Docente frente a grupo a lo

largo de siete años en la Secretaría de Educación Pública, fomenta la literatura infantil y juvenil a partir de la lectura del libro-álbum.

Fabiola Rivera Alvarez

Originaria de la ciudad y puerto de Veracruz, es egresada de la Maestría en Educación Básica de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 095, con especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua. Docente de Educación Preescolar desde hace 14 años, actualmente cuenta con un canal de lectura en redes socio-digitales y YouTube: “El rincón de lectura con Faby”, <https://www.youtube.com/channel/UCHwoWanta8n-YlVG9uthdlA>

María de Lourdes Salazar Silva

Profesora de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 097 Sur, desde hace 29 años. Doctora en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), profesora con perfil deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (Prodep) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), así como responsable del Cuerpo Académico (CA) Formación Docente, Inclusión y Cultura Escrita, desde las narrativas biográficas. Ha impartido clases en las licenciaturas en Educación, Educación Preescolar y en la Maestría en Educación Básica. Sus líneas de investigación son Formación e identidad docente, e Inclusión, discriminación, formación docente y perspectiva de género. Es autora y coautora de libros y artículos, entre ellos *La discriminación: un asunto inconcluso en dos escuelas primarias de la Ciudad de México*, así como la ponencia *Espacio doméstico en tiempo de pandemia: entre lo público y lo privado*, presentada en el IV Congreso Internacional sobre Género y Espacio, organizado por el Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la UNAM.

María de Lourdes Sánchez Velázquez

Licenciada, maestra y doctora en Pedagogía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es especialista en desarrollo

humano y terapia Gestalt y académica de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 097 Sur, desde 1991. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) nivel 1 y como profesora cuenta con el perfil deseable del Programa para el Desarrollo Profesional Docente (PRODEP). Imparte cursos en licenciatura, diplomado y maestría, y las líneas de investigación en las que participa son Manejo de conflictos en el aula, Convivencia y disciplina y Formación docente. Es autora de libros, capítulos y artículos de educación.

Lucía Santiago González

Licenciada en Comunicación y Periodismo, maestra en Educación Media Superior y Superior con Especialidad en Español y doctora en Pedagogía, en la Línea de Investigación Lectura, Escritura y Oralidad. Cuenta con una experiencia docente de más de 12 años y ha impartido clases presenciales en los niveles de secundaria, medio superior, superior y posgrado. Imparte clases a distancia desde hace siete años y se ha especializado en el área de Lectura y Redacción, así como en Español y Literatura. Es académica de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), Unidad 095 Azcapotzalco.

Valeria Velázquez Trejo

Licenciada en Diseño y Artesana por el Instituto Nacional de Bellas Artes, es docente de Educación Artística en escuelas secundarias de la SEP. Maestra en Educación Básica con la Especialidad en Animación Sociocultural de la Lengua y como promotora de literatura infantil y juvenil, genera proyectos creativos de artes y lingüística.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Leticia Ramírez Amaya *Secretaría de Educación Pública*
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretaría de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectoría*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Académica*
Arturo Lataban López *Secretaría Administrativa*
Pilar Moreno Jiménez *Dirección de Biblioteca y Apoyo Académico*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Dirección de Difusión y Extensión Universitaria*
Benjamín Díaz Salazar *Dirección de Planeación*
Maricruz Guzmán Chiñas *Dirección de Unidades UPN*
Yiseth Osorio Osorio *Dirección de Servicios Jurídicos*
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Dirección de Comunicación Social*

COORDINACIONES DE ÁREA

Tomás Román Brito *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Jorge García Villanueva *Diversidad e Interculturalidad*
Gerardo Ortiz Moncada *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Ruth Angélica Briones Frago *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Eva Francisca Rautenberg Petersen *Teoría Pedagógica y Formación Docente*
Miguel Ángel Vértiz Galván *Posgrado*
Rosa María Castillo del Carmen *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*
Patricia Adriana Amador Islas *Unidad de Igualdad de Género e Inclusión*

COMITÉ EDITORIAL UPN

Rosa María Torres Hernández *Presidencia*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Ejecutiva*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Coordinación Técnica*

VOCALES ACADÉMICAS

Laura Magaña Pastrana
Esperanza Terrón Amigón
Alma Eréndira Ochoa Colunga
Mariana Martínez Aréchiga
Maricruz Guzmán Chiñas

Mildred Abigail López Palacios *Titular del Área de Fomento Editorial*
María Eugenia Hernández Arriola *Formación*
Jorge Núñez Silva *Diseño de portada*
Fernando Eugenio López *Edición y corrección de estilo*

Esta primera edición de *Peripeteia. Relatos de mujeres docentes durante la covid-19* estuvo a cargo del área de Fomento Editorial de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria, de la Universidad Pedagógica Nacional y se publicó el 28 de octubre de 2023.